

TURNO de NOCHE

RAMSEY CAMPBELL

El autor de 'Los sin nombre' es un referente de los escritores
De terror actuales, junto con Stephen King y D

Lectulandia

Los ordenadores de la librería donde trabaja Woody no funcionan correctamente, aparecen errores en los catálogos y los pedidos desaparecen sin dejar rastro. La muerte por atropello de un empleado marca el inicio de la debacle: un dependiente acusa a otro de acoso sexual; otro pierde la habilidad de leer; los monitores de seguridad muestran cosas que se arrastran entre las estanterías y desaparecen antes de que nadie pueda encontrarlas...

Los húmedos y silenciosos seres que han estado merodeando en el sótano pueden ser lentos, pero son inexorables. Esta librería no es un refugio. Es la puerta hacia un infierno como no hay otro igual.

Lectulandia

Ramsey Campbell

Turno de noche

ePub r1.0

Ariblack 22.09.14

Título original: *The overnight*
Ramsey Campbell, 2004
Traducción: David Luque Cantos

Editor digital: Ariblack
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Tam y Sam, con amor y verduras

Agradecimientos

En marzo de 2001 trabajé a tiempo completo en la librería Borders de Cheshire Oaks. La mayoría de mis amigos se sorprendieron de que tuviera que trabajar en otra cosa aparte de la literatura, aunque Poppy Z. Brite me envió varios correos electrónicos entusiásticos. Mi mujer, Jenny, me apoyó como siempre. En los meses que trabajé en la librería hice unos cuantos amigos y concebí la idea de este libro. ¿Qué más se puede pedir? Permítanme agradecerle a todos mis colegas el haberme hecho mi etapa allí tan agradable: Mary, Mark, Ritchie, Janet, Emma, Derek, Paul, Lisa, Melanie M., Mel R., Mel de la cafetería, Craig, Will, Annabell, Angie, Richard, Sarah H., Sarah W., Judy, Lindsay, Fiona, Barry, Laura, Colin, Vera, Millie, Joy, John y Dave. Ninguno de ellos se parece a ningún personaje de este libro, pero el montacargas es otro cantar. Mi editora, Melissa Singer, fue de nuevo una fuente inagotable de útiles sugerencias.

Woody

¿Qué hora se supone que es? Le da la sensación de que apenas ha dormido, y sin embargo ahí está ya la alarma del despertador. No, se trata del teléfono inalámbrico que venía con la casa y que siempre está de un lado para otro. El amortiguado y estridente sonido le restituye los efectos del *jetlag*, aunque hace meses que se mudó al Reino Unido. Sale de debajo de la manta destinada a protegerlo del frío del norte, para darse cuenta de que se ha dejado el inalámbrico abajo. Aprendería a llevar una bata, pero la suya está colgada por la etiqueta a un gancho de la puerta, y el teléfono no espera. Quizá es Gina, creyendo que es de día a este lado del océano. Quizá se ha decidido a darle una oportunidad a su librería después de todo.

Enciende el interruptor para arrojar algo de luz sobre la total oscuridad, sale a grandes zancadas de la habitación y baja las escaleras, que no son más anchas que una cabina telefónica. La barandilla barnizada de un amarillo chillón, similar al de los dientes de un viejo, cruje para avisarle de que no debe apoyarse demasiado en ella. La bombilla sobre las escaleras gasta la mayor parte de su energía en ser simplemente amarilla. Hasta el momento antes de posar los pies en ella, nunca había pensado que una alfombra pudiera estar tan fría, sin embargo, ni de lejos puede competir con el linóleo de la cocina. El teléfono tampoco está allí. Al menos no hay muchos lugares donde buscarlo en una casa tan pequeña que solo un británico la alquilaría.

Está en la habitación frontal, junto al sillón, frente a un televisor que tiene tan pocos canales que ni siquiera necesita un teleprograma. Las descoloridas cortinas color chocolate están abiertas y, de camino al sillón, la luz rosácea le resulta molesta. El teléfono no está donde esperaba, sino en el hueco del asiento, ¿y qué más encontramos por aquí? El envoltorio de un caramelo decorado con pelos y pelusas y una moneda verdosa tan vieja que su legalidad es dudosa. Aprieta el botón del teléfono con la otra mano para acallarlo.

—Woody Blake.

—¿Es usted el señor Blake?

—¿Lo ha soñado o acaba de decirle su nombre?

—Aquí me tiene, sí.

—¿El señor Blake, encargado de Textos?

Para entonces Woody ya se ha deshecho del pegajoso papel de entre sus dedos tirándolo a una abollada papelera adornada con el mismo papel florido de las paredes. Arriesga su desprotegido trasero sentándose en el rasposo brazo del sillón.

—Eso es lo que soy.

—Soy Ronnie, de guardia en el complejo comercial de Fenny Meadows. Tenemos un aviso de alarma en su tienda.

Woody se pone en pie.

—¿De qué tipo?

—Podría ser falsa. Necesitamos a alguien para comprobarlo.

—Voy de camino.

Ha dejado atrás la sombra proyectada por el vuelo de los pájaros de yeso a la izquierda del pasillo. Medio minuto en el baño le rebaja algo de su tensión, y al momento está vestido con unas ropas que han tomado prestado parte del frío del edificio. Añade al conjunto el chaquetón, que era ya lo bastante grueso para el invierno de Minnesota, y cierra de golpe tras de sí la pesada puerta de madera de la entrada, saliendo a la acera. Dos zancadas le llevan al coche alquilado, un Honda naranja, que sería blanco si no fuera por las luces de Halloween de la semana pasada, que parecen inundar todo de tonos color zumo de calabaza. La calle (lo que los británicos llaman *terrace*, casas adosadas las unas a las otras como un acordeón de ladrillos rojos, con las ventanas delanteras sobresaliendo) está silenciosa salvo por Woody y su aliento teñido de naranja. El coche marca su territorio expulsando una nube de humo ocre, girando ciento ochenta grados, y pasando el *pub* Flibberty Gibbet, que al parecer antes se llamaba El Ahorcado, y es el lugar donde la mitad de los hombres de la zona se pasa el día apostando en las carreras de caballos. Más de medio kilómetro de *terraces* y semáforos en rojo sin nadie a quien esperar le transporta más allá de las casas y las aceras, de los frondosos vergeles donde los tardíos dientes de león florecen y las farolas alumbran los otoñales árboles perennes. Tres kilómetros de autovía le llevan a la autopista entre Liverpool y Manchester. Apenas ha alcanzado la velocidad máxima permitida cuando tiene que frenar para coger el desvío del complejo comercial.

Está seguro de que la librería se encuentra mejor situada que cualquier otro local de la ronda de medio kilómetro donde se encuentra el complejo. Nada más llegar a la rampa de salida, divisa las gigantescas letras alargadas en la pared de cemento del edificio de dos plantas formando la palabra «Textos»; la niebla rodea la tienda con su aura blanquecina. Conduce por los alrededores del complejo, pasando varios edificios a medio construir, y junto a la entrada del restaurante Stack o' Steak y el supermercado Frugo. Tríos de arbolillos jóvenes, plantados en fragmentos de hierba, decoran el asfalto del aparcamiento. Acechan al coche de Woody, proyectando sombras de los focos que montan guardia encima de los edificios; la tienda de móviles Stay in Touch, la Baby Bunting cerca de Teenstuff, la TVid con su escaparate lleno de televisores, y la agencia de viajes Happy Holidays, que comparte una calle con la librería. Un incesante trino, como el grito de un enloquecido y enorme pájaro, invade sus oídos mientras aparca frente a la entrada de Textos ocupando tres espacios.

Un hombre corpulento y de uniforme, con una carpeta bajo el brazo, se acerca pesadamente a su encuentro.

—¿Señor Blake? —exclama con un tono de voz tan inexpresivo como su corte de pelo al cero y un acento tan abierto como su rostro honesto y carente de emoción.

—Y usted debe de ser Ronnie, ¿no he tardado mucho, verdad?

Necesita consultar su grueso reloj de pulsera negro y rascarse a conciencia la cabeza para poder decir:

—Casi diecisiete minutos.

Grita mucho, lo que unido al quejido de la alarma es suficiente para bloquear las entendederas de Woody.

—Déjeme solo... —exclama Woody para indicarle que va a desactivar la alarma de la tienda. A continuación, teclea en el panel situado entre los pomos de las puertas de cristal. Los números dos, doce, uno y once le dan acceso al felpudo que pone «¡A leer!», entre los dos arcos de seguridad. Mete otro código en el panel de la alarma, que muestra una luz roja correspondiente a la sala de ventas, y entonces se hace un silencio tenso, roto por un pequeño zumbido agudo del que culparía a un mosquito si estuviera trabajando aún en la sucursal de Nueva Orleans.

No ha identificado todavía el origen del sonido cuando Ronnie le dice:

—Necesito que firme mi informe.

—Lo haré encantado cuando eche un vistazo a la tienda. ¿Me ayuda?

El guardia se siente claramente intimidado por la visión de más de medio millón de libros, comenzando con los de la mesa repleta de Textos Tentadores cercana al felpudo de entrada. Woody enciende todas las luces del techo y gira a la izquierda, pasando el mostrador con las cajas registradoras y la terminal de información.

—Usted podría ir por el otro lado —sugiere.

—Si alguien está haciendo algo, lo cogeré.

Ronnie suena ansioso por atrapar a un malhechor. Enseguida empieza a buscar, por el pasillo de Viajes e Historia, donde Woody advierte, a través del escaparate a mano derecha, que las promociones necesitan renovarse. Le recordará a Agnes, o Anyes, como se hace llamar, que los clientes merecen ver algo nuevo cada vez que visiten Textos. Rápidamente pasa por los pasillos de Ficción y Literatura de Jill, frente al escaparate de la izquierda. No hay sitio para esconderse junto a la pared lateral (llena de cintas de vídeo, películas en dvd y discos compactos), y los estantes de la zona central solo llegan a la altura de los hombros de un adulto. La sección de Wilf está tan ordenada que se podría pensar que nadie se interesa ya en los credos, en las religiones o en lo oculto, pero cada libro tiene su público... ese es otro lema de Textos, convertido ahora en internacional. Entretanto, la cabeza de Ronnie se mueve de un lado a otro por los pasillos de Géneros de Ficción.

—Nada —dice cuando se encuentra con los ojos de Woody—, solo libros.

Woody no puede evitar tomárselo como algo personal. Nadie debería ser tan poco entusiasta teniendo Textos tal selección de libros que ofrecer; el comentario le

molesta más incluso que la posibilidad de tener a un intruso.

—¿Qué clase de libros lee? —le pregunta.

—Cosas divertidas —admite Ronnie, pasando ahora por la sección de Erotismo.

—La sección de humor está en el lateral.

Aunque Woody va con pies de plomo, Ronnie parece estar combatiendo el pensamiento de que se está riendo de él, así que Woody decide dedicar su atención al fondo de la tienda, donde está la sección Infantil. Parece que alguien hubiera soltado monos en esa zona. No deberían estar así al final del día; tendrá que hablar con Madeleine. Nadie se esconde tras las sillas, tendría que ser un enano para poder hacerlo, pero hay un libro abierto y boca abajo en la alfombra de Textos Diminutos. Es un libro de lectura con palabras de una sola sílaba en una página y una imagen de lo que representan en la siguiente. Seguro que Madeleine no ha podido dejar eso ahí; quizás al caerse activó la alarma. Woody comprueba que no está dañado y lo devuelve al estante. Para cuando se encuentra con Ronnie en Textos Tentadores, no ha descubierto nada más fuera de su lugar.

El guardia los mira de una forma extraña. Parece que algunos *bestsellers* han captado su atención. Woody está a punto de alentar su interés cuando Ronnie suelta de golpe su carpeta contra la pila de ejemplares de *Ringo por Ringo*.

—Toma eso, pequeño mamón.

Por mucho que odie a los Beatles o a su batería, nunca existen excusas para dañar un libro; Woody ve el resultado del ataque. Un mosquito da sus últimos estertores sobre la nariz del famoso músico. Ronnie despega el insecto con el pulgar y luego se lo limpia en los pantalones, dejando un rastro que parece de mocos en la nariz de Ringo Starr.

—Es eso del calentamiento global —murmura Ronnie—. El tiempo ya ni sabe dónde está.

Woody limpia la portada con su pañuelo hasta que no queda rastro del incidente. Está observando como el guardia escribe cuidadosamente una letra en la carpeta cuando comienza a atronar una canción por los altavoces. «*Goshwow, gee and whee, keen-o-peachy...*». Es la primera pista de un disco compacto que la dirección provee con la intención de animar a los empleados cuando están llenando de género una nueva tienda. Woody tiene que admitir que es una de las pocas cosas que le hacen avergonzarse de ser americano. ¿Y por qué se ha encendido? Quizá un error similar en el suministro de energía activó la alarma. Cuando apaga el reproductor que hay bajo el mostrador, Ronnie frunce el ceño.

—Me gustaba —se queja.

Woody ignora la petición implícita mientras el guardia escribe trabajosamente y finalmente le cede la carpeta y un bolígrafo roto por el uso. «Farsa alarma en la librería Texto, 00.28-00.49» es todo lo que pone, además de un manchurrón de tinta.

—Gracias por cuidar de mi tienda —dice Woody, tratando de incorporar el manchurrón a la primera vocal, pero en realidad ahora parece algo parecido al dibujo de un ojo morado.

—Es mi trabajo.

Suena como si Woody hubiera dicho demasiado. Quizá piensa que el encargado no debería tener ese sentido de la propiedad. Woody se ve tentado a revelar que es la primera sucursal de la que es jefe después de haber ido escalando puestos por las de Nueva Orleans y Minneapolis, pero si eso no significó lo bastante para Gina, ¿por qué iba a servir con el guardia? Ya era bastante malo que a ella no le gustara Fenny Meadows, y mucho peor que no supiera decir el por qué. Las impresiones no valen para nada si no puedes o no quieres convertirlas en palabras. No hay duda de que en Misisipi es donde debe estar, este tiempo no va con ella.

—Bueno, supongo que ya hemos acabado por esta noche —dice Woody, dándose cuenta demasiado tarde de que eso solamente va por él.

Ronnie arrastra su sombra hasta llegar a su garita, junto a Frugo, pasando por las tiendas y los locales vacíos, mientras Woody vuelve a encender la alarma. Los focos le hacen daño a los ojos hasta que se sube al Honda, pero no va a permitirse dejarse vencer por su cansancio hasta que no tenga la cabeza sobre la almohada. Saliendo por la incorporación a la autopista, los grafitis en el cemento de los pilares se encuentran con la luz de sus faros; palabras cortas y crudas, pintadas con letras primitivas tan gigantes, sospecha, como diminuto es el cerebro de sus autores. Esa es una clase de cliente sin la que Textos puede sobrevivir, y Woody espera que Ronnie y sus colegas los mantengan alejados hasta que la tienda tenga vigilancia propia. De cualquier modo, está seguro de que sus empleados están listos para cualquier desafío, y eso incluye la campaña navideña; aunque hubieran podido afrontarla con mucha mayor experiencia si la tienda hubiera abierto en septiembre. No pudo hacer nada respecto a eso; las obras del edificio se retrasaron por culpa de los constructores. Ahora en cambio sí puede hacer todo lo necesario y no debe esperar menos de sus empleados. No importa absolutamente nada dónde y cómo viva, si luego no se siente feliz respecto a la tienda. Quizá esa era la razón por la que Gina decidió no trabajar en ella; no le gustaba compartir la pequeña cama, aunque no estuvo fría mucho tiempo. Ese pensamiento le dibuja una sonrisa irónica en los labios mientras conduce por la autopista y la niebla se mezcla con las luces del complejo comercial.

Jill

El Nova de Jill necesita quince minutos para salir de Bury, donde los camiones de reparto han convertido la estrecha calle principal en un circuito de obstáculos. Otro cuarto de hora, apretando el acelerador, la conduce al complejo comercial de Fenny Meadows. La niebla la precede en su camino por el asfalto, y se extiende a través de los verdes y húmedos campos hasta las distantes montañas Pennines, un oscuro friso serrado recortado en el gris horizonte. Aparca detrás de Textos, cuya última letra de plástico parece un gusano gigante sobre el coche. Antes de salir acaricia la fotografía de su hija, colgada en el espejo del parabrisas.

—Podemos con esto, Bryony —dice en voz alta.

El vacío callejón de cemento entre Textos y la agencia de viajes Happy Holidays la conduce directamente hasta los libros de los que es responsable, o al menos hasta poder verlos por el cristal del escaparate. Ficción y Literatura no suena demasiado impactante, teniendo en cuenta que Jake lleva Géneros de Ficción, pero se ha quedado despierta toda la noche anterior intentando idear promociones. Su plan de pensiones se está volviendo séptico, le es imposible dejar de pensar, y todavía tiene que idear una manera de promocionar a Brodie Oates, el primer autor que visitará la tienda. Sus preocupaciones deben de haber encontrado un atajo para llegar a su cara; Wilf parece no estar seguro de cómo saludarla desde detrás del mostrador.

—No te preocupes, Wilf —dice, y se pregunta si él también tiene alguna razón para estar preocupado mientras se dirige hacia la sala de empleados.

La puerta a las sencillas escaleras de cemento se abre para dejarle paso, una vez que pasa su tarjeta de empleada por el lector. Dejando atrás los servicios, uno frente a otro en el pasillo superior de la sala de empleados, no encuentra una reacción especial a su llegada. Aunque Jill llega cinco minutos antes de la hora, el resto de los de su turno ya están sentados alrededor de la mesa de contrachapado de la habitación pintada en tonos verde pálido y sin ventanas. Jill coge la tarjeta del montón de «salidas» y la pasa por la hendidura bajo el reloj, para ponerla después en el taco de «entradas». Cuando Jill se sienta, Connie le dedica una amplia sonrisa digna de un anuncio de pasta dentífrica.

—Ay —dice Connie, arrugando la pequeña nariz chata a causa del chirrido de la silla contra el suelo de linóleo—. No hay prisa, Jill, no llegas tan tarde.

Angus hace el movimiento de tenderle a Jill una copia de la hoja diaria de «artimañas» de Woody, pero retira la mano ante la rapidez de Connie. Por un momento, el bronceado veraniego que ya se está disipando de su cara alargada se torna más parcheado si cabe. Las cifras del fin de semana son las mejores de la tienda hasta ahora, y el nuevo objetivo de Woody es incrementar las ventas los días laborables.

—Si tenéis ideas, pinchadlas en el tablón —dice Connie mientras les entrega a todos una copia del orden de los turnos rotatorios—. Gavin, ese ha sido un bostezo monstruoso, tú te ocupas de las estanterías. Ross, ¿te importaría poner etiquetas de seguridad en todo lo que pase de veinte libras? De precio, no de peso, pero me valen las dos cosas. Anyes, ¿te importaría informar en el mostrador de información? Jill, serás cajera hasta las once.

Espera tener tiempo para recordar las diversas rutinas necesarias para ocuparse de la caja mientras corre escalera abajo, pero Agnes ya necesita ayuda; hay cola. Jill teclea su número de identificación en la caja 2 y frota sus manos para calentarlas.

—El siguiente, por favor.

Una chica delgada a pesar de su embarazo, y ataviada con un impermeable hasta los tobillos, desea comprar seis novelas románticas con su tarjeta Visa. Pasa los códigos de los libros por el escáner, la caja acepta la tarjeta, y Jill recuerda apoyar cada libro en el panel que neutraliza cualquier dispositivo de seguridad que un encargado haya escondido en ellos al azar. Coge una bolsa de plástico de Textos del montón bajo la caja, y esta chirría contra sus uñas cuando mete en ella los libros antes de tendérsela a la cliente.

—Disfrútelos —dice sin olvidarse de sonreír—. El siguiente, por favor.

Su petición invoca a un hombre grande con un sombrero pequeño, de la misma lana rasposa que su traje. El hombre le entrega a Jill un único libro grande sobre aviación militar y un cheque, que debe introducir en la caja para que esta imprima los detalles de la transacción. La caja canturrea para sí, declarando que no va a hacer pedazos el cheque. Al fin, la caja saca la lengua y Jill solamente tiene que comparar las firmas (no es la misma, pero al menos es lo bastante parecida) antes de escribir el número de la tarjeta de garantía bajo el tique expulsado por la caja. La bolsa más grande que tienen apenas puede contener el libro. Justo después de terminar su lucha contra la bolsa, aparece una joven madre sosteniendo a una niña en su brazo izquierdo. La mujer arroja unos cuantos libros en el mostrador junto con un cupón regalo de Textos para reducir su precio a la mitad y una tarjeta Switch. La madre va informando a la niña paso a paso de las acciones de Jill, mientras la caja zumba para sí como un insecto medio despierto.

—Ahora mira, la caja registradora se toma su desayuno y la cajera tiene que darle el pedazo de papel de Patricia, que llamamos cupón. Ahora, la cajera tiene que teclear todos los números de la tarjeta de mami. —Le tiene que explicar varias veces a su hija que Jill no es una enfermera, pero no parece servir de mucho.

—Disfrute de sus libros y vuelva a vernos pronto —dice Jill al fin, arriesgándose a intentar pellizcarle la barbilla a Patricia; la tentativa es vana, la niña se aparta.

—Gracias —dice la joven alegremente, llevándose sus dos paquetes de la tienda.

Jill se permite un quedo pero expresivo suspiro justo cuando Agnes se acerca

furtivamente desde la terminal de información.

—Perdón por dejarte con toda esta gente. —Su voz es poco más que un susurro. Esconde un oscuro mechón de su cabello tras la oreja y revela un rostro pálido y huesudo moteado de rojo por la vergüenza.

—El ordenador parecía no querer ayudarme a encontrar un libro.

—No te preocupes, Anyes, todos estamos aprendiendo —dice Jill, dedicándole una mirada de apoyo.

—Jill llama al cuatro, por favor. Jill llama al cuatro —dice una voz proveniente del techo.

Se siente como si Connie la hubiera pillado ganduleando. Al menos no tiene que utilizar el sistema público para contestar. No le gusta escucharse en los altavoces, dejando al descubierto su acento de Manchester; es como si la voz que oye dentro de su cabeza fuera un vestido pijo que fingiera llevar, o quizá uno lleno de agujeros de cuya existencia no es consciente.

—¿Te importaría irte a comer ahora? Wilf quiere salir a las doce y Ross a la una —le pide Connie una vez están conectadas.

Son solo las once, y Jill trabaja hasta las seis. Al menos podrá terminarse antes la novela de Brodie Oates, y seguramente entonces le surgirán ideas. Se apresura a fichar y abrir el libro mientras el microondas le da vueltas al envase de las verduras con chile de anoche, emitiendo una serie de amortiguados gruñidos metálicos. La portada de la novela es sencilla, solo aparecen el nombre del autor y el título, *Vestir bien, vestir mal*, en diversos tipos de letra; no hay fotografía, solo una aclaración de que es «la primera publicación del autor» en la solapa trasera. Todavía no ha terminado de leer el primer párrafo cuando tiene que mirar a su alrededor para averiguar quién está leyendo por encima de su hombro; por supuesto, el aire frío ventilando su nuca proviene del aire acondicionado, y también agita la esquina de la página. Come directamente del envase con un tenedor mientras lee. ¿Es el final del libro una broma, y si lo es, a quién va destinada? Cuando el hombre, solo en una habitación, se quita la ropa, resulta ser todos los personajes: el detective victoriano cuya presa, un ladrón de joyas, es él mismo disfrazado; el sargento de la Primera Guerra Mundial que al final resulta ser su propia hija, la misteriosa cantante de un club nocturno de Berlín, su hijo y un hermafrodita; y también el detective privado de los sesenta que no podía decidir cuál era su sexo y descubrió tomando drogas psicodélicas que todos estos eran sus parientes, sintonizando con sus congéneres a mitad del libro. A partir de entonces estos comienzan a su vez a echar la vista atrás. Jill pincha con el tenedor la mejor parte, que ha dejado para el final, pero resulta ser una bola de papel de plata camuflada por la salsa. Lo escupe en un pedazo de papel de cocina y lo tira a la papelería, para luego retomar al libro.

Cuando ha acabado de relamerse la última partícula de comida de la boca

descubre que el significado del título del libro escapa a su mente. La persona que estaba a punto de hablar por el altavoz ha decidido de repente no hacerlo, pues el altavoz queda de nuevo en silencio. Seguro que el título tiene que sugerir un modo de promocionarlo, o incluso las iniciales.

—Puede sonar como VBVM... *babum* —piensa en voz alta, e intenta ser más honesta—, ¿es esto un *babum*? Cómprelo y lo averiguará...

Pensándolo durante un momento descubre lo mala que es cualquiera de estas ideas, pero ahora la palabra no se le va de la cabeza; ni siquiera es una palabra que tenga algún significado, es un mero pedazo de lenguaje traqueteando en su cráneo como un tambor o el inicio de un dolor de cabeza. *Babum, babum, babum, babum...* Se alegra de que la aparición de Wilf lo interrumpa, salvo por el hecho de que está de pie en la puerta como si esperara órdenes y asumiera que ella sabe cuáles. Un ceño picudo se dibuja sobre los pacientes ojos grisáceos y la larga y roma nariz de Wilf, antes de que se pasara la mano el rostro delgado pero no exento de atractivo.

—Entonces —dice—, *umm...*

—¿Qué puedo hacer por ti, Wilf?

—¿Crees que por fin puedo escaquearme un rato?

Jill tiene que mirar su reloj para entender la pregunta. ¿Cómo ha podido pasarse una hora entera arriba? Ni siquiera se ha tomado un café para despertar la mente.

—Lo siento, por supuesto, sal —resuella poniéndose prestamente de pie y dirigiéndose hacia las escaleras tan rápido que casi olvida volver a fichar. Al menos está dando todo lo que puede por la tienda. Seguramente, eso es más de lo que se le puede exigir.

Madeleine

—Mira todos estos libros. ¿Cuántos libros piensa Dan que hay? ¿Hay cantidad de libros?

—Cavidad.

—No cavidad, Dan, cantidad. Dan no está en una cavidad. Estos libros no están en una cavidad. La mayoría de estos libros están en estanterías. Esto de aquí son estanterías. Las estanterías son donde se ponen los libros en las tiendas. ¿Tiene Dan estanterías en casa?

¿Acaso el padre del chico no debería saberlo? Debe de pensar que los niños en edad preescolar no tienen por qué. El hombre se da paseos por Textos Diminutos junto a su hijo, hablando por encima de la música proveniente de los altavoces, que incluso Mad sabe que es obra de Händel. Ella está en la otra zona, en Textos Primera Infancia, donde algunos de los libros esparcidos por todos los estantes parecen delgados vagabundos, procedentes de otras secciones, y un ejemplar de Textos Adolescentes está colocado torpemente encima de un estante de cuentos de hadas simplificados. A veces piensa que la única *T* para llamar a esta sección debería ser «Traba».

—Tonterías —grita Dan, riéndose en el mismo tono elevado.

—Estanterías, Dan. ¿Buscamos ahora un libro para Dan? ¿Qué libro le gustaría a Dan?

—Estos —dice Dan, trotando hasta el fondo del pasillo y siguiendo una línea más o menos recta—. Bonitos.

Mad tiene que contener una risita; el niño se dirige directamente a la sección de Erotismo. Ross cruza una mirada con ella desde la sección de Psicología, pero no está seguro de si debe o no responder a su sonrisa, a pesar de que estuvieron de acuerdo en seguir siendo amigos. Cuando ella le responde con un guiño, Ross aparta la vista rápidamente, sin acabar de formar la sonrisa en su rostro. Se está ocupando del niño, que ha sacado *Disciplina Sexual* de un estante inferior, hasta que el padre llega y se lo arrebató de las manos.

—No bonito —dice, soltándolo bruscamente sobre los libros de arte erótico del estante superior, y mira a Ross, que tiene justo detrás a Mad—. Nada bonito.

Se imagina que el hombre ha notado algún rastro de su anterior relación, pero no hay nada de lo que arrepentirse. No van a correr el riesgo de sentirse extraños en el trabajo. Ella se está olvidando de la sólida y sedosa sensación de Ross en su interior, y del gel de ducha al que sabía su pene; ya se ha olvidado de su bronceado rostro cuadrado bajo la rubia cabellera cerca del suyo, a un milímetro de distancia. Le dedica una sonrisa que no pretende ser demasiado secreta y continúa cargando el carro con los libros que se encuentran fuera de su lugar correspondiente. El padre de

Dan elige uno de palabras cortas y sonidos y se marcha con su hijo al son de Händel. Mad está empujando su carro a lo largo de Textos Diminutos cuando se le escapa un «oh» cercano a un «ay»; media docena de estanterías están ahora en peor estado del que se encontraban antes de empezar a ordenarlas.

Ross separa sus labios, a punto de arriesgarse a hablar, y ella recuerda vagamente el aroma mentolado de su pasta de dientes.

—Lo siento —murmura observando el desorden—. No vi cómo lo hacía. No dejaría a mi hijo hacer eso.

—Nunca mencionaste que tuvieras hijos.

—No tengo. Me conoces, soy prudente —se justifica, y un recuerdo le resta color a su bronceado cuando añade—: Quise decir si los tuviera.

—Ya lo sé, Ross —le tranquiliza; si siguieran juntos se hubiera dado cuenta de que bromeaba, pero en estos momentos se pregunta cuántas cosas deben de tener miedo a decirse—. Mejor sigo con esto —dice—. Todavía me quedan libros por bajar.

Espera que haber oído al padre de Dan no la haya vuelto monosilábica. Una vez Ross se ha retirado a su territorio, Mad ordena las estanterías de nuevo antes de echar los libros sobrantes en el carro para ordenarlos y colocarlos en su lugar. Va a toda velocidad, le gusta sentir esa sensación. Cuando se pone la identificación y sale al pasillo de cemento por donde llegan los pedidos, la puerta del montacargas detiene en seco la velocidad de movimientos de Mad.

¿Es el objeto más lento del edificio? Tiene que aporrear el botón dos veces para obligar a descender al amasijo que se esconde detrás de las puertas metálicas. Las puertas tiemblan, al tiempo que una voz femenina amortiguada, que a Mad le recuerda a la de una secretaria, anuncia: «puerta abriéndose». Dos carros han estado de paseo arriba y abajo dentro de esta jaula tan gris como la niebla, pero queda sitio para ella y el suyo. Aprieta con el pulgar el botón de subir y la voz le dice «puerta cerrándose».

—Venga vamos, buen montacarguitas.

Imagina que espera a que ella termine de hablar para comenzar a hacer temblar las puertas y arrastrarlas a su lugar. Todo vibra en el camino hacia arriba, los carros se golpean unos contra otros, asemejándose el sonido al de alguien muy joven aporreando una batería. «Puerta abriéndose», dice la voz al tiempo que la cabina se asienta en lo alto de su recorrido. Las puertas se mueven nerviosas, o puede que solo lo parezca porque Mad está mirándolas fijamente. La frustración hace que parezca que las puertas no se cerrarán nunca. La frustración hace que casi se choque con otro carro cuando al fin llega a la zona de carga. Cuando comenzó en este turno no tardaban más de una hora en cargar y descargar los libros, pero ahora están a rebosar.

Maltratarlos no los va a hacer desaparecer, mirarlos tampoco. Llegan nuevos

libros cada día. Comienza a rellenar el carro tan rápido que no entiende por qué le sobreviene un temblor. Quizá el aire acondicionado le está jugando una mala pasada; no, hay alguien detrás de ella. Se gira y encuentra a Woody observándola desde la puerta de la sala de empleados, en la otra punta del pasillo de estanterías de metal. Debe de haber entrado una bocanada de aire por la puerta que el jefe ha abierto tan silenciosamente. Woody se pasa los dedos por la nuca, bajo su frondoso pelo, como si ocultara allí un interruptor que levantara sus cejas, tan negras como su cabello, y los lados de su boca.

—¿Llevas retraso? —exclama.

—Más vale que no, tomo precauciones —le responde; si hubiera alguien delante de quien esa broma sería adecuada, desde luego no es precisamente él—. No mucho —añade.

Woody avanza pesadamente, pasando junto a los estantes de libros devueltos y dañados y asintiendo sin apartar la vista de ellos. Expresa más paciencia que reproche, pero hay un atisbo de color en su cara alargada y una arruga extra en su frente.

—El público no puede comprar lo que no ve. Nada debería permanecer aquí más de veinticuatro horas.

—Solamente han sido estos —se defiende Mad, buscando torpemente los libros en cuestión, ahora escondidos tras los del pedido de hoy.

—Si crees que necesitas ayuda, habla con el encargado de tu turno —le dice Woody a su espalda.

No la necesitaría si anoche alguien hubiera ordenado su sección durante su ausencia. Preferiría no hablar mal de sus compañeros, ella puede cargar con la culpa sola. Woody la deja descargando sus libros, pero está segura de seguir sintiendo su mirada. Deja escapar una risa nerviosa al volverse y comprobar que está sola en el almacén. Acelera el paso, aunque el carro de los libros hace tanto ruido que no podría oír nada que sucediera a su espalda. Al menos es capaz de meter a duras penas los libros en el montacargas, pulsar el botón de bajar y escapar de allí. No le atrae la idea de encerrarse en la lentitud del montacargas.

Devuelve el carro a su lugar y abre la puerta de par en par, entonces acelera con sus libros antes de que pasen treinta segundos y la alarma se dispare. Para cuando la pestaña de metal choca y la puerta se cierra, Mad ya está en la sección de Adolescentes, donde hay cantidad de libros que tienen que hacer hueco para dar entrada a otros nuevos. No ha dejado de sentirse observada, aunque Ross no la está mirando; está en una caja, y Lorraine en la terminal de información. Woody podría verla desde el monitor de su despacho si quisiera, en tal caso la vería vaciar su carro hasta menos de la mitad antes de su pausa para comer de las seis.

Aparca su carro junto a la puerta de Pedidos y corre escaleras arriba. Los carros

nunca deben permanecer desatendidos en la sala de ventas, no sea que un crío, o cualquier persona, tropiece con uno, se haga daño y demande a Textos (como pasó en Cape Cod). Llena de café, de la cafetera color marfil, una taza amarilla de Textos, y se sienta a comerse su cena de Frugo; ensalada de soja y gambas. Suena delicioso, pero tiene un regusto grumoso que le recuerda a restos de comida de un *picnic* recogidos del suelo. Come directamente del envase sin pensar en ello, ya que al mismo tiempo selecciona preguntas de varios libros para su primer *trivial* para niños. Cuando Jill ficha al final de su turno, Mad le pregunta si son demasiado difíciles.

—Bryony podría responder a la mayoría —dice Jill con cierto orgullo.

—Deberías traerla, puede que ganara.

—Ese día se queda con su padre. —El alargado rostro de Jill es quizá demasiado grave para andar solo por la treintena, y las arrugas alrededor de sus ojos no son precisamente producto de un exceso de sonrisas. Se pasa una mano entre el cabello rojizo, domado solamente por lo corto del estilo de su peinado—. Le preguntaré qué prefiere hacer —dice.

Mad menciona que ella y Ross son ahora solo amigos, y casi todos los del turno de Jill lo oyen. Gavin desata un bostezo que atenaza sus pesados párpados y pronuncia su ya de por sí alargado rostro, acercando la afilada nariz hacia la puntiaguda barbilla. Agnes no parece segura de si mostrarse triste por ella o darle ánimos. Todos fingen no estar pendientes de Ross cuando lo ven subir por las escaleras. Lorraine está cerca de él, detrás, y rompe el incomodo silencio.

—¿Puedo coger libros de tu carro de abajo, Madeleine?

Parece a punto de irrumpir en una carcajada. Mad piensa eso a veces de la risa de Lorraine, que guarda relación con los caballos que suele montar, y su acento, con ambiciones de distanciarse lo más posible de Manchester; su tono parece forzado porque sus brillantes labios son más pequeños de lo que su rostro requiere. Lorraine eleva su ceja izquierda como un arco de signo de interrogación compuesto de vello dorado, y Mad se levanta para alimentar a la papelera con lo que queda de ensalada.

—Lo estoy usando, Lorraine. Ahora voy a seguir con ello.

—No has acabado tu descanso, ¿verdad? Seguro que no quieres pasarte lo que te queda de él en el almacén.

—No, pero necesito adelantar trabajo.

—Dile a la dirección que te conceda más tiempo entonces.

Mad enjuaga la taza sobre el fregadero, que está a rebosar de otras exactamente iguales a la suya y de platos y otros utensilios. La seca con un trapo de Textos y la mete en el mueble sobre el fregadero; al volverse descubre que Lorraine sigue mirándola.

—Si alguien hubiera dejado los libros ordenados anoche y otras noches que yo no estaba, no me haría falta mucho más tiempo —se queja Mad. Lorraine levanta la vista

como si arrojara al cielo una plegaria o estuviera examinándose las cejas, un gesto que provoca en Mad cierta irritación—: ¿Quién se encargaba de hacerlo anoche? ¿Tú, Lorraine?

A la destinataria de la pregunta se le abren los ojos aún más, pero no aparta la mirada de donde está hasta que Gavin dice:

—Creo que sí, le tocaba a Lorraine, ¿verdad?

—Puede ser —le confirma Lorraine, lanzándole de inmediato una mirada feroz—. Recuérdanos qué tiene esto que ver contigo, Gavin.

Su bostezo podría servir como respuesta.

—¿No decías que los empleados deberíamos permanecer unidos, Lorraine? — comenta Ross.

—Dios mío —espetea Lorraine mientras se dirige hacia la puerta—. Si los chicos van a aliarse entre ellos, es mejor que las chicas les dejemos con sus asuntos.

Nadie quiere que parezca que la sigue, sin embargo Mad lo hace y se abre camino hacia el almacén. Se mueve ágilmente, para ser más rápida que nunca, empujando el carro hacia la sección de libros para adolescentes, pero acaba por detenerse en seco, como si alguien la hubiera agarrado por el cuello. Media docena de libros, no, más, han sido girados y colocados con el lomo hacia dentro en los estantes inferiores desde que se salió a su descanso.

¿Ha pensado alguien que sería divertido darle trabajo adicional? Mira a su alrededor buscando al villano, pero no hay nadie. Da unos pasos atrás, lentamente, desafiando a los demás libros a que estén fuera de sus lugares. Ray aparece trotando desde el mostrador de información. Su generoso y rosado rostro mofletudo ha adquirido la expresión paternal habitual de cuando se dirige a una reunión.

—¿Has perdido algo? —le pregunta.

—La cabeza es lo que perderé si tengo que seguir aguantando esta situación.

Ray se pasa la mano por los cabellos pelirrojos, despeinándose más si cabe.

—¿Y a qué viene eso? Estamos luchando por la liga, Mad.

Ya sabía que el fútbol es la segunda cosa más importante en la vida de Ray después de su familia, pero no comprende qué tiene que ver eso ahora.

—Mira lo que alguien ha hecho mientras estaba arriba en mi descanso.

Camina tras ella hasta el lugar del crimen y dirige su mirada hacia donde Mad le señala.

—Bueno, no he visto a nadie. ¿Y tú, Lorraine? Estuviste aquí antes —dice una vez que ha dejado de torcer la boca y tragar saliva.

Lorraine estaba vagando arriba y abajo por los pasillos. No acelera en absoluto para acercarse a la sección de Mad.

—No había nadie —dice, después de una pausa para levantar las cejas.

—No te descartes a ti misma —dice Mad.

—Nunca tocaría tus libros —dice Lorraine, como si fuera demasiado superior a ellos, o a Mad, o a ambos.

—Querrás decir que no los tocarías otra vez, como hiciste anoche.

—Señoras —murmura Ray—. ¿Podemos intentar seguir adelante? No queremos que nadie piense que nosotros los de Manchester no nos movemos al mismo son.

No hay duda de que lo que tiene en mente no es otra cosa distinta a cánticos de fútbol. Las arrugas en la frente de Lorraine evidencian cuánto odia ser asociada con el fútbol y con Manchester, algo que divertiría a Mad si el siguiente paso no fuera hacer la pregunta lógica.

—¿Entonces qué hacías en mi sección?

—Estaba buscando un carro, como ya sabes. ¿Has terminado con este ya?

—Echa una vistazo en el montacargas a ver si hay alguno.

—¿Todo arreglado entonces? —dice Ray esperanzado—. Supongo que antes se te pasaron esos libros, Mad. Solo te llevará un momento arreglarlo, ¿no?

Realmente le lleva bastante rato, pues resultan ser de otra estantería. Antes de terminar de cambiarlos, comienza a sentir los dedos pegajosos, aunque no encuentra una explicación para ello. Lorraine se aleja a paso lento del montacargas, pero Ray se encarga del último libro descolocado.

—Sigue colocando libros en las estanterías hasta que acabes del todo —dice—. Estoy seguro de que eso es lo que quiere el jefe.

Apreciaría la propuesta si no la hiciera sentirse culpable por el trabajo acumulado pendiente. Coloca el contenido del carro en orden y va colocando los libros delante de las estanterías donde pertenecen. Luego, regresa con el carro al pasillo y se desafía a sí misma a colocar cada libro en su lugar correspondiente antes de que cierre la tienda. Hay tan pocos clientes esta noche que pronto todos los empleados (Ray, Lorraine y Greg, rechoncho y de rubia barba) acaban participando en el proceso de colocado de libros y ya no se siente diferente. También ayuda el hecho de que Woody se haya ido a casa. En menos de treinta minutos ha mandado un carro vacío de vuelta hacia arriba y lo ha bajado al poco rato, cargado hasta los topes con los libros que quedaban en el almacén.

Mad balancea su peso de un pie a otro para espantar el frío del pasillo de Pedidos, y entonces oye varios golpes sordos provenientes de detrás de la puerta de metal. No puede evitar pensar en un mono intentando escapar de su jaula, por lo que las palabras del montacargas («puerta cerrándose») suenan como una advertencia. Desearía no estar sola en el pasillo, o al menos eso piensa hasta que la puerta se abre. Debió de cargar el carro más de la cuenta, pues se han caído media docena de libros al suelo. Abre las puertas del montacargas, empujándolas con el carro, y recoge los libros. Alguien ha dejado huellas de barro en el interior de la cabina. Tiene que limpiarse las manos al volver a coger el carro, y con el mismo pañuelo intenta borrar

una marca en un libro escolar de historia. La mancha consiste en algo parecido a una huella dactilar gigante con arrugas en lugar de espirales. Aparte de eso, ninguno de los libros ha sufrido daño alguno. El montacargas se cierra a su espalda justo cuando se dirige a todo correr de vuelta hacia la planta de la tienda con el carro, para acto seguido comenzar a organizar su contenido.

Amontona libros en la moqueta verde y les va buscando espacio en los estantes. En esas continúa durante una hora; si pensara en ello se sorprendería de lo satisfactoria que es la tarea, pero el hecho de tratarse de un proceso cuadrículado es parte del encanto, y algo extraño tratándose de libros. Lo que importa es estar a la altura de su propio desafío, y solo le quedan unos pocos volúmenes que archivar cuando Ray coge el interfono para transmitir un aviso por los altavoces:

—Textos cerrará en diez minutos. Por favor, acerquen sus compras al mostrador.

Dos chicas cogen tres novelas románticas cada una, y un par de hombres, calvos por decisión propia, dejan los libros que estaban hojeando en los sillones. Apenas ha anunciado Connie que quedan cinco minutos para el cierre, Mad coloca el último libro en su sitio, permitiendo que se le escape un suspiro de triunfo. Está preparada para ayudar a repasar la tienda mientras Ray hace guardia a la salida. Se siente absurda por comprobar su propia sección dos veces, mirando por todas partes, como si esperara encontrar a alguien desordenando los estantes inferiores. Por supuesto que no hay nadie agachado en una esquina o arrastrándose por el suelo. Ella es la última en decir «despejado», y se siente más tonta todavía al hacerlo.

Ray teclea el código para cerrar las puertas, al tiempo que Connie usa el sistema de altavoces para decir:

—A limpiar. —Lo exclama a modo de invitación. Carga un carro con las bandejas de cartón de las cajas para llevarlas a la oficina, y Ray se acerca a Mad.

—¿Queda algo por hacer? —pregunta.

—Solo el resto de la tienda —le asegura con orgullo.

Hay varios libros perdidos desperdigados por la sala. El calvo del sillón estaba ojeando una colección de cómics sobre un pene parlante; sin duda sus gruñidos se debían a la risa. Tres películas de terror, protagonizadas por insectos gigantes, han salido de sus crisálidas de plástico y se han colado en la sección de Ciencia. A Mad le supone algún tiempo localizar sus estuches. Una vez que los libros de los estantes de novedades ya han sido devueltos a su redil, la gran masa de ejemplares ha de ser ordenada. Mad desearía no seguir sintiendo la necesidad de echar un vistazo a los suyos a cada rato. Ha perdido la cuenta de las veces que lo ha hecho cuando Lorraine dice:

—¿No deberíamos haber acabado ya?

—Vaya, tiene razón —dice Ray—. Han dado las once.

Mad consulta el fino reloj de oro que le compraron sus padres por su veintiún

cumpleaños, el año pasado.

—No pasa nada por unos pocos minutos más, si la tienda los necesita —comenta Greg.

—Te diré algo, Gregory —dice Lorraine—. Si quieres te regalo mis minutos y tú sigues trabajando.

Ray blande su tarjeta de identificación en el lector junto a la puerta de la sala de empleados. Ray se echa a un lado para dejar a Mad y Lorraine fichar primero.

—Lo siento, se me olvidó avisar de la hora. El ordenador no parece querer dejarme introducir las cifras —declara Connie desde su oficina.

Posiblemente Ray se mosquea un poco ante la afirmación implícita de que mandar a los empleados a casa sea meramente una de las funciones de su trabajo.

—Espero que lo arreglemos —le dice, y precede a los demás hasta la salida—. Conducid con cuidado —aconseja a sus compañeros antes de dejarlos salir, pues hay una gran cortina de niebla a doscientos metros de la tienda, en Fenny Meadows.

El desierto de asfalto, adornado solo con los delgados rectángulos pintados bajo la gigantesca equis de «Textos», brilla ligeramente, como si estuviera embarrado. La superficie exterior de los escaparates se está tornando del color gris del hielo. El aire está cargado con el espeso y lechoso resplandor de los focos. Las luces más alejadas tienen un aspecto más difuminado; las del exterior de Stack o' Steak y Frugo podrían ser lunas atadas con una cuerda invisible al pavimento, la clase de luna borrosa que a Mad le parece un huevo gigante a punto de eclosionar y soltar una horda de arañas. Se da prisa, temblando de frío y caminando detrás de Lorraine para dar la vuelta al edificio y llegar al aparcamiento de empleados del complejo.

Allí está su pequeño Mazda verde, blanqueado por el foco sobre la equis de «Textos». Las sombras provocan que los cinco coches parezcan estar sobre o junto a charcos que han surgido de debajo del cemento. Lorraine se sube a su Shogun antes incluso de que Mad haya abierto la puerta de su vehículo. Greg está esperando dentro de su Austin, y aprieta el claxon como si les diera a sus colegas permiso para irse. Mad deja tiempo al motor para que se caliente y no se cale. Una mancha de luz repta por la pared y parece desaparecer en el cemento; es el reflejo de los faros de Lorraine alejándose.

Cuando Mad pasa conduciendo por delante de Textos, vislumbra una forma borrosa vagando entre las estanterías; Ray, presumiblemente. Sin duda está comprobando si todo está en orden. No puede evitar preguntarse durante cuánto tiempo estarán las suyas en ese estado. Sigue avanzando con su coche, saliendo de la niebla que cae sobre el complejo, y ve las luces de los faros volando como chispas por la autopista. No debería sentirse como si estuviera emergiendo desde un lugar lóbrego. Ahora va a su casa en St. Helens, a su primer pisito propio, a meterse en la cama comprada por sus padres para su estancia en la universidad; con un poco de

suerte disfrutará de nueve maravillosas horas sin pensar en el trabajo.

Nigel

¿Es muy tarde? Han pasado doce minutos desde la última vez que miró; queda poco para las cinco, así que apaga el despertador, no sea que despierte a Laura. Alargar la mano hacia el reloj es como meter el brazo desnudo en un cubo de agua que ha estado acumulando hielo toda la noche. Tan pronto como encuentra y aprieta el botón se refugia en el calor tropical de debajo de la manta, pero no debe arriesgarse a volver a quedarse dormido. Acercándose un poco a ella sin salir del colchón, posa un ligero pero duradero beso en el omóplato de Laura, el cual está tan desnudo como el resto de su cuerpo. Está intentando salir de la cama como puede cuando ella masculla una protesta somnolienta que no es exactamente «noche» ni «no» y alarga la mano para agarrarle el pene.

Su mano parece la representación carnal de todo el calor de debajo de las mantas. Al principio, su miembro pierde laxitud y comienza a endurecerse, deseando despertarla tan lentamente como sea posible, a base de besos. La principal desventaja que tienen los turnos de Nigel en Textos y el de Laura de enfermera (además de su excesiva insistencia, en su opinión, en invitar a compañeros de trabajo y sus hijos a casa) es la falta de ocasiones en las que alguno de ellos no está demasiado cansado. Pero ella necesita dormir, y si cae en la trampa acabará llegando tarde. No puede tener esperando a los empleados de su turno en la puerta de la librería. Aparta amablemente los dedos de Laura y los levanta hasta su boca para besarlos antes de deslizarse definitivamente fuera de la manta y salir de la habitación.

Incluso la alfombra está tan fría como la nieve. No es de extrañar que su pene trate de esconderse como la cabeza de un caracol. Se apresura escaleras abajo todo lo deprisa que puede, sin hacer ruido, y cruza la cocina color caoba para subir la calefacción central. Para cuando ha usado el baño y la ducha junto a la cocina, y se ha puesto la ropa que dejó abajo la noche anterior, el frío se ha ido escapando de la casa. Vuelve arriba de puntillas, con la intención de darle a Laura un beso de buenos días en la frente.

—*Duce idado* —masculla ella—. *Te eo noche.*

Cuando tiene la seguridad de que se ha vuelto a dormir, abandona la casa sin hacer ruido.

Un camión de reparto de leche canturrea su irregular *crescendo* por el pueblo al tiempo que Nigel abre las puertas de la entrada y las del garaje de dos plazas. Si bien West Derby ha sido un suburbio de Liverpool durante más de un siglo, es lo suficientemente tranquilo para ser todavía considerado un pueblo. Da marcha atrás a su Primera, dejando solo al Micra de Laura y cierra el garaje y las puertas. Tres minutos bordeando el límite de velocidad llevan a Nigel a la carretera de doble sentido de Queen's Drive, y menos de diez a la autopista.

Durante más de media hora los humeantes conos de luz de sus faros son su única iluminación. Señales como promesas de un cielo azul (St. Helens, Newton-le-Willows, Warrington) quedan atrás a su paso, y en seguida quedan expuestas a la luz de su faro trasero en el espejo retrovisor. La señal de Fenny Meadows parece menos definida que sus compañeras; en la distancia parece blanca por el moho. Recupera su color a medida que la niebla cae sobre la vía de acceso, dejando más clara su posición en el complejo comercial.

La niebla aletea alrededor del foco, sobre la equis que parece una enorme firma analfabeta en el muro trasero de la librería. Cuando deja el coche, un parche de humedad surge sobre él y permanece allí como un sedimento, pero es una sombra causada por la niebla. Se apresura a cruzar el callejón del mismo color de la niebla y pasa por el escaparate, en el cual cierta cantidad de libros han escapado de sus ahora vacíos pasillos. Teclar parte del apellido de Woody en el panel abre las puertas de cristal, y hacer lo propio con las dos primeras letras convertidas en números sirve para desactivar la alarma.

Tan pronto como Nigel se encierra dentro, comienza a temblar. La calefacción no lleva mucho rato puesta, y algo de niebla debe de haberse colado durante el momento en el que tuvo abiertas las puertas; no está seguro de si las zonas infantiles al otro lado de la tienda aparecen extrañamente borrosas. Se queda quieto, vacilando junto al mostrador, pero no encuentra ninguna excusa para quedarse allí. Es absurdo comportarse así teniendo en cuenta que Laura lidia cada día en Urgencias con heridas que la mayoría de la gente no querría siquiera imaginar. Quizá es mejor que no tengan hijos si esta es la clase de ejemplo que va a darles; un padre al que le asusta la oscuridad. En un acceso de rabia pasa su identificación por el lector junto a la puerta de la sala de empleados.

Las paredes del pasillo son más blancas que la niebla, pero nunca ha tenido claustrofobia. Enciende la luz al tiempo que la puerta se cierra por sí sola, y seguidamente sube corriendo las sencillas escaleras de cemento. Más allá de la puerta, pasando los servicios y las taquillas con los nombres de los empleados, hay una luz, y tiene especial interés en que funcione. Así es, y por un angustioso momento piensa que no está solo en el edificio. Pero no, Wilf, quién si no, volvió a olvidarse de fichar la salida, tendrá que darle una hoja de error de turno. Nigel pasa su propia tarjeta por el hueco y la deja en el montón de «entradas», sobre la de Wilf, antes de enfilarse hacia la sala de empleados.

¿Qué puede poner a alguien nervioso? No las paredes color moho, ni las sillas colocadas en línea recta alrededor de la mesa (salvo una con el respaldo apoyado sobre ella), ni el tablón de corcho con varias hojas de «artimañas» de Woody fijadas con chinchetas; ni el fregadero lleno de platos, tazas y cubiertos sin lavar que deben de tener algo que ver en el leve olor a humedad rancia... Sin embargo esta no es la

habitación donde Nigel pasa la mayoría del tiempo ni en la que se siente más incómodo. Con unas pocas zancadas llega a la puerta de su oficina y la abre.

La luz de la sala también cumple sus expectativas. Tres ordenadores enfrentados a sendas sillas y bandejas llenas de papeles se hacen compañía en un escritorio que nace desde tres partes diferentes de la habitación. Un par de mariposas magnéticas están posadas en el monitor de Connie. El de Ray luce un escudo del Manchester United, y Nigel piensa nuevamente que debería encontrar algo para decorar el suyo; podría hacerle sentir más como en casa. ¿Por qué tiene que forzar esa sensación? Ha estado en lugares sin ventanas antes, pero nunca le ha asustado la oscuridad, ni que las luces fallaran, atrapándole en una negrura tan profunda como las raíces de la tierra. No habrá siquiera un destello del despacho de Woody a través de la pared vacía. Es una gran tontería, y esta es su oportunidad de demostrarlo, aprovechando que no hay nadie. Dios santo, se supone que es un encargado. Entra en la oficina y cierra la puerta tras de sí, luego aprieta el interruptor de la luz con un vigor que le conduce directamente a una instantánea y envolvente oscuridad.

Al andar un poco se trastabilla y decide quedarse quieto. Quiere dar esos pasos; se lo dice a sí mismo. Quiere rodearse más y más de esta oscuridad, para probar que ni la mínima expresión de ella resulta una amenaza para él. Sin embargo, se siente como si hubiera sido arrastrado dentro de un túnel. Ha pasado lo peor, es decir, nada en absoluto, y ahora está sonando el timbre en la entrada. El amortiguado y distante sonido podría estar marcando su victoria o, siendo honesto, su liberación. Quiere dirigirse a la sala de empleados, pero se siente igual que un ciego. No hay ni rastro del contorno de la puerta.

¿Se han fundido las luces tras ella o acaso está mirando en la dirección equivocada? No puede vislumbrarla a su alrededor, pero no debe dejarse llevar por el pánico; la única posibilidad es avanzar hasta topar con una pared. Da un paso vacilante y extiende las manos. La izquierda apenas tarda unos instantes en encontrarse con la porosa frente de algo agazapado delante de ella.

Nigel deja escapar un grito ahogado que le corta la respiración, dejándole sin aliento. Al tambalearse hacia atrás, oye al objeto escabullirse en la oscuridad. Este golpea la mesa con un ruido sordo, recibiendo como respuesta el sonido del plástico de los ordenadores rebotando sobre el mueble. Es entonces cuando se da cuenta de que era una de las sillas con ruedas. Por supuesto, el sonido que escala por las paredes no es más que un eco. Está más lejos de la puerta de lo que creía, pero al menos ahora es capaz de localizarla, con la ayuda del sonido lejano del timbre que alguien está apretando insistentemente. Camina torpemente en esa dirección y casi se choca con la puerta, si no fuera porque detecta un mínimo rastro de iluminación a su alrededor. Busca el picaporte, pegajoso y algo húmedo, sin duda debido al sudor de sus manos. Abre la puerta de par en par y corre, si no huye, escaleras abajo.

Al ver a Nigel cruzar la sala de ventas, Gavin quita el dedo del timbre. No deja de moverse en el sitio, justo detrás de las puertas de cristal; mientras, a su lado, Angus deja de frotarse las manos, aparentemente para no mostrar impaciencia. Los rostros de ambos están rodeados por el halo de sus respiraciones. Apenas Nigel desbloquea la puerta, Gavin brinca sobre el felpudo de «¡A leer!».

—Pareces animado —dice Nigel.

—Siempre alerta, siempre bien, ese soy yo. —Gavin levanta las cejas para subrayar el golpe de humor que Nigel no llega a captar, o en un intento de alzar sus pesados párpados, o quizá es meramente un tic que tensa la piel de su cara puntiaguda.

—¿Y tú qué, Anyus? —dice, dándose la vuelta—. ¿Has dormido toda la noche?

Angus camina con paso titubeante entre los arcos de seguridad frente al embarrado eslogan, y se frota una porción de su larga cara parcheada con tal fuerza que parece estar intentando borrar el bronceado restante del año anterior.

—Ha pronunciado mi nombre como el de Anyes —explica sin saber si debe parecerle divertido o no, y en qué grado.

—Ya nos habíamos dado cuenta, Anyus.

Tras ellos, el Passat conducido por el novio de Jake se detiene, y Jake le da un furtivo beso antes de bajarse.

—Me las veré con las masas mientras ficháis —dice Nigel, mirando la hoja de rotaciones—. Estarás en caja la primera hora, Angus. Jake y Gavin, a archivar.

No hay ninguna masa a la que atender, por supuesto. Nadie ha tenido jamás que abrir el cerrojo para alguien que no fuera un empleado, la compra de periódicos y revistas podrían atraer a clientes más tempraneros, pero Frugo los absorbe y lidera la entrada al complejo. Nigel coge los impresos de pedidos de clientes del día anterior, después se entretiene en alinear libros de la sección de Animales siguiendo la regulación: media pulgada desde el borde. Cuando Angus reaparece, Nigel se dirige al almacén.

El montacargas está demostrando lo bien que pronuncia dos de las tres palabras que se sabe. Mientras Nigel sube las escaleras, resuena un amortiguado chocar de libros en sus carros. Los estantes de devueltos y dañados deben ser despejados, pero primero se deben enviar los pedidos de los clientes. Antes de eso, se envía a sí mismo a la sala de empleados, donde el ligero e irritante hedor está desapareciendo, y enciende la luz de la oficina. Está a punto de sentarse delante de su ordenador cuando advierte que la puerta de Woody está entreabierta.

Eso no es nada extraño. Woody tiende a dejarla abierta si está en su despacho. Cuando Nigel la empuja un poco, el estandarte de béisbol sobre el escritorio se flexiona como un gusano en la penumbra, y queda adherido a la pared de nuevo. Dos de los cuadrantes del monitor de seguridad en la esquina superior muestran también

movimiento: Gavin está de rodillas en Música, y otra figura está en cuclillas en Textos Primera Infancia. Al menos tienen un cliente, aunque la cabeza de la figura, y de hecho todo su cuerpo está demasiado difuminado para que Nigel pueda distinguir ningún otro detalle. Cierra la puerta y se dispone a trabajar en su ordenador.

Manda por correo electrónico la mayoría de las órdenes al almacén americano o al equivalente británico en Plymouth, aunque los editores de una colección de poesía son tan insignificantes que tiene que buscar la dirección y mandar una petición directa. Está a punto de acabar su tarea cuando la voz de Gavin surge desde las alturas.

—Nigel llama al doce, por favor. Nigel, una docena.

Agarra el teléfono para cortar alguna otra posible bromita.

—Sí, Gavin.

—Hay un cliente esperando saber si su orden está lista.

—¿Me das los detalles?

—Está justo aquí.

—Y su nombre es...

—Sole. ¿Cuál es su nombre de pila? —le pregunta al cliente, y a esto le sigue el sonido de una pausa suavizada por una mano cubriendo el auricular—. Es Robert —dice Gavin, y añade innecesariamente—: El señor R. Sole^[1].

¿Es una broma? Cuando Nigel mira el monitor de Woody, ve a un hombre en el mostrador frente a Gavin. Su pelo gris cuelga de una cola sobre su velludo cuello. Nigel abre la lista de clientes en el ordenador. Riddle, Samson, Sprigg, pero ni un solo Sole ni nada que se le parezca.

—¿Me confirmas el nombre? —se atreve Nigel a preguntar.

—Me pregunta sobre su nombre —le pide confirmación al cliente. Otra pausa interfiere con la respiración de Nigel—. Es como dije antes —informa Gavin.

—Voy para abajo —dice Nigel, y se dirige con rapidez hacia las escaleras para evitar que lo repita.

Está casi en el mostrador de información cuando el cliente se gira volteando la coleta en el aire y desprendiendo aroma a astracán. Su labio inferior ayuda al superior a alzarse en una sonrisa al tiempo que se toca el hoyo de la barbilla y extiende una mano tan rechoncha como su arrugada cara moteada.

—Bob Sole.

—Un placer. Nigel —responde este, y rápidamente añade—: Yo me encargo del señor Sole, Gavin. ¿Recuerda por casualidad cuándo ordenó su libro, señor Sole?

—El día que abrieron. Fui casi el primero en entrar por esa puerta.

—Me alegra comprobar que sigue viniendo.

—Ya era hora de que hubiera algo de inteligencia por aquí.

Nigel no está seguro de si se refiere a Textos o al interlocutor, y se obliga a no

apostillar nada al comentario.

—¿Conoce el nombre del autor?

—Sé su nombre, si eso le sirve de ayuda. Bottomley, se llama el tipo. No me pregunte el título del libro.

Nigel teclea el apellido en la búsqueda del catálogo en línea. Al poco surgen los resultados, sacando a relucir títulos como: *En los bosques de Delamere, Historias de un comerciante de Stockport, Asesinatos y caos en Manchester, Poemas para los picos, Campos y canales de Cheshire...*

—¿Podría ser este? —sugiere Nigel, pivotando la pantalla para que el cliente vea su contenido.

—Uno se pregunta cómo puede salir algo semejante de la dura cabezota de alguien, ¿verdad? —replica el señor Sole, presumiblemente refiriéndose a sí mismo—. ¿Puede hacer otro intento?

—Lo haré en cuanto vuelva a la oficina. Me temo que su orden de algún modo se ha perdido en el sistema, lo siento.

—No es culpa de ninguno de sus empleados.

No obstante, una vez le ha dictado a Nigel una dirección en Lately Common y este ha impreso el recibo, el señor Sole examina cuidadosamente su copia antes de doblarla y metérsela en el bolsillo. Ahora mismo es el único cliente; de hecho, Nigel no notó cuando dejó de haber alguien en Primera Infancia; la sección estaba desierta cuando bajó. Le enseña su identificación a la pared y se apresura de vuelta a su ordenador.

Tiene puesto un protector de pantalla que no ha visto antes. Muestra la imagen de varias figuras haciendo una danza o algún tipo de rutina repetitiva; parece que no ha cargado del todo, porque es demasiado grisácea y borrosa. Presiona una tecla para deshacerse del espectáculo y busca prensa de Manchester. Manda la orden del libro de Bottomley y mira el monitor de seguridad para comprobar si el señor Sole está esperando para saber si su pedido está en orden; no es así, la clientela se limita a dos hombres calvos en los sillones. Ambos están mirando fijamente al estante más cercano, como si los lomos de los libros fueran suficiente lectura, hasta que uno levanta la cara, como un pez sacando la boca de la superficie de un estanque.

Es momento para el deleite secreto de Nigel. Se pregunta a veces si todo el mundo tiene una manía tan tonta que le mortificaría que se descubriera. La suya es comportarse como un vándalo con los libros dañados o imperfectos; quizá necesita ese desahogo por el hecho de ser encargado. Los estantes son un alboroto de sonidos discordantes cuando corre por el almacén buscando un carro, dentro del cual introduce media docena de cintas de casete estropeadas y más del doble de esa cantidad en libros. Rueda con ellos hasta su parte del escritorio de la oficina y se dispone a examinar su tesoro.

No va a adjudicarle a ninguno de los empleados la responsabilidad de los problemas con los casetes; no hay dos cintas con un mismo número de identificación de empleado. Pone las iniciales de «película borrosa» o «cinta borrosa», o simplemente «borrosa» en las hojas de Razón de Devolución, y mete las cintas en una caja con dirección al almacén de Plymouth. Los libros tienen más razones para abandonar la tienda (fragmentos enteros de texto están repetidos, o la impresión está torcida y se sale de la hoja) y Nigel despedaza con gusto los lomos, lanzando luego a cada uno de los desgraciados al interior de la caja; es entonces cuando descubre que uno de ellos resulta ser *Campos y canales de Cheshire*. Está a punto de deleitarse en honor del señor Sole, pero entonces ve que la parte medular del flaco volumen, incluyendo algunas páginas en las cuales solo puede distinguir las palabras Fenny Meadows, está impresa con una tinta tan corrida que parece haber estado bajo el agua. Arroja el libro dentro de la caja y abre el ejemplar más caro, cien libras de pinturas de Lowry. ¿Dónde está el recibo de la devolución? Hojea las pesadas páginas, pasando los paisajes urbanos tan emborronados que podrían ser imágenes de arcilla con insectos revoloteando a su alrededor, sin embargo no falta ninguna. No hay nada malo en el libro excepto la cubierta de la portada que Nigel ha arrancado, y las páginas que se soltaron de las costuras al tirar el libro en el carro. Se ha cargado uno de los libros más caros de la tienda.

No debería haber estado en el estante de Devueltos, pero eso no le absuelve de no haberlo comprobado. Coge un recibo y escribe que el libro fue dañado durante el transporte. Casi podía ser cierto; en realidad la portada está arrugada. Justo en el momento en el que está colocando el libro en la caja con un mimo tardío, Woody entra en la sala de empleados.

¿Ya empieza su turno? La reacción entre sorpresiva y culpable de Nigel provoca que al libro se le caiga media cubierta, y al intentar cogerla en vuelo lo rompa más aún. Cuando guarda torpemente ambas partes en la caja, Woody se acerca a mirar.

—Vaya, eso sí que es un estropicio —comenta.

¿Se refiere al precio o un americano no diría una cosa como esa?

—Llegó así —responde intentando no tartamudear.

—¿Vamos a ver muchos iguales?

Sea cual sea el aspecto de la cara de Nigel, lo único que siente es como hierve.

—Este es el primero —se obliga a responder.

—Todos debemos ser cuidadosos. No podemos vender libros que no tenemos —dice Woody, y se pasa la mano por su cabello cortado a cepillo como si estuviera comprobando cuánto le ha crecido la noche anterior, o quizá intentando simplemente componer su siguiente pensamiento.

—¿Cuánto tiempo tarda en disiparse la niebla por aquí?

—Parece estar quedándose más de lo habitual por las mañanas.

—Parece que está manteniendo a los clientes a raya. Puede que tengamos que reconsiderar nuestros horarios —comenta, y se echa atrás un paso para en seguida detenerse en seco—. ¿Quién ha entrado en mi oficina? —pregunta.

—Fui yo, pensé en echar un ojo a los monitores de seguridad mientras tú no estabas.

—De vez en cuando me tomo un descanso, me has pillado —responde, y antes de que Nigel decida si debe explicarle que no se trataba de una crítica, Woody añade—: No, hiciste bien —dice justo antes de encerrarse en su despacho.

Nigel sella la caja con cinta adhesiva y la mete en el carro. La envía abajo en el montacargas y después la deja en el pasillo para que la recojan luego. Acto seguido, vuelve a subir a toda prisa para tabular el resto de informes del existencias. Ya no le resulta molesta la falta de ventanas en la habitación, pues ahora hay alguien cerca. Sin embargo, cuando se está sentando, la voz amortiguada de Woody le deja perplejo. Debe de haberle oído volver y le está llamando. Como Nigel no sabe qué está diciendo no sabe cómo responder. Emite un sonido poco audible, o quizá poco convincente.

—Vamos a tener que quedarnos aquí más tiempo —fue lo que dijo Woody, pero ahora solo queda el silencio.

Agnes

—Agnes, por favor, llama al nueve. Lo siento, quiero decir Anyes. Anyes, por favor, llama al nueve.

Agnes sospecha que algunos dicen su nombre mal a propósito, pero Jill no. Pega la última esquina del anuncio de *Pasa calor en invierno* al final de la estantería de Viajes Europeos antes de apresurarse a llegar al teléfono cercano a la sección de Humor. Quizá un niño perdido ha estado jugando con él; el auricular está pegajoso. Agnes lo sostiene entre el índice y el pulgar.

—Hola, Jill —dice.

—Lo siento otra vez. Me olvidé de cómo se usaban los altavoces por un momento. Hay muchas cosas que recordar, ¿verdad?

—Espero que pronto no tengamos ni siquiera que pensar en ello. ¿Qué querías?

—Tu padre está en la línea uno.

—Gracias, Jill —dice Agnes, apretando con el pulgar el botón de la línea uno—. ¿Hola?

—Annie. Está allí, June. ¿Estás de una pieza, Annie?

—A pesar de todo. Algo pálida y arrugada, pero intacta.

—Siempre nos pareciste guapa. Deberías pensar más en ti misma de todas formas. Busca alguien con quien ir a algún sitio durante un par de semanas si no quieres ir sola, o si no, unas cuantas sesiones de rayos uva te vendrán bien.

—Sí, papá —dice Agnes para no reavivar la discusión. Sus padres la llevaron por todo el mundo cuando era pequeña, pero ahora están demasiado frágiles para viajar, y le preocupa dejarlos solos durante largos periodos de tiempo. Hacerles creer que se ha ido de vacaciones no es una solución que le agrada, sería como admitir que quiere irse.

—En fin —dice—, recuerda que se supone que no debo recibir llamadas personales al trabajo.

—Pensé que las llamadas prohibidas eran las de los amigos. No sabía que eso también se aplicaba a la familia.

—Espero que siempre seamos ambas cosas, ¿pero pasa algo urgente?

—Hubo un accidente en tu autopista hace un rato, lo vi en las noticias. ¿Cuál es la situación por ahí?

Agnes se da la vuelta para agacharse sobre el teléfono y echa una mirada a los pasillos con escaparate al fondo. La niebla que oculta al supermercado refleja las luces de freno de un gigantesco camión que sale del complejo.

—Está un poco oscuro —admite.

—No te oigo, Annie. Sabes que nuestro oído ya no es lo que era.

—Digo que hay algo de niebla, papá. Tendré cuidado cuando vuelva a casa. Sé

que eso es lo que quieres.

—No creo que sea mucho pedir.

Distingue el dolor bajo el hilillo de voz, la soledad que él y su madre nunca admitirán, pues sus amigos son demasiado viejos para ir de visita; los que siguen vivos.

—Por supuesto que no —le asegura—. Tú y mamá cuidad el uno del otro hasta que llegue a casa.

—Podemos hacerlo incluso durante más tiempo.

Esto podría ser el comienzo de otra de sus trifulcas familiares que no llevan a ninguna parte, porque se sienten tan estresados por evitar herirse mutuamente que miden cada palabra y se andan con pies de plomo. Está ansiosa por terminar la conversación sin darle motivos para sentirse rechazado, y entonces oye la voz de Woody cerca. Vuelve su mirada hacia el ordenador junto al teléfono y teclea las primeras palabras que se le vienen a la cabeza: Fenny Meadows.

—Bueno, no tienes por qué —dice entretanto—. Sabes que siempre vuelvo a casa.

—Pobre niña; salvo que ya no eres una niña, aunque queramos considerarte como tal.

—Siempre seré vuestra niña —promete Agnes, y siente como si estuviera luchando por salir de una corriente de emociones que ha crecido hasta ser dolorosa—. De verdad, debo seguir trabajando, dale un beso a mamá de mi parte.

—Puede que hagamos algo más que eso —dice, debiendo de saber que a ella le resulta incomodo escucharlo. Al menos se nota que hay algo de vida en ellos, y puede colgar el teléfono tranquila. La pantalla del ordenador se ha puesto negra, el reflejo de alguien se acerca para ver por qué. Sin embargo, cuando vuelve su rostro culpable, no hay nadie detrás de ella. No había visto a ninguna figura borrosa alzándose desde la grisura después de todo. Un momento después Woody se aproxima, pero desde su derecha.

—¿Algún problema, umm, Anyes?

—Se ha bloqueado.

—Prueba a apagarlo y encenderlo.

Le da al botón en la torre del ordenador, y la oscuridad total se cierne sobre la pantalla.

—¿Qué buscabas? —dice Woody mientras esperan.

—Solo la... la historia de esta zona.

Aprieta el botón por segunda vez, sintiendo la mirada escrutadora de Woody sobre ella. Se intenta convencer a sí misma de que es poco probable que él sepa con quién estaba hablando.

—Es para la persona con la que hablabas hace un momento, ¿verdad?

—Correcto. Quiero decir que tienes razón, sí.

—No veo dónde has apuntado su número para devolverle la llamada.

—Dijeron, *eh*, dijeron que iban a salir. Volverían a llamar en un rato... sí, eso dijeron.

—Coge siempre un número —le aconseja Woody, y por fin, traspasa su mirada de su rostro a la pantalla, la cual se ha vuelto azul mientras el ordenador busca errores.

—Cuando acabes aquí, ¿te importaría echarle una mano a Madeleine con las preguntas? —le pide, y se dirige al mostrador con el ceño fruncido—. Echa un ojo por si se aglomeran los clientes, eso que vosotros los británicos llamáis «cola».

Hay más de una docena de clientes en la tienda, pero sospecha que la mayoría son los padres de los niños que se están reuniendo alrededor de Mad en Textos Adolescentes; niños de edades demasiado diversas para competir los unos contra los otros en algo que no sea hacer ruido. Al tiempo que el ordenador carga los iconos, Agnes teme que Woody se quede a ver como ella se obliga a fingir una búsqueda. Teclea Fenny Meadows en la pantalla antes de que él se dirija a la puerta junto al montacargas. Cuando está segura de que no va a volver, finaliza la búsqueda, la cual no ha conseguido ningún resultado, y camina apresuradamente hacia la sección Adolescentes.

—¿Qué quieres que haga, Mad?

Mad levanta su rostro ovalado y de ojos avellanados, y echándose hacia atrás los rizos que le llegan hasta los hombros, se da unos golpecitos en los labios con su dedo rechoncho; es la fase previa a la articulación de una idea.

—¿Podrías llevar a algo más de la mitad de ellos al otro extremo para hacer el concurso?

—Me llevaré a los pequeños, ¿vale?

—Si te sientes niñera de acuerdo. Trataré de mantener el orden mientras tú bajas algunas sillas.

Agnes pasa la identificación para subir a la sala de empleados. Ross está en su descanso, y Lorraine está sentada a su lado, tan cerca que casi ocupa su silla. Se gira, como si su cara fuera arrastrada hacia arriba por sus doradas cejas. Ross por el contrario espera que Agnes se conforme con verle la nuca.

—Solo es Agnes —le tranquiliza Lorraine—. Anyes, como nos hace decir.

—No lo hagas si es mucho inconveniente.

—Hay cosas peores por aquí. ¿Vienes a tu descanso?

—No, estoy ayudando a Mad.

—¿Quieres decir que ella te ha mandado subir? —dice Ross, girándose para encarar a Agnes.

—Eso ha hecho.

—A veces pienso que nos manda a todos subir —dice Lorraine con su voz similar

a una carcajada a punto de estallar.

Ross no se aparta de su tema.

—Si eso es lo que ella llama seguir siendo amigos...

—Me ha mandado para que coja algunas sillas para el concurso.

—Deberías haberlo dicho.

—Lo acabo de hacer. Aquí solo necesitamos una de momento, ¿verdad? Se supone que solo uno de nosotros tiene que estar en su descanso a la vez.

—Ya es hora de que algunos nos quejemos —dice Lorraine, esta vez con poco rastro de la incipiente carcajada en su voz—. No sé los demás, pero a mí no me gusta estar sola aquí arriba.

—Si me lo permites cogeré esa silla, Lorraine.

Lorraine apoya las puntas de sus dedos en el hombro de Ross al levantarse.

—Ahí tienes tu sillita, Agnes. Te veo luego, Ross.

Parece incómodo hasta el momento en que la puerta del almacén se cierra tras ella, es entonces cuando se levanta de un salto.

—Espera, cogeré unas cuantas —dice apilando cinco sillas mientras Agnes coge cuatro. Camina hacia el almacén cargando con ellas a duras penas, y allí está Lorraine arrojando libros a un carro, haciendo más ruido una vez repara en su presencia.

—¿Bajo contigo? —le pregunta Ross a Agnes.

—Ya has acabado tu descanso. Gracias, Ross —añade por encima de la voz del montacargas.

Al tiempo que la puerta se está cerrando le ve acercándose despreocupadamente a Lorraine.

—¿Quieres que te eche una mano a ti también? —dice, tan coquetamente que Agnes chista su disgusto. El sonido de la conversación se va apocando y difuminando a medida que el montacargas va bajando. Antes de que este se haya asentado en el límite inferior de su recorrido, ya ha dejado de oírlos. El aparato le dice que se está abriendo con una voz más lenta que la última vez; quizá la cinta o cualquiera que sea la cosa encargada de emitir la grabación se está estropeando. Las puertas tiemblan como si fueran pedazos grises de tierra, momentos antes de abrirse automáticamente, y Agnes las bloquea con las sillas. Se desliza afuera y las arrastra consigo, poniendo un pie después del otro con cuidado hasta conseguir llevarlas a la sala de ventas, donde son recibidas por un grito de Mad.

—¡Ya está aquí la señora de las sillas!

Casi todos los niños gritan de alborozo, murmurando «por fin», aunque añadiendo alguna palabra de más.

—Fingiremos no haber oído eso, ¿verdad? —dice Mad sin mirar a nadie directamente—, y asegurémonos de no decirlo de nuevo. Agnes, mejor te llevas a los más pequeños antes de que se les ensucien los oídos más aún.

Agnes no está segura de que solo los mayores dijeran la palabra, pero coge seis sillas del montón para llevarlas a la zona más alejada. Una niña pequeña que estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas salta para ponerse en pie y coloca un libro en lo alto de un estante.

—¿Te ayudo a llevarlas?

—Esta es Bryony, la hija de Jill —informa Mad a Agnes.

—Gracias, Bryony —dice Agnes, inclinando el montón de sillas hacia ella para que coja una—. Vosotros cinco venís conmigo.

Dos chicos se quejan.

—No somos niños pequeños —objeta el más rechoncho de los dos.

—Jovencitos, entonces —dice Mad—. Ojalá nos llamaran a nosotros eso, ¿verdad, Anyes?

—No somos eso tampoco —dice el larguirucho, bufando por la nariz como si estuviera a punto de escupir.

—¿No seréis adolescentes, verdad? Tenéis que serlo para estar en mi concurso.

—¿Nos echáis una mano a mí y a Bryony? —sugiere Agnes—. Apreciaríamos la ayuda de dos jóvenes caballeros, ¿verdad, Bryony?

Cada uno de los chicos coge a desgana una silla y marchan tras ella. Prefiere ignorar la palabra que masculla uno de ellos cuando nota que los está conduciendo a Textos Diminutos. Una vez están todos sentados, les da lápiz y papel.

—¿Listos? —dice con más entusiasmo del que muestra cualquiera de los participantes, exceptuando a Bryony—. Escuchad atentamente. Número uno.

Se pregunta si Mad le dio la hoja equivocada, pero luego comprueba que las cuestiones sobre literatura están destinadas al grupo de edad al que está preguntando. También hay preguntas sobre grupos musicales, que responden todos los niños, y de deportes, que provocan una guerra de abucheos y cánticos cuando se refieren al Liverpool o al Manchester. El error de Mad parece haber sido poner demasiadas preguntas sobre libros, pues solamente Bryony intenta contestarlas todas. Los chicos que querían pasar por mayores se cargan sus papeles y los lanzan por ahí junto con sus lápices antes de irse a curiosear por la sección más cercana. Agnes está repitiendo la pregunta literaria por si acaso alguno de los oponentes de Bryony quiera hacer una conjetura tardía, cuando los chicos comienzan a competir en ver cuál grita más. La mayoría de las palabras que dicen tienen dos únicas sílabas, pero las más largas son como mínimo igual de malsonantes.

—Disculpad, ¿podéis dejar de hacer eso? —grita, rodeando a toda prisa la estantería.

—No nos grites —dice el larguirucho con suficiencia—. Solo estamos leyendo tu libro.

Es imposible, están en Textos Diminutos.

—No lo creo —dice Agnes—. Dádmelo inmediatamente, por favor.

El niño está deseoso de hacerlo, y al momento descubre por qué. En las páginas de la izquierda hay una imagen y en las de la derecha una única palabra para definirla, pero las palabras han sido tachadas y sustituidas por garabatos en mayúsculas que forman los términos que los niños estaban gritando. Bryony la ha seguido y Agnes toma una rápida decisión.

—Bryony, te confío esto para que se lo lleves a tu mamá, no mires dentro. Dame tu hoja de respuestas para que no se estropee. Dile a mamá que el libro está garabateado.

Bryony abraza el libro contra su pecho, dirigiéndose al mostrador para buscar a Jill, pero está a medio camino del pasillo de Religión cuando un hombre la aborda.

—Eso es un poco infantil para ti, ¿no? Más que un poco. ¿Qué interés tiene? Vamos, puedes enseñármelo.

—Se supone que debo llevárselo a mamá, papi.

Agnes se está enfrentando a los chicos.

—Ahora decidme la verdad. ¿Escribisteis todo eso, verdad?

—No lo hicimos —protesta el larguirucho—. Estaba en el suelo.

—Ni siquiera tenemos boli.

—Regístranos si no nos crees.

—De todos modos no se te permite tocarnos. Además, nunca tendría un boli. No sabe escribir.

—Ni tú tampoco.

—No he dicho que supiera.

—Deja de decir que yo no sé, entonces.

Todo esto lo dicen sazonándolo con algunas de las palabras que gritaban antes, junto a una selección de las otras que estaban diciendo justo antes de eso. Agnes les ha dicho ya dos veces que es suficiente cuando Jake aparece trotando, agachando su ancho y regordete rostro plagado de pecas y parpadeando con unas pestañas que Agnes estaría orgullosa de poseer.

—Seamos educados, chicos —les sugiere—. Hay señoras delante. Y también otros chicos.

El dúo le mira boquiabierto.

—¿Por qué hablas así? ¿Eres maricón? —es más o menos la respuesta del chico larguirucho.

—Eso es lo que soy, y estoy orgulloso de ello. Eso es todo, me temo. Fuera de aquí hasta que aprendáis a comportaros.

Los chicos miran las manos que ha alargado para cogerlos.

—Aparta tus sucias pezuñas —advierte el rechoncho, y Agnes sospecha que ha debido de oírsele a su madre, si no fuera por una palabra de más, pero quizá eso

también.

—Diremos que intentaste tocarnos, sucio pedófilo —añade el larguirucho, entre otras cosas.

Agnes se mete las respuestas de Bryony en el bolsillo del vestido y agarra a los dos chicos por los hombros.

—No tendrá mucha lógica decir eso sobre mí, ¿verdad? Vamos, o...

Los chicos se escapan de su agarre y enfilan hacia Psicología.

—Nos has tocado. Te la has cargado —grita uno con alguna otra lindeza añadida, mientras tiran libros de los estantes superiores en su huida. Jake corre tras ellos, saltando sobre Jung, pero ya han salido de la tienda; se supone que los empleados no deben perseguir a los maleantes fuera de las instalaciones, pues Textos no está asegurado contra nada de lo que pueda suceder después, así que Jake vuelve renqueando junto a Agnes.

—Los pondré como una vela —dice Jake.

Una madre observa la escena con recelo. Mientras Jake recoloca los libros, como si fueran pájaros caídos del cielo y se sintiera responsable por ellos, Agnes coge las hojas de respuestas de los chicos. Su único contenido son dibujos que se avergonzaría de ver en cualquier pared de la calle. Se los mete en el bolsillo de donde ha sacado la hoja de Bryony y recoge el resto. Bryony los ha ganado a todos por una docena de respuestas y vuelve a tiempo para verlo.

—Esta jovencita es la ganadora —dice Agnes, mostrando la prueba.

Los otros poco a poco van encontrando a sus padres. Está a punto de llevar a Bryony a que recoja su premio cuando Woody aparece por la puerta de la sala de empleados.

—¿Por qué ibas tras esos chicos, Jake?

La madre de antes hace oír su aprobación tácita a la pregunta, al tiempo que Jake muestra un libro de texto con el lomo roto.

—Tenían la boca muy sucia —responde—. Los perseguí hasta la salida y esta es su venganza.

—Hay demasiados daños en esta tienda.

Woody suena tan acusador que no es sorprendente que Jake evite mostrarle el resto de volúmenes destruidos. Agnes está deseando que la reyerta acabe, pero en ese instante, la madre arrastra a su joven hija hasta Woody.

—¿Es usted el encargado? —pregunta.

—Ese soy yo, señora. ¿En qué puedo ayudarla?

—Creíamos que habría un concurso.

—Tengo entendido que tuvimos uno. Siento si se lo ha perdido, pero estoy seguro de que volverá a...

Otra mujer de rostro incluso más severo lleva a un hijo colgado de cada brazo.

—¿No se supone que no debe dejar a los empleados o a sus familiares concursar?

—No creo que la tienda tenga una política específica al respecto, pero creo que...

—Entonces debería —objeta, y mueve a sus hijos como si fueran los muñecos de un ventrílocuo—. Decidle lo que me habéis contado.

Los tres niños comienzan a gritar, pero la voz aguda de la otra niña triunfa sobre el resto.

—La madre de la que ha ganado trabaja aquí.

—Y dices que la organizadora cogió sus respuestas y las escondió, ¿verdad? —apunta su madre.

—No escondía las preguntas, estaba cuidándolas mientras Bryony era tan amable de llevar un libro estropeado al mostrador —dice Agnes para protegerse tanto a sí misma como a Bryony.

—¿Más libros dañados? Dios santo —dice Woody, frunciendo el ceño en dirección a Jake.

—Apuesto a que eran libros a su cargo —murmura la madre de los chicos señalando a Agnes.

—Lo siento si ha habido un malentendido —se disculpa Woody, y Agnes supone que está a punto de defenderla hasta el momento en que añade—: Si tienen la amabilidad de llevar a sus hijos al mostrador, todos ellos tendrán su premio. Eso incluye a cualquiera que participara en este concurso.

Al tiempo que las madres y su poca meritoria parentela se dirigen al mostrador, Woody se acerca a Jake.

—Quizá podrías intentar no ser tan obvio cerca de los niños —dice en voz baja.

—Más hétero, quieres decir.

—Eso que dices no tiene razón de ser, ¿no crees? Tenemos una política de igualdad de oportunidades.

—Al menos intentaré ser más discreto, ¿mejor así, no? —espeta Jake, y dándose una última satisfacción, añade en un tono más alto—: Por cierto, no me van los niños.

Woody le mira durante un momento antes de seguir a la comitiva hasta el mostrador, y Agnes vuelve a ser consciente de la presencia de la hija de Jill.

—Ven conmigo, Bryony. Sigues siendo la ganadora. Asegurémonos de que obtienes tu premio.

Jill está teniendo algunos problemas repartiendo cupones mientras Woody observa. Quizá esté distraída por ver a su exmarido y a Connie en la sección de Erotismo.

—No me lo digas, me acuerdo yo sola —le está diciendo Connie—. Oriente/Occidente, ahí es donde trabajas.

—Y estuviste en la fiesta en la que fuimos todos de cuero.

—Guárdame el secreto —murmura, tocando con un dedo los labios de él y con

otro los propios—. Bueno, ¿puedo ayudarte en algo?

—He venido a recoger a una niña pequeña, en cuanto acabe de reclamar su premio.

—Una niña con suerte.

Agnes observa como Jill se está conteniendo para no explotar e intenta distraerla.

—No te olvides de Bryony, Jill —es todo lo que puede salir de su mente, repentinamente lenta en el procesado de ideas.

—Tendrás que esperar tu turno, Bryony, como el resto.

—Eso iba a hacer —se siente obligada a puntualizar Agnes, validándose en una caja. Está aplacando a una de las madres con un cupón cuando otra, la de los dos chicos, se dirige a Woody:

—¿Tendremos que volver?

—No, a menos que lo deseen, señora. Esperemos que lo haga.

—Su empleada parece no querer darnos los premios.

Jill no levanta su feroz mirada de la caja registradora.

—A esto le pasa algo.

Cuando Agnes mira, no ve ningún símbolo reconocible en la pantalla de Jill, solo aparecen fragmentos, como delgados huesecillos esparcidos por todas partes. Quizá es porque la está mirando desde un ángulo lateral, porque Woody cancela la transacción y consigue rápidamente asignar los cupones.

—¿Podemos pillar vídeos? —pregunta un chico.

—Nuestros cupones son válidos para todo lo que vendemos, señora.

—No leen mucho —confiesa la madre.

—Jamás lo hubiéramos imaginado, ¿verdad, mami? —dice Bryony en voz no demasiado baja.

Jill sonrío levemente, pero el silencio de Woody es tan espeso como la niebla de afuera. Le da el cupón de Bryony a su madre, al tiempo que Connie enfila hacia arriba, dejando al padre de Bryony a su suerte en el mostrador.

—Llevaré a Bryony a que elija su premio, ¿de acuerdo? —le sugiere a Jill su ex.

—Estoy segura de que es muy capaz de elegir por sí misma.

—Estaré con ella de todas formas, me hace sentir necesitada —dice, volviendo los intensos ojos marrones hacia su hija, que toma su mano.

—Si hay algo que necesites recordar, házmelo saber —dice Woody mientras Jill los observa retirarse a la zona opuesta de la tienda.

—No se me ocurre nada.

Woody respira profundamente, es algo parecido a un suspiro haciendo el camino inverso.

—No discutir con los clientes en público sería una. Casi nos demandan por eso en Florida.

A Agnes le sorprende el hecho de que esté reprendiendo a Jill en público. Al parecer se da cuenta, pues el tono de su voz cae en picado.

—Rutinas de mostrador —consigue apenas articular.

—La caja estaba jugándonos una mala pasada.

—Ya lo sabemos para otra vez. Sí, Agnes, Anyes. ¿Estabas esperando algo?

—Pensé que querrías ver esto —dice, pasándole el libro garabateado del cajón de libros defectuosos bajo el mostrador.

Agacha la cabeza al ver la primera página. Cuando habla parece estar dirigiéndose a las entrañas del libro.

—Necesitamos tener una actitud mucho más vigilante.

—Me pregunto si el que lo hizo también garabateó en otros.

—Madeleine puede comprobarlo mientras tú acabas con tu sección.

Agnes no quiere darle más tarea a Jill. Bryony y su padre están volviendo al mostrador, y los llama con un gesto para evitar que Jill se busque más problemas. Bryony le entrega un libro de poemas de la sección de Adolescentes.

—Has sido rápida —comenta Agnes.

—Mi papá me va a llevar a comer a Chester y luego al zoo.

—Quizá veas algunos rituales de apareamiento —dice Jill—. Te reirás al ver lo que hacen los animales cuando se encuentran.

—No creo que estemos en la temporada —dice el padre de Bryony.

—Algunos parecen estar calientes todo el año.

Woody emite un sonido a medio camino entre un gruñido y una tos, pero solo Bryony lo mira. La caja que usa Agnes reacciona muy lentamente, o quizá es el tiempo el que transcurre despacio. La máquina se demora en regurgitar el cupón usado para que pueda guardarlo en el cajón; los datos pasan por la pantalla a la velocidad de un objeto flotando en el barro. Está a punto de comentárselo a Woody cuando la caja escupe un recibo. Lo guarda en la bolsa de Textos que le tiende a Bryony.

—La traeré de vuelta el domingo a la hora de la cena —le dicen a Jill.

—Te estaré esperando, Bryony. Duerme bien. Piensa que eres alguien especial —dice Jill, y encara a Woody, desafiándole a decir algo.

Agnes va de camino a su estantería, Woody la sigue.

—¿Anyes? ¿Alguna llamada? —la aborda, y Agnes se vuelve para encontrarse con su mirada impaciente—. ¿Volvió a llamar tu cliente?

—Todavía no.

—No importa, mientras tengas algo listo para él cuando lo haga.

—No quedará decepcionado —responde, ansiosa por convencerse a sí misma tanto como a él.

La conversación completa con su padre se está repitiendo en su cabeza, dejándole

poco hueco para los demás pensamientos. Mientras coloca guías de viaje en la repisa, bajo su publicidad de vacaciones invernales, observa a Woody ayudando a Mad a subir las sillas de la sala de empleados, y piensa en lo soleado de los lugares que aparecen en los libros. La mitad de lo que se muestra invita a la gente a visitar países que nunca han visto, pero eso es parte del trabajo. Cuando esté en casa podrá recrearse pensando en las vacaciones pasadas con sus padres. Afuera, la niebla se está acercando a la tienda, y la luz del sol es un mero recuerdo, uno que Agnes decide que no es momento de sacar a colación justo ahora. Los recuerdos no arrojarán luz sobre la grisura que es Fenny Meadows. Los recuerdos hacen a la grisura parecer ansiosa por seguir oscureciéndose.

Wilf

—Niebla de verano.

—¿Disculpe?

—Niebla de verano, ¿no era? *El sueño de una noche de niebla de verano*, de Speakshape.

—Ah, ¿es una parodia?

—Casi tanto como tú. ¿Te estás quedando conmigo o realmente no me reconoces? Es muy triste. No deberías olvidar los viejos tiempos.

—Perdone, yo...

—Slater. Espero que pensaras que me parecía a Staler. Fred Slater, y tú eres Lowell. Wilfred Lowell, pero antes firmabas como Wildfred Wellow o alguna mierda parecida, ¿verdad?

Wilf ya lo recuerda. La cara de Slater no ha envejecido mucho en diez años, pero ahora tiene algo más de carne pálida colgando. Todavía abre tanto la boca que al hacerlo el resto de su cara se estira, mientras espera que su víctima pille la broma. Wilf se pregunta si esta vez le pinchará, le dará un manotazo o un puñetazo para conseguir la reacción deseada, como solía hacer cuando sus pupitres estaban el uno junto al otro en la escuela.

—He estado divirtiéndome.

—Nunca pareciste divertirte mucho cuando no sabías deletrear.

—Bueno, pues ahora sí.

—Todos nos hubiéramos reído mucho si nos hubiéramos enterado de que querías trabajar en una librería.

Fred nunca había leído un párrafo más de lo necesario. Era Wilf el que estaba tan hambriento de lectura que se sentía desfallecer, hasta que el tutor de dislexia le enseñó cómo saciar su hambre.

—¿Y qué es de ti? —dice Wilf—. ¿Qué has hecho con tu vida?

—Quizá oigas algo sobre mí una noche de estas.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—¿No te gusta saber de tus viejos amigos?

¿De verdad cree que fue alguna vez su amigo? La amabilidad de Wilf es como una carga pesada sobre el fino hielo, y está a punto de romperlo.

—Si me perdonas, debo...

—Espera. Tienes que ayudarme, soy tu cliente.

Nigel mira a Wilf desde el otro extremo del mostrador, donde está la caja a la que se acaba de incorporar, y Wilf se muestra digno del lugar donde trabaja.

—¿Cómo puedo ayudarte entonces? —se obliga a preguntar.

—Empieza por escuchar —dice Slater, provocando luego una pausa que deja

patente la escasamente audible música ambiental antes de decir—: Hola señor Lowell. Me pregunto si es consciente de cómo los cambios en el clima pueden estar afectando el lugar donde vive.

—No lo sé, no creo que...

—Los inviernos son cada año más lluviosos. ¿Puedo preguntarle cuando comprobó por última vez su capa impermeabilizante?

—No tengo ninguna —dice Wilf triunfal—. Vivo en el piso de arriba.

—No se crea a salvo. Lo que está pasando puede afectarle. ¿Cómo lo estoy haciendo de momento?

—Me temo que no voy a comprar nada.

—¿En qué parte crees que fallo? —dice Slater, su cara colgando como la de un sabueso—. ¿Cuál es tu secreto como vendedor?

—No sé si tengo uno. —Teme que Slater le delate ante Nigel; es el viejo problema de Wilf, incluso cuando hace algo bien. Siente como su yo adolescente está desesperado por esconderse en su interior—. Simplemente disfruta de ello —sugiere.

—Lo hago. ¿Entonces vas a enseñarme lo que necesito?

—¿Y qué crees que es?

—Psicología —sugiere Slater, y Wilf hace ademán de salir de detrás del mostrador—. Psicología de televentas.

No hay nada que le guste más a Wilf que llevar a los clientes a los libros que quieren y ponérselos en las manos, pero esta vez no puede ir directamente a una sección. Podría ser Psicología o bien Ventas. Lo intenta averiguar tecleando en el motor de búsqueda de la pantalla de información. No ha terminado de hacerlo cuando Slater se aúpa sobre el mostrador y prorrumpe en una risilla sofocada idéntica a las que solía contagiar a todo el mundo alrededor de Wilf cuando este leía.

—No se escribe así —indica Slater.

—Lo sé.

Wilf borra la palabra, y se mira con cuidado los dedos al teclear. *P, s, i, c, o*. Cuando la ha escrito entera levanta la vista, y encuentra en la pantalla la palabra «Piscología».

—Lo has vuelto a hacer —casi grita un contento Slater—. Suena a alguien meando.

Nigel le da su bolsa a un cliente y se acerca a ellos en el mostrador. En este momento, la divertida expresión que su rostro rubicundo tiende a mostrar, como si esperara oír una broma en cualquier momento, se parece demasiado a la de Slater.

—¿Algún problema, Wilf?

—El ordenador está haciendo tonterías. Mira lo que pasa —dice Wilf, y repite el proceso de nuevo—. Eso hace, no hay ni siquiera el mismo número de letras.

—Déjame ver —dice Nigel, agachando su brillante calva sobre las teclas—. Mira,

parece haberse arreglado solo. ¿Era psicología?

Wilf se queda mirando la palabra.

—Quería algo de televenta —dice Slater.

—Intenta en Ventas, Wilf —le aconseja Nigel, cediéndole el sitio delante del teclado.

V de vil, e de estúpido, n, t de tierra, a, s de Slater. Wilf no está seguro de cuánto le lleva pensar las palabras, pero se siente incapaz de teclear hasta el momento justo antes de hacerlo. Al fin, levanta los ojos y ve la segunda palabra en la pantalla: «Vetnas».

—Has visto lo que he tecleado —protesta.

—Ahora lo he visto claramente —dice Nigel, tomando el control del teclado. Un leve crepitar de dedos y el problema queda solucionado, «Vetnas». Baja por la lista de títulos surgidos de la búsqueda y se detiene en *Llama y vende*.

—¿Tenía en mente una cosa parecida? —le pregunta a Slater.

—Puede ser.

—Por desgracia no tenemos existencias, pero estaremos encantados de pedirselo —dice Nigel, regresando a la caja para atender a otro cliente.

Al menos está demasiado ocupado para oír a Wilf murmurar:

—¿Estás seguro de quererlo? Si lo pedimos debemos exigirte que te comprometas a comprarlo.

—Veamos cómo lo pides entonces.

Todo lo que puede hacer Wilf es seguir la rutina.

—¿Has pedido algo antes con nosotros?

—No sabía que estabas aquí. Ahora que lo sé me verás muy a menudo.

Wilf abre la ventana de pedidos en la pantalla y observa cómo copia automáticamente los datos del libro. El ordenador parece volver a funcionar bien, hasta que escribe el nombre de Slater. Por apropiado que parezca *Slyter*^[2], no es correcto. Con el ratón, destaca la vocal, apretando el botón con un dedo pegajoso por el nerviosismo. La pantalla le ofrece los datos de otro Slater que ha hecho un pedido en la tienda. Los descarta pulsando la tecla efe.

—Mejor pon mi nombre completo para no mezclarlos. Pon Freddy, así me llaman mis amigos.

A Wilf se le ocurre otra cosa que le gustaría que le hicieran a Slater, también empezando por efe. Teclea con la esperanza de deshacerse pronto de semejante zángano. No puede más que mirar cómo se forma la palabra.

—Ese no soy yo —se burla Slater.

Lo mismo otra vez, «Frígido» aparece en la pantalla. Wilf siente las manos llenas de arena, además de húmedas, cuando aprieta las teclas correctas.

—Solo te falta mi dirección, ¿verdad? —dice Slater—. Es Knutsford Road en

Grappenhall.

Wilf aporrea las teclas y es como si le pincharan las yemas de los dedos. Tiene la sensación de estar intentando atrapar el lenguaje, pero este se le está escapando de las manos y no puede alcanzarlo.

—Kuntsford^[3] no —ríe Slater con malicia—. No es ahí donde vivo.

A Wilf le suena bien, y está a punto de decirlo. Cambia de lugar las letras y teclea Road, enfrentándose entonces al último escollo. Gusano, Rastrero, Anormal, Patán, Pendenciero, Excremento... Las palabras son tan propias para la situación que se tiene que concentrar en guardárselas para sí, pero puede que tal esfuerzo haya confundido a sus dedos. En la pantalla aparece algo demasiado primitivo para ser una palabra: «Glparenplah». Borra algunas letras y teclea otras, con la mirada de Slater clavada en él como la humedad a la tierra. Al fin, la palabra queda escrita correctamente, y Wilf está a punto de preguntarle el número de su casa.

—Quizá no es ese el libro que busco —dice Slater.

—Me dijiste que sí —protesta Wilf, recordando las palabras anteriores de Slater.

—Tu tienda va a hacerme comprarlo aunque cuando lo tenga entre las manos no me guste, así que mejor no me arriesgo. No te preocupes —dice tanto para Nigel como para Wilf—. Tendré muchas cosas que preguntarte la próxima vez.

Wilf aprieta los puños bajo el mostrador, esperando que a Slater le duela la espalda por la intensidad de su mirada. Nigel se le une cuando aún mantiene clavados los ojos en el lugar donde estaba Slater.

—¿No hiciste la venta?

—No creo que tuviera la intención de comprar. Solo estaba divirtiéndose.

—¿Podemos comportarnos con un poco de profesionalidad? —dice Nigel bajando la voz.

Los puños de Wilf están todavía escondidos, pero teme que su secreto no.

—¿Qué estás...? —tartamudea—. ¿Qué he...?

—Sabes que no debemos discutir con los clientes en público.

Slater estaría encantado de saber que le ha causado incluso más problemas a su víctima. Wilf aprieta los dientes y se pasa la lengua por el paladar para impedir que salgan las palabras que le aporrearán el cerebro.

—¿Te sientes cómodo usando el ordenador? —dice Nigel.

—Estoy bien, estaré bien. Ahora estoy bien.

Cada protesta parece convencer menos a Nigel. Permanece allí junto a él hasta que Wilf está a punto de preguntarse si siente alguna aversión hacia las escaleras. Al fin, se dirige hacia la salida que conduce a la sala de empleados, dejando a Wilf solo en el mostrador. Es la oportunidad de Wilf para demostrarse que puede usar el ordenador cuando nadie lo mira. Cualquier cosa valdrá; los viejos tiempos, ya que Slater los ha sacado.

Tecllea la primera letra y un extraño brillo aparece desde el fondo de la pantalla. Debe de venir de los focos, porque proyecta la silueta de alguien asomado en el escaparate. El borroso cuerpo grisáceo desaparece cuando la cabeza asoma por la parte baja de la pantalla. La forma no tiene rostro reconocible y Wilf tiene la desagradable sensación de que los rasgos han sido aplastados y borrados contra el cristal. Se gira pero no ve a nadie tras el sucio ventanal; solo un coche que se aleja, dejando un rastro rojo sangre de la luz de frenos mientras avanza por el húmedo asfalto. Quizá uno de los tres arbolillos frente a la cortina de niebla que cubre la mitad del asfalto se las arregla para proyectar su leve sombra cien metros hasta la pantalla. Esta aparece ahora vacía, excepto por la solitaria O escrita poco antes por Wilf.

Vale, intentemos, escribir, juntos, otros, sonidos... No importa que la sentencia sea ridícula; nadie le oye murmurando para sí. Lo único que le importa son las letras en la pantalla, las cuales están en el orden correcto. ¿Puede teclearla sin asignarles palabras a las letras? Puede, y de nuevo lo hace. Deja caer la cabeza hacia atrás, aliviado. Greg se acerca briosamente a él, colocándose a su lado.

Greg mira la pantalla y se atusa la barba rojiza.

—¿Has terminado? —parece sentirse con derecho a cotillear.

—Solo probaba una cosa, es todo tuyo.

—No es para un cliente.

—No concretamente.

—Se puede hacer —dice la voz de Greg, pero antes de borrar la frase de la caja de búsqueda sus ojos indican levemente que, a pesar de la entonación, era una pregunta—. Te vas ya entonces, ¿verdad? —dice incluso con menos convencimiento—. No queremos que la siguiente persona se pierda parte de su descanso.

Lo que sí debe de querer es ser encargado, pues suena igual que uno con demasiada frecuencia.

—Voy a Frugo, por si alguien me busca —dice Wilf.

Estaba tan ansioso por terminarse la segunda novela de esta semana antes de salir de casa que olvidó coger la comida del frigorífico. Sale de Textos a paso rápido, descubriendo que la niebla se ha acercado más. Coger su abrigo solo le robaría tiempo. Se rodea el pecho con los brazos con fuerza, y camina a largas zancadas; pasa junto a Happy Holidays surcando la niebla del mediodía y dejando un rastro similar al de un caracol por la acera. Luces difuminadas se pasean por la oscuridad, las de los focos, por supuesto, pues los coches están parados. Por encima de su cabeza, los focos parecen setas alargadas deformadas por la niebla. Está vaga por el brillo de los edificios que ocupan las tiendas, y empaña los escaparates, acumulándose sobre los coches aparcados como si fuera un gigantesco suspiro. Figuras compuestas de huesos pintados destacan en la parte frontal de los bloques desocupados; grafitis rodeados de

garabatos que apenas son palabras. Ese es el paisaje que rodea a Wilf justo antes de entrar en Frugo.

Los muros y el techo del supermercado están tan exentos de colorido como los focos cubiertos de niebla. Una música amortiguada vaga por el aire mientras los silenciosos empleados reponen el género en los blancos pasillos. Wilf coge un cesto verde y se dirige con él a la rudimentaria sección de delicatessen, coge un paquete de *sushi* y lo lleva a la caja más próxima. La cajera, que lleva una bata similar a la de un dentista y tiene los ojos caídos por el peso del maquillaje, apenas le mira cuando le entrega el *sushi*, metido en una bolsa tan fina como un silbido. El contenido se le clava en las costillas cuando cruza los brazos y se dirige a la puerta de cristal, que por un momento parece que no se va a abrir a tiempo.

El camino de regreso más rápido es a través del aparcamiento. La niebla retrocede a su paso mientras marcha por el asfalto. Afuera, la oscuridad parece más sólida; le recuerda a unas tripas, una espesa masa de carne blanquecina que se aparta poco a poco para exponer los huesos en su plenitud. Son solo arbolillos haciéndose compañía mutua sobre unos segmentos de césped que alivian la negrura del pavimento. Al poco, son sus únicos acompañantes, pues la niebla ha borrado las tiendas de la vista. Siente como le acaricia el rostro, simulando una tela de araña extendida desde las ramas sin hojas de los arbolillos por los que está a punto de pasar. Mientras se frota la cara con su mano libre, la bolsa se le escurre del pecho. Un pie se le resbala en el césped plagado de hojas caídas, y el otro lo sigue. En el momento que todo su peso cae fuera del asfalto, una boca se cierne sobre él.

Es como si el paisaje se hubiera plegado sobre sí mismo para atraparlo. Los fríos y pegajosos labios hinchados atenazan sus tobillos y se lo van tragando lentamente. La niebla le envuelve, y amortigua sus gritos de auxilio antes incluso de que pueda proferirlos. Es entonces cuando consigue escapar de la zona embarrada, y es capaz de oír los labios relamerse mientras se tambalea por el asfalto. Era solo barro, casi se grita a sí mismo por su estupidez pero ¿por qué era tan profundo? Aparte de sus zapatos, un palmo de sus calcetines y del dobladillo del pantalón se han ennegrecido. Avanza por la niebla hasta que esta se aleja de la librería.

Cuando pisa el letrero de «¡A leer!», Greg se acerca a él desde el otro lado del mostrador.

—Por Dios santo, ¿qué demonios has estado haciendo?

—Dando un paseo por ahí detrás —responde Wilf sintiéndose atrapado por su propia estupidez antes de dar con la frase—. Buscaba comida.

—Cualquiera pensaría que has estado en el bosque. No creo que debas dar vueltas por aquí de esa guisa, ¿no crees?

La boca de Wilf se abre antes de pensar en una respuesta educada o simplemente calmada.

—No pensaba hacerlo —es lo único que se le ocurre decir.

Se limpia gran parte de la tierra de los zapatos con la bolsa del supermercado y se la da a Greg.

—¿Puedes tirar esto a la papelera mientras intento llegar arriba sin que me despidan?

En su dificultoso caminar por la tienda, su zapato izquierdo no cesa de repetir un sonido demasiado reminiscente de la fanfarria infernal que es incapaz de contener cada vez que va a un baño público. Tiene que andar con los dedos de los pies del pie derecho hacia arriba mientras se levanta la rodilla derecha del pantalón para que el sucio dobladillo no le toque los tobillos; no es de extrañar la mirada suspicaz de Greg y la risita de dos niños pequeños a su paso. El dobladillo se le queda pegado a la pierna mientras pasa su tarjeta por el lector de la sala de empleados. Incluso después de encerrarse en el silencio de la habitación se siente observado y estúpido. Se remanga la pernera del pantalón y deja el *sushi* en la mesa para dirigirse entonces a lo que algunos de los empleados, incluido Woody, han empezado a llamar la sala de los hombres.

La luz se enciende con un zumbido parpadeante. ¿Quién tiene la culpa del estado de este lugar? Pedazos de papel manchados de suciedad están esparcidos por el suelo y atascan el fregadero. Tiene que usar un montón de toallas de papel para que se vayan por el retrete, luego coge un rollo de papel casi entero para frotarse el barro de la ropa. No deja de distraerle la absurda idea de que si levantara la vista y mirara al espejo comprobaría que no está solo. Por supuesto, a su espalda solo está la pared vercosa. Una vez se ha deshecho de gran parte del barro, se sienta en la sala de empleados con un viejo amigo, *Guerra y paz*.

Está alimentándose con el *sushi* y saboreando la primera frase del libro cuando oye voces en la oficina.

—Olvidé decirte algo, está dándome vueltas en la cabeza, Jill —dice Connie.

—¿Está muy mareado?

—Eso hubiera sido más gracioso si no hubieras dicho el muy.

—Lo siento. Torpe de mí. ¿Está mareado?

—Es menos gracioso la segunda vez. Tengo las fotos del autor, si puedes colocar hoy las promociones sería genial. Pon tu imaginación a trabajar.

—Lo ha estado haciendo mucho últimamente.

—¿Tienes algo que decirme?

—No sé qué quiero. Mejor dejémoslo.

—No, no lo dejemos. Mira, Jill, si hubiera sabido que estabas casada con Geoff...

—No tiene nada que ver conmigo, así que no te preocupes por mis pensamientos.

—Eso es muy... disculpa, ¿qué?

—Iba a decir que los sentimientos de mi hija son otro tema.

—¿Es probable que venga mucho por la tienda?

—No mucho, no lo creo. Menos aún si la tienen vetada.

—Seguro que eso no pasará. ¿Intentamos dejar los asuntos del hogar en el hogar? Eso es lo profesional. ¿Por qué me miras así?

—Por un momento no estaba segura de a qué te referías.

—¿Ya sí? Perfecto. Aquí tienes a Brodie Oates. Te voy a dar un escaparate. Consígueme toda la clientela que puedas.

—No sé si seré tan buena en eso como tú, Connie.

En el silencio que sigue a esa frase, Wilf se imagina a ambas mujeres haciendo como que no tienen ni idea de a qué se refiere Jill. Está a punto de hacer notar su presencia con algún ruido cuando Jill abre la puerta. Las dos lo miran como si hubiera estado escuchando a escondidas, lo cual es cierto. Se llena la boca de *sushi* y se refugia en el libro.

«*Eh bien, mon prince...*». No puede pasar de ahí con la mirada de las mujeres clavada en él, e incluso cuando la puerta se cierra y se oye el ruido de Jill descendiendo por las escaleras, su mente sigue enganchada a esas palabras. Sabe que Tolstoi está demostrando que el francés era la segunda lengua de la aristocracia de la época napoleónica, pero ese pensamiento no le ayuda. Se recuerda el gozo que fue poder leer un libro, uno al día a veces, pero el recuerdo no llega a la altura de sus sentimientos; es como si la grisura, una combinación de telarañas y niebla, se hubiera asentado en su cerebro. *Abian, mon prans... A Bi An... A Babor... A Nadar...* ¿es esto culpa de Slater? Culpar al viejo enemigo solo le priva del tiempo necesario para recuperar el control sobre sí mismo. Se mete un poco de *sushi* en la boca seca y traga con dificultad al notar por su reloj que lleva varios minutos leyendo la misma línea. ¿Puede dejarse seducir por la historia recordando lo que pasa? ¿Los romances, el duelo, las reuniones de sociedad, la caza y las batallas, antes que a las personas? Cuando vuelve a la lista de personajes al principio del libro, los nombres no significan para él más que unas manchas de barro.

Bezuhov, Rostov, Bolkonsky, Kuragin... Suenan a consonantes raspándose las unas contra las otras, a lenguaje intentando sostenerse pero fallando en el agarre. Sabe que es su mente la que está haciendo eso mismo, y eso es aún peor. Cuando vuelve a leer el primer párrafo, los nombres comienzan a perder su forma, llenando su cabeza de pedazos de una sustancia demasiado primitiva para tener un significado. ¿Son estos la causa de que no pueda leer más de una frase a la vez y le lleve tanto tiempo entender cada una que ya se le ha olvidado el sentido cuando ha llegado al final? El párrafo tiene menos de ocho líneas, y sin embargo no lo ha podido terminar para cuando pincha el último pedazo de *sushi* del envase de plástico. Sus ojos se esfuerzan de nuevo con las primeras palabras y la voz de Greg aparece sobre él, queda pero aumentada.

—Wilf llama al doce, por favor. Wilf llama al doce.

No hay teléfono en la sala de empleados. Connie le hace un guiño que contiene un rastro de la mirada que le dedicó anteriormente junto a Jill. Mientras trastea torpemente el teléfono de Ray, casi despega el banderín del Manchester United del monitor del ordenador.

—¿Qué quieres, Greg?

—¿Estás a punto de bajar? A Angus le toca su descanso, pero ya le conoces, no quiere decírtelo él mismo.

—Mi tiempo no ha terminado aún, ¿verdad? —le pregunta a Connie.

—No puedo decírtelo sin mirar la parrilla. Es cosa tuya controlar el tiempo.

Solo estaba intentando hacer las paces con ella. Mira su reloj con la intención de decirle a Greg que está equivocado y de paso que ella lo oiga, pero resulta no ser así. Wilf se ha pasado casi una hora intentando leer un párrafo. Siente como si su cerebro se hubiera encogido hasta tener el tamaño del de un niño dentro de su inútil y enorme cráneo, y se encontrara allí desesperado, intentando esconderse para no arriesgarse a decir ni una sola palabra más.

—¿Entonces, qué le digo a Angus? —insiste Greg.

Puedes decirle que en el futuro llame él mismo, y esto es lo que pienso de ti... es lo que no dice Wilf; en su lugar murmura:

—Bajaré enseguida.

—¿Has tenido ocasión de ordenar tu sección, Wilf? —pregunta Connie cuando ya casi está fuera de la oficina.

—¿Qué ordenar? Quiero decir, ¿ordenar qué?

—Estaba algo descuidada la última vez que le busqué un libro a un cliente.

No está descuidada en absoluto. La ordenó anoche y todavía tuvo tiempo para ayudar a Mad con Primera Infancia. Arroja el envase del *sushi* a la basura y el tenedor al fregadero y corre escaleras abajo.

—Solo un segundo —le dice a Angus desviándose para echar un vistazo a sus libros.

Si están desordenados, no ve de qué forma. Las biblias están todas juntas, y los libros sobre ella a su lado. Cualquier cosa de ocultismo está en Ocultismo, las filosofías en Filosofía, incluso aunque no pueda centrar su mente en los títulos más extensos y abstrusos. ¿Están ordenados los libros por autor dentro de sus categorías? Cuando se da cuenta de que no puede contestarse a esa pregunta, se siente abrumado por un escalofrío tan intenso que le deja helado en el sitio. Mira impotente al montón de libros, al tiempo que Greg sale de detrás del mostrador. Se dobla junto a Wilf como un atleta esperando el pistoletazo de salida mientras el odio en la mirada de Angus deja patente sus pensamientos.

—Wilf... —le urge Greg.

—Lo siento, Angus. Estaba distraído.

Aún lo está, más todavía cuando descubre que no puede leer los lomos de sus libros desde detrás del mostrador. Es por culpa de la distancia. No significa que no sea capaz de leer. No tiene problemas para atender a los clientes, usar la caja es ya tan instintivo como conducir, lo que le devuelve parte de la confianza hasta que se pregunta si eso le convierte en poco más que una extensión de la máquina, que actúa sin necesidad alguna de usar su cerebro. Ahora mismo no está ansioso por probarse a sí mismo en la terminal de información, y se alegra de que nadie le pida que la utilice. Para cuando Jill le releva en el mostrador, se siente con ganas de volver a casa con sus propios libros pero ¿le seguirán sus dudas?

Andar arriba y abajo por los pasillos no le aporta nada nuevo. El húmedo dobladillo del pantalón le planta un frío beso en el tobillo, un paso sí y otro no. ¿Se está simplemente convenciendo a sí mismo de que los libros están desordenados porque se fija en ellos con demasiada intensidad, igual que hace cuando no puede descifrar una frase al leerla? Se está empezando a sentir observado, aun sin ver al dueño de la mirada. ¿Corre peligro de traicionar su secreto a los monitores de seguridad del despacho de Woody? Puede superar de nuevo su dificultad si así debe hacerlo, ahora es mayor y más sabio. Se obliga a darle la espalda a su sección. Su turno acabó hace quince minutos, y le esperan los libros de los que está invadido su piso en Salford. Una vez allí podrá relajarse, y será capaz de leer. Será capaz de leer.

Jake

Sean detiene lentamente el Passat sobre tres plazas del aparcamiento exterior de Textos y posa su cálida, firme y levemente rechoncha mano en la rodilla de Jake.

—Sé bueno hasta la noche —susurra sin que su voz se eleve por encima del murmullo del motor.

—¿Y qué pasa con ellos, Sean?

Le dedica a Jake una sonrisa que se desafía a sí misma para resultar perceptible.

—Sé tan malo como quieras.

Jake piensa que momentos como este son la razón por la que siguen juntos. Se siente feliz de regodearse en esta sensación mientras el gas que escapa del tubo de escape juguetea con la niebla que danza alrededor del coche, sin embargo, Sean aparta la mano y la coloca en el volante.

—Te recogeré a las siete, entonces. Mejor entra ya antes de que el tío del uniforme se ponga a gritar.

El nuevo guardia está de pie en la entrada como un gorila de disco, exhalando vapor por la boca como un dragón. Jake espera que Sean solo se sienta culpable por haber aparcado mal. Le planta la mano en la mejilla, áspera por el obstinado rastro de barba, y lo acomoda para darle un beso lleno del dulce sabor a tabaco de pipa. Tras él, Jake observa al guardia, sacando hacia fuera su labio superior, que intenta encontrar un bigote inexistente que se una a su gesto desaprobatorio. Este es una de las razones por las que atrae más hacia sí a su compañero, pero Sean se separa antes de que Jake haya tenido bastante.

—¿Harías algo por mí?

—Lo que sea —dice Jake, deseando que el guardia lo escuche.

—Mira si tenéis algún libro que pueda usar para el próximo curso y cómpramelo si es así.

—No estaría seguro de cuál comprar.

—Bueno, Jake, creí que me estabas escuchando en la cena —le riñe; se ha convertido de repente en el profesor juguetonamente severo del que se enamoró en la clase nocturna que Sean daba sobre los gays en Hollywood, y Jake se siente la mitad de joven que él, aunque ambos tienen treinta años—. Te dije que impartiría clases sobre los melodramas de los cincuenta —le recuerda.

—En serio, preferiría que miraras tú mismo. No tienes clase hasta dentro de una hora.

—Me gustaría ver dónde trabajas —admite Sean, dando marcha atrás con el coche.

Jake adora sus arrebatos impulsivos, pero esta maniobra podría ser peligrosa por culpa de la niebla, que es más densa en Fenny Meadows a cada corto día que pasa de

este invierno. La niebla los sigue a duras penas cuando Sean aparca con un simple movimiento del volante. Los dos salen del vehículo al mismo tiempo, y van de camino a Textos cuando Jake se agarra las caderas como queriendo destacar lo rápido que se ha detenido.

—¿Qué ven mis ojos?

Tres caras con tan poco color en ellas como la niebla miran desde el escaparate, con la misma expresión engreída una tras otras, como haciendo cola para conseguir una peluca. Cada una de ellas está sobre un montón de copias de *Vestir bien, vestir mal*, de Brodie Oates. A su lado, un cartel pone: «¿Qué quiere decir? Averígüenlo el próximo viernes».

—¿Vamos? —dice Sean.

Le está proponiendo que entren en la tienda. Cuando llegan a la entrada, el guardia se interpone en su camino.

—Espero que os comportéis como es debido aquí dentro —dice en un tono tan bajo que podría parecer que no ha dicho nada.

Jake se ha encontrado con gorilas peores que este.

—¿Cómo nos íbamos a comportar si no? —dice dulcemente, tomando a Sean de la mano.

Sean no se aparta, pero tampoco aprieta la mano de Jake. A veces es tímido fuera del ambiente gay de Manchester. Jake siente como le sube la temperatura, quizá por vergüenza o por furia hacia lo que el guardia dice a sus espaldas.

—A eso me refería. No necesitamos de eso aquí.

—¿Necesitamos? ¿Quiénes? —pregunta Jake incluso más dulcemente.

—Es uno de «vosotros» —le dice Sean al guardia, apretando la mano de Jake.

La cara del guardia se pone tan roja que a Jake le recuerda a un semáforo cambiándose repentinamente.

—Joder, no lo es. No me lo trago.

—Tú no —dice Sean, decidido a pasarlo bien—, yo sí.

Jake se está preguntando por cuánto tiempo van a poner a prueba el grado de rubor en la cara del hombre cuando pasa Lorraine, ataviada con unos anchos pantalones de pana. Su cola de caballo se menea y luego se alza cuando se gira en el felpudo de «¡A leer!».

—Trabaja aquí —dice.

El guardia hace una mueca cuando el pelo de ella le roza la mejilla.

—¿Quién?

—No me importaría que fuera cualquiera de ellos, pero me refería a él. ¿Vienes arriba, Jake?

—Debo hacerlo —dice Jake sin separar su mano de la de Sean hasta que no pasan el felpudo—. ¿Estarás aquí cuando baje? —desea en voz alta.

Un resto de niebla líquida destaca en las pestañas de Sean, hasta que se lo quita con la yema de un dedo.

—Me aseguraré de estar.

Angus está en pie detrás del mostrador sin prestarles mucha atención, una queda vergüenza parece ser su estado natural. Mad seguramente estaba arreglando la sección infantil, y cuando vuelve a su tarea después de mostrarle a un cliente un manual de reparación de coches, les dedica una fugaz sonrisa a Jake y Sean. Aparte de eso, las únicas personas a la vista son dos hombres en los sillones de Erotismo, con las cabezas tan calvas que podrían ser monjes meditando sobre su escaso tiempo vital. Lorraine pasa la tarjeta por el lector junto a la puerta de la sala de empleados y luego se demora lo suficiente en las escaleras para que Jake sienta el frío conservado por las desnudas paredes. Se oyen voces tras la puerta de arriba, y Ray preside la mesa de la sala de empleados.

—Buenos días a los dos —dice cuando Lorraine abre la puerta—. Ahora mi equipo está al completo.

Ese comentario viene junto a una sonrisa tan sucia como su rojiza cabellera rizada, pero a Lorraine no le afecta.

—Nos faltan dos minutos para entrar.

—No pasa nada por empezar lo antes posible, ¿verdad?

Cuando Lorraine retira su tarjeta del montón de «salidas», Ray tuerce la boca y levanta y baja las cejas antes de que la expresión vagamente amistosa regrese a su rostro mofletudo.

—Espero que todos viéramos el partido este fin de semana —dice.

—¿Cuál era? —se interesa Wilf.

—Solo podía ser uno, ¿no? —prácticamente grita Ray, quizá sin darse cuenta de que el interés era más por cortesía que por otra cosa—. Manchester United metiéndole un dos a cero al Liverpool.

Wilf, Jill y Agnes profieren un quedo y obligado viva, y Ross contraataca con un abucheo lo bastante leve para resultar cómico.

—Venga, venga, seamos deportivos —exclama Nigel desde su mesa en la oficina, mientras Greg se conforma con dedicarle un reprobatorio guiño a Gavin por su último bostezo—. ¿Vosotros dos no tomáis partido? —pregunta Ray a los recién llegados.

—No en ese tema de hombres —dice Lorraine, pasando la tarjeta por debajo del reloj—. No noto la diferencia, me temo.

—¿Por qué iba a querer ver a un montón de tíos con los muslos al aire persiguiéndose los unos a los otros? —dice Jake pasando la suya.

Casi todos ríen, aunque no está seguro de cuántos de ellos se han sentido forzados a hacerlo. Lorraine se sienta en el sitio que Ross le había guardado, y Greg arrastra su silla hacia atrás, alejándose un poco de Jake, que está sentado entre él y Wilf,

mientras Ray pasa las hojas de las «artimañas» de Woody.

—Parece que el jefe ha puesto en marcha la maquinaria de su cabeza —comenta Ray.

—Para eso está —dice Woody saliendo de su despacho—. Bien, dejadme hablar, así será más rápido.

—¿Quieres mi asiento?

—Me quedaré de pie. ¿Queréis las malas noticias primero?

—Tú mandas —dice Ray.

—No hay buenas noticias. Las ventas del primer mes son las peores de todas las tiendas Textos.

—Eso será porque la gente todavía no sabe que estamos aquí, ¿no crees?

—Mal tiro, Ray. Las peores ventas de cualquier primer mes.

—Las Navidades ayudarán, ¿no?

—El grado de crecimiento de las ventas prenavideñas es el peor de todas las tiendas. Las cifras del último fin de semana, ¿lo suponéis?, las peores —anuncia, y la estrechez del surco de sus ojos parece estar buscando culpables, hasta que añade—: Bueno, esto es lo que tenemos que solucionar. ¿Ideas?

Ray ya ha tenido bastante de su papel de hombre recto, y nadie más quiere ocupar su puesto. Woody alza la vista, como buscando ideas en su aplastado pelo al cepillo y se frota la cara, casi ausente de expresión.

—Alguien. Algo —exige—. Hacedme sentir parte de un equipo.

A Jake esto le recuerda a los tiempos de la escuela; se les ha hecho una pregunta que nadie quiere ser el primero en responder, especialmente ya que Ray parece pensar que también debe esperar una respuesta de los demás.

—¿Podría ser el sitio donde estamos? —se atreve al fin Lorraine.

—Necesito algo más que eso.

—Fenny Meadows. ¿Quién iba a querer venir aquí a no ser que trabaje aquí?

Algunas bocas hacen ademán de abrirse.

—Dime tú por qué no —dice Woody.

—Quizá no lo ven hasta que es demasiado tarde.

—Me estás obligando a trabajar mucho. ¿Demasiado tarde el qué?

—Me refiero a que no ven las señales. Cuando conducía hacia aquí esta mañana casi me pasé del desvío por culpa de la niebla.

—Por eso llegaste tarde entonces —dice Ray.

—Es solo que si trabajas aquí, sabes que estás cerca cuando ves la niebla.

—No tendría mucho sentido para nadie construir aquí si siempre fuera así, ¿no? —protesta Woody—. Hablé con la oficina central, y no había niebla cuando examinaron el lugar el invierno pasado. Sí, entrad, participad.

Tiene la mirada clavada en la puerta del almacén, detrás de Jake, que siente un

escalofrío similar a una respiración en la nuca y se vuelve para encontrar la puerta abierta justo lo suficiente para que alguien mire por el hueco. Greg se levanta responsablemente de su silla mientras Woody se acerca rápido para meter la cabeza en el almacén.

—Debe de haber sido un golpe de aire —murmura, frotándose los brazos una vez ha cerrado la puerta. Parece sentirse como si hubiera despertado a todo el mundo cuando dice:

—Bueno, ¿alguien piensa que Lorraine ha identificado uno de los problemas?

—No la bastante gente es consciente de que estamos aquí.

—Eso es, Ray. ¿Se lo habéis dicho a todos los que conocéis?

El murmullo consecuente es por encima de todo el de unas cuantas personas intentando no ser las únicas en quedarse calladas.

—Vamos, equipo —urge Woody—. Me estáis haciendo pensar que no queréis ganar. ¿Quién nos va a animar?

Está haciendo tal parodia de un americano que por un momento Jake no sabe dónde mirar.

—Los padres que conozco y los profesores de mi hija saben dónde trabajo —acaba diciendo Jill.

—Eso es un comienzo. ¿Y tus amigos?

—Ellos son mis amigos.

—Claro, y nosotros también, ¿verdad? Quiero que todos seamos amigos. ¿Qué os parece si no solo les hablamos de la tienda a nuestros amigos, sino a todas las personas que conocemos al menos un poquito?

—A todo el mundo que conozcamos —propone Greg.

Gavin emite un sonido similar a varias eses seguidas.

—¿Cómo quieres que hagamos eso? Hola, no me conoces y vas a creer que estoy loco o colocado, pero trabajo en Textos y soy la razón por la que deberías venir a echar un vistazo.

—No hace falta hablar. Podríamos llevar algo.

—Quieres que vaya de bares con esto en el cuello —dice Gavin, haciendo ruido con el cordón del que cuelga su tarjeta identificativa de Textos.

—¿Alguna otra posibilidad? —dice Woody para silenciar el sonido.

—Podríamos llevar nuestras cosas en una mochila de Textos —sugiere Jake y se siente exonerado hasta el momento en el que su nombre suena por encima de su cabeza.

—Jake —dice la voz de Mad—, solo comentarte que tu amigo Sean dice que tiene que irse.

—¿Puedo contestar? —le pregunta a Woody.

—¿Tienes razones para hacerlo?

—Podría dejar nuestros folletos en los clubes a los que voy —propone Gavin, salvando a Jake de una reprimenda.

—¿Por qué no pensáis cada uno en un lugar donde dejar algunos? —sugiere Woody, y luego llama a la oficina—. Connie, ¿pueden darle unas cuantas hojas de eventos a cada uno?

—Pueden, pero... —Saca una hoja de la caja que acaba de abrir—. Esto no te va a gustar —advierte.

—Oye, prefiero una desgracia a la incertidumbre.

—Se nos ha colado un endiablado apóstrofo.

Además de anunciar que Brodie Oates firmará libros, la hoja anima al público a estar atento a la prensa o a llamar para saber de futuras actividades, pero la primera palabra en la que cualquiera repararía está en la parte superior, y es un cincuenta por ciento más grande que las demás: «Texto s». Woody no aparta los ojos de las letras hasta que Connie le acerca bastante la hoja para que la coja.

—Llama a los de la imprenta y diles que deben arreglar esto de inmediato —dice —, y hazles saber que no pagaremos por ello.

—No creo que podamos hacer eso —dice mordiéndose los labios, como queriendo borrar el color de ellos, pero luego debe añadir—: Tengo la certeza de que comprobé la copia antes de enviarla por correo electrónico, solo que el ordenador debió de pensar en corregirlo sin consultarme. Acabo de mirarlo, y el error está también en el original.

—Bien, vas a hacer esto. Corrígelo e imprime, digamos, un millar que podamos distribuir hasta que tengamos las demás. No tendrán un aspecto profesional, pero al menos saldrán de aquí.

Connie se retira a su oficina cuando Woody añade:

—Espera, veamos si podemos hacer que esto funcione. Antes de que empiece Connie, ¿alguien tiene ideas para organizar algún evento? Aparte del grupo de lectura de Lorraine.

Jake no se encoge de hombros por la pregunta, sino para deshacerse de un súbito escalofrío; una corriente de aire, por supuesto, no la respiración de alguien escondiéndose a su espalda y disfrutando de los problemas de Woody. Sin embargo, Woody clava la mirada en él.

—¿Conocemos a algún escritor local? —pregunta Ray.

—¿No hay un como se llame? —dice Gavin apenas ha terminado un bostezo.

—Uno debe de haber, sí —le dice Ray a Woody, como un maestro disculpando a un alumno delante del director.

—El que escribió sobre este lugar —insiste Gavin—. *Nosequé* Bottomley.

—Bien. Agnes, Anyes, esa es tu sección. Averigua lo que haga falta y díselo a Connie —ordena Woody—. Bueno, tenemos que poner esto en marcha. Os voy a

tener alejados de la sala de ventas. Pensad en promociones y eventos y dádselos a Connie a, digamos..., a las tres. Pero todavía hay otra manera de la que espero que podáis ayudar. La jefa y su equipo vendrán dentro de dos semanas desde Nueva York para ver cómo lo llevamos. Vamos a dejar que vean todos los libros en su lugar y tan ordenados como el día previo a la apertura, y ni un solo artículo en el almacén.

—¿Podemos hacer eso? —pregunta Jill.

—Me alegro de escucharte de nuevo, Jill, y la sencilla respuesta es que voy a pedir a todos que trabajéis la noche anterior al gran día.

—Cuenta conmigo —dice Greg.

—Tendría que ver quién se encarga de Bryony —dice Jill.

—¿Cobraremos jornada doble? —pregunta Lorraine.

—Jornada y media —dice Woody—. Eso va para todos, incluyéndome a mí. Estaré con vosotros.

Se aclara la garganta, Jake imagina que algo herido, cuando nadie más responde.

—No hay mucha prisa —dice Woody—. Pondré una hoja para que la gente firme cuando tengan claros sus horarios. ¿Ray?

—Me encargaré de ello, no te preocupes.

—No, lo que quiero es que asignes las tareas. Recordad —añade Woody, mirándolos a todos de uno en uno—, cualquier cosa que hagáis por la tienda la hacéis por vosotros mismos. Es la clientela la que mantiene vuestro puesto de trabajo.

Cuando se retira a su oficina, Connie ocupa su lugar.

—Un escaparate provocativo, Jill —dice—. Creo que esa es la palabra.

—Así llamará la atención, ¿no crees?

—Y atraerá a los clientes al interior de la tienda. No he visto demasiados tiques todavía. Cuando haga los folletos aseguro de darle uno a cada cliente, y no estaría mal contarles a quién van a poder conocer.

Jake observa a Greg luchando consigo mismo, por el bien de la tienda, para superar su aversión a la idea. Una risa que parece un estornudo queda atrapada en la nariz de Jake cuando Ray le manda a archivar libros. Es el primero en llegar al almacén, donde una hueca cacofonía de estuches de cintas de casete en la estantería de devoluciones le da la bienvenida; su entrada parece haberles molestado. Las sombras de los esqueletos de los pocos estantes vacíos se agitan casi imperceptiblemente sobre las luces fluorescentes, una de las cuales está suelta y zumba como un torpe insecto. Sus estantes están llenos de novelas románticas; libros con las cubiertas impresas en todos los tonos de color pastel posibles casi rebosan por el borde. Se adueña de un carro cercano al montacargas, del cual por un momento parece creer oír surgir el retumbar de una única palabra, y lo lleva a trompicones hasta sus estanterías. Coge el primer montón de novelas románticas para colocarlas horizontalmente en el carro, y al hacerlo el de detrás se derrumba, esparciéndose por

todas direcciones.

—No os estropeéis —suplica, y se las apaña para no tirar ninguno más cuando alarga la mano para recogerlos. Llega con sus dedos al montón más numeroso, y sus yemas se encuentran con un objeto aplastado bajo ellos.

Es tan frío como el muro por el que está reptando. Parece huir de su roce, al tiempo que él mismo recula tan deprisa que otro montón de libros color pastel le cae en el pecho. Debe de haber sido una novela, aunque parecía algo más grande, además de demasiado pegajoso y gordo, y ni siquiera lo bastante plano. Ya no está seguro de qué parte ha imaginado o de qué sonido ha emitido para atraer a Ross al almacén.

—Eso ha sido una mariconada, Jake —bromea—. ¿Estabas pidiendo ayuda?

—¿Tú qué crees?

—Por aquí hay algunos —le dice mientras coge algunos de los libros sobre el pecho de Jake y le pellizca el pezón, quizá para demostrar que no se siente amenazado—. ¿Cómo has acabado así?

—Se cayó algo por detrás y no pude cogerlo.

—¿Lo intento?

—Eso sería muy amable por tu parte.

—Ross se echa sobre las estanterías y mete las manos ciegamente, tanto que Jake comienza a temer por su seguridad. Está respirando rápida y torpemente, lo cual parece desconcertar a Ross, y en ese preciso instante aparece Woody.

—¿Quién estaba armando ese ruido?

—Nadie —objeta Ross y pone la voz una octava más masculina—. Solo hablábamos.

—Tuvimos un momento de pánico —dice Jake—. Ya pasó.

Ross suelta unos pocos libros en el carro.

—Espero que no vuelvas a intentar coger tantos a la vez, Jake.

—No estoy seguro de lo que está pasando aquí —dice Woody—. Ross, debes ocuparte de tu propia sección antes de ayudar a los demás.

Observa a Ross buscando un carro y empujándolo al estante de los vídeos, con su rostro cada vez más escarlata. No regresa a su oficina hasta que tanto Ross como Jake están ocupados con su *stock*. Jake comienza a sentir las manos pegajosas por la aprensión mientras ahonda más en las profundidades de los estantes. Aparta los últimos libros y no ve allí detrás nada aparte de cemento, desnudo excepto por el rastro mugriento de una mancha sin forma. Cualquiera que fuera el libro que le puso nervioso antes, debe de haberlo metido en el carro sin darse cuenta.

Los cuatro estantes del carro están rebosantes de novelas románticas, y algunos más están apilados encima. Jake ha visto funerales más rápidos que el paso al que se atreve a moverlo hasta el montacargas. Introduce el carro en su interior tan pronto como la puerta se ha abierto lo bastante. Al tiempo que entra y aprieta el pegajoso

botón. Ross intenta alcanzarlo. «Ascensor abriéndose», promete la voz mecánica, pero la puerta se cierra. El aparato desciende y se detiene en seco repitiendo la frase, esta vez con una voz, piensa Jake, no tan femenina. ¿Se está estropeando la grabación, o el montacargas entero?

Solo medio carro está afuera cuando las puertas se cierran sobre él. Apretar el botón de abrir no sirve de nada, y cuando lo intenta con las manos siente como si sus dedos se estuvieran hundiendo en el barro, una impresión alimentada por la tenue grisura. Por supuesto, las puertas tienen un filo de goma, y con no mucho esfuerzo finalmente consigue abrirlas. Rueda el carro tan deprisa, con la intención de sacarlo por completo, que dos libros con personal médico en la portada caen al suelo. Mientras los recoge, teme que las puertas aprovechen la oportunidad para dejarle encerrado ¿pero por qué iba eso a causarle tanta aprensión? Se yergue y sale disparado de allí para poner los dos libros en lo alto del carro, luego abre la puerta que conduce a la sala de ventas y tira de su carga justo en el último momento para que la alarma no lo delate.

Apenas ha empezado a ordenar los contenidos del carro cuando Ross emerge del corredor con otro, repleto de manuales de informática.

—Perdón porque se cerrara, no pretendía dejarte fuera —exclama Jake, lo que causa una sonrisa conciliadora de parte de Ross. Es también una sonrisa intranquila, pues el nuevo guardia los mira a ambos con desconfianza. Mientras Jake se pregunta si debe salvar a Ross de otro malentendido, Greg se acerca al guardia y le tiende la mano.

—No he tenido la oportunidad de presentarme antes, me llamo Greg.

—Frank —revela el guardia, tendiendo la suya.

—Ya ha conocido al jefe —dice Greg con su tono de segundo al mando—. ¿Conoce a los demás? Aquel es Ross, Angus, Madeleine (suele estar en la sección infantil), aquella es Lorraine, que se acaba de incorporar. —Va presentando, entonces hace una pausa para que digiera la información y añade—: Ese es Jake.

—Ya nos conocemos.

—Conectamos al instante, ¿verdad? Solo siento no haber podido darte la mano, como Greg —salta Jake ante la falta de entusiasmo de Frank.

Ambos lo miran con una repulsa similar y, piensa, tan mortecina como la niebla. Por un momento, incluso imagina que la acechante oscuridad tras la puerta a sus espaldas ha sido atraída por la promesa de una trifulca, o algo en la niebla lo ha hecho; se siente observado. Puede que sea Woody en el monitor de su oficina, o meramente el hecho de pensar en él. Es suficiente para que Jake se dé la vuelta, continúe con su trabajo y se obligue a ignorar la sensación, tanto como a Greg y Frank y a cualquiera que muestre su desaprobación. A las siete vendrá Sean, pero por ahora tiene que lidiar con los colores de los lomos de los libros, los cuales casi puede

saborear mientras usa sus conocimientos del alfabeto: cereza, naranja, lima, limón... no importa que esté reduciendo los libros a poco más que a bloques de color pastel y a sí mismo al estereotipo que muchos de sus colegas asumen que es, más un decorador que un vendedor de libros. Lo único que sabe es que los colores están ayudando a aislar la grisura que ha cercado la tienda, y, si se lo permite, cercará también su mente.

Ross

Cuando Mad regresa de la reunión con Woody, parece llevar puesta una máscara capaz de anular su gesto de desconcierto. Ross recuerda haber visto antes esa expresión; cuando estaba intentando dejarlo. No tiene ni idea de si Mad espera que él muestre interés en saber lo que sucede, pero tan pronto como sus miradas se cruzan, la sigue hasta Textos Adolescentes.

—¿Qué quería? —murmura Ross.

—Parece ser que no debí anunciar que el novio de Jake tenía que irse.

Lorraine quiere mostrarse en desacuerdo, aunque Ross no sabe si es el comentario de Mad lo que la trae desde la terminal de información o el hecho de verlos a ambos juntos.

—¿Por qué no? —quiere saber Lorraine.

—Se supone que debí llamar a Jake a través de los altavoces, ya que el mensaje no iba dirigido a la clientela. Yo solo pensaba en ahorrar tiempo.

—Si quieres mi opinión está claro que los jefes no iban a dejarte ganar. Apuesto a que Woody se hubiera mosqueado mucho si hubieras sacado a alguien de esa reunión suya para quitarnos horas de sueño.

Lorraine y Mad se miran la una a la otra como si estuvieran compitiendo por ver quién es más dulce, sin embargo, Ross siente que están más pendientes de él que de otra cosa; se siente como un artilugio a través del cual se comunican.

—No me importa trabajar la noche entera —dice—. Será una experiencia.

—¿Por qué los hombres se creen obligados a probar que pueden hacer cosas innecesarias?

—No creo que sea así —dice Mad—. Yo también me he apuntado.

—¿Ah, sí? —dice Lorraine como si no tuviera el más mínimo interés—. Bueno, si queréis algo, andaré por aquí.

—No se me ocurre nada que pueda querer de ti, Lorraine —dice Mad.

—Los que lo practicamos lo llamamos mantenerse unidos. Necesitamos hacerlo ya que la tienda no se lleva bien con los sindicatos. Si nos dejamos pisotear, incluso en estas pequeñas cosas, nos pasarán por encima.

—Esta no era pequeña, sino microscópica. Ya la habría olvidado si tú no te hubieras acercado. Mantenerse unidos debe de ser bueno, de todas maneras. Cuando estés en mi sección sería genial que ordenaras un poco si ves algo fuera de su sitio.

—Hay muchas cosas fuera de su sitio en la tienda —dice Lorraine con más intención de la que transmiten las palabras, y de la que Mad se molesta en reconocer. Mad la deja allí plantada, no sin antes dedicarle una sonrisa tan vaga que se contradice a sí misma, y regresa a su labor de extraer los libros de Adolescentes con los lomos pegados a la pared, imitando a sus potenciales lectores. Al tiempo que

Lorraine vuelve, a su ritmo, a la terminal de información, las palabras que se ha callado levitan por encima de Ross como una sombra amenazadora. No es de extrañar que se sienta más seguro mientras está colocando los libros de informática.

Una cantidad considerable de ellos tienen al menos el doble del tamaño del resto de las existencias, pero aunque eso implica que transporta menos artículos en cada viaje con el carro, también necesita crear más espacio para cada uno. Tiene que mover el contenido de tres estantes para colocar una guía de Linux, y una vez que termina de encajar los libros donde puede, tiene que reajustar las etiquetas temáticas. Sin las docenas de etiquetas de plástico indicando los nombres de los sistemas, lenguajes de programación, aplicaciones y todos los aspectos de internet, no tendría ni idea de dónde va cada cosa. Está intentando memorizar al menos una parte del orden cuando el teléfono comienza a sonar.

La regla de los diez segundos indica que todas las llamadas deben ser respondidas en ese lapso. Lorraine está metiéndole sus libros en una bolsa a un hombre con un grueso anorak, así que Ross corre para descolgar el auricular de la terminal de información.

—Textos de Fenny Meadows, Ross al habla, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Está ahí el jefe?

A Ross le parece haber escuchado antes la voz de esa mujer.

—¿Puedo saber quién llama?

—Él lo sabe, me verá pronto.

No está seguro de si tomarse su laconismo como una falta de educación; la voz es extrañamente seca.

—Hay luz todavía, ¿verdad? —añade, dando la impresión de que le cuesta hablar—. Ya está oscuro por aquí.

Quizá está cansada.

—La pondré en espera —le responde antes de darle al botón del altavoz—. Woody, llama al diez por favor. Woody, llama al diez.

Apenas ha colgado el auricular, el teléfono vuelve a sonar.

—¿Qué puedo hacer por ti, Ross?

—Alguien llama preguntando por ti.

—¿Tiene nombre quizá?

—No lo ha dicho.

—Siempre pregunta el nombre y di el tuyo.

—Le dije el mío. Dijo que la conocerías, creo que llama desde el extranjero.

—Creo que tienes razón. Gracias, Ross.

Ross vuelve a sus estanterías para hacer hueco a otro enorme libro. A mitad de su labor recolocando volúmenes, escucha un amortiguado y entrecortado jadeo, lo bastante fuerte para resultar audible desde el pasillo de Pedidos. Entonces, un gigante,

o alguien con ambiciones de serlo, comienza a aporrear la puerta de salida. Ross se pone en movimiento para ver quién es, pero el chasquido de la puerta abriéndose lo detiene. Ha hecho hueco para un nuevo manual cuando Woody aparece por el pasillo, en el exterior del cual Ray está cargando cajas en un palé desde un camión que está expulsando nubes de humo que se funden con la niebla. A Ross le da la impresión de que el humo apenas se mueve, y en lugar de eso parece que la oscuridad se hace más densa por momentos. La puerta interior se cierra y Woody se le acerca a grandes zancadas.

—¿Qué hiciste con mi llamada?

—Nada. Pasártela.

—No es cierto. No había nadie.

—Le dije que iba a ponerla en espera. Entendería eso, ¿verdad?

—Tendría que ser bastante estúpida para no entenderlo —responde Woody, mirando a Ross como si fuera eso mismo lo que estuviera implicando.

—Me refiero a si era americana. —Ross ve a Lorraine intentando escuchar la conversación y se da la vuelta por miedo a que intervenga—. Quizá se cortó la llamada —aventura.

—Supongo que si es así volverá a llamar. ¿Qué te dijo exactamente?

Ross no piensa dar demasiados detalles.

—Va a verte, creo que quería decir pronto.

—¿De verdad? Eso son buenas noticias. —Woody mira su reloj y luego el teléfono, y Ross deduce que se está recordando a sí mismo que no se deben realizar llamadas personales desde la tienda—. Bueno, a trabajar —dice Woody—. Necesito ayuda para descargar el nuevo *stock*. Intentaré buscarte una hora extra para terminar de colocar.

Terminar con el carro le llevará más de una hora, pero Woody ya está en camino.

—Tráete el carro —dice por encima de su hombro y entra en el pasillo. Ray cierra la puerta exterior con un chasquido—. Ahora nos encargaremos nosotros, Ray —dice Woody—. Ya estás lo bastante ocupado.

Aprieta el botón junto al montacargas.

—Puedes dejar el carro aquí —le dice a Ross mientras Ray sube y el montacargas habla—. Si alguien lo necesita te lo hará saber. —Ross está intentando decidir cuándo ha oído antes esa voz. Está a punto de arriesgarse a hacer una pregunta, cuando Woody añade—: ¿Puedes coger eso?

Se agacha junto a la palanca que libera el freno y empuja el palé dentro del montacargas, que es solo unos centímetros más ancho, pero una de las cajas superiores está empezando a resbalarse. Ross se apretuja entre la entrada al montacargas y las cajas para poder sostener las de las cuatro filas superiores con sus manos. Aprieta la frente contra la insegura caja, que es tan fría como la niebla a la

que huele.

—Intenta aguantar hasta que lleguemos arriba —dice Woody. Ross va arrastrando los pies hacia atrás por el avance del palé, hasta topar con su espalda en la pared trasera—. ¿Estás bien? —se interesa Woody pulsando el botón de subir. La voz todavía suena amortiguada, como una risa escondida tras una mano; debe de estar bloqueada por las cajas, que son todo lo que Ross puede ver, sentir y oler. Cuando abre la boca prueba el cartón y la niebla.

—¿Eso fue...?

El montacargas tiembla al ponerse en movimiento hacia arriba. El palé avanza no más de un centímetro hacia él, lo bastante para aplastarlo contra la pared.

—¿Estás bien? —repite Woody.

—Pronto lo estaré. —Una caja ha atrapado la parte izquierda de su rostro contra la gélida pared de metal, pero al menos eso le deja libre gran parte de la boca para permitirle gritar—. ¿A quién acabamos de oír?

—Solo te he oído a ti y al montacargas. ¿Qué quieres decir?

—El ascensor —grita Ross, aunque su aplastada nariz lucha por respirar—. ¿De quién es la voz?

—Ni pajolera idea. Venía con la máquina.

El montacargas vuelve a temblar, y la caja aplasta más aún la cara de Ross contra el metal.

—¿Puedes tirar un poco? —Apenas es capaz de gritar.

—No hay espacio para soltar el freno. No te preocupes, no puede moverse nada.

Las cajas están ahora hundiendo el pecho de Ross. Le están robando su último aliento y cualquier posibilidad de respirar.

—Por favor —resuella, pero el sonido no va más lejos de la oscuridad de la caja que oprime su cara. El anuncio de que el montacargas se está abriendo suena tan lejano que podría provenir de un túnel bajo tierra, y ya no le importa lo que se parece la voz del montacargas a la que antes preguntaba por Woody en el teléfono; no podrían ser más idénticas. En unos pocos segundos, el aparato cumple su promesa, y en unos pocos más, Woody es capaz de soltar el freno. Ross avanza con dificultad, agarrándose a los montones de cajas.

—Suéltalo —dice Woody, deteniendo el palé en la zona de descarga y mirando después a Ross—. ¿Todo bien?

—Pronto estará bien.

Después de haberse llenado los pulmones de tanto aire que incluso siente dolor, Ross suelta la caja en el contenedor de descarga, el cual tiene el tamaño de una mesa para cuatro y está coronado por una gruesa malla. Woody corta la cinta adhesiva del paquete con una navaja y le da la vuelta a la caja. Cuando la levanta, varios libros quedan sobre la malla mientras el relleno cae en los contenedores causando un

tintineo del poliestireno. Antes de que Ross haya cogido un solo libro, Woody lleva una docena a las estanterías del almacén. Para cuando Ross comienza a colocar unos pocos, Woody ha cogido otro montón y deja caer su mirada sobre la exigua carga de su ayudante. Ross intenta alcanzarlo, amontonando libros sobre su dolorido pecho, que le escuece mientras va de estante en estante, apenas mirando los títulos al deshacerse de ellos: *Los insectos también tienen derechos*; *El anuario de los corgi*; *Regalos de hotel coleccionables*; *Jesús era un bromista: juegos de palabras y chistes de Jesús*; *Tertulias que cambiaron el mundo*; *Cómo romper por completo*; *Inglés tal como se habla...* Ross ha ayudado a ordenar el equivalente a tres cajas, aunque Woody está sacándole todavía más ventaja, cuando Connie entra en el almacén.

—Ayuda —requiere—. Más libros.

—Esto es lo que trae la Navidad. —Woody abre una caja y la pone boca abajo—. ¿Has dicho que vienes a ayudar, he oído bien?

—Todavía estamos trabajando el asunto de los eventos. Me temo que Adrian Bottomley no será uno, le pregunté si le gustaría hacer una sesión de firmas y parecía de acuerdo hasta que le mencioné dónde estamos.

—No pares —le dice Woody a Ross, que se ha detenido a escuchar—. ¿Qué tiene eso de malo? —dice igual de intensamente a Connie.

—Me dio la impresión de que no cree que venga la bastante gente para que le merezca la pena.

—Que le den a él y a cualquiera que no quiera formar parte del equipo. Bien, mira a ver qué más puedes meter en nuestros folletos —espeta, y cuando ella duda, Woody añade—: Puedes dejarnos solos. Supongo que estamos a salvo.

Connie sonrío, por si acaso se esperaba eso de ella, pero pone cara de extrañeza antes de salir. Woody está recordando cómo le divirtió pillar a Ross y Jake juntos, por supuesto. Ross no sabe cómo tomárselo; su mente está demasiado ocupada por el proceso de ordenado de libros. De hecho, no se le ocurre mirar la hora hasta que Woody abre la penúltima caja.

—¿Te estás cansando? —le pregunta Woody al verle consultar su reloj.

—Se supone que es la hora de mi descanso.

—¿Quieres terminar esto primero? No debería de llevarnos más de un par de minutos.

Ross imagina la reacción de Lorraine si solo sospechara su intención de aceptar esa propuesta. Lo hace en silencio, y la tarea termina no demasiado después de lo que Woody predijo.

—Imagino que esto ayudará a que se te abra el apetito —bromea Woody.

¿Come él en su despacho? Ross nunca le ha visto hacerlo en la sala de empleados, ni siquiera usar la cafetera, que provee a Ross con un chorro de café tan oscuro que unos centímetros de leche no le roban su aspecto pastoso. Al tiempo que Woody

regresa a su despacho, Ross coge de su taquilla los sándwiches de jamón que se hizo la noche anterior, mientras su padre vagaba por la cocina como si estuviera a punto de encontrar una manera de ser útil. Los suelta en la mesa y desenvuelve el arrugado papel de plata en el que están envueltos antes de abrir una revista de videojuegos a su lado. Si Mad lo viera ahora, chasquearía la lengua y pondría un plato bajo los sándwiches. Lorraine menearía la cabeza y su cola de caballo al ver una revista que ella considera que solo leen los hombres. Desea que las dos se queden abajo. Debió darse cuenta antes de que pedirle salir a Lorraine acarrearía problemas.

«Disfruta de tus aventuras», dice su padre. «De ellas está hecha la vida. No esperes pasarla entera con una persona; eso no es natural». Ross lo ve como el método de su padre para superar que su mujer le dejara con un niño de tres años y nunca regresara de unas vacaciones con sus amigas que debían ser solo eso, unas vacaciones. Justifica por qué desde entonces su padre nunca ha vivido con nadie, exceptuando a Ross, más de unos meses; por lo que a él respecta, está bien. Por eso se dio la oportunidad con Lorraine cuando ella le sorprendió brindándole su amistad, ¿pero no debió haberse mantenido solamente en algo amistoso? ¿Está destinado a ser el antagonista de ella o de Mad? Esforzarse por pensar en ellas le lleva a querer centrarse en las fotos de luchas virtuales en la revista, mientras se mete comida en la boca. Cuando oye a Woody emitir un sonido demasiado salvaje para ser una palabra, por un momento cree estar oyendo por boca de su jefe su propia frustración.

—¿Qué pasa? —grita Connie.

—¡Pequeños...! —Lo que sea que Woody dice después de eso queda en el aire mientras se lanza hacia la puerta que conduce a las escaleras y comienza a bajar los escalones de dos en dos. La sobrecogida mirada de Connie contempla a Ross apartando su silla y entrando en el despacho de Woody.

—Hemos sido invadidos —dice como si no entendiera lo que está viendo.

Está mirando el monitor de seguridad. Ross se une a ella a tiempo para observar a Woody corriendo por el cuadrante superior izquierdo, mientras Frank el guardia lo hace por el sector diagonalmente opuesto. El resto de la pantalla muestra un par de pasillos desiertos, hasta que dos figuras aparecen a toda velocidad en la sección inferior izquierda, tirando libros de los estantes durante su carrera. Tiene que haber un fallo en el monitor, pues las figuras están soltando a su paso unos rastros grises provenientes de sus cuerpos; pero un fallo no puede explicar por qué sus caras parecen no poseer piel ni carne.

No es un consuelo creer que están maquillados o llevan máscaras. Ross cree estar soñando al ver a las dos figuras diminutas con unos rostros tan básicos como imágenes primitivas. Tiene que ver cuál es su aspecto real. Corre hacia abajo casi tan rápido como Woody y abre la puerta, para encontrarse con dos cráneos cubiertos de pelo.

Comprueba que los chicos llevan mascarás de Halloween antes de perderlos de vista, las máscaras son tan baratas que no podrían ser más rudimentarias. Cuando va a empezar a correr tras los chicos, estos esprintan, pasando el mostrador y saliendo de la tienda.

—Déjalos, Frank —dice Woody cuando se funden con la niebla—. Mientras no vuelvan a entrar.

—Creo que no es la primera vez que los perseguimos —dice Agnes desde el mostrador.

—Nadie me lo dijo. ¿Cuándo?

—El día del concurso. Creo que son los que armaron aquel alboroto.

—Eso explica las máscaras. Si alguno más de estos aparece, mejor que les veamos las caras.

Woody se adentra en Hogar, donde su furiosa cabeza se agacha y reaparece como la de un pájaro, picoteando libros de cocina. Cuando Ross comienza a recolocar libros de medicina en el pasillo de al lado, su rabia parece agravarse.

—Vete a terminar tu descanso —murmura—. No quiero a nadie diciendo que te obligué a interrumpirlo.

Sin duda se refiere a Lorraine. Ross cree que el motivo de que esta se haya acercado es comprobar si se ha cometido alguna injusticia, hasta que habla:

—No me he tomado aún mi pausa para el café, ¿puedo ahora?

—Claro, por qué no. Déjame a mí con esto.

Ross recoloca los libros que ha recogido del suelo y va de camino a la sala de empleados cuando Lorraine lo agarra del brazo.

—Hablemos fuera.

Lo suelta cuando está segura de que la está siguiendo, y cruza los brazos para espantar el frío del exterior. La niebla que llega hasta los tres escuálidos arbolillos ha absorbido todo el calor y la luz del sol. La tiniebla retrocede un paso, como saludando o burlándose de Lorraine y Ross; luego vuelve a su lugar, privando de color a varios coches del aparcamiento. Ross se pregunta si los chicos se han escondido por allí cerca mientras camina por la entrada de la tienda para llegar hasta Lorraine, que le espera.

—¿Te ha hecho bajar con él? —pregunta.

—Por supuesto que no, Lorraine.

—¿Entonces por qué bajaste a defenderlo?

—No creo haber hecho eso, no sabía que necesitara ayuda.

—Te refieres a los hombres en general.

Aunque Ross mantiene la respiración tranquila, ve cómo fluye frente a su cara, como un bocadillo de cómic.

—Yo no, no. Quiero decir, no quiero decir que... ¿Por qué no...?

—Venga, di que en parte es mi culpa.

—No estoy diciendo que sea culpa de nadie. Pero a veces parece que no te gusta trabajar aquí en absoluto.

—Creo que me gustará llevar el grupo de lectura. Me gusta hablar con gente sobre libros. Por eso pensé que me gustaría un trabajo relacionado con ellos, pero no es así, ¿verdad? ¿Sabes lo que me encantaría hacer?

—¿Fastidiar a Connie?

—Por el amor de Dios, Ross, mi vida es algo más que esto. —Lorraine mira hacia la niebla como si esta se hubiera atrevido a llevarle la contraria—. Me gustaría impartir clases de equitación.

—¿Sabes hacer eso?

—Enseñé a mi prima pequeña Georgie a montar en su poni. Deberías haberla visto, botando arriba y abajo sobre el animal, toda orgullosa de sí misma. Había un trabajo en la escuela de equitación, pero entonces no sabía que era tan buena, así que eché la solicitud para esto.

—Habrá más trabajos de equitación donde tú vives, ¿no?

—No surgen muy a menudo. Sin embargo, creo que la chica contratada por la escuela no ha encajado demasiado bien.

—Quizá puedas sustituirla, y te tienes que esforzar en que te guste algo más de esto aparte de tu grupo de lectura mientras sigas aquí, ¿no crees? —le aconseja, y en el momento en que sus cejas se levantan medio centímetro, quizá para aceptar esa posibilidad, Ross añade—: Al menos eso es algo que se le debe agradecer a Woody.

—Yo me ofrecí. Él no me eligió —objeta Lorraine girándose como para enfrentarse a Woody a través de la ventana. Este se yergue, alisando con cuidado las esquinas de un libro de bolsillo, su mirada va a parar a Ross y sus labios se mueven—. ¿Qué quiere decir con eso de que si estás ocupado? —exige saber Lorraine.

—Quizá deberías preguntárselo.

—Es lo justo. Lo haré.

La niebla parece saludar sus intenciones con un baile, surcando el cemento apenas sin rozarlo.

—Espera —Ross dice de repente—. Se estará refiriendo a mí y Jake.

—Vaya, eso no lo esperaba. ¿Por qué iba a decir eso?

—Creo que antes pensó que le estaba echando una mano a Jake en el almacén, literalmente. Espero que no necesites que te lo desmienta.

—No hay razón para ponerse a la defensiva si lo estabas haciendo. Por eso vienen la mitad de los problemas del mundo; los hombres no aceptan su lado femenino.

—Quieres decir entonces que la otra mitad es culpa de las mujeres que no aceptan su lado masculino.

Advierte rápido que no es eso lo que ella quería decir. Su intento de ser ingenioso

parece haber sido automático; se siente como si hubiera sido forzado a representar un guión enfrente de un público invisible; ¿los chicos de las máscaras quizá? Cuando Lorraine se vuelve hacia la niebla, Ross piensa que ella también ha tenido la misma impresión.

—Me voy de paseo —dice en cambio.

—¿Quieres que vaya contigo? —propone, pues no pretende de él que diga ningún comentario ingenioso.

—No hace ninguna falta —le responde con nulo entusiasmo.

—Pensé que no querrías estar sola en este lugar.

—No iré muy lejos —dice, y decidiendo rápidamente que ha hecho una concesión, añade—: A menos que quiera hacerlo.

Marcha a lo largo del lateral de Textos en dirección al aparcamiento de empleados, y desaparece entre la niebla sin mirar atrás. El sonido de sus rápidos pasos se amortigua a medida que se adentra en el barro. Ross no oye nada más aparte de la cacofonía procedente de la autopista, pero ¿y si los chicos están agazapados en la niebla para darle un susto a Lorraine? Cuando el sonido de sus pasos no es más sonoro que el de un alfiler cayendo sobre una mesa, justo antes de convertirse en un silencio total, Ross emprende el camino de vuelta, pasando por el empañado escaparate y frotándose los brazos con fuerza. Apenas ha pisado el felpudo de «¡A leer!», la alarma comienza a chillar como un pájaro ciego y loco.

Woody es el primero en llegar a él, intentando mientras corre quitarle las marcas de dobleces a un libro sobre pudines.

—¿Quién ha salido? —pregunta, ansioso por saber la respuesta.

—Creo que he sido yo al entrar. No sé por qué. No he tocado nada.

Woody teclea el código, conocido solo por los encargados, para sofocar el sonido de la alarma. Mientras la reinicia, Ross saca un cepillo de pelo del bolsillo de su camisa, y luego se vacía los de los pantalones, extrayendo un pañuelo y unas monedas, sin olvidarse de la piedra que le recuerda a un ojo durmiente que Mad recogió el otro día del aparcamiento. Frank el guardia observa la tela interior de los bolsillos de Ross, asomando como dos lenguas, y no deja de mirarlo con suspicacia incluso cuando habla Woody:

—Bien, Ross, confiamos en ti. Coge tus cosas y vuelve a entrar.

Ross se guarda la piedra, que parece envuelta de niebla, mientras se aventura a pasar entre los arcos de seguridad. Cuando la alarma vuelve a sonar levanta una mano. Una mujer vestida con un abrigo beis y pañuelo y sombrero a juego, y que lleva en un carrito a un crío ataviado con un conjunto y una capucha del mismo color que el de su madre, tira hacia atrás del vehículo y no entra en la tienda.

—Por favor, señora, entre —le urge Woody—. Un duende se ha puesto a jugar con los mecanismos —le informa al crío.

Este empieza a berrear, bien a causa del ruido agudo de la alarma o por culpa de la explicación de Woody. La alarma parece permanecer en el aire, persistiendo incluso después de que Woody vuelva a teclear el código.

—Ya se ha callado —murmura la mujer desde debajo de su pañuelo, pero el montón de ropa que lleva dentro a un niño o niña arquea la espalda intentando escapar de sus ataduras cuando el carro pasa entre los arcos de seguridad—. Lo siento —se disculpa la madre, murmurando incluso a menor volumen.

—No pasa absolutamente nada, señora —dice Woody—. Cuando quieras, Ross.

En algún lugar de la niebla, una mujer tose y corre a la vez, y alguien está conduciendo un coche. No hay ninguna razón por la que esos dos sonidos tengan que poner nervioso a Ross, aunque las trastadas de la alarma sí lo consiguen. Justo en el momento en el que se adentra entre los arcos, vuelve a sonar. El crío entra en la competición sonora, y Mad, que pasaba por allí, le brinda una sonrisa tranquilizadora y divertida.

—¿Cuál es tu secreto, Ross?

—Ninguno que yo sepa, no tengo ni idea de por qué salta.

—Entonces dime quién tiene la culpa —dice Woody frunciendo el ceño y tecleando por tercera vez la clave mientras la madre se libera la boca para tranquilizar a su retoño.

—Solo es una estúpida máquina, mira. El caballero que suena igual que los hombres graciosos de los dibujos animados sabe apagarla.

—Eso esperamos, señora —dice Woody alzando la voz sobre el solo del niño. En un tono todavía más alto, y bastante más agudo, añade—: Espera, Ross. Necesito unos pocos segundos antes de reiniciarla.

Ross se queda con la pierna colgando sobre el felpudo, a mitad del paso que estaba a punto de dar. ¿Qué está pasando en el aparcamiento? Las toses que suenan parecen no tener casi aliento, y está preocupado por quienquiera que esté merodeando por la niebla. Quizá esté inhalando los gases de un coche. Camina hacia Woody en lugar de hacia los arcos de seguridad.

—¿Puedo...?

—En un momento —responde Woody, sin levantar la vista de la mano que usa para asegurarse de que nadie lea la combinación.

—Inténtalo ahora —dice—. Pensándolo bien: Madeleine. Veamos si le gustan más las chicas.

—Mira —le dice Mad al crío—. No va a hacerme daño. No hay nada por aquí cerca que haga daño.

Da el paso más largo posible para pasar entre los dos arcos, y la alarma comienza a repiquetear de inmediato.

Al tiempo que se vuelve para mostrarle su sonrisa al niño, los pasos y las toses sin

aliento embutidas entre ellos se desvían en dirección a la tienda, y así lo hace el estrépito del coche. Lorraine aparece tambaleándose entre la niebla desde los arbolillos más cercanos, tan deprisa que casi se cae. Alarga los brazos, como si estuviera intentando salir nadando de la oscuridad. Quizá deseando que la tienda esté más cerca de los ciento ochenta metros o así que aún le quedan por superar. Su boca y ojos están abiertos de par en par, y su rostro luce tan gris como el fondo neblinoso. Sea lo que sea que iba a gritar, se ahoga en el golpe de tos que le sobreviene. Ross se esfuerza en comprender por qué parece estar siendo iluminada desde atrás y la niebla a su espalda brilla con tal fiereza y emite un gruñido de creciente intensidad.

—No puede... —dice Mad casi sin saber que habla—. Ese es mi coche.

Antes de que Ross pueda gritar una inútil advertencia, el coche acelera contra Lorraine. El parabrisas está empañado por la niebla, pero distingue una figura borrosa tras el volante; tiene aspecto de ser demasiado pequeña para estar al mando de un coche. No ha podido advertir más que una hinchada e informe masa gris que debe de ser una cabeza, cuando en ese momento el faro izquierdo topa con la parte anterior de las rodillas de Lorraine.

Algo se rompe; o los cristales de los faros o Lorraine, o ambos. El impacto la impulsa hacia el parabrisas, aclarando así un poco el cristal. Ross todavía no puede distinguir la figura agazapada detrás del volante; el interior del vehículo parece estar también envuelto en niebla. Lorraine está espatarrada sobre el techo metálico y resbala por él cuando el coche gira para volver al sitio de donde provenía. La primera parte del cuerpo de Lorraine en golpear el asfalto con un crujido hueco es su cabeza.

Ross siente como si todo a su alrededor hubiera sido alargado de una manera frágil e irreal, como una película: el crío chillando «¡Caída!», y riendo tontamente; la madre desesperada por acabar con todo esto arrancándose el pañuelo y poniéndolo sobre la boca de su retoño antes de introducirse a toda prisa en la tienda, apoyada en el carrito; Woody maldiciendo por lo bajo porque los números que introduce no acallan la alarma; Mad corriendo a arrodillarse junto a Lorraine y apartándose al ver una mancha en el asfalto más grande que la condensación de la niebla. Entonces el coche vuelve a escena, con la puerta del conductor abierta, y Ross se siente aterrado por la suerte de ambas mujeres, pero el vehículo termina empotrado contra el arbolillo de la izquierda y el morro queda suspendido sobre el malogrado tronco.

En el mismo momento en que la alarma vuelve a callar, le parece oír a algo enorme y lento ponerse en movimiento, es un sonido tan amortiguado y distante que parece soterrado; después, solo queda el discordante jadeo del coche de Mad. Ya no lo paraliza el ruido de la alarma. Corre al exterior de la tienda, y la baja temperatura del ambiente se concentra en su estomago antes de provocarle un escalofrío de los pies a la cabeza. No tiene ni idea de cómo va a sonar su voz si le dice a Mad que no mueva a Lorraine, porque su cabeza está en un ángulo tan extraño que no puede

entender cómo puede soportarlo. El cuerpo de Lorraine se agita por una tos, y algo gris sale de entre sus labios justo antes de que estos se queden quietos en una silenciosa mueca. Ross quiere creer que está expulsando la niebla que ha tragado durante su carrera. Entonces, sus ojos parecen llenarse de ella, y el grito desesperado que escapa de los labios de Mad se funde con la niebla.

Ray

Cuando el Punto avanza por el lateral de Textos, una pálida masa tan ancha como largo es un ataúd parece crecer en el muro de cemento. Cuando el coche se acerca a ella y las luces de los faros alumbran la niebla, la masa encoje y se divide en dos como una ameba. Las dos mitades miran a Ray ferozmente como dos grandes y vacíos ojos planos hasta que apaga las luces. Un brillo del color rojo de la sangre diluida desaparece tras el coche como si la niebla se lo hubiera tragado mientras se alzaba. La llave sale de la ignición, y la refrigeración del motor comienza a parpadear como un reloj que está aminorando su avance por momentos. Coge del asiento del pasajero el almuerzo que Sandra insiste en que tome, y la bolsa Mothercare en la que está envuelto cruje y chirría cuando sale del coche y pisa el resbaladizo asfalto.

Ya hay cuatro coches bajo las dos últimas letras del nombre de la tienda. Mientras activa la alarma, se aparta del coche adyacente para no despertar la suya. Se cierra el abrigo contra sí, pues no es necesario que se lo abotone solo para unos cuantos cientos de metros, pero tiene que sacar una mano. Por supuesto que el agudo zumbido es solo su teléfono móvil; lo sabe antes de que acabe la primera frase del himno del Manchester United, ¿y por qué tiene la sensación de que quiere atraer su atención? Pone el almuerzo sobre el techo del coche, junto a un pedazo de pañuelo de papel que usó el otro día para limpiarle la boca a la pequeña Sheryl. El chocolate seco ha tornado el papel duro como una piedra, que rebota contra el asfalto en el momento en el que interrumpe el tono.

—¿Eres tú? —dice Sandra.

—¿A quién esperabas?

—Pensé por un momento que estaba oyendo a otra persona. ¿Por qué se te oye tan raro?

En el año y medio desde el nacimiento de Sheryl, se ha acostumbrado a que le digan que está haciendo cosas de las que no es consciente.

—¿Cómo?

—Como si estuvieras en un sótano. En un sitio profundo, vamos.

—Aquí no hay sótano —dice, al tiempo que un escalofrío le obliga a abotonarse, después de todo—. Sabes que puedes venir cuando quieras a ver esto.

—Cuando el bebe deje de echar los dientes. No querrás que arme un escándalo por allí mientras la gente intenta leer.

A Ray le gustaría que dejara de avergonzarse cada vez que alguien escucha a Sheryl llorar, como si creyera que de alguna manera ha fallado como madre.

—Aún no me has dicho dónde estás —le recuerda.

—Fuera de la tienda, en la parte de atrás.

—¿Dónde estaba esa pobre chica?

La oscuridad se cierne sobre él, al igual que la voz de Sandra, y se pregunta si está sobre el punto donde estaba Lorraine cuando quien fuera que robó el coche de Mad comenzó a perseguirla. El pensamiento le hace sentir la niebla dentro del estómago.

—Todo va bien —se dice a sí mismo tanto como a Sandra—. Voy a entrar.

—¿Tienes tiempo para pasarte por Frugo?

—En este momento no mucho. ¿Qué necesitas?

—Más medias elásticas. He metido el dedo gordo en las que compre el fin de semana. Si mi aspecto no te importa, no te molestes. No quiero que mis piernas acaben como las de mi madre cuando me tuvo a mí, eso es todo.

—Sabes que me importa, y nunca has tenido mejor aspecto.

—Me encantaría haber visto tu cara mientras decías eso, Ray.

¿Qué tiene de malo un poco más de la mujer de la que se enamoró? Ha perdido la cuenta de las veces que se ha callado ese comentario por miedo a que ella pensara que era un sustitutivo de un cumplido. Lo único importante es que sigue siendo Sandra, bajo el relleno del que ella misma se ha servido y bajo todos esos cambios de humor que seguro no son más que una fase tras el nacimiento de Sheryl.

—La verás la próxima vez —dice—. Iré en mi descanso para el almuerzo. Ya casi es hora de trabajar.

—No me gusta pensar que comes a toda prisa solo por eso.

—No me has encargado nada que lleve más de una hora, ni mucho menos. — Cuando se da cuenta de que eso puede ser tomado como una queja, aunque inapropiada, oye a Sheryl comenzando a berrear—. Escucha, de verdad, debo irme, y parece que tú también —dice—. Dale un beso de mi parte, y otro para ti.

¿Cómo va a darse un beso a sí misma? Su última frase le hace sentir estúpido. Se mete el teléfono en el bolsillo y recoge la bolsa del almuerzo, que está más fría y húmeda de lo que le ha dado tiempo a ponerse. En su rápido caminar dando la vuelta a la tienda, el incansable aletear de un insecto le acompaña por el callejón; las paredes vacías han atrapado el chirrido de la bolsa con su almuerzo, repartiendo el sonido por todo el aparcamiento. Woody le está esperando en la entrada de la tienda, y levanta un pulgar a modo de saludo. Cuando Ray consulta su reloj se da cuenta de que llega unos minutos más tarde de lo que pensaba, aunque al menos no llega oficialmente tarde.

—Llamó mi mujer —se siente obligado a explicar.

—Bien, bueno, vale —dice Woody, y añade—: ¿Seguro que era tu mujer?

—Tan seguro como que el sol está ahí arriba, en alguna parte.

—Sí, en alguna parte. Bueno, supongo que conoces a tu propia esposa.

Ray está a punto de preguntar, posiblemente con amabilidad, qué quiere decir con eso, pero Woody se adelanta:

—Yo recibo llamadas de personas que ni siquiera están al teléfono.

—Supongo que todo el mundo está algo tocado.

—Eso fue ayer, antes de la tragedia —dice Woody, y mira fijamente al interior de la niebla, como si viera allí a Lorraine, y añade—: Ross me convenció de que una mujer que conozco me estaba llamando.

—Apuesto a que no te llamó.

—Se empeñó ferozmente en dejarme eso claro cuando se lo pregunté anoche. No volveremos a hablarnos después de alguna de las cosas que ambos dijimos. No puedo evitar sentirme engañado en todo esto.

—No crees que Ross lo hiciera, ¿verdad?

—Dice que no, y debo creerle. Tampoco llamaron desde Nueva York, y no nos hice ningún favor telefoneando para averiguar si habían sido ellos. Supongo que ahora piensan que estoy preocupado por su visita.

Mientras Ray entra en el edificio, su estomago se tensa ante la amenaza de la alarma. Cuando no suena, mira por encima de su hombro y descubre que Woody no lo está siguiendo.

—¿Buscas a alguien? —pregunta Ray.

—Mejor me aseguro de que la gente llega a tiempo, ya que no estoy en mi despacho para controlar el monitor.

—Los jefes nunca han hecho eso, ¿no? —dice Ray, recuperando el tema de la visita.

—Correcto, no lo han hecho —dice Woody, dándole la espalda a la niebla—. ¿Estás pensando que deberían hacerlo porque no hago lo suficiente?

—Ni por asomo. Si algo creo es que lo intentas, y haces demasiado.

—¿Cómo qué, Ray?

—Trato de decir que espero que sepas que yo, Connie y Nigel no te decepcionaremos. Estamos a tope con nuestro trabajo.

—Estás diciéndome que todos tenéis vuestros territorios marcados y no os gusta que los invada —opina Woody; sus ojos parecen pedir a gritos un poco de sueño, y están posados sobre Ray—. Algo sobre lo que se asientan los trabajos es el ahorro de tiempo.

—Eso lo entiendo. Lo practiqué bastante cuando trabajaba en la imprenta, antes de venir a Textos.

—Vale, bien. Entonces comprenderás por qué lo necesitamos, tal como están saliendo las cosas. Dos de nosotros dirigiendo la reunión nos hubiera llevado el doble de tiempo —dice Woody levantando la voz—. Wilf.

A Ray le alegra la interrupción. No estaba cómodo discutiendo tan cerca del lugar donde le ocurrió aquello a Lorraine. Cuando Wilf se vuelve, después de entrar a todo correr en la tienda, Woody dice:

—¿Puedo pedirte que te encargues de algo, Wilf?

—Eso creo.

—Sé que eres el hombre adecuado. Quizá ya te has dado cuenta de que necesitamos a alguien para llevar el grupo de lectura de Lorraine.

Wilf se aprieta un dedo contra sus labios con tal fuerza que se le quedan pálidos cuando lo aparta.

—¿No se suponía que eso era mañana?

—Lo es. Demasiado tarde para decirle a las personas que fueran a venir que se ha cancelado, incluso si supiéramos quiénes eran. Trabajas hasta tarde de todas formas, y recuerdo que en tu entrevista mencionaste cuánto amabas la lectura.

—No sé qué libro eligió. Puede que no lo haya leído.

—¿Tienes algún plan para esta noche? —pregunta Woody, y Wilf solo levanta una mano ahuecada, como si estuviera intentando atrapar las palabras y metérselas en la boca—. Mira, sé que he escogido al tío correcto. Recuerdo que me dijiste que podías leer un libro en una noche. Lorraine eligió la novela de Brodie Oates. Es una muestra de que hacía todo lo posible por formar parte del equipo. No deberías de tener problemas con un libro de ese tamaño.

Ray ve como Wilf decide no responder, y Woody se lo toma como una señal de beneplácito.

—Gracias, Wilf —dice, y añade incluso con más vigor—: ¿Algo más que añadir, Ray?

Es más una despedida que una pregunta.

—¿Nos dejas entrar, Wilf? —dice Ray, pare sentirse con un poco de poder y destacar que Wilf está mostrando al lector el lado equivocado de su tarjeta. Al llegar a la sala de empleados, Nigel levanta la vista de la última hoja de «artimañas» de Woody. Parece no poder decidir cuánto brillo dejar transmitir a sus ojos.

—Ray —dice, más una expresión de simpatía que un saludo—. Wilf —añade en el mismo tono.

—Nigel —se siente Ray obligado a responder, de una manera tan similar como es capaz de lograr, aunque cree que Nigel puede estar fingiendo un poco. Pasa su tarjeta por debajo del reloj y mete el ruidoso paquete en su taquilla antes de dirigirse a su mesa. No ha encendido su ordenador aún cuando Mad emerge de la oficina de Woody, seguida de dos policías, un hombre y una mujer, que portan unas expresiones tan sombrías como sus uniformes.

—Gracias —dice la mujer sin darse cuenta de que Mad está a punto de rendirse a las lágrimas. La pareja abandona la sala de empleados.

—¿Puedo quedarme aquí unos minutos? —murmura Mad a la espalda de Ray.

—Coge tu descanso, si quieres.

Aparentemente no es así. Se sienta tras él, en el asiento de Nigel, encarando la

pared y el ordenador apagado de Nigel. Ray se siente encerrado, como si la emoción que ella trata de contener se hubiera fundido con las paredes de cemento sin ventanas.

Un ahogado suspiro escapa de Mad, y Ray asume que va dirigido a él.

—¿Te ayudaría hablar?

—Dicen que no pude haber cerrado mi coche.

—Crees que lo hiciste.

—No solo lo creo. —Se gira, pero no especialmente para mirarlo, y muestra una fiereza que casi seca sus ojos—. Dicen que no había señales de que hubiera sido forzado, pero eso significa que quien lo hizo sabía hacer su trabajo, ¿no?

—¿Crees que un niño sería capaz de hacerlo?

—Solo Ross dice que fue un niño, y no vio cómo era. Yo ni siquiera vi a nadie dentro del coche. —Posa su mirada en Ray, sin bajar su intensidad demasiado—. Además, apuesto a que muchos niños saben hacer cosas como esa, o incluso peores.

—Supongo que eso es posible.

—Decir que es mi culpa que el coche fuera robado es como decir que yo quería... que yo quería que Lorraine muriera.

—Por todos los santos, yo no lo vería así. Estoy seguro de que...

—Alguien quería —dice Mad, y contempla con odio el monitor de seguridad, a través de la puerta de Woody, donde figuras empequeñecidas hasta el enanismo vagan por el laberinto que es la pantalla—. Quizá cuando la policía haya terminado con mi coche puedan cogerlos.

—Eso esperamos. ¿Cómo has venido hoy?

—Mi padre cambió sus horas para traerme. Mis padres querían que me tomara un par de días de descanso, pero no creo que tenga derecho. Es como decir que a mí también me han hecho daño.

Ray pretendía apartarla de su dolor, pero parece incapaz de renunciar a él.

—Creo que eso es muy... —se siente obligado a comenzar a decir, pero no sabe cómo continuar. Se alegra de que Woody le dé una excusa para detenerse.

—Oh, aún estás aquí —le dice Woody a Mad, entrando en su oficina—. ¿Algún problema?

Se frota los ojos con el dorso de la mano, tan ligeramente que podría haber estado echando solo una mirada a su reloj.

—Solo me estaba reponiendo del interrogatorio.

—¿Va a llevar eso mucho más tiempo?

—Ray dijo que podía coger mi descanso.

—¿Eso te ha dicho? Entonces mejor que lo cojas. —Como si no pudiera o debiera oírlo, Woody se dirige ahora a Ray—: Al menos ha venido a trabajar.

—¿Quién no ha venido?

—Ross ha llamado diciendo que está enfermo. La policía va a tener que ir a su

casa.

—Espero que no sean demasiado duros con él —dice Ray, deseando que Mad no le oyera preguntar—: ¿Saben que él y, bueno, que él y Lorraine habían empezado a salir juntos?

—No por mí. ¿Me he perdido algo? ¿Lo sabías, Madeleine?

—Sí —se limita a admitir.

—¿En serio? Una pena. Más o menos prueba lo que había pensado.

—¿El qué? —se interesa Ray, ya que ella no responde.

—Según mi experiencia, no es bueno para la tienda que los empleados se acerquen demasiado entre sí.

—Oh —dice Mad.

—Según mi experiencia —repite Woody, como si no captara o no le importara el hecho de que ella podría haber pasado sin ese comentario—. La chica a la que te dije que telefoneé, Ray, no creo que tenerla aquí me hubiera ayudado a estar concentrado en mi trabajo.

Para guardar la dignidad de la persona referida y la suya propia, Mad se pone en pie y sale de la sala de empleados, donde Nigel sigue entonando sus saludos.

—Gavin. Greg. Jake. Agnes. Jill.

—No pongas ese tono o me harás llorar —suplica Jake.

—A mí también —le advierte Agnes a uno o al otro.

—La parte más dura fue contarle anoche a Bryony por qué estaba llorando —dice Jill—. Y podéis pensar que es una estupidez, pero me sentí culpable cuando me dijo que no recordaba quién era Lorraine.

—Me gustaría ver a alguien llamarte estúpida por eso —desafía Agnes.

Cuando Greg se aclara la garganta, Ray piensa que va a responderle, hasta que, presumiblemente para Nigel, dice:

—No queremos que los clientes vean a nadie alterado, ¿verdad? Podría espantarlos.

—No nos podemos permitir eso —dice Woody, que había estado observando cómo dos policías enanos dejaban la tienda, pero ahora entra en la sala—. Déjame hablar un momento, Nigel.

—Todos los que quieras. Es tu tiempo, después de todo.

—No, es el de la tienda —corrige Woody dejando suspender sus palabras en el aire un momento antes de continuar—: Vale, sé que todos estáis conmovidos y apenados por nuestra pérdida. No seríamos humanos si no lo estuviéramos. ¿Quiere alguien decir algo?

—Deberíamos enviar flores —dice Jill.

—Ya están pedidas, en camino.

—¿Cuándo es...? —comienza Agnes, y tiene que volver a intentarlo—. ¿Cuándo

es el funeral?

—Creo que la próxima semana.

—Quizás alguno de nosotros debería ir —dice Gavin, sin rastro alguno de un bostezo.

—Claro, si es vuestro día libre o podéis cambiaros con alguien, pero he pensado otra manera de recordarla. Cada uno de vosotros y de los que no están aquí ahora os ocuparéis de medio pasillo de Lorraine. De esa manera no tendremos que contratar a nadie y es como decir que es imposible reemplazarla, lo que es cierto, ¿tengo razón? Y supongo que todos sabéis qué otra cosa significa eso.

—¿Lo sabemos? —pregunta Greg, como si el resto de sus colegas no lo hubieran pillado.

—Todos tendremos que trabajar el turno de noche —dice Woody a un silencio que Ray imagina lleno de encogimientos de hombros y otras expresiones de incompreensión—. ¿Por qué no pensamos en ello como un tributo a Lorraine?

Greg muestra su entusiasmo emitiendo un sonido, Nigel emite algo que no llega a tal, hasta que se esfuerza un poco para alcanzar a su colega, al tiempo que Ray se acuerda de prestar atención y es consciente de que Woody puede haber acabado su discurso. El riesgo de ser sorprendido en las nubes le da un vuelco a su estomago. Enciende su ordenador, deseando que la pantalla gris muestre algo de vida. Los iconos van apareciendo de manera gradual, y se van rodeando poco a poco de colorido. ¿Qué significa el icono fino y rectangular bajo la columna de en medio? No recuerda haberlo visto antes, y no lleva ninguna palabra para su identificación. Está tentado de abrir el programa para ver qué es, pero en su lugar hace clic en «empleados».

El reloj de fichar pasa sus datos al ordenador, que los revisa antes de mandarlos a la oficina central. Abre el informe de empleados de noviembre y busca el nombre de Lorraine. Está copiando los detalles de cada uno de sus últimos días en un archivo distinto, cuando nota la presencia de un extraño en la pantalla. No es un nombre. Se le podría considerar una versión más pequeña del icono desconocido de antes, tan borroso que es difícil distinguir dónde acaba su contorno y dónde empieza el ligeramente más claro fondo. Al acercar la vista, pierde la perspectiva. Aparece en todas las entradas de los días que ha examinado hasta ahora; el uno de noviembre aparece en el primer minuto después de medianoche, al siguiente mediodía ocupa tres minutos, y el día siguiente cinco. Debe de estar mostrando las horas en las que un error afectó al sistema. Mientras va desplazando los datos de arriba abajo, está alerta para encontrar el símbolo. Siete minutos al mediodía del día cuatro, once la noche siguiente, trece en el sexto... Oye pasos a su espalda y se gira.

—Cálmate, Ray —dice Woody, abriendo las palmas—. Soy yo.

—¿Te importaría echarle un vistazo a esto? Hay algo que no entiendo.

—Déjame ver.

Ahora suena más irritado de lo que antes estaba Ray, cuando le acusó de eso mismo. Ray le da la espalda y desplaza el contenido del documento de la pantalla hacia arriba, viendo en la parte inferior de la pantalla lo que parece el movimiento de un gusano escondiéndose en la tierra. La línea que indicaba la jornada laboral del manchurrón, de treinta minutos, ha desaparecido, sin dejar rastro. Cuando comprueba los días que ha tratado, y luego baja incluso hasta el último tumor, no encuentra rastro del intruso.

—¿Estoy viendo algo? —dice Woody.

—No está, pero te enseñare la que creo que es la fuente.

Esto le parece a Ray tan urgente que cierra el programa sin salvar los cambios. Se queda desorientado al hacerlo, como si no hubiera hecho ninguno, y se altera más aún al ver cómo ha desaparecido el extraño icono del escritorio.

—Se ha enterrado —protesta.

—¿Era algo vital?

—No lo sé, espero que no —desea. Al reabrir el programa de los horarios, teme que las entradas puedan estar corrompidas, pero parecen correctas—. Debe de haber sido una de esas cosas que los ordenadores hacen sin motivo —piensa en voz alta.

—Bueno, cosas que pasan, te dejo con lo tuyo entonces.

La reunión de empleados se ha silenciado. Incluso el sonido de pasos dispersándose es apagado y sin palabras. El pálido y achatado reflejo de Woody se empequeñece en la pantalla, para ser luego tragado en sus profundidades. Su silla de oficina gime por su eje y libera un crujido, pero Ray se sigue sintiendo observado; casi se puede imaginar siendo espiado desde el escondite donde se han ocultado el desconocido icono y su versión más diminuta. Se obliga a concentrarse en su tarea, y ya va por el día doce del mes sin encontrar a ningún intruso cuando la pantalla comienza a vibrar. Solo sus tímpanos y quizá la imagen en la pantalla lo están haciendo, en el momento que alguien golpea la puerta trasera de la tienda.

—Siempre hay más *stock*. Para eso estamos aquí —exclama Woody, pasando como una exhalación por la oficina en dirección al almacén.

Pronto, Ray oye el familiar sonido del pestillo de la puerta de Pedidos, y piensa que el rodar del palé es también audible, un ruido similar a una inquietud subterránea. Parece descender y finalmente volver a ascender, seguido de un segundo chasquido. Quizá suena tan rotundo porque está copiando los detalles del último día de Lorraine, que parece no haber acabado nunca, pues no llegó a fichar la salida. Esa idea se le queda cruzada en la garganta, tiene que ahogar un largo y no muy tranquilizador jadeo, y luego tragar saliva.

—Encargado al mostrador, por favor. Encargado al mostrador —dice Jill por megafonía mientras Ray cierra el programa.

Su voz suena visiblemente controlada. Ray mira el monitor de seguridad y la ve entre dos cajas, con un dedo en sus labios, como evitando que salga de allí su melancolía. No lo baja hasta casi llegar al mostrador.

—¿Qué pasa, Jill? —le queda aliento para preguntar.

—Es el padre de Lorraine. Quiere saber dónde...

—¿Dónde está?

—Dijo que esperaría afuera. ¿Llamo a Woody?

—Está ocupado, como siempre. Yo me encargo —dice Ray, pero al descender no encuentra a nadie en el exterior de la tienda.

La niebla se está acumulando a menos de cien metros. Una única fuente de luz es visible; un sol alzado como un trofeo clavado en una pica. El sol de finales de noviembre ha sido reducido a un fulgor grisáceo sin ninguna identidad dentro de la penumbra reinante. El rumiante sonido de la autopista parece un elemento más de la niebla; el constante murmullo sofocado parece indicar un esfuerzo del oscurecido paisaje por respirar. Al poner Ray los pies en el asfalto resplandeciente, recuerda la llegada de la ambulancia, su aproximación con las luces parpadeantes a modo de heraldo de su venida; un espectáculo demasiado festivo. Cuando abre la boca, el frío de la niebla le hace temblar. No puede apenas gritar o siquiera hablar con normalidad y pronunciar el nombre del señor Carey. En su lugar, fuerza una tos.

Se está preguntando si la tiniebla se ha tragado el sonido, cuando oye unos pasos vacilantes, seguidos de otros cuantos más seguros, o al menos más rápidos, y una figura aparece torpemente frente a la agencia de viajes de al lado de Textos. Ray se traga un suspiro que le sabe a lástima, porque el rostro empequeñecido por una capucha gris, sobre los zapatos embarrados, los pantalones grises y el abrigo gris, es igual al de Lorraine. Por supuesto es solamente una versión distinta, una que luce un bigote similar a una brocha amarillenta. Su piel es tan pálida, caída y arrugada que Ray tiene la sensación de que el hombre ha perdido una gran cantidad de sus fuerzas, pero mientras avanza hacia Ray, sus ojos cansados intentan mostrar algo de brillo.

—¿Es usted de la tienda?

—Soy uno de los encargados, Ray —se presenta, alargando una mano mientras avanza a su encuentro.

—¿Uno de ellos? —Cuando Ray usa sus dos manos para apretar la derecha del señor Carey, la cual le ha ofrecido instintivamente, este examina el rostro de Ray antes de dedicarle la más débil de las sonrisas—. Solo uno de los encargados — repite. Ray no sabe si la sonrisa es una disculpa o una muestra de su derecho a hacer una pequeña broma. A la vez que Ray está moviendo los labios para devolverla, el señor Carey pierde la suya—. ¿Dónde sucedió?

Ray retira la gélida mano. No debe señalar; extiende la mano con los dedos ahuecados para indicar la masa de niebla más allá del arbolillo roto.

—Por allí —murmura con todo el pesar y amabilidad que las palabras permiten.

—¿No recuerda dónde exactamente?

—Podría intentarlo. —Si Ray preferiría no hacerlo es otra historia, pero la melancolía del señor Carey parece una queda acusación. Mientras Ray mira atrás en su camino hacia la esquelética arboleda, ve cómo la niebla se espesa y se acerca con un hambre ansiosa sobre el frontal de la tienda. La librería ha desaparecido para cuando ha pasado el árbol más alejado del que el coche de Mad derribó; incluso el brillo de los escaparates es imposible de distinguir desde dentro de la niebla—. Por aquí —dice, a no mucho más volumen del preciso.

El padre de Lorraine se le une apesadumbrado. Al tiempo que Ray señala con la cabeza el negro asfalto, el señor Carey aminora el paso y se detiene a dos metros de él.

—¿Aquí?

—Más o menos, eso creo, me temo que así es.

—Tan cerca.

La mirada del señor Carey se pierde tras Ray, que se vuelve para ver el contorno de la entrada de la tienda y los escaparates que aparecen y desaparecen de la vista según el movimiento de la niebla. ¿Podría alguna ilusión similar haberse burlado de Lorraine en sus últimos momentos? Espera que la idea no se le haya pasado por la cabeza al señor Carey.

—¿La dejaron aquí sola en mitad de esto? —es lo único que dice.

—Pensamos que sería peor moverla.

—Peor —repite el señor Carey como si su tristeza no le permitiera a su voz hacer otra pregunta.

—La cubrimos con un abrigo y alguien estuvo con ella todo el tiempo.

—Aunque ya nos había dejado. Lo sé. Agradézcaselo de mi parte y la de su madre.

—¿No quiere entrar?

—¿Me sentiré más cerca de ella ahí dentro? —¿Qué puede responder a eso? Se agita intranquilo, agravando la sensación de que el asfalto es tan fino que puede sentir la fría y oscura tierra bajo él—. Debería hacerlo —decide el señor Carey—. Conoceré a sus amigos.

El sonido que sale de Ray es neutral. Quizá el señor Carey no lo oye en su camino hacia la tienda.

—Siempre tuvimos ganas de venir a la tienda a darle una sorpresa. Nos hubiera gustado observarla sin que ella lo supiera. Nunca dejes de hacer algo si puedes hacerlo, ¿no es eso lo que dicen? Nunca lo entendí hasta ahora. Su hermana está cuidando de su madre, en caso de que se lo estuviera preguntando. Estará durmiendo un rato gracias a los sedantes, por eso no está aquí conmigo.

A Ray le agrada saber que Lorraine tenía una hermana. El señor Carey alcanza la acera frente a la puerta de Textos y se detiene, dejando un pie en el asfalto.

—¿Tiene usted críos? —pregunta, deseando una respuesta positiva.

—Una niña pequeña.

—¿Solo una?

Parece no darse cuenta de que está repitiendo parte de su intento de broma anterior, y Ray piensa que es mejor desviar la atención hacia sus similitudes.

—De momento es nuestra única hija.

—Ahora la nuestra también lo es. Crecen antes de que te dé tiempo a respirar, debe ser consciente de ello. Eso es lo que tienen que hacer, sin duda —divaga. Su mirada se pierde de nuevo detrás de Ray, como queriendo ver más allá de la niebla, y luego la trae de vuelta.

—¿Quiere ver algo?

—Por supuesto, si usted quiere que lo haga.

Aunque Ray no está seguro de a qué atenerse, la súplica era demasiado evidente para negarse. Comienza a andar hacia la tienda para animar al señor Carey a seguirlo, pero el padre de Lorraine se queda quieto, como si tuviera los pies pegados al asfalto, y abriendo la cremallera de un bolsillo saca la cartera. Con los dedos temblorosos, extrae una fotografía del tamaño de una tarjeta de crédito, para luego sostenerla en la palma de su mano. Muestra a una pequeña Lorraine, vestida con una blusa blanca y una corbata a rayas, y luciendo dos coletas no demasiado simétricas. Sus cejas no pueden estar más levantadas, ni su sonrisa puede ser más abierta y orgullosa.

—Fue su primera foto del colegio —dice el señor Carey—. Tenía cinco años.

La niebla se agita a su espalda, como si hubiera sido atraída por la fotografía, o esta hubiera atraído a algo oculto en ella, respirando dentro de la niebla. Ray solo puede pensar que se está imaginando esa estupidez para evitar sentirse afectado por la visión de la fotografía.

—Todos querrán verla, supongo —dice el padre de Lorraine abruptamente antes de entrar en la tienda.

Ray teme que la alarma haga una jugarreta. Solo Frank el guardia saluda al señor Carey, sin embargo, arruga la frente al ver la fotografía que el hombre porta como una tarjeta de identificación. El señor Carey no lo nota, pues ya va recto en dirección al mostrador.

—¿Erais amigas de mi hija? —le pregunta a Agnes y Jill.

Las mujeres se acercan cuando ven la fotografía que el señor Carey sostiene para ellas. Después de mirarla, levantan los ojos con sumo cuidado.

—Esa es... —dice Jill tras una pausa rellena por una música ambiental repleta de violines, que parecen pájaros atrapados en el techo de la tienda.

—Mi pequeña Lorraine antes de hacerse mayor, bueno, apenas llegó a eso. Al

menos ahora puedo comprobar que estuvo con personas que le gustaban. Nunca nos contó mucho de su estancia aquí, pero su madre tenía razón, no necesitas decir que eres feliz si lo eres. Nunca fuimos una familia demasiado efusiva. —Posa su mirada en la fotografía durante el tiempo suficiente para pedir un deseo tácito antes de preguntar—: ¿Estaban orgullosos de ella?

Los violines han pasado a tocar una melodía alegre para cuando Ray advierte que la pregunta iba dirigida a él.

—Toda la tienda, pienso que así era —exclama—. Todos lo estábamos, ¿verdad, chicas?

—Claro —dice Agnes con un atisbo del desafío de Lorraine en su voz.

—Yo pienso lo mismo —dice Jill, bajando luego la mirada como si su mandíbula hubiera tirado de ella hacia abajo.

—¿Diríais lo contrario si no fuera verdad? No os preocupéis, esto solo prueba que erais sus amigos. Me alegro de que su madre tenga la oportunidad de conoceros.

—¿Está aquí la madre de Lorraine? —dice Jill dejando de morderse el labio inferior.

—No quería venir ahora que Lorraine no está. La conoceréis en la iglesia.

—Oh, sí. Lo siento. Siento mucho... —Cada una de las palabras de Jill parece más difícil de articular, atrapadas por la emoción bajo ellas, pero cuando dice—: ¿Me disculpa? —parece que todo ello es una sola palabra.

—Iré con ella, ¿puedo? —Agnes corre tras ella hacia la sala de empleados.

Ray se mete detrás del mostrador para que no parezca desatendido.

—Mujeres. Son mejores que nosotros en algunas cosas, ¿verdad? No les importa verse llorando las unas a las otras.

Ray siente como si el señor Carey hubiera delegado en él en el cometido de contener sus emociones. Se imagina la niebla ensombreciendo sus ojos, volviendo borrosos los fondos de los pasillos. Incluso se arriesga a parpadear, y cuando abre los ojos la sección de Mad todavía parece tener algo de niebla. El señor Carey se baja la capucha, liberando mechón tras mechón de pelo despeinado, y le da la vuelta a la foto para mirarla. Podría estar dirigiéndose a ella mientras murmura:

—Espero que fuera un crío, ¿no?

—Disculpe, ¿qué es lo que espera?

—La policía dijo que era un crío el que conducía el coche, no me gustaría pensar que alguien más pudiera ser tan descerebrado.

—Tuvimos que perseguir a unos cuantos pequeños salvajes, pero rezo para que su maldad no llegue a tanto.

—¿Suele usted rezar? Yo solía hacerlo —comenta el señor Carey doblando la esquina de la fotografía con una uña mordida hasta la raíz y colocándola de nuevo en su palma, como un estigma—. Bueno, mejor me voy —dice—, no soy un cliente.

Tres mujeres con un puñado de novelas románticas cada una han llegado al final de la cuerda que conduce a la señal que pide a los clientes que guarde la cola. Mientras Ray las atiende, le distrae la vista del señor Carey a la caza de cualquier persona con la tarjeta de Textos al cuello. Le enseña a cada uno de ellos la fotografía, que empieza a recordarle a Ray a una tarjeta de socio que da admisión a sus corazones, una idea cruel pero que no puede quitarse de la cabeza. Más de una vez le oye murmurar la palabra «iglesia». Está metiendo en una bolsa la autobiografía escrita por otra persona de un campeón de lucha libre, para un hombre trajeado de piel bañada de rayos uva y un cuello plagado de venas, cuando el señor Carey regresa al mostrador. Espera a que Ray esté solo para hablar.

—¿Los he conocido a todos?

—Algunos no estarán en la caja hasta la hora del almuerzo. El encargado está en el almacén.

—Ya estaréis hartos de mí para entonces. Sea honesto, ya lo está.

—En absoluto —dice Ray, negando vigorosamente con la cabeza.

—¿Puedo hacerle saber cuándo y dónde, una vez que lo sepamos, para que se lo diga al resto de los amigos de Lorraine? Dejaré su foto si no le importa, y me la podrá devolver en la iglesia.

—Estoy seguro de que eso no es necesario.

El señor Carey parece caer ahora en la cuenta de la presencia de Frank el guardia, concretamente de su cometido.

—¿Estaba aquí cuando ocurrió? —le pregunta, poniendo la foto a la vista.

Frank la mira de tal modo que Ray teme que el hecho de que no la reconozca pueda molestar al padre de Lorraine.

—Estaba dentro. Ronnie y los del complejo, esos estaban de patrulla —dice Frank cuando Ray estaba a punto de salir del mostrador para ir en su ayuda.

—¿Dónde puedo encontrarlos?

—En su garita, pero yo me lo pensaría dos veces.

—¿Y eso por qué?

—La oyó a ella corriendo, y al coche y no intentó detenerlo. No era tan lento cuando trabajaba con él en Manchester.

—No está en forma, ¿eso quiere decir? —quiere creer el señor Carey.

—Estúpido, y tarda un montón en llegar a los sitios. Se cree que impresiona tanto que no necesita correr. Quizá se cree superior, no sé qué decirle.

—Creo que quizá prefiero no conocerlo —opina el señor Carey. Mete la fotografía en la cartera, solo por el hecho de privar a su bolsillo de su mano extremadamente temblorosa. Al fin se las arregla para guardar la cartera y cerrar la cremallera del bolsillo—. ¿Puedo pedirle un último favor? —le dice a Ray.

—No creo que me haya pedido todavía ninguno.

—Es muy amable al decir eso —intenta decir el señor Carey con una sonrisa que sus labios no le permiten—. ¿Le importaría mostrarme dónde dejó Lorraine su coche?

Jill reaparece desde la sala de empleados, y un momento después lo hace Agnes, empujando un carro por la salida cercana al montacargas.

—Te dejo que regreses al mostrador, Jill —dice Ray. Si alguien me necesita estaré de vuelta pronto.

La niebla se ha cerrado. El complejo parece una fotografía estropeada por la luz del sol o por un proceso químico mal realizado que solo dejara ver el frontal de la tienda con su acera y un poco de asfalto.

—Creo que el coche está cerca del supermercado —murmura Ray.

—¿Por qué tan lejos?

—Se supone que no debemos aparcar frente a la librería. Quería cumplir nuestras normas.

—¿Las de quiénes?

Suena a triste acusación, más difícil de procesar por el hecho de ser tan vaga. El señor Carey la deja suspendida mientras pasa por Happy Holidays, donde las ofertas escritas a mano se están desprendiendo por culpa de la condensación. Quizá no oye a Ray decir:

—Mías.

Ray le alcanza cerca de Tvid, en cuyo escaparate hay una pareja gritándose en un programa de televisión que se emite por al menos una docena de televisores. En la puerta de al lado, Teenstuff, una chica flaca aunque embarazada está manoseando prendas de ropa que parecen ser blusas o faldas. En el escaparate de Baby Bunting hay varias filas de muñecas de trapo mirándoles con cara de circunstancias, como esperando que empiece el espectáculo; dentro de Stay in Touch, los empleados parecen insatisfechos con todos los móviles que están probando. Más allá de las propiedades desocupadas, llenas de tabloncillos de madera cubiertos de grafitis, formas primitivas y breves pero ilegibles, un callejón conduce a una garita alargada, desde la cual suena la voz de un comentarista radiofónico que parece tener la boca llena. El señor Carey duda junto al callejón durante un momento, y luego sigue hacia delante. A la vez que la puerta del supermercado se hace visible, con sus ofertas escritas en letras tan grandes que solo pueden ser desafiadas por la niebla, se saca la llave de un bolsillo y usa las dos manos para apuntar hacia el Shogun rojo, que le saluda con un ruido de la bocina y un parpadeo de las luces.

—Solía ser el coche familiar. Lorraine lo quería, así que se lo dimos, aunque era demasiado espacioso —se siente con la necesidad de explicar. Ray teme que el señor Carey diga que ahora lo es más aún, pero se limita a entrar en el vehículo—. Gracias por preocuparse por mí —dice—. Me alegro de que Lorraine lo tuviera como encargado.

Ray agita la mano en un gesto que desea parezca estar restándole importancia a su labor y no al señor Carey. Observa a la niebla teñirse de rojo y volver a palidecer cuando el Shogun da marcha atrás. Los faros parecen atraer hilillos de oscuridad cuando el coche se va empequeñeciendo a medida que se acerca a la salida del complejo comercial. Las luces traseras aumentan de tamaño antes de desaparecer, como si pretendieran hacer creer que la mancha nunca estuvo allí. El rugido del motor se encoge hacia la autopista cuando Ray entra en Frugo. De repente, el encargo de Sandra parece una garantía de que nada amenaza a sus vidas ni a la de Sheryl.

Encuentra medias en la sección de Hogar y lleva dos paquetes unidos como hermanos siameses a una caja que regenta una chica con el pelo rubio extremadamente corto; la etiqueta en el pecho izquierdo de su delantal rosa dice «Trish». Cogiendo una bolsa de Frugo, sale rápido a enfrentarse a la niebla. ¿Puede haberse enfriado la temperatura? Intenta protegerse del frío con los brazos sin soltar su carga. La masa gris se arrastra a sí misma delante de él y le persigue desde el aparcamiento. Al pasar por el grafiti, una parte de condensación forma el contorno de una achaparrada figura descolorida con una masa informe por cara. Casi puede imaginar que la voz cacofónica procedente de la garita está usando esa boca para expresarse. La poco tranquilizadora idea le hace sentir perseguido, y una vez que está frente a Stay in Touch no puede evitar mirar atrás. Es capaz de captar movimiento tras un Toyota aparcado entre la niebla; un puñado de figuras borrosas agachándose para esconderse, ninguna más alta que la capota del coche.

Son niños, entonces. No puede presumir que estén conectados con la muerte de Lorraine, pero quiere hablar con ellos.

—¡Esperad ahí! —exclama y corre hacia el coche. Oye ruido de retirada, pero extrañamente no suena igual que unos pasos normales. Está junto al Toyota cuando ve como la niebla absorbe a tres de las figuras en el desierto asfalto. No tiene ni idea de por qué duda antes de correr en su persecución. Son solo críos, a pesar de lo que los trucos que la niebla y sus nervios parecen estar deseosos de hacerle creer. Cuando la niebla deja ver un momento al trío, hace que parezcan estar unidos con ella, e incluso momentáneamente entre ellos. Mientras corre tras ellos a través del aparcamiento ve de reojo a las muñecas de Baby Bunting, lo que explica por qué la noción de las caras idénticas e inacabadas se ha afianzado en su cerebro. Las tres pequeñas figuras parecen estar arrastrándose en lugar de corriendo, por eso debe ser que sus pasos suenan como pies descalzos, o incluso más suaves, y aun así le están cobrando ventaja. Le es imposible identificar sus vestimentas; las briznas grises que oscurecen sus contornos deben de ser niebla, la cual también ha afectado a su colorido. Ahora se distrae con las siluetas de los árboles que aparecen en su campo visual, dos arbolillos y el tronco roto de otro. Pensaba que se estaba dirigiendo a los edificios en construcción, pero de algún modo ha regresado a la senda de Textos.

—¿Dónde estás yendo, Ray? —le llama Woody a su espalda.

Se vuelve y ve a Woody con las manos en las caderas a la entrada de la tienda. Ray agita su mano libre hacia los arbolillos.

—¿No ves que estoy...?

La mano permanece en el aire sin saber qué hacer, porque el asfalto está desierto.

—¿Cómo? —grita Woody.

Ray se da la vuelta y camina de espaldas hacia él, escudriñando la niebla por si vuelven los niños.

—¿Viste dónde fueron?

—No hablo con la espalda de nadie, Ray —le dice, y cuando Ray le encara, Woody añade—: Te vimos corriendo, eso es todo. Parecías perdido.

—Algunos críos están escondiéndose por allí. Pensé...

—¿Ah, sí? Quizá quieras echar un vistazo, Frank —le dice al guardia, y este avanza camino del astillado tronco. Woody continúa—: Según creía, te estabas encargando del padre de Lorraine.

—Eso hice, lo llevé hasta el coche de su hija.

—¿Te regaló eso por la molestia?

Está mirando la bolsa de Frugo, que chirría como si quisiera dejar más patente la culpabilidad de Ray.

—El coche estaba junto al supermercado y pensé que podría pasarme ya que estaba allí —explica Ray—. Cosas de mujeres, para mi esposa.

—No hay nada como la eficiencia, Ray.

»Podemos considerarlo tu descanso —dice Woody, y su mirada se aparta de Ray—. ¿Algo? —grita.

—No veo a nadie —responde la voz monocorde de Frank.

—¿Hacían algo malo, Ray?

—Ya te lo he dicho, se escondían.

—Parece que muy bien. Supongo que lo hicieron porque alguien los perseguía. No hay por qué suponer que sean malos simplemente por el hecho de ser niños, ¿tengo razón? Son clientes potenciales. ¿O acaso los reconociste?

Ray ya ha tenido bastante. Está esforzándose por no temblar, y su camisa comienza a pegársele como un papel helado.

—No —dice, y entra en Textos seguido del chirrido de su bolsa.

Quizá la palabra o el sonido del plástico suenan desafiantes, porque la mirada de Woody parece provenir de unas profundidades que Ray preferiría no explorar.

—La próxima vez que dirijas una reunión de empleados, diles que en el futuro no abandonen la tienda sin decírmelo antes —dice, y entonces parece hablar para sí mismo aunque sin dejar de mirar a Ray—. No —decide—. Olvídalo. Yo me encargaré de todo. Es mi trabajo.

Connie

No se fue a la cama con Geoff por rencor hacia Jill. No fue idea suya ir a tomar algo al Oriente/Occidente después del cine, fue idea de Rhoda y de otra chica que Connie conoció en la universidad. No puso objeciones a la idea, sin embargo, y cuando vio a Geoff detrás de la barra no le importó admitirse a sí misma que había deseado que estuviera allí. Cuando llegó el momento de que Rhoda y su amiga se fueran, Connie renunció a que la llevaran a casa para seguir hablando con él; todo lo que pasó después fue decisión suya. Eso no quiere decir que perdiera el control, ni por asomo; incluso siendo una niña no podía soportar cuando otros niñas armaban escándalo, y las pocas veces que sus padres comenzaban a discutir en público, deseaba hacerse muy pequeña y desaparecer.

No hay motivo para que Jill tenga que saber de su noche con Geoff, sobre todo después de lo de Lorraine. ¿Entonces por qué fue tan dura con su escaparate? Quizá está nerviosa ante la primera visita de un autor a la tienda, pero eso no es una excusa. La controversia es publicidad, y seguramente la mejor manera de promocionar a Brodie Oates. Se promete a sí misma que le dirá todo eso a Jill cuando la vea, mientras se aleja con su coche de la acogedora y pequeña casa de dos dormitorios en Prestwich.

Cinco minutos después ya está en la autopista. Si no fuera por la niebla, en otros diez estaría en Textos. Solo con verla sobre la carretera, ya sabe que está cerca de Fenny Meadows, aunque el complejo comercial y su señalización no pueden distinguirse por ningún sitio, y lo mismo ocurre con el sol. Los campos verdes y húmedos a ambos lados de la carretera se van tornando grises y se encogen hasta convertirse en espacios vacíos cercados por la nada; siente su cerebro empequeñecerse al mismo ritmo, y al espacio llenarse de niebla al tiempo que es privado de la luz del sol. Va en segunda; cuando pasa junto a Frugo, siente los fragmentos de asfalto que la niebla ha convertido en suelo embarrado, y donde las ruedas de su coche se quedan adheridas. Aparca detrás de Textos y cruza rápidamente la oscuridad opresiva del callejón que conduce a la parte delantera de la tienda.

Ha inhalado algo de la niebla y esta parece habersele quedado atrapada tenazmente dentro de la cabeza. Aclararse la garganta no sirve de nada, pero provoca que Gavin corte un bostezo a la mitad y se concentre en ordenar los folletos del mostrador. Todos los clientes tienen uno, hay al menos una docena de hombres y mujeres repartidos entre las estanterías. Woody estaría satisfecho, pero hoy es su día libre. Connie sube al aseo, como prefiere llamarlo, y se suena la nariz con tal fuerza que su cráneo se agita. Ese vigor debe de ser la causa de que por un momento vea una masa gris asomarse por la parte baja del espejo; tiene que tomarse la molestia de darse la vuelta para comprobar que está sola en la habitación. Cuando se ha deshecho

de suficientes residuos de niebla como para ignorar los que le quedan, ficha y dedica una fugaz sonrisa a la reunión del turno de Nigel (incluyendo a Jill, pero no exclusivamente) de camino a su escritorio. Está a punto de abrir su correo electrónico, cuando la reunión se disuelve y los empleados se van cada uno por su lado; la puerta de la oficina se abre unos centímetros.

—¿Connie? —dice Jill. Su tono es bajo y cauto, pero decidido, y su sonrisa parece temer ser descubierta.

—¿Qué pasa, Jill? —pregunta Connie.

—¿Cómo que «qué pasa»? —dice Jill, abriendo su bolso—. ¿Te has dado cuenta de lo que has hecho, si es que fuiste tú?

¿Ha deducido de alguna manera que ha pasado la noche con Geoff? ¿Por qué reacciona Connie como si tuviera algo que ver con Jill? Contiene el resentimiento hacia Jill por hacerla sentir culpable y ponerse a la defensiva cuando Woody abre la puerta.

—¿Algo más va mal?

—¿No es este tu día libre? —espetea Connie.

—¿Por qué, quieres que lo sea?

—Solo por tu bien. Necesitas tiempo de descanso, igual que todos nosotros.

—Ya habrá tiempo para eso cuando estemos en la cumbre. Todavía sueño con un almacén sin nada esperando por ser bajado, pero eso va a dejar de ser un sueño —se justifica Woody, y hace una pausa lo bastante larga para que Connie se pregunte si sus sombríos ojos han descansado la noche anterior. Luego añade—: Te hemos interrumpido, Jill.

Ha acentuado tanto la actitud defensiva de Connie que esta está dispuesta a negar cualquier cosa que la carta del bolso de Jill contenga. Cuando Jill la desdobra, resulta ser uno de los folletos de eventos.

—Le estaba diciendo a Connie... lo siento, Connie, no creo que te hayas dado cuenta de una cosa.

Woody se asoma por el umbral para mirar el folleto.

—Eh, eso es nuevo.

Durante un momento, mientras lo lee, Connie no distingue nada obvio, pero luego relee la primera línea: «Evento's en Textos». El apóstrofo es lo bastante pequeño para confundirse con una manchita o, pensándolo mejor, no tanto.

—No me lo creo —se oye a sí misma decir, y se siente más estúpida aún—. Lo comprobé en la pantalla y también cuando lo imprimí.

—Pues me parece que estamos jodidos.

—A veces lees lo que quieres leer, ¿no es así? —opina Jill—. No lo vi a primera vista. Lo noté cuando lleve unos pocos a la escuela para dárselos a la gente, mi hija pequeña me preguntó si no había un error.

Su sonrisa juguetea otra vez con sus labios. Puede pretender ser irónica y simpática, ¿pero no se da cuenta de que está empeorando la situación de Connie?

—Quizá la gente puede pensar que está bien y es una cosa un tanto original, como tú —le dice a Connie—. Podría decir que hay eventos en Textos, ya sabes, hay un evento en Textos, aunque supongo que debería decir que hay unos eventos...

Connie está casi segura de que Jill se está burlando de ella. Quizá piensa que Connie no va a desafiarla delante de Woody, y en tal caso está a punto de saber que es una zorra presuntuosa. ¿Pensaba Connie algo de ella antes? No es capaz de recordarlo ahora. Abre la boca, solo para sentir como si Greg fuera un ventrílocuo y ella su muñeco, y para hacerla parecer más estúpida si cabe.

—Connie llama al seis, por favor. Connie llama al seis —dicen sus labios con la voz de Greg.

—Hazlo —dice Woody—. Y gracias por la publicidad, Jill, aunque no transmita la impresión que nos hubiera gustado.

Nunca le ha dicho que tuviera que transmitir ninguna impresión concreta. Connie se molestaría en dejar eso claro, pero Woody tiene los ojos clavados en el teléfono que ya debería estar usando.

—Sí, Greg —dice al descolgarlo.

—El grupo de lectura está preguntando dónde se supone que deben ir.

¿Por qué no pasa la llamada directamente? Sabe que está ansioso por ascender, pero no le gusta nada su modo de comportarse, como si ya fuera uno de los encargados.

—Ponme a quien sea —dice—, y yo hablaré con ellos.

—No están al teléfono, están aquí. Tienen previsto empezar en unos minutos.

—Lo dudo, Greg. Alguien ha perdido la noción del tiempo.

—Eso es lo que dice en tu papel.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Jill? —espetea, quizá el nombre suena como una acusación más que como una petición para que le enseñe de nuevo el panfleto, pues Jill duda antes de dárselo—. No lo entiendo —dice Connie en voz alta.

—No pone eso ahí, ¿verdad? —dice Woody, pidiendo una explicación con la mirada.

—Sé que puse las seis, no las once. Te juro que lo hice.

—Jura todo lo que quieras, pero no delante de los clientes.

Su voz está tan falta de apoyo que volver a coger el teléfono es casi un alivio.

—¿Está por ahí Wilf? —pregunta.

—De camino al almacén.

—Le alcanzaré.

Al tiempo que Connie se pone en pie, Woody alza tan rápidamente una mano abierta que parece la preparación de una bofetada.

—Antes de irte, ¿hay algún otro fallo en lo que escribiste?

—Espero que no.

—Es mejor asegurarse, ¿no te parece?

Lo que más le repatea es que se lo está diciendo delante de Jill. La rabia la debe de estar cegando; apenas distingue las palabras que lee, y menos si hay algún error.

—¿No lo comprobaste? —no ve ninguna razón para no preguntar—. Pensé que te gustaba meterte en todo.

—Supongo que pensé que esta vez podrías solucionarlo sola.

—Jill, ¿estás por aquí por alguna razón en particular? —es lo único cercano a una respuesta que se siente capaz de arriesgar.

Jill coge el panfleto y lo deja en la mesa.

—Quédatelo, todavía me sobran algunos. ¿Qué hago con ellos?

—Connie te dará unos pocos de los nuevos, ¿verdad, Connie? Asegurémonos de no gastar más papel. —Woody sostiene su mirada para recalcar eso último y camina hacia la sala de empleados abriendo la puerta de par en par—. Wilf, te necesitan.

—Iba a sacar mis libros y los del pasillo de Lorraine que me pediste que colocara.

—Habrá tiempo para eso luego. Ahora mismo Connie tiene una sorpresa para ti. Tu club de fans te está esperando abajo.

Wilf se contiene para no soltar una maldición.

—¿Quién?

—Tu grupo de lectura. Ya sé que se les esperabas esta tarde, pero no podemos echarlos si creen que esta era la hora correcta.

Esto no parece alegrar a Wilf.

—¿Te has leído el libro, verdad? —pregunta Woody expectante.

—Casi me lo terminé anoche en casa. Me dormí al final.

—¿De cuántas páginas hablamos?

—Al menos un capítulo.

Connie nota que Wilf espera que Woody deje de contar con él.

—Eso te va a llevar... ¿cinco minutos a tu ritmo? Nosotros llevaremos las sillas abajo y tú nos sigues tan pronto como acabes. ¿Me ayudas, Connie? Jill tiene que colocar.

—Ve tú primero, Jill —dice Connie sintiéndose absurda, mientras todos van hacia la puerta, pues ha quedado demasiado claro que intenta hacer notar que todavía es una de las encargadas. Agarra cuatro sillas, y Woody siete, mientras tanto Wilf se sumerge en el último capítulo de la novela de Brodie Oates—. Hay un montón de libros nuevos, Jill, y no olvides los de Lorraine —no puede evitar decir mientras camina cargando las sillas.

—No pensaba olvidarme de ella.

Woody apoya su carga en el suelo frente al montacargas y aprieta el botón con los

nudillos.

—Ocúpate de esto mientras le comunico al grupo que estamos de camino, ¿puedes? —le pide—. Te alcanzaré abajo.

El *staccato* de sus pasos bajando por las escaleras es interrumpido por el sonido del cerrojo de la puerta, y entonces Connie oye subir el montacargas. Entre sus crujidos se distingue otro sonido, el de la voz apagada de una mujer. El destinatario de las palabras no responde, o quizá se trata simplemente de la voz del montacargas. Si Connie pegara la oreja contra la puerta podría oír lo que dice, pero antes de que le dé tiempo a hacerlo, el aparato anuncia su apertura y las puertas se deslizan una a cada lado.

No está segura de por qué no confía en ese trasto. Coloca una entre las dos puertas, y va metiendo las demás sillas por lotes; uno de cuatro y dos de tres. Nada más aventurarse a entrar y apretar el botón, le dan ganas de salir. La máquina le dice que se está cerrando, y se supone que debe esperar unos segundos por si alguien entra. En lugar de eso, la ansiosa puerta empuja la silla contra ella, y no tiene espacio para esquivarla. Apartando la silla, es consciente de que debería haberla usado para mantener la puerta abierta. Está segura de haberse atrapado ella sola, pero sale como puede y casi se cae de cabeza cuando la puerta se cierra a su espalda.

Se queda mirando a Jill, intentando convencerla de que no se ha tropezado ni tenía intención de hacerlo. ¿Ha oído ella la pequeña pausa, similar a una risita ahogada, entre las sílabas de la segunda palabra pronunciada por el montacargas? Debe de haber sido un fallo en el mecanismo. Baja al trote las escaleras al tiempo que Woody vuelve de la sala de ventas.

—Va a ser una charla animada —dice—. No son lectores normales, es un grupo de escritores.

Connie se niega a admitir que ha escuchado una respuesta amortiguada desde dentro del montacargas. Debe de haber anunciado su apertura, porque tras una pausa que le hace chasquear la lengua como si llamara a un animal, las puertas se abren.

—Oh, creí que había alguien ahí —dice.

Supone que es una reprimenda por dejar las sillas desatendidas; la que echó a un lado se ha caído. La coloca en el montón de tres, y luego añade otras tres más, para alejarse entonces con todas agarradas entre sus brazos mientras Connie se apresura a ir a recoger las demás. Woody debe de haber pensado que quiere ir a su mismo ritmo. Sostiene la puerta lo suficiente para darle espacio para pasar.

—Aquí estamos —dice—. Por favor, siéntense.

Connie le sigue a la sección Adolescentes; la gente que antes estaba vagando por los pasillos y echando una mirada a los libros se reúne con ellos. La mayoría son lo bastante mayores para viajar gratis en el autobús, salvo por dos chicas jóvenes de aspecto tímido pero expresión intensa. Las sillas son colocadas en un círculo, y la

persona más anciana del grupo, una mujer bajita y rotunda, con un peinado parecido a una tarta gris sobre su cabeza, unos holgados pantalones verdes y una rebeca de *tweed* de un colorido que podría ser legendario, se queda en pie.

—¿Nos están hablando a nosotros? —se erige en portavoz.

—Nuestro voluntario está en camino, señora —la tranquiliza Woody, clavando los ojos en la puerta como si eso fuera a acelerar la aparición de Wilf.

—Encargado a mostrador, por favor. Encargado a mostrador —llama Agnes por megafonía.

Necesita a alguien para autorizar un reembolso a un adolescente con el rostro plagado de granos entre la rala pelusilla que ha devuelto el vídeo de un concierto de Single Mothers on Drugs. Al tiempo que Connie empieza a procesar el recibo, Wilf sale de su escondite.

—Aquí está nuestro campeón —anuncia Woody, algo que no parece agrandar a Wilf, y se dirige a la caja en el momento en que el cliente, coronado con un casco de motocicleta, sale de la tienda—. ¿Qué ha pasado aquí? —demanda saber Woody.

—¿Cuál dijo que era el problema, Anyes?

—No había música, y tampoco parecía un concierto.

Woody frunce el ceño, pensando que Connie debería haber hecho algunas comprobaciones antes de autorizar el reembolso, y coge la cinta.

—Voy a la tienda de vídeos a comprobar la cinta.

—Connie, ¿no crees que deberíamos ir todos al funeral? —pregunta Agnes, tan pronto como Woody sale de la librería.

—No podemos, ya lo sabes. Alguien debe quedarse aquí.

—¿No podríamos cerrar al menos un par de horas para ir? ¿No crees que Lorraine merezca al menos eso?

—No sirve de nada que me digas eso a mí, Anyes. Es a Woody a quien debes convencer.

—Pensé que si creyeras que fuera algo importante se lo pedirías tú misma.

—Estoy segura de que tú puedes hacerlo. Pareces lo bastante capaz —dice Connie, intentando escuchar lo que sucede en la sección Adolescentes. La mujer con la masa grisácea de trenzas ha cruzado los brazos con tal fuerza que parece haberse hundido los pechos, y está señalando con el dedo a Wilf.

—¿Cuál es su interpretación? —interroga con su tono de profesora de escuela—. Usted eligió el libro.

—No es exactamente así. La chica que lo hizo no está, no está aquí.

—Es la elección de su tienda, y usted es la tienda. Esa fue la única razón por la que lo compramos. Que levante la mano quien se lo hubiera comprado si no —desafía a sus compañeros. Aprieta los labios durante el instante que las dos chicas jóvenes hacen la tentativa de levantar sus manos—. Entonces explíqueme por qué lo

eligieron si era una especie de broma gastada por no sé quién —desafía a Wilf.

—Pudo ser el propio autor, ¿no creen? Estará aquí en persona la próxima semana, por si quieren preguntárselo.

—Se lo preguntamos a usted. Su jefe dice que nadie lee como usted. ¿Qué es lo que queremos saber todos?

—¿Qué quiere decir el final? —dice una de las jóvenes, y la otra asiente.

—El final —exclama expresivamente la portavoz, y agita las manos hacia Wilf, dándole un respiro a sus oprimidos pechos—. Todos queremos oír qué piensa de ello, ¿verdad?

Un murmullo general de conformidad se mezcla con risas totalmente exentas de júbilo. Wilf se pone al borde de su asiento y alza la vista para afrontar a su audiencia, encontrándose con la mirada de Connie al otro lado de la sala. Aparta rápidamente la vista de ella, para después guiñarle el ojo a nadie en particular.

—Quizá depende de cómo entiendan el resto del libro —murmura.

—¿Cómo lo hace usted? —le interesa saber a la segunda mujer joven.

—Ya llegaremos a eso —impone su ley la organizadora—. Queremos saber qué se espera que entendamos del último párrafo.

—¿Qué piensan? ¿Todos tienen ideas diferentes?

—Oigamos la suya primero. Su jefe decía que si alguien podía sacarle un sentido era usted.

Connie no se ha movido de detrás del mostrador para no avergonzarse, no obstante necesita ocuparse de los folletos de los eventos. Se está paseando de lado a lado del mostrador cuando sus ojos vuelven a cruzarse; tiene la mirada de un animal y parece querer agarrarse a ella para protegerse.

—No puedo —dice, y se pone en pie como si un marionetista le hubiera tirado de un cordel invisible anclado a su cabeza. Se tambalea entre las sillas y parece estar a punto de huir corriendo—. ¿No podría hacer esto otra persona? —le suplica a Connie.

—¿Qué pasa, Wilf?

—Yo... —duda, haciendo figuras en el aire con los dedos frente a su cara y pellizcando el aire como si estuviera intentando extraer algo de su cerebro—. Yo he...

—Será una migraña, ¿no? —le dice Agnes.

—No lo sé, nunca he tenido ninguna —dice, luego la mira con algo parecido a gratitud en sus ojos—. Antes —añade.

Connie se pregunta si Agnes pretende ahora adoptar el rol, no precisamente a petición de sus compañeros, de portavoz de las ideas y preocupaciones de los empleados, dejado vacante por Lorraine.

—¿De verdad no vas a ser capaz de continuar, Wilf?

Sus ojos brillan como el asfalto envuelto en niebla de afuera.

—Lo siento, estoy decepcionando a todo el mundo.

Presumiblemente eso es un sí. Connie se encargaría del grupo de lectura, pero solo ha hojeado el libro. Levanta el teléfono más cercano y su voz resuena en el aire llamando a Jill.

—Hazle saber a tu gente que vamos a enviar a un sustituto —le dice a Wilf—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—No hay ningún sitio donde puedas echarte, ¿verdad que no? —dice Agnes—. Intenta sentarte con los ojos cerrados. No podrás conducir hasta casa.

—¿Puedes continuar colocando después, Jill? —pregunta Connie para disfrazar la orden—. Al parecer, Wilf tiene una migraña y necesitamos alguien para hablar con su grupo sobre el libro de Brodie Oates.

—No sé si me gustó.

—Entonces no mientas. Hazles hablar, es tu trabajo. Están en Adolescentes. Baja directamente —dice Connie, cortando la llamada.

Wilf se ha retirado para darle a su grupo de lectura la noticia. La mujer de las trenzas le arroja su mirada y sus manos mientras Wilf se hunde en uno de los sillones cercanos a su sección, cerrando los ojos. Los abre casi instantáneamente, y mira los libros frente a él antes de cubrirse los ojos con una mano y hundirse aún más en el sillón. Connie está a punto de ofrecerle un paracetamol, pero Jill aparece con un vaso de agua y una aspirina. Una vez se la ha administrado, Wilf se vuelve a cubrir los ojos mientras Jill se dirige a Adolescentes sin mirar a Connie. Se sienta en el borde de una silla vacía y dice:

—Soy Jill. ¿A quién le gustó el libro?

Connie tiene que aguantarse y no hablar cuando Jill es recibida por un silencio. Al final, las dos jóvenes admiten que les gustó. Connie se quedaría para ver cómo Jill lidia con la mujer de las trenzas, pero eso no solucionará el tema de los folletos. Deja el mostrador a la vez que Woody entra en la tienda.

—Si ese tío devuelve algo más, házmelo saber —dice, tirando la cinta en el estante de Devoluciones—. Ha grabado encima.

—¿El qué?

—Una de esas viejas películas históricas. Una de vuestras batallas, parecía. Ni siquiera se ve bien. No es de extrañar que no quisiera quedársela —dice Woody antes de reparar en Wilf y Jill—. ¿Qué ha pasado en mi ausencia?

—Wilf tiene una migraña —dice Agnes—. Jill se ha leído el libro.

—Dile que se siente arriba a recuperarse, por el amor de Dios —le dice Woody a Connie.

Va a dar un resentido paso adelante hacia Wilf cuando Agnes habla:

—Connie me dijo que debería preguntarte a ti lo de cerrar al mediodía para poder ir todos al funeral de Lorraine.

—Woody quiere que te sientes arriba para que no te vean los clientes —se apresura a decirle a Wilf para volver corriendo al mostrador a escuchar a Woody.

—¿Por qué todos? Algunos de vosotros no os llevabais especialmente bien con ella, según recuerdo.

—Estoy segura de que a sus padres les gustará que vayamos todos.

—No saben cuántos empleados tenemos, ¿verdad que no? No tiene sentido cerrar cuando ya tenemos un empleado de menos. Y voy a tener que pedirles a todos los que quieran acudir al funeral sin ser su día libre que se apunten al turno de noche de la próxima semana. Espero que todo el mundo lo haga de todos modos, pues ayudarán a dejar la sección de Lorraine como a ella le hubiera gustado tenerla.

Agnes mira a Woody llena de incredulidad y Wilf se va a la sala de empleados. Connie le sigue, por si no es capaz de alinear bien la tarjeta con el lector de la pared, pero no era necesario, pues consigue hacerlo con suficiente destreza. A mitad de las escaleras, se gira para mirarla fugazmente, como si se sintiera perseguido.

—Siéntate en el escritorio de Ray para que los demás puedan descansar en la otra sala —dice Connie—. Es su día libre.

Wilf tira de los brazos de la silla de Ray y se sienta delante de la pantalla apagada. Connie enciende la suya y Wilf se coloca una mano delante de la cara. Borra el apóstrofo intruso y relee el documento; entonces descubre que la está espiando a través de sus dedos.

—¿Hay algo más que creas que puedo hacer?

Cierra los dedos con tal fuerza que Connie teme que se pellizque los ojos.

—No —murmura.

La imagen en el monitor se mueve como la niebla. Al tiempo que la examina con atención para convencerse de que no sucede nada extraño, Angus entra en la sala de empleados y rellena su taza de café de la cafetera. Sabe que no rehusaría hacerle un favor a nadie. Está a punto de pedirle que eche un vistazo al documento, pero Agnes aparece desde el almacén.

—Angus, ¿trabajarás el turno de noche la semana que viene?

—Iba a hacerlo. He puesto mi nombre en la lista.

—No estaba diciendo que no debas hacerlo, solo que Woody dice que quien lo haga es libre de ir al funeral. Todavía pienso que deberíamos ir todos, lo conseguiríamos si pusiéramos de nuestra parte.

Ha levantado la mirada y la voz en dirección a Connie, que intenta ignorarla centrándose en la pantalla. Cuanto más se concentra, menos significado encuentra a las palabras que aparecen frente a ella, incluso cuando Agnes regresa al almacén. Connie decide imprimir una hoja por si los posibles errores se pudieran ver más claros sobre el papel, y Woody aparece corriendo desde abajo, canturreando la melodía con la que los altavoces castigaron a todo el mundo durante las semanas

previas a la apertura de la tienda: «*Goshwow, gee and whee, keen-o-peachy...*».

—Tenemos que mantener alto el ánimo —le comenta a Angus—. Este es el hombre que necesitamos.

—Casi he terminado mi descanso —le asegura Angus, dando un gran sorbo de su taza.

—Oye, no hay necesidad de atragantarse. Voy a pedirte ayuda, pero para la semana próxima. No tuviste mucha relación con Lorraine, ¿verdad? No eras uno de su panda, si es que tenía una.

Un furioso tintineo de libros contra un carro proveniente del almacén es seguido de un silencio similar a una respiración sostenida.

—Solo la conocía del trabajo —admite Angus.

—Entonces no te importará faltar a su funeral, ¿verdad? Estarás dejando un lugar para alguien que realmente quiera ir.

—¿No se preguntarán sus padres por qué no fui?

—¿Los conociste?

—Aún no, pero...

—Entonces supongo que no saben que existes. Solo les alteraría si alguien le diera más importancia, y no necesitan eso ahora, ¿verdad que no? ¿Quedamos en eso, no? Puedo contar contigo.

—Así lo espero —dice Angus, y Connie siente que Woody tiene la esperanza de que eso aplaque un poco a Agnes—. Quiero decir, sí —debe añadir para tranquilidad de Woody, provocando un furioso y violento tintineo del carro del almacén. Apura su taza y la coloca sobre sus predecesoras en el estancado fregadero antes de bajar, mientras, Woody examina la pantalla de Connie.

—¿Qué aspecto tiene ahora? —pregunta.

—No veo ningún problema, ¿y tú?

—Siempre veo alguno —dice, y echa una mirada al monitor de seguridad de su despacho—. Me temo que a los escritores no les ha gustado mucho tu amiga Jill.

—Yo no la llamaría así exactamente.

—¿No? ¿Pasa algo entre vosotras que debería saber?

—Por lo que a mí respecta, nada en absoluto.

Solo un poco de cautela se derrama de sus ojos, que ahora contemplan a Connie.

—No tuvo mucho éxito vendiéndoles nuestro libro —dice—. La mayoría de ellos se fueron preguntándose por qué lo habíamos recomendado.

—Ah, ¿ya se han ido? ¿Cuánto tiempo llevamos aquí arriba, Wilf?

Wilf menea la cabeza sin apartar la mano de sus ojos.

—Al menos media hora, según mi reloj —dice Woody. ¿Tanto tiempo lleva delante de su pantalla?—. Me temo que tampoco se quedaron muy impresionados contigo —escucha decir a Woody a través de su propia confusión.

Comienza a sentirse del mismo modo que imagina que se siente Wilf.

—No recuerdo siquiera haber hablado con ellos.

—Me refiero al folleto. Les hice pensar que era un fallo de la imprenta, pero no me gusta tener que ocultar cosas por el bien de la tienda. ¿Tendré que hacerlo de nuevo?

—¿No lo sabes? Estás viendo lo mismo que yo.

—Te estoy mirando a ti, Connie —dice, y baja la mirada hacia la pantalla—. Imprímelo cuando estés satisfecha del resultado, y entonces ponte a colocar unos cuantos libros de Lorraine para que la gente tenga ocasión de comprarlos.

Supone que no ve más errores de los que ella ve (es decir, ninguno), pero cuando Woody entra en su oficina se pregunta si tanto él como su propio cerebro pueden estar conspirando para hacerle una jugarreta. Al mirar la pantalla, las palabras se convierten en símbolos totalmente carentes de sentido. Al tiempo que pone en marcha la impresora en un intento de reaccionar a su desesperación, Wilf deja escapar un leve gemido que bien podría ser una reacción a la suya.

Por un momento quiere confesarlo, y entonces se lleva la mano a la boca. Solo está tensa por lo ocurrido con Lorraine, se dice a sí misma. Todos deben de estarlo, y con el tiempo se aliviará. No quiere provocar que la despidan de su trabajo.

Angus

—¿No puedes conducir el resto del camino, verdad que no? —dice su madre al tiempo que se mete por el desvío de Fenny Meadows.

¿Le está diciendo que lo haga o lo contrario?

—¿Quieres que lo haga? —replica, la rotonda venidera se rinde ante la niebla al pie de la rampa.

—Eso es cosa tuya, Angums.

Trata con tal fuerza de ocultar su mueca de disgusto ante el apodo, que espera que le deje pasar el hecho de no haber respondido cuando llegan finalmente a la rotonda. La autopista está a su espalda, exponiendo su parte inferior húmeda, grisácea y llena de baches sobre los pilares de cemento salpicados de grafitis; una vegetación demasiado primitiva para haber decidido la especie a la que pertenece.

—No está lejos —dice, sintiéndose atrapado en un juego conversacional en el que el perdedor es aquel que dice algo inadecuado; suele sentirse así con sus padres—. Bueno, puedo intentarlo.

—Te gustaría poder moverte por tu cuenta, ¿verdad? Pero no pienses ni por un instante que a tu padre y a mí nos importa traerte y recogerte. Nos pilla de camino.

—Quizá no debería arriesgarme a conducir en la niebla.

—Estoy segura de que eso es sensato si no tienes la suficiente confianza. Creo no obstante que tendrás tarde o temprano que saber lidiar con condiciones de este tipo, y dudo que haya mucho tráfico en tu aparcamiento.

Al no obtener respuesta, su madre sigue conduciendo bajo la autopista. La niebla los persigue a través del sombrío y ruinoso pasaje, separándose de los grafitis de más adelante, y enseguida parece estancarse en el complejo comercial, sustituyendo al cielo, negando el paso al sol de media mañana y reduciendo los edificios a pálidos bloques brumosos. El Vectra cruza el aparcamiento, pasando por algunas zonas de césped adornadas con árboles ralos difuminados por la niebla. Las marcas de neumático parecen bocas resplandecientes a ambos lados del árbol sobre el que chocó el coche de Mad; ya ha crecido nueva hierba sobre ellas. Más allá, Textos se alza entre la oscura niebla que empaña el escaparate y ensombrece la publicidad de Brodie Oates.

—Tu padre te recogerá esta noche, Angums —dice su madre.

—Gracias. Mañana conduciré por la autopista si puedo.

Ella levanta la cabeza dos centímetros, y sus ojos un poco más incluso.

—No estés tan ansioso por contentar a todo el mundo o no contentarás a nadie, y menos a ti mismo.

Se siente incitado a contestar; provocado por una parte de sí mismo que preferiría no reconocer, no por los que están escondidos entre la niebla. Aprieta los dientes para

contener su lengua mientras ella se da unos golpecitos en la mejilla, un gesto que sugiere que le dé uno de esos besos que de pequeño no pudo evitar en la puerta de la escuela.

—Venga pues, Angums, haz que nos sintamos orgullosos —murmura.

Agarra su almuerzo y la despide agitando la mano; el coche se aleja, portando la L que es el estandarte de todas las veces que ha calado el motor, o pisado el pedal de acelerar en lugar del de freno o ha rozado los neumáticos contra el bordillo de la acera. Al menos no es tan malo en su trabajo, piensa, a medida que la niebla se traga un último atisbo del rojo de las luces traseras del Vectra. Enfila hacia Textos, y la sonora voz de Woody salta como una alarma.

—Sonríe, a nadie le gustan los cascarrabias. —Los lados de su boca se alzan ante la llamada de atención, pero se da cuenta de que no se dirigía a él, sino a Agnes, cuya expresión seria se torna en otra ceñuda—. Esa es peor. No queremos ver más eso por aquí —dice Woody en un tono más bajo, y cuando Agnes se agacha en el mostrador, tan deprisa como si la hubieran grapado al suelo, añade—: Cuando quieras unirme a nosotros, empezaremos.

Angus se alegra de que Agnes esté conteniendo su expresión de disgusto al verle apresurarse a obedecer. Los únicos clientes son dos calvos estudiosos que parecen haber marcado dos de los sofás como su territorio. Quizá pretenden comprar regalos para algún crío; cada uno de ellos hojea un libro que contiene muy pocas palabras. Sus ojos apenas parpadean cuando Angus pasa por su lado, haciendo ruido con el contenido de la caja con su almuerzo.

Realmente, todo el mundo en la sala de empleados parece estar esperándolo. Ross parece mostrarse aliviado por su aparición. Jill preparada para defenderse, seguro que no de él. Gavin abre la boca, pero lo más parecido a un saludo que sale de ella es un bostezo ahogado a la mitad.

—Aquí está el tío —dice Jake, con más entusiasmo del que le agradaría a Angus. Woody, saliendo de su despacho, le salva de tener que responder.

—Bueno, vamos a poneros en movimiento —dice igual de acelerado que por el altavoz—. Yo me encargo de esto, Nigel. Quizá parte del problema es que los británicos se encargan de los británicos.

Nigel se encoge de hombros y se adentra en el almacén sin mirar a nadie. No duda ni mira atrás cuando habla Gavin.

—Eso es un poco racista, ¿no?

—Oye, no necesitamos esa palabra aquí. No necesitamos nada que cause problemas. Si no admitimos que somos diferentes no podemos aprender de las cosas que nos unen, ¿verdad? Siéntate cuando puedas entrar por fin, Angus.

Angus está intentando fichar la entrada, pero le da la impresión de que la tarjeta no registra nada; parece que la ranura está llena de suciedad, aunque cuando se acerca

a examinarla, comprueba que está limpia. Pasa la tarjeta una vez más y la deja en el montón de «entradas» antes de sentarse, al parecer, no lo bastante deprisa.

—Este es un buen ejemplo de las cosas que debemos evitar —dice Woody.

—¿El qué? —dice Jill, y Angus siente que está transfiriendo algo de su actitud defensiva hacia él.

—Algunos no os habéis acostumbrado aún a nuestras rutinas. Mientras más cosas podáis hacer sin pensar, mejor.

—No sé si eso es una buena idea, hacer cosas sin pensar. No me imagino diciéndole eso a mi hija.

—Aquí es esencial. Dejemos esta discusión para otro momento. Necesito dejar claro algo.

—Cielos, eso suena autoritario —dice Jake.

Angus se pregunta si está exagerando deliberadamente, y espera que Woody también piense lo mismo. A Jill se le escapa una risita, sesgada un poco por la sorpresa, y Gavin emite una risa si cabe más corta y apagada.

—¿Algo más que queráis soltar? —pregunta Woody, mirando a todos fijamente. Angus no puede evitar verse forzado a menear la cabeza y mostrar algo que no llega a sonrisa radiante pero tampoco es simplemente una mueca de compromiso, el resto se guarda sus respuestas—. Bien entonces —continúa Woody—. Me gustaría poder llevaros a todos a ver cómo hacíamos allí las cosas.

—¿Y cómo es eso?

—Me alegro de que lo preguntes, Angus. Cuando entras en una tienda quieres sentir que los empleados están ansiosos por hacer por ti todo lo que esté en su mano, ¿verdad? Eso no lo veo en algunos de vosotros, y no me refiero solo a los que estáis presentes.

—En algunos de nosotros los británicos, quieres decir —dice Gavin.

—Eso es totalmente correcto. Quizá es cosa de la flema británica, creéis que servir es algo bajo, pero no lo es si queréis trabajar para Textos. Estoy comenzando a pensar que es una razón para que vengan pocos clientes. Tenemos que hacerles sentir que esta es la mejor librería que han pisado, lo cual es cierto dado lo que he visto de la competencia. Debemos asegurarnos de que sigan viniendo y se lo digan a todos sus amigos.

Angus no quiere sentirse portavoz, pero el silencio de los demás le hace hablar:

—¿Cómo lo hacemos?

—Chicos, sé por qué estáis tristes, pero no queremos que los clientes lo estén. Para empezar, sonreíd cuando veáis a un cliente. Recordaos a vosotros mismos que ellos son las personas que mantienen vuestro puesto de trabajo y quizá eso ayude. Adelante, así.

Se provoca una sonrisa en la cara usando sus propios dedos, obligando a las

esquinas de su boca a hacerse más grandes. Sus ojos están como platos, dispuestos a responder a cualquier pregunta, su boca medio abierta muestra algo del brillo de sus dientes. Sería una expresión agradable si sus ojos no estuvieran tan rojos. Su cara le recuerda a Angus a la de un payaso desesperado, sobre todo hasta que no se relaja cuando los demás intentan imitarla.

—Todos tenéis que trabajar en ello —sigue Woody, borrando la expresión de su cara—. Bueno, intentemos el acompañamiento. De ahora en adelante saludaremos a cada cliente. ¿Se va a sentir alguien incómodo por dar a nuestros clientes la bienvenida a Textos?

Es al propio Angus al que no le apetece la idea, por eso no dice nada. Woody parece satisfecho, o bien tiene la intención de tomarse el silencio como una respuesta negativa general; desde luego, su sonrisa lucha por resurgir.

—Supongamos que soy un cliente —dice—, ¿quién me va a dar la bienvenida?

Aunque no está mirando únicamente a Angus, este es incapaz de ignorar la urgencia que parece estar enrojeciendo los ojos de Woody por momentos. Se aclara la garganta, y empalma el sonido con la frase:

—Bienvenido a Textos.

—No te he oído.

—Bienvenido a Textos —casi grita Angus, su cara hinchándose en la zona en torno a su boca.

—Oye, estoy en la tienda, no ahí afuera entre la niebla. De todos modos es más entusiasta, al menos, ¿qué falta?

Al no ser capaz de adivinar a qué se refiere, Angus tiene la impresión de que su cerebro está atrapado entre la niebla. Los ojos de Woody se estrechan como dos puñaladas, y levanta el pulgar hacia la mandíbula para señalarse la cara. Al instante, la sonrisa regresa a ella, luciendo más dientes que nunca.

—No sirve para nada sin esto —apenas vacila al decirle a Angus.

Angus abre los ojos y la boca, y tira de las esquinas de esta tan hacia arriba que los labios le tiemblan.

—Bienvenido a Textos —dice, pero gran parte queda atrapado en la maraña de su sonrisa, parecida a la del muñeco de un ventrilocuo.

—No del todo mal. Practica a cada ocasión que tengas. Podéis ensayar siempre que no estéis en la sala de ventas —dice Woody, dirigiéndose ahora a todos—. ¿Quién quiere superarlo?

Angus se pregunta si se espera de él que mantenga su sonrisa mientras el resto compete. Cuando nadie se presenta voluntario, la deja ir, y siente la relajación de su cara.

—Oíd, no significa que no seamos un equipo. Ayudaros mutuamente a mejorar os hace ser buenos compañeros.

—Bienvenido a Textos —dice Jake, abriendo los brazos como si estuviera a punto de abrazar a Woody, y usando un tono de voz más propio para seducir o ser seducido, además de sonriendo de una forma pretendidamente tímida, apropiada para ambas cosas.

—Sería mejor bajar un tono, no ha sido tan gracioso, Gavin. Veamos la tuya.

—Bienvenido a Textos —repite sin borrar su sonrisa burlona y sin emoción alguna. Antes de que Woody pueda hacer ningún comentario, Jill dice el eslogan como si estuviera ofreciéndole un trato a un niño y brinda una sonrisa expectante dirigida a Ross. Debe de querer animarlo, pero cuando este repite la fórmula su sonrisa se acerca más a las lágrimas; Angus sospecha que se ha acordado de Lorraine.

—Bueno, necesita ser trabajado, sobre todo las sonrisas —tercia Woody—. Y una vez que lo hayáis pillado, tendréis que mantener esa actitud en todo momento y para todos los clientes. —Examina sus caras buscando una reacción o un motín, luego añade—: Necesito a uno de vosotros para repartir folletos por todas las tiendas del complejo. ¿Quién es el más rápido?

Gavin abre la boca, pero a Woody no debe de gustarle su rapidez.

—Tú puedes hacerlo, Angus. Ve ahora antes de que empecemos a perder gente —le apremia; se refiere al funeral. Angus coge un montoncito de hojas de la mesa de Connie, y Woody le aconseja—: Puedes dejarlas también en los coches de fuera. Bien, en marcha.

Angus coge su abrigo y lucha para meterse dentro sin soltar los panfletos. La sensación de que la sonrisa está a punto de reaparecer en el rostro de Woody le hace sentir si cabe más patoso. Suelta las hojas, se lo pone, y las vuelve a coger antes de huir camino de las escaleras. Cuando sale a la sala de ventas, Agnes habla desde el techo.

—Ayuda en mostrador, por favor. Ayuda en mostrador.

Le está dando un cupón de regalo a una mujer grande de cabeza pequeña, equilibrada por una papada que corona un grueso suéter. Un hombre con una coleta gris que cae sobre el cuello peludo de su grueso abrigo de astracán espera en Información. Cuando Angus se mete tras el mostrador, el hombre vuelve su arrugado rostro hacia él, poniéndose un dedo sobre el hoyuelo de su barbilla.

—No te culpo por llevar un abrigo aquí dentro, ¿o pensabas salir a disfrutar del buen tiempo?

—¿Hace bueno? —dice Angus sin saber por qué.

—La niebla se ha levantado un poco. No esperes que dure. Antes de irte, soy Bob Sole. Tenéis un libro para mí, por fin.

Cuando Angus se agacha para examinar el estante de Pedidos, se da cuenta de que ha olvidado sonreírle al señor Sole, y también de darle la bienvenida. Ninguna de las etiquetas de la media docena de libros lleva el nombre del señor Sole.

—Perdone, ¿cómo se llama el libro?

—*Campos y canales de Cheshire*. Un tío llamado Bottomley lo escribió. Adrian, si eso sirve de ayuda.

No, no sirve.

—¿Le avisó alguien de que estaba aquí?

—Me enviasteis una tarjeta —anuncia el señor Sole, y se la saca de un bolsillo, acompañada de unos restos de tabaco—. No te importará si lo pregunto, ¿os estáis quedando conmigo? Es la segunda vez que lo pido, y el colega al que se lo pregunté la última vez parecía pensar que era una broma.

Angus recuerda a Gavin comentando en la sala de empleados que tenían a un cliente llamado R. Sole. Espera no reírse ni dejar escapar ningún sonido. Esconde su cara lo que puede cuando se estira para coger la tarjeta que el señor Sole ha dejado en el mostrador. Coger el teléfono le ayuda a ocultar el rostro. Está a punto de pedir ayuda cuando Woody le habla desde el aparato:

—¿Todavía no estás cumpliendo tu misión? ¿Cuál es el problema?

—Tenemos un pedido, pero no lo encuentro —explica Angus, sintiéndose de repente aterrado ante su propia reacción si Woody le pidiera el nombre del cliente. La respuesta de Woody aparta ese temor.

—Supongo que te refieres a *Campos y canales de Cheshire*.

—Ese es. ¿Cómo...?

—Lo tengo en mi despacho. Dile al cliente que se lo bajo ahora.

Angus está seguro ahora de poseer el control sobre sus labios.

—El encargado está de camino, con su libro —dice volviéndose hacia Sole.

Apenas ha soltado el aparato, Woody entra disparado por la puerta de la sala de empleados. El señor Sole se gira dejando un rastro de olor a astracán rancio, Woody lleva el fino libro en la mano.

—¿Asegurándose de que no se pierde esta vez, verdad?

—Le echaba un vistazo ya que lo teníamos —sonríe Woody.

—¿Dice mucho sobre este lugar apartado en el bosque?

—Nada destacable —dice Woody, girándose tan rápido que a Angus le cuesta distinguir si su sonrisa ha desaparecido o no—. Yo me encargo de esto, ya no deberías seguir aquí.

—Oh, bien, está bien —dice Angus atropelladamente, lo que acaba con la sonrisa empática que Agnes le tenía preparada. Coge los folletos del mostrador y los abraza sobre el pecho mientras sale de la tienda.

El sol no se ha abierto paso entre la niebla. Si hay algo nuevo, es una luz cegadora que agrava la sensación de que el resto del complejo se ha borrado del mapa. Vagas capas de esa luz pasean por el asfalto como las faldas de una bailarina con poca gracia. Esa debe de ser la razón por la que Angus siente como si estuvieran contando

sus pasos cuando se pierde de la vista de Woody, que lo observaba por el escaparate. Al adentrarse en Happy Holidays, una plomiza cortina gris cae sobre Textos.

Dos chicas vestidas con polos amarillos, luciendo sendas haches en cada pecho, están jugando al tres en raya detrás del mostrador. Las dos levantan ansiosamente la cabeza, una expresión no muy lejana a la sorpresa, y la más rubia y delgada de las chicas habla:

—¿Adónde podemos hacerle volar?

—No voy a ningún sitio de momento. Nos preguntábamos si podíais coger unos cuantos de nuestros panfletos.

—No te molestes en gastar muchos —responde, y al soltar Angus una docena en el mostrador añade—: Esos son más clientes de los que tenemos en una semana.

Al salir, Angus se despide de las chicas con una versión de la sonrisa de Woody dibujada en el rostro, pero no parece impresionarlas mucho. La niebla ha emprendido una burlona retirada, suficiente para dejar a la vista un viejo Skoda algo más allá del tronco derrumbado. Levanta el parabrisas y deja un folleto debajo.

—¿Qué es eso que has puesto en mi coche? —oye decir a una voz cuando se disponía a adentrarse de nuevo en la niebla. Mira a su alrededor y se encuentra con una alta figura entre los dos árboles intactos. La figura se emborrona y casi desaparece en su trasiego por el trecho de césped. El hombre lleva zapatillas blancas, pantalones verdes, una chaqueta de cuero gastada con varios jirones colgando y un gorro de lana de donde asoman varios mechones de pelo blanco. Su pequeño rostro hace lo que puede para hacerse presente, rodeando a una nariz llena de marcas de viruelas; se acerca al coche encorvando su lánguida figura—. Ah, eres tú —dice en un tono más plano del ya de por sí plano acento de Lancashire—. Ibais detrás de mí.

—¿Quiénes?

—Tus colegas. Textos. No parece que haya servido de mucho.

—¿Y por qué no? —se siente Angus provocado a preguntar.

El hombre hace una bola arrugada con el papel y lo tira al césped, donde aterriza con un ruido sordo.

—¿Qué es un grupo de lectura?

—Umm... —Una mirada a la parte superior del folleto hace comprender a Angus—. Es, es como un sitio para leer, donde lees.

—Buen intento, hijo, pero demasiado tarde. Adelante entonces, propaga el error. Así es como la lengua que hemos construido todos estos siglos se hunde.

A Angus no se le ocurre nada que responder a eso.

—¿Por qué dice que vamos detrás de usted?

—He escrito unos cuantos libros. Una parte de uno habla de la historia de este lugar. Quizá por eso pensasteis que merecía la pena llamarme.

La niebla se agita, y Angus siente como si el resto del mundo la siguiera.

—Creo que acabamos de vender uno de sus libros, si usted es...

—Adrian Bottomley, ese soy yo, con todo lo que conlleva. ¿No soy lo que esperabas, eh?

¿Es su actitud la razón por la que Connie rehusó invitarlo?

—¿Por qué no quiere firmar libros en nuestra tienda?

—No tengo nada especial contra vuestra tienda, pero puedo prescindir de visitar este lugar.

—¿Entonces qué hace aquí ahora?

—Quizá el hecho de haber vendido un libro era un evento tal que quise estar presente —se burla Bottomley, después se pone serio—. No me gustó oír lo que pasó el otro día.

—¿El qué? —pregunta Angus, sintiéndose peor que estúpido—. Se refiere a Lorraine.

—Sí, si esa fue la chica atropellada. No me gusta imaginar a nadie muriendo aquí.

Angus mira a su alrededor y lo único que ve son dos árboles y medio sobre un poco de césped gris rodeado de asfalto.

—¿Qué tiene esto de especial?

Bottomley agacha la cabeza y señala con las manos el montón de folletos de Angus.

—¿No deberías estar repartiendo eso?

Angus considera llevarlos de vuelta para informar sobre el error, pero no quiere darle problemas a Connie. Ya que nadie más ha notado la falta de una letra, parece mejor no darle más importancia. ¿Acaso no pueden hacer creer que fue algo intencionado si así les conviene?

—¿Quiere venir conmigo mientras lo hago?

—No quieres dar vueltas solo por este lugar. No puedo decir que me sorprenda, después de todo lo que ha pasado.

—Tenía la esperanza de que me lo contara.

—Alguien debería saberlo —admite Bottomley, y de repente se dirige hacia el pavimento—. Ahora que lo pienso, alguien debe saberlo —murmura.

Su tono deja a Angus sin saber cómo tomarse lo que ha dicho o siquiera si iba dirigido a él. Bottomley no vuelve a hablar de camino a Tvid, donde una mujer oronda y un hombre flaco, falto de un afeitado y con marcas de pinchazos en los brazos, se están gritando el uno al otro en un programa de la tele. Entre los ánimos y abucheos del público, uno de los dos empleados de la tienda, que estaba riéndose con el espectáculo, se percata de la presencia de Angus.

—¿Puedo poner unos pocos de estos en el mostrador? —pregunta.

—Haz lo que quieras —dice al ver a qué se refiere—. ¿Arreglasteis el asunto de vuestra cinta sobre *hooligans*?

—¿A qué te refieres?

—Unos tipos peleando en un vídeo supuestamente musical. Tu jefe parecía querer matar al que la había cagado.

Angus suelta unos pocos folletos en el mostrador.

—¿No queréis leer lo que está dejando en vuestra tienda? —pregunta Bottomley.

El asistente charlatán coge uno y lo examina durante unos segundos antes de soltarlo de nuevo en su lugar.

—Me parece bien.

—¿Tendrá que valer, entonces?

Bottomley podía haberse ahorrado esa última frase. Saliendo de la tienda, seguido por Angus, las televisiones le despiden con un ruido burlón, una voz inarticulada y sucia emerge de más de una docena de los descerebrados aparatos. En el exterior se vuelve hacia Angus.

—Bueno, ¿qué sabes de este lugar?

—En realidad nada, aparte de que es mi lugar de trabajo.

Angus añade la segunda mitad para darle menos razones a Bottomley a mofarse de él, pero el gesto del autor no se suaviza.

—No sacaste nada en claro de mi libro —dice.

—No tuve oportunidad de leerlo.

—Ni tú ni nadie, hijo —dice, y sin deshacerse de su amargura, añade—: Es solo que deberías querer saber algo sobre el lugar donde pasas gran parte de tu vida. ¿Sabes al menos por qué se llama como se llama?

—No lo sé, no.

La respuesta con aire de disculpa no parece ganarse al escritor. Angus no entiende por qué sacó a relucir el nombre de la tienda, pero Bottomley no dice nada más mientras continúan su ruta. En Teenstuff, un encargado está dando instrucciones a dos empleados que están cambiando los escaparates. En Baby Bunting, la pandilla de muñecas de caras idénticas del escaparate ha comenzado a coger polvo, y los dos empleados visibles están jugando a «Mi primer juego de ordenador»; en la puerta de al lado, los de Stay in Touch parecen tener dificultades para hacer funcionar sus teléfonos móviles. Bottomley posa una mirada de disgusto creciente en Angus cada vez que repite la fórmula:

—¿Puedo poner unos pocos de estos en el mostrador?

Debe de pensar que cambiar la suya le hace más culto que Angus; «¿No va a leer lo que dice?», «Yo le echaría un vistazo antes» y «Léalo primero». La variedad, no obstante, no le produce ninguna satisfacción. Al volver a salir hacia la niebla, la cual parece haber ganado más sustancia gracias a la energía que le roba al invisible sol, camina en su dirección como si tuviera la intención de enfrentarse a ella o simplemente disolverla. A Angus le recuerda a un abuelo intentando perseguir a un

niño malo. Tras varios pasos se trastabilla y se detiene.

—Manteniendo a distancia a las bandas, ¿no?

—Supongo que alguna hizo esto —dice Angus, señalando los grafitis que han crecido como hiedra sobre los edificios a medio construir—. Y ha habido algunos niños armando lío en la tienda. Quizá uno de ellos robó el coche e hizo eso de lo que ha oído hablar.

—Los mismos no —espetea el hombre. La impaciencia de Bottomley está exenta de simpatía—. Hablo de las bandas que se reunían aquí para pelear antes de que se levantaran los edificios. Te preguntarás qué les traía a este lugar desde zonas tan distantes, ¿verdad? O quizá no, ya que no eres de aquí.

—No puedo decir que sea tan de aquí como usted —se defiende Angus.

—Podrías haber aprendido algo de historia en el colegio, de todos modos. ¿Sabes cuántas batallas ha habido aquí? Y no me refiero a simples peleas.

Angus niega con la cabeza en lo que parece un vano intento de estrujarse los sesos para pensar. Bottomley le coloca dos dedos en la cara.

—Durante la guerra civil, y antes de eso, en la época romana —dice, y vuelve a colocar los dedos en el alzado puño—. Y entre esas dos batallas existieron aquí aldeas. En la Edad Media y un par de siglos después hubo altercados. ¿Te da eso algo en que pensar?

Angus se siente encerrado en su propia estupidez por culpa de las preguntas y de los muros que lo rodean, llenos de humedad y grafitis a su derecha, trémulos y altos a la izquierda.

—¿Como por ejemplo...? —dice por si eso ocultara su ignorancia.

—Justo, quizá no te lo estás preguntando. Quizá ya has adivinado lo que pasó en las aldeas.

—¿Una niebla como esta? —sugiere Angus, asemejándose a un alumno deseoso por complacer a su profesor.

—Sigue intentándolo. Hablamos antes sobre ello.

—Batallas, a eso se refiere.

—Si quieres llamarlas así —dice Bottomley, pero Angus ha agotado de algún modo su paciencia—. Hubo un montón de violencia, eso es seguro.

—Esperemos que haya acabado.

—Eres de esos, ¿no? De los que conservan la esperanza. Si echas un vistazo a cómo va el mundo verás que estamos luchando todos contra todos.

—Creí que hablábamos de este lugar.

—No me estarás diciendo que entre tus colegas no hay discusiones. No puedes creer que ya no haya bandos.

—Eso no significa que haya violencia.

—Dijiste que no eras de por aquí —declara Bottomley y tira adelante como si ya

no pudiera soportarlo más. Angus le sigue, pasando la garita del guardia, donde una voz proveniente de la radio grita algo indescifrable desde la ventana, y hacia Frugo. Al tiempo que Angus aborda a la cajera más cercana, Bottomley se acerca al pasillo de los licores.

—¿Puedo poner unos pocos de estos en el mostrador? Bueno, en todos — pregunta Angus.

—Nunca bebas con el estómago vacío —le aconseja Bottomley a cualquiera que pueda escucharle, meneando un dedo en el aire, en dirección a la cajera.

»¿No quieres echarle un vistazo a eso primero?

—¿Qué nos estás dando? —dice comenzando a leer, pero se queda a medio camino del primer párrafo, y aparta la vista sin interés—. Va de una librería — informa a sus colegas—. Escritores y lecturas y ese tipo de cosas.

—Ponlo junto a los papeles —sugiere la chica de al lado—. La gente los lee.

En la entrada al supermercado, Bottomley se toma su tiempo para incluir a Angus en una mirada desamparada dirigida a la chica que transporta la mitad de sus folletos. Angus le sigue hasta el último local ocupado, Stack o' Steak. Cuando entra, el escritor ya está sentado en una mesa de un plástico tan rojo como el de un juguete, y saluda a Angus con un grito.

—Eh, ahí llega la cultura —le saluda. Ninguno de los dos empleados del lugar, temporalmente fuera de la cocina, y que llevan sendas camisetas naranjas con la inscripción So'S en el pecho, parece tomarse el comentario mejor que Angus. La siguiente pregunta de Bottomley tampoco los entusiasma—: ¿Puede poner unos pocos de esos en el mostrador?

Para entonces el ritual está tan asentado que Angus se siente obligado a cumplirlo.

—¿Quiere mirarlos antes?

El hombre al que le ha preguntado acerca tanto la cabeza a los papeles que le recuerda a un caballo bebiendo de un abrevadero.

—No veo por qué no —dice al fin en un tono que bien podría haber dicho lo contrario.

Angus no está seguro de a quién va dirigido el aplauso de Bottomley hasta que el autor le pregunta:

—¿Lo has pillado ya?

—Creo que no.

Bottomley se rinde y se dirige al segundo camarero, que es demasiado velludo para los estándares del trabajo.

—¿Cuánto necesito comer para conseguir una botella de la casa?

—Puede tener la botella si quiere, ¿no cree? —dice el hombre; es la perfecta articulación vocal de un encogimiento de hombros.

El autor escudriña el menú de plástico que ocupa la mitad de la mesa en la que se posa.

—Te diré algo. Tomaré del blanco, y un plato de pedazos de pollo.

Angus se siente observado. Sin duda, los camareros se preguntan por qué sigue allí. No puede irse hasta que haya empezado a comprender. Camina deprisa hacia la mesa y se sienta frente a Bottomley.

—¿Qué tenía que pillar?

—¿Puedo tomar algo de la botella mientras espero? Solo un vaso.

No dice nada a Angus mientras espera que se cumpla su petición. Observa con una sonrisa el vaso lleno de vino y se traga de un sorbo la mitad.

—Una botella y un vaso, quería decir —masculla. Después murmura a la espalda del camarero—: Demasiados apóstrofes.

Angus se atreve a contestar.

—No son de los míos esta vez.

Bottomley lo mira atentamente.

—¿Te piden algún requisito para trabajar en la librería?

Eso le suena tan insultante que alza la voz para que también lo escuchen los empleados del restaurante.

—Hice tres años de universidad.

—Vaya, que se saquen las trompetas. Tres más que yo entonces, hijo, y aun así no lo pillas. Vete y piensa en ello, quiero decir ahora mismo. Quizá eso ayude.

Angus siente la presión de la silla sobre su columna al empujarla hacia atrás. Por una vez, lucha para no rendirse.

—No para de negarse a contarme las cosas —protesta—. Dijo que alguien debería saberlo.

—Así es, y lo sabrán. El que haya comprado mi libro en vuestra tienda. —Incluso con más indiferencia, añade—: Eso si se molesta en leer hasta tan lejos.

Angus le observa hundirse en su amargura, y le imagina colocándosela sobre la cabeza como una manta rala. No ve más motivos para seguir hablando con el autor. Lo deja con la botella que le ha traído el camarero y sale de allí. Pasar de tanto color al monocromo paisaje de niebla y asfalto le vuelve casi ciego. Apresurándose por el pavimento, los escaparates se intercalan con los grafitis oscurecidos por la niebla. Nadie parece reparar en él, y sin embargo se siente observado; es una sensación al menos tan opresiva como la niebla. Piensa que debe de estar nervioso ante la posibilidad de encontrarse con Woody, y en ese preciso instante, Woody en persona sale de la tienda.

—¿Tuviste bastante para todos los coches? —le pregunta.

—Para todos los que vi.

La trola le hace a Angus sentirse lo contrario a ingenioso. Mencionaría a

Bottomley si pensara que ha aprendido algo digno de mención.

—¿Qué dijiste que ponían en ese libro sobre este lugar? —pregunta en vez de eso.

Woody se le queda mirando mientras intenta comprender la pregunta o bien mientras intenta decidir la respuesta.

—Un poco de historia.

—¿Como qué? —se fuerza Angus a seguir preguntando.

—Fue habitado en un par de ocasiones.

Angus no sabe por qué siente que Woody se las está arreglando para devolverle la trola, a no ser que se sienta culpable. No es capaz de pensar en otra pregunta.

—Mejor vuelve a colocar. Pero escucha, gracias por salir ahí afuera y gracias por quedarte esta mañana. Oye, eso es lo que necesitamos ver por aquí. Sigue con eso.

—Perdón, ¿que siga con qué?

—Con la sonrisa.

Angus siente que tira de sus labios y se contorsiona como un insecto.

—Ya casi la tienes. Trabaja en ello mientras estés en el almacén —dice Woody cuando Angus ya va en esa dirección, y añade—: Aguantemos lo que queda de mañana, luego volveremos a la normalidad.

En su camino por uno de los pasillos de Lorraine, Angus se pregunta qué es lo que Woody considera normal. Está casi seguro de oír el murmullo de Woody en la distancia, y este parece quedarse congelado en su nuca, ¿o es un suspiro de la niebla? «Sonríe», se imagina a Woody repitiéndole, o repitiéndose a sí mismo, y siente como si algo hubiera alargado un brazo al menos tan largo como la tienda entera y hubiera cerrado una garra de reptil en torno a su boca.

Greg

Ha tenido en cuenta la niebla, por supuesto. Antes tardaba unos veinte reposados minutos en cubrir la distancia entre Warrington y el desvío que conduce al complejo comercial, pero desde su primera visita a Textos, cuando casi se falló a sí mismo llegando tarde a la entrevista, sale siete minutos antes; dos más cinco, para estar seguro. En el momento que ve la niebla cubriendo el sol sobre la autopista, pisa el freno. Algunos de los coches de delante no lo imitan hasta que la niebla es tan espesa que les obliga a encender las luces de los faros, pero en cualquier caso ninguno de ellos parece tener la intención de descender a Fenny Meadows. Greg sabe que los jefes no podían haber previsto que la niebla se asentara de esa forma en la zona; no sucedía cuando pasaba por Fenny Meadows el pasado invierno de camino a la biblioteca de Manchester, pero el mundo está cambiando, y en beneficio de nadie. Tendrá eso en cuenta si alguna vez se le pide buscar ubicación para una sucursal de Textos.

Conduce a menos de cuarenta y cinco kilómetros por hora en el momento que llega el desvío. Al internarse en él con su Rover, otro coche, difícil de ver por la velocidad a la que va y por el efecto de la niebla, intenta adelantar en la autopista. Greg oye un derrape y un impacto, y aunque ninguno de los implicados se deja ver a través del opaco aire blanquecino, ralentiza la velocidad por si acaso. Circunda la rotonda y avanza cerca de los edificios a medio construir próximos a Stack o' Steak, donde un gran perro gris u otra criatura del mismo tamaño está escarbando entre la basura. Se detendría a verlo bien, o, en realidad, para sugerirle a quien esté al cargo que mantenga sus desperdicios alejados de los animales, pero ha venido antes a trabajar para facilitar que algunos de sus compañeros vayan al funeral de Lorraine. Ya que se empeñan en ir, al menos que sean puntuales. Sería una actitud hipócrita por parte de Greg presentarse en el funeral, pues el comportamiento de Lorraine en el trabajo no podía ser más diferente al suyo. Si él fuera el encargado, se habría sentido obligado a acudir, pero entiende que Woody no esté cómodo dejando a los compañeros de Greg solos en la tienda sin supervisión. Greg consideró la posibilidad de comentarle que él iba a estar allí, pero no quería que Woody pensara que es un presuntuoso.

Tras pasar Frugo, es la niebla quien marca el ritmo de paso, lo cual le da ocasión de observar dónde ha aparcado cada uno. No reconoce ninguno de los coches frente a la tienda, no son de sus compañeros. Si hubiera visto alguno no se lo diría a Woody. No solo porque Woody ya tiene bastantes asuntos de los que ocuparse; Greg cree que a las personas se les debe dar una oportunidad de redimirse y siempre siguió esa regla con las pequeñas faltas cuando fue prefecto en el colegio. Conduce hasta detrás de Textos y aparca junto a varios vehículos bajo el cartel, invisible desde la autopista por

culpa de la niebla. Maletín en mano, bloquea el volante primero y cierra el Rover después, antes de dar la vuelta a la tienda.

Aunque el interior de las ventanas tiene parches grises, estos no están en el lugar exacto donde a él le gustaría. Es decir, no tapan las tres caras de Brodie Oates, tres rostros de satisfacción ovalados y planos que parecen globos sobre unos cuerpos demasiado grandes para pertenecer al mismo conjunto; el que no lleva ni falda ni traje, va ataviado con un vestido. Todo esto no es obra de Jake, lo cual sería comprensible aunque no especialmente mejor. Ahora la gente como él puede exhibirse todo lo que quiera, y a nadie le está permitido quejarse; es la misma clase de injusticia contra la que clama el padre de Greg: un tipo no le puede llamar a un negro «negro», pero el negro puede llamar al tipo lo que le dé la gana. Al menos no hay ninguno trabajando en Textos, como en la biblioteca donde trabajan los padres de Greg y él mismo hasta hace poco. Lo que provocan es incomodidad entre la gente, una carencia en el vocabulario, pues ya no se sabe lo que está permitido decir y lo que no. Lo mismo pasa con esto, ¿qué se le puede decir a Jill? ¿Pretendía sorprender a la gente con su escarapate o gastar una broma pesada? Greg no cree que nadie leal a la tienda pudiera pensar en hacer ninguna de las dos cosas, considera que uno debe estar tan orgulloso de su lugar de trabajo como de su colegio. Él lo está, y pretende seguir así, incluso si eso conlleva no gustarle a todo el mundo. Ya se acostumbró a eso en el colegio.

Cuando Greg atraviesa los arcos de seguridad, el guardia no parece saber muy bien cómo saludarlo. ¿Ha sido eso una sonrisilla disimulada por su achatado y agresivo rostro?

—Buenas tardes, Frank —saluda Greg para dejarle contento, y a cambio recibe un gruñido de agradecimiento. Avanza bajo el falso techo de la sección de Música y se encuentra con Agnes, que empuja un carrito hacia Viajes, no a demasiada velocidad.

—Mejor que pongas una sonrisa en tu cara si quieres hacer feliz a los demás —le dice.

»Tampoco supone un gran esfuerzo por nuestra parte intentarlo.

Su boca se tuerce a modo de una sonrisa reflejada en un lago de aguas estancadas.

—Hablas igual que él.

—Si te refieres a Woody, lo consideraré un cumplido.

Su boca se tuerce más en ese lago que Greg imagina.

—¿Qué haces aquí, por cierto? No entras hasta dentro de casi una hora.

—Pensé en asegurarme de que los que vayáis al funeral cumpliríais vuestras tareas antes. No queremos que lleguéis tarde, ya que estáis representando a la tienda.

—No es un deber, es solo... Dios, solo lleva muerta una semana. —Agnes deja la boca abierta durante un momento antes de añadir—: Merecía al menos tener a unas

cuantas personas en su funeral, también trabajaba aquí.

Lo único que está consiguiendo es recordarle lo camorrista que era Lorraine, de hecho está demostrando cómo se ha infectado ella también, pero no va a permitir ninguna provocación.

—Bueno —decide responder—, creo que es mejor continuar con nuestro trabajo.

Parece dispuesta a discutir incluso sobre eso, aunque Greg ha tenido cuidado de incluirse a sí mismo en la frase. Está a punto de pensar que Agnes ha incitado al lector de la sala de empleados a la rebelión; tiene que pasar la tarjeta por encima dos veces para convencerlo de su derecho a entrar. Con la puerta cerrándose tras él, corre hacia arriba para meter su maletín en la taquilla. Cuando pasa la tarjeta de empleado bajo el reloj, Woody sale de su despacho.

—Pensé que alguien se estaba haciendo pasar por ti en el monitor —dice—. Vaya, llegas casi tan pronto como yo.

—Pensé que me necesitarías ya que algunos de los empleados se van.

—Esa es la clase de tío que necesitamos —le dice Woody a Angus, que está encorvado encima de la mesa sobre lo que queda de su almuerzo como si no quisiera llamar la atención—. ¿Harías cualquier cosa por este lugar, Greg?

—Me gusta pensar que sí.

—No es mucho pedir, ¿verdad que no, Angus? ¿Por qué no se lo enseñas? De momento eres el mejor de este grupo.

Por un momento, Angus se muestra más que reacio. Greg se está preguntando si él también ha adoptado la actitud que Lorraine le ha traspasado a Agnes, y Angus se gira para mirarle de frente. Los lados de su cara se tensan hacia arriba como si estuvieran siendo levantados por unos ganchos invisibles.

—Bienvenido a Textos —masculla.

Su expresión transmite una impresión más cercana a la desesperación que a una bienvenida, y su voz ni siquiera transmite una sola de esas dos cosas.

—Oye, antes lo hiciste mejor —exclama Woody—. Veamos cómo me haces sentir especial, Greg.

Greg se esforzaría al máximo por Textos incluso si los ojos de Woody no estuvieran en carne viva por la presión.

—Bienvenido a Textos —dice con la mejor de sus sonrisas y estrechando también su mano.

—Tienes que igualar eso, Angus. No queremos a nadie tomando la delantera, ¿verdad? Puedes enseñarle a los demás cómo se hace, Greg, y así es cómo se saluda a cualquier cliente que entre por esa puerta. Lo de la mano también, me ha gustado. Solo una cosa más; cada vez que habléis con un cliente, recomendadle un libro.

—¿Alguno en particular? —pregunta Greg, ya que Angus ha encontrado todavía un poco de almuerzo sobre el que centrar su atención.

—Cualquiera que te motive. Todo es bueno, sino no lo venderíamos. No tengo por qué decirte lo que debe gustarte.

Greg piensa que Woody podría guiar a la gente por el buen camino; como encargado debe de tener buen gusto. Quizá Greg pueda sacar ese tema la próxima vez que estén solos, no es nada que deban oír los demás empleados. Se está preguntando si debería recordarle a Angus que su descanso debe de estar a punto de terminar cuando Woody habla:

—Bien, Greg, ya que contamos contigo, ¿serás Lorraine?

Angus se aclara la garganta tan fuerte que deja a los demás en silencio.

—Nadie puede. Todos somos únicos —murmura Angus; Greg sospecha que ha hablado solo porque su carraspeo ha atraído la atención sobre él.

—Seguro que sabes que Woody me está pidiendo que archive los libros de Lorraine.

—Me alegro de que al menos uno de vosotros entienda lo que digo.

Greg se apresura hacia el almacén, no lo bastante para no ver a Woody frotarse los ojos y enrojecérselos más si cabe. Sin embargo, se siente tentado de llamarlo, si no fuera porque sabe que ya tiene bastantes cosas en la cabeza. La persona que mete nuevas existencias en los estantes supuestamente también debería depositar la parte correspondiente a los libros de Lorraine en el inferior. Nigel escribió notas para ayudarlos en esa labor, pero alguien los ha metido en los espacios libres de la zona que corresponde a Greg. No solo eso, le han largado libros de escultura, responsabilidad de Jake, figuras desnudas y pulidas que Greg está seguro de que a él le encantan. También hay una buena cantidad de colecciones de fotografías cuya responsabilidad corresponde a Wilf, una vez se recupere del dolor de cabeza que dijo haberle provocado la novela de Brodie Oates por lo que le queda de turno; como si la ofensa que representa el libro fuera una excusa para flaquear en su rendimiento en el trabajo. Quien fuera que dejó las existencias en los estantes de Greg necesitaba un lavado de manos; cuando ha terminado de secar los libros y ponerlos en su lugar, su pañuelo está húmedo como el de un colegial. Los volúmenes propios de su estante parecen estar más limpios, pero eso no significa que sea partidario de su contenido; ¿qué clase de cliente querría una antología de pintura llamada *Incluso los monstruos sueñan*, con una imagen de Hitler dormido en la cubierta? Mientras va metiendo los libros en un carrito intenta encontrar uno que pueda recomendar. Los de desnudos son potencialmente embarazosos, el arte abstracto significa menos que nada para él, el surrealismo siempre le ha parecido el resultado de un estado mental que hoy en día podría ser tratado médicamente; una pena que los pintores no usaran su técnica para mejores fines. Se detiene en un libro de pinturas de paisajes ingleses. Los paisajes nunca han hecho daño a nadie, reflexiona al tiempo que saca el carro del almacén.

La subida renqueante del montacargas le hace perder tiempo, el aparato murmura

que se va a abrir antes de hacerlo realmente. Mete dentro el carro y corre escaleras abajo para encontrarse en el último piso con él, así no se arriesga a traspasar a la tienda la suciedad de las huellas informes, tan caóticas que sugieren un extraño baile, que algún desconsiderado ha dejado en el interior del montacargas. O bien el malhechor, o alguien con sentido de la responsabilidad, ha limpiado las huellas del pasillo. Greg tira del carro tan pronto se abre la puerta del montacargas. Lo está guiando hacia la sala de ventas cuando los teléfonos comienzan a sonar.

No parece que haya nadie dispuesto a responder. Ross está en el mostrador, pero tiene la mirada clavada en la niebla. Al menos los demás están colocando; Jill también, pero no se herniaría si pusiera más velocidad en su empeño. Gavin está ocupado, aguantándose otro de esos bostezos sobre los que Greg cree que los encargados deberían hacer algo, y Agnes ni siquiera ha comenzado a ordenar sus libros dentro del carro. Greg acelera con el suyo camino al teléfono junto a la zona de Adolescentes.

—Bienvenido al Textos de Fenny Meadows —dice con la intención de que sus colegas también lo oigan—, Greg al habla, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Está ahí Annie?

Por un momento se pregunta si alguien se ha infiltrado en la tienda, hasta que al fin comprende.

—¿Puedo preguntar quién llama?

—Su padre.

—¿Y puede decirme el motivo de su llamada?

—Solo queremos saber si está bien.

—Perfectamente. La tengo delante de mí en este momento.

—Es solo que un amigo de la familia pasó por allí ayer y nos dijo que la niebla es peor que nunca.

—Pues debería habernos hecho una visita para ver todo lo que tenemos que ofrecer. No se preocupe, la niebla no ha impedido a ninguno de nosotros venir a trabajar.

—¿Puedo hablar con Annie solo un momento?

—¿Es algo de lo que me pueda encargar yo mismo? No sé si le habrá dicho que las llamadas personales no están permitidas, excepto en caso de emergencia.

Greg debería haber tenido cuidado de no mirar en dirección a ella.

—Perdone, si pudiera decirle... —dice su padre justo en el momento que Agnes deja su carro y camina hacia Greg.

—¿Quién es? ¿Es para mí?

—Perdóneme un momento —dice Greg al auricular, cubriéndolo con la palma de la mano—. Es tu padre. Como bien sabes, a la tienda no le gusta...

—A la tienda no puede gustarle o disgustarle nada. Es solo un lugar, maldito

idiota —espeta mientras agarra el teléfono—. Dámelo. Suéltalo —dice incluso con más rabia y hundiendo sus uñas en el dorso de la mano de Greg.

Su violencia no solo le sorprende, sino que le provoca deseos de hacerle daño. Si no puede comportarse como una señorita no puede esperar que la traten como tal. Está a punto de cogerle los dedos y retorcérselos hasta que grite, del mismo modo que solía hacer con los jóvenes alumnos que no hacían caso al director, pero piensa que Woody puede estar observando.

—Te arrepentirás de esto —murmura, con una sonrisa esculpida en su rostro, antes de rendir el teléfono al empuje de Agnes.

Ella ya está fingiendo ignorarlo.

—Sí, papi, estoy aquí.

Greg empuja su carro hacia a la sección de Lorraine. Cuando cree que ella no puede ver lo que hace, apoya el dorso de la mano sobre el borde del carro. La madera es fría, pero ¿está también húmeda o es cosa de Greg? No supura mucho de la herida de la mano. La molestia le hace perder algo de tiempo, lo que significa que no ha colocado tantos libros como le gustaría para cuando Agnes termina de susurrarle al teléfono y se acerca a él.

—Jamás vuelvas a hacer eso —dice en el mismo tono de antes.

—Si vuelves a interferir entre mi familia y yo, te haré algo mucho peor. ¿Quién coño te crees que eres?

—Alguien que cree que la tienda merece el estándar de comportamiento por el que se nos paga.

—Por una vez estamos de acuerdo; por lo que se nos paga no deben esperar mucho en ese sentido.

—Si la dirección te oyera —aparta la vista de la estantería para subrayar sus palabras con una mirada punzante—, pensaría que estás haciendo una petición en nombre de un sindicato.

—No querrían que nadie supiera nuestra paga y nuestras condiciones, ¿a eso te refieres? Quizá tú tampoco querriás.

—Sabíamos lo que se nos ofrecía cuando firmamos. No necesitamos un sindicato poniéndonos a los unos contra los otros y sabotando la tienda.

—¿Tienes idea de lo gilipollas que sueñas, Greg? ¿No te das cuenta de que lo único que provocas son las risas de la gente?

—No sé de quién hablas. Seguro que se reirían más de las cosas que dices tú.

A estas alturas Greg no es apenas consciente de sus palabras. Los calambres de dolor en el dorso de su mano le inducen a seguir bombardeándola con reproches. Se concentra tanto en no apartar su atención de la estantería que no nota la compañía.

—¿Cómo va todo por aquí? No veo ninguna sonrisa.

Greg fuerza una y tiene que recordarse a sí mismo no darle la bienvenida a

Woody en voz alta. Agnes insiste en la sonrisa con la que ya ha saludado a Woody.

—Tampoco veo a ningún cliente —murmura.

—Supongo que eso debería de cambiar ahora que Angus ha repartido la publicidad.

Woody levanta las cejas para abrir más los ojos, exponiendo su enrojecido aspecto, y convirtiendo su sonrisa en una interrogación.

—Todavía estoy esperando saber el motivo de vuestra discusión.

Agnes mira desafiante a Greg, lo que prueba su torpeza al no conocerlo mejor.

—Mi compañera piensa que deberíamos unirnos a un sindicato —le dice a Woody.

—¿En qué va a ayudar eso a la tienda?

—Quieres que sonriamos, ¿verdad? —pregunta Agnes—. Quizá en ese caso tendríamos razones para ello.

—¿No es suficiente razón trabajar aquí? Para mí lo es.

La sonrisa de Woody se ha vuelto lo bastante triste para resultar suplicante. Greg está a punto de concluir que la rebelión ha sido sofocada, pero Agnes se vuelve hacia él:

—¿Has terminado de chivarte?

—Ya que sacas el tema, quizá deberías hablarle a Woody de lo que tuve que recordarte antes.

—No me importa quién me lo diga, pero que sea rápido.

Greg se siente decepcionado porque Woody parezca meterlos en el mismo saco a los dos.

—Me temo que me vi obligado a recordarle que no apruebas las llamadas personales a la tienda.

—La tienda no las aprueba, eso está claro.

Greg siente decenas de objeciones luchando por salir de la boca de Agnes, pero no anticipa al ganador de esa carrera.

—¿Quién le da derecho a decirme nada? Es solo uno de los empleados, como yo.

—Podría ser algo más que eso en el futuro si sigue por ese camino. ¿Qué llamada era esa?

Greg piensa que su propia ira la ha dejado muda.

—Mi padre —confiesa, no obstante.

—¿Era urgente? ¿Algo que no pudiera esperar hasta que llegaras a casa?

—No creo que tú lo juzgues así.

—Apreciaría que siguiera de ese modo, entonces.

Esa le parece a Greg una manera amigable de expresarlo, pero Agnes se enfrenta a Woody con una mirada silenciosa.

—¿Estamos aquí perdiendo el tiempo o tienes alguna otra cosa que decirme? —

dice Woody finalmente.

—Tienes razón, no debería estar perdiendo el tiempo. No querrás que nadie de la tienda llegue tarde al funeral, ¿verdad?

Agnes se marcha sin darle ocasión de responder. Empuja su carro hacia el montacargas con más entusiasmo del que mostró con sus libros, cuando Angus abre la puerta del pasillo.

—¿Estás segura de no querer decirle adiós a Lorraine? —le pregunta Agnes, mirando de soslayo a Woody y Greg—. Estoy segura de que la dirección puede defender el fuerte hasta nuestra vuelta. No parece que haya mucho de lo que ocuparse.

—Creo que es mejor quedarme, si no te importa, por si acaso.

No ha acabado aún de hablar cuando Agnes ya le ha dado la espalda.

—Es el momento de irnos, los que vayáis a venir —profiere—. Mejor no correr mucho con esta niebla.

Dos hombres en los sillones, cuya piel parece haber absorbido gran parte de sus cabellos, levantan la vista de los libros infantiles apoyados en su regazo. Parecen preguntarse si Agnes les incluye a ellos.

—Voy a llevar a todo el mundo —informa a Woody.

—Eso me ha parecido, ha quedado claro.

Greg sonrío para indicar que le ve la gracia al comentario. Cuando Agnes desaparece por el pasillo, vuelve a sus libros. Woody se aproxima a los hombres sentados para averiguar qué clase de libros les gustan, y para cuando Agnes lidera a su tropa al exterior de la tienda, solo ha podido sacarles un «no sé» y un «no».

—Volveremos tan pronto como podamos —le asegura Jill a Woody; Agnes mantiene un silencio desafiante.

Una vez Ross y las mujeres a las que ya no se permite llamar chicas han pasado del escaparate, Greg aguza el oído para averiguar dónde ha aparcado Agnes. Advierte que Woody ha tenido la misma idea, pues sale de la tienda a comprobarlo. Cuatro puertas se cierran, su sonido amortiguado por la niebla, y el coche se va perdiendo en la distancia tras reunirse con las tinieblas. Un aura gris sigue a Woody dentro de la librería, como si estuviera envuelto en niebla.

—No estaba en la parte trasera —anuncia, Greg piensa que se dirige él, aunque realmente mira a Angus.

—Se te ha escapado uno.

Coge un puñado de folletos del mostrador y sale afuera una vez más. Greg se autoproclama líder en su ausencia y se esfuerza en estar pendiente de todo lo que lo rodea mientras trabaja. ¿Está murmurando uno de los hombres sentados, o están los dos haciendo un ruido extraño? Aparte de la inercial cháchara de Vivaldi encima de su cabeza, Greg está convencido de oír algo diferente, voces que chocan para

convertirse en una sola y luego se separan de nuevo, luchando por hablar o cantar o producir otro tipo de sonido. Si hubiera otros clientes, les pediría a los hombres que guardaran silencio. Por otro lado, Angus parece ajeno a lo que están haciendo, y a muchas otras cosas. Ha abandonado el mostrador para arreglar sus estanterías, y Greg está a punto de recordarle que la caja debe estar siempre atendida durante las horas de apertura. El teléfono le salva. Se dirige al mostrador, pero Greg es más rápido en llegar a la extensión de Adolescentes.

—Bienvenido a Textos de Fenny Meadows. Greg al habla. ¿En qué...?

—¿Está el jefe por ahí? —dice la voz de un hombre. Greg no sabe si es más brusco el hecho de que le interrumpa o la implicación de que Greg no suena como un encargado.

—¿Puedo preguntar...?

—Soy su casero.

Eso cambia la situación.

—Angus, ¿ves a Woody? —exclama Greg.

Angus se acerca al escaparate, se inclina para mirar a través del cristal, y es recibido por una nube gris más grande que su cabeza causada por el vapor de su propia respiración. Los ojos de los hombres sentados en los sillones pivotan como si pensarán que Greg les habla a ellos, y Frank se acerca a la entrada a mirar.

—No —admite Angus, a la vez que el guardia.

—¿Crees que podrías considerar la idea de ir un poco más allá, Frank?

Cuando el guardia cumple la petición literalmente, o ni siquiera eso, Greg se las arregla para contener su frustración.

—Parece que no se encuentra disponible en este momento —le dice al teléfono—. ¿Puedo coger algún recado?

—Solo que me encantaría encontrármelo por allí.

—Estará aquí unas horas más, una vez que vuelva.

—Me refiero a la casa que supuestamente le tengo alquilada.

Greg duda solo durante un segundo; seguramente es su deber preguntar:

—¿Hay algún problema con el pago?

—Nada de eso. Su banco cumple con todo. Me gusta comprobar que mis inquilinos son de fiar.

—¿Le pido que le devuelva la llamada?

—Ese sería un buen comienzo.

Presumiblemente, el casero no tiene ningún otro comentario pendiente, pues el sonido de la electricidad estática se traga su voz como un chorro de agua. Cuando el chisporroteo se convierte en tono, Greg vuelve a su tarea. Repatría un par de libros perdidos (una guía para hacer bocetos, con un garabato en la portada simulando una cara; un manual de acuarelas que al abrirlo muestra imágenes farragosas no muy

diferentes a grafitis) e intenta decidir el tiempo que invirtieron en ellas sus creadores. Al menos ahora solo oye el agudo maullido de los violines, y no dejará que le distraigan las insistentes miradas de Angus hacia la niebla. ¿Busca clientes o a Woody? El resto de los empleados deben de haber ido directamente al funeral. Greg se entretiene en especular cuál de ellos sería prescindible para la tienda: Connie y su frágil insistencia en tratar a todo el mundo sin dureza, Nigel y su sonrisa constante que invita a tomarse toda situación a cachondeo, Ray con sus emblemas futboleros que no tienen cabida en la tienda, Madeleine actuando como si su sección fuera la única importante... Greg ha descargado medio carro cuando Woody reaparece.

—¿Tardé mucho? —dice con una sonrisa que desea lo contrario.

—Yo diría que no —dice Angus.

Quizá Woody perciba, igual que Greg, las excesivas ansias de Angus por agradar.

—Supongo que han venido más coches desde que estuviste afuera repartiendo.

—Eso será —dice Angus incluso más rápido.

Greg espera a que Woody aparte su sonrisa de Angus.

—Hubo una llamada para ti.

—No hay nada como sentirse solicitado, ¿eh? ¿De qué se trata?

Greg asume que Woody prefiere no hablar de sus asuntos delante de Angus y los hombres de los sillones.

—¿Hablamos en privado?

—¿Sí? Claro, vale.

La sonrisa de Woody parece acelerarlos hacia el pasillo de Pedidos, y se hace más ancha y fiera cuando tiene que pasar dos veces la tarjeta por el lector.

—No sería ella otra vez, ¿verdad? —pregunta, con la puerta de salida impidiéndole el paso.

—No, no era una señorita.

—Ya no la llamaría así. —Alarga un puño hacia la puerta para ayudarla a cerrarse y encara a Greg—. ¿Entonces quién me buscaba?

—Tu casero.

—¿Es eso cierto? —Por un momento su sonrisa parece dudar de su propio significado—. ¿Qué te dijo?

—Solo que no te veía por casa. Quería comprobar que disponías de todo lo necesario.

—No necesito mucho. Sí, así lo creo, seguro. Habrá ido a visitarme a la casa mientras yo estaba aquí en la tienda.

Greg es consciente de que Woody trabaja más horas que nadie en la librería. Se pregunta si sería presuntuoso destacar ese hecho cuando una pregunta escapa de su boca en su lugar:

—¿Ha regresado alguien ya?

Hay movimiento en el almacén; parece como si los libros estuvieran cayendo de sus estantes.

—Hay alguien arriba —susurra.

—¿Eso crees? Lo comprobaremos pronto —dice Woody y le aparta para correr escaleras arriba. Greg se siente tan ofendido por su rudeza que duda en seguirlo, pero enseguida piensa que si alguien se ha colado su deber es cortar su vía de huida. Corre por el pasillo y cruza la sección infantil en dirección a la puerta de la sala de empleados. Abre con su tarjeta y cierra con cuidado antes de subir de puntillas.

Alguien debe de haber decidido ser más leal a la tienda que a la idea de ir al funeral, porque Greg oye libros siendo manipulados. ¿Cómo se las ha arreglado esa persona para regresar sin que Woody ni él mismo lo notaran? Cuando renuncia al sigilo e irrumpe en el almacén, no hay nadie a la vista, ni siquiera Woody. Una estantería se balancea lentamente para luego quedar quieta, pero Greg no se imagina que alguien se haya encogido tanto como para esconderse detrás de los libros. Camina de nuevo de puntillas, aguzando el oído para tratar de descifrar el ruido; un murmullo repetitivo, una voz que entona un canto justo delante de él. No es en la vacía sala de empleados, ni en la oficina compartida por Ray, Nigel y Connie. Es en el despacho de Woody.

Mientras cruza la oficina compartida, Greg ignora la reducida versión de él mismo que se refleja en las pantallas apagadas: un maniquí multiplicado por tres e inmerso en la oscuridad. La puerta de Woody está descuidadamente entreabierta, y el propio Woody está sentado de espaldas a ella. Los cuatro cuadrantes del monitor de seguridad aparecen ocupados por la misma imagen, una cara en primer plano; pero no puede ser tan enorme como para que solo la ancha sonrisa de labios hinchados y dientes grises abarque las cuatro partes de la pantalla. Debe de ser un reflejo del tubo fluorescente del techo, porque en el momento en el que Greg pone el pie en la oficina la imagen se convierte en cuatro distintos planos de la sala de ventas. Una muestra a Angus mirando taciturno a los dos hombres sentados al otro lado de la tienda.

—Sigue sonriendo —oye a Woody murmurar—, sigue sonriendo.

—¿Se lo digo cuando baje?

—No lo dudes —dice Woody girando la silla, y su sonrisa se tuerce para encarar a Greg—. Tú eres el hombre adecuado para ello.

—No encontré a nadie en el almacén.

—Ni yo tampoco. Se cayeron algunos libros, solo eso.

Rara vez, como ahora, Greg siente que la sonrisa de Woody es inapropiada.

—¿Quieres decir que no estaban bien colocados? —se siente con la necesidad de enfatizar.

—Puede que no lo estuvieran.

—¿Sabemos quién tiene la culpa?

—No sabría decirte.

—Mientras no estén dañados...

—Eres de los míos, Greg. Me haces sentir que lo estoy haciendo bien. No te preocupes, todo va a ir bien una vez que nos encerremos todos aquí mañana por la noche.

Envía su sonrisa en persecución de Greg y luego pivota para mirar el monitor. Greg desea poder pensar en alguna otra cosa que decir, pero quizá Woody pretende hacerle ver que ya ha dicho bastante. Se siente como si se le hubiera contagiado un poco de la presión bajo la que se halla Woody, lo cual es equivalente a una muda petición de apoyo. Woody no necesita pedírselo en voz alta. Cuando Greg va de camino a sus libros y a recordarle a Angus que corrija su actitud, no necesita recordarse a sí mismo sonreír, pues ya lo está haciendo. Ese es el resultado de tener la mente clara. No va a permitir a Agnes ni a ningún otro enturbiar sus motivaciones, y se guardará lo que sabe de Woody para sí. Greg está ahí para apoyar a Woody y a la tienda.

Gavin

El primer autobús que sale de Manchester hacia Liverpool arroja sus últimas luces sobre Gavin, y la noche se cierne sobre su persona como un haz de hielo. No hay señales de civilización alrededor de la parada de autobús en el área de descanso, salvo por kilómetro y medio de carretera en tres direcciones distintas. La que le interesa es la del carril sinuoso ajustado entre sendas filas de setos a cada lado, tras la parada. Ha caminado menos de cien metros cuando las afiladas ramas se ciernen sobre el área iluminada, y se queda solo con la oscuridad color carbón del cielo cercano al amanecer. Se le está pasando el efecto del éxtasis, pero el *speed* con el que lo ha mezclado sigue en plena forma. Le está proporcionando energías y provocando que su mente juguetea con la posibilidad de que todo a su alrededor está a punto de cambiar de repente a un estado diferente. Nadie está amartillando una placa de metal; es simplemente el sonido de sus pisadas en la acera. No está rodeado de una masa informe de hielo gris, son los setos a ambos lados los que suenan del mismo modo. ¿De verdad está viendo un mudo destello de escarcha en la carretera? El piar mezclado con un agudo estrépito es un pájaro saliendo de la maleza. El aire frío estancado que no para de rozar su cara no proviene de una boca esperando expectante a tragarse el sol, es viento impregnado de niebla. Eso, más que su caminar, está retrasando el amanecer en el cielo rojo sangre, uno de los indicativos de que se acerca a Fenny Meadows. Se lo comentaría a alguien, si pensara que a alguien pudiera interesarle, que la niebla sabe diferente en los alrededores del complejo comercial, no solo rancia y algo decadente sino también con un indefinible sabor oculto, tan tenue que resulta virtualmente imperceptible. En ese caso, ¿cómo puede estar seguro de que está ahí? Lo único que sabe es que cada día de trabajo es un ápice más patente; le viene a la cabeza la comparación con un añadido realizado a una droga supuestamente pura. Ni siquiera sabe qué tipo de droga, o siquiera si se parece a alguna de todas las que ha probado.

Alguien ha estado paseando a un perro, o a varios, por el césped que bordea Fenny Meadows. Las huellas deben de haberse helado y luego derretido y de nuevo helado; también podrían no tener forma alguna, a pesar de la impresión aparente de que están luchando por tener una. ¿Dan las huellas la vuelta completa al complejo? Tampoco ve qué importancia podría tener eso, pero al cruzar la tierra endurecida salpicada de briznas de hierba en la parte trasera de Frugo, se da cuenta de su error. Las huellas que pensaba pertenecían a una o varias mascotas son del tamaño de unas huellas humanas, si bien la forma no es precisa, y las que tomó por las del dueño son bastante mayores. Debieron de haber sido provocadas por algún tipo de maquinaria durante las obras en el complejo, y se han deformado desde entonces. El regusto de la niebla parece alzarse desde su seca garganta hasta su cerebro para activar algún tipo

de contacto eléctrico, hasta que deja de mirar las huellas, pasa Frugo y alcanza el aparcamiento.

Conoce el camino, a pesar de la niebla. Si el asfalto parece blando y poco estable bajo sus pies, es resultado de horas de baile bajo las luces parpadeantes del club y de su caminata por el lado de la carretera; ambas cosas deben de haberle adormecido los pies. Solo tiene que ir de una hilera de árboles a la otra; cuando pase cuatro hileras más debería tener Textos a la vista. La falta de sueño lo está afectando, los árboles cercanos a Frugo parecen estar hinchados, y como si perdieran su volumen solo cuando la niebla que los difumina se interna en ellos. Los otros de más allá tiene un aspecto más gris y grueso, y su carnosa apariencia parece hundirse en el terreno. A Gavin no le gusta mucho esa visión, aunque es preferible a la del tercer tocón convulsionándose y soltando una sustancia gris gelatinosa que desaparece en la tierra bajo él. Debe de estar fundiéndose con el viento que empuja a la niebla hacia él de camino al último simulacro de arboleda. Unas cuantas hojas secas vuelan a su encuentro, un par acaba en su manga y el resto se posa en el asfalto con tanto sigilo que capta su atención. ¿Son como arañas arrugadas o se lo está imaginando? Para tener ahora ese tamaño debieron de ser tan grandes como un puño cuando estaban vivas. El sabor de la niebla recorre su cabeza cuando se agita para quitarse de encima lo que tiene adherido a la manga. Pasa deprisa por al lado del árbol sesgado por el coche de Mad, sin saber por qué está acelerando. Su reloj le dice que nadie va a llegar a Textos hasta al menos dentro de otros quince minutos. Entonces una capa de niebla parece desprenderse del frontal de la tienda, permitiéndole la visión franca a través del escaparate de una figura que porta un arma y corre por uno de los pasillos.

Incluso cuando identifica a Woody, Gavin piensa que está persiguiendo a alguien y está a punto de darle un garrotazo para dejarlo inconsciente, o algo mucho peor. Es solo cuando Woody menea el objeto por encima de su cabeza y saca dos libros con la mano libre y los inserta en un hueco de la estantería que Gavin advierte que se trata de un libro. Para entonces Woody ya ha reparado en él. Su sonrisa sobrepasa todo límite, y de sus ojos parece saltar a brincos un saludo mientras abre la puerta.

—Eh, Gavin —dice a través del cristal—. ¿Creías que ibas a ganarme?

—¿Ganarte en qué?

—¿Cómo?

Ahora, con la puerta ya abierta, la pregunta no parece merecer la pena ser repetida, pero Woody le sonrío hasta que lo hace.

—¿Ganarte en qué?

—En nada. Con el gusano. ¿Viene alguien detrás de ti?

Una vez Gavin pilla el sentido de la pregunta, es decir, si ha venido él solo, le responde:

—Nadie que yo sepa.

De todos modos, Woody asoma su sonrisa a la niebla y respira varias bocanadas de ella antes de cerrar la puerta, que repica como una campana subterránea. Gavin empieza a desear haber tardado más en llegar.

—¿Has dicho algo sobre un gusano? —se siente forzado a preguntar.

—El que atrapa el pájaro madrugador. Tienes que comerte unos cuantos gusanos si pretendes volar. —Gavin emprende el camino a la sala de empleados con la esperanza de dejar atrás esa idea—. Espera un momento. Puedes ser el primero en verlo.

Gavin se da la vuelta para encarar la sonrisa de Woody y su respiración, que sigue intentando imitar a la niebla.

—¿En ver qué?

—¿No notas ninguna diferencia?

Su mirada se dirige más allá de Gavin, que se da la vuelta y le da la espalda. Al fondo del pasillo, la sección infantil tiene un aspecto casi imperceptiblemente ausente de color, y posiblemente desenfocado, como si un rastro de la niebla de cuyo sabor no puede desprenderse la cubriera. No cree que sea esa la circunstancia sobre la que Woody está llamando su atención con tanto ansia que siente su mirada en la nuca como un mordisco. Escudriña con más atención los libros infantiles y los pasillos colindantes.

—Todo está ordenado.

—Casi todo. Habré terminado antes de la hora de apertura. Quería enseñaros lo bien que puede quedar la tienda, cómo ha de estar cada mañana de ahora en adelante. Si yo puedo hacerlo solo, unos pocos de vosotros también podéis.

—¿Cuánto tiempo has necesitado?

—El doble que dos de vosotros, el triple que, digamos, no sé, no importa, tres. Haz tú las cuentas.

A Gavin no le importa la respuesta pero se sentiría estúpido si no le comentara lo que se le pasa por la cabeza.

—¿Cuántas horas has dormido?

—Las suficientes, sino no estaría en pie, ¿no? Cuando pasemos esta noche, todos tendremos ocasión de dormir.

¿Cree que Gavin necesita que le digan eso? Se siente cercano a sufrir una sobredosis del entusiasmo de Woody; es incapaz de decidir si el hombre parece más un predicador o un payaso. Cuando Woody agarra otro libro para recolocarlo con una sonrisa vehemente, Gavin enfila al fin hasta la sala de empleados. Solo está aquí para hacer el trabajo por el que se le paga, y divertirse un poco durante el proceso si es posible.

El lector junto a la salida de la sala de empleados insiste en que le enseñe su tarjeta dos veces. El retraso le afecta a la cabeza como una nube de tormenta a un

cielo despejado. La frustración o el *speed* le hacen subir las escaleras sin pisar ni la mitad de los escalones. Echa a un lado la puerta de la sala de empleados y atrapa su ficha del montón de «salidas». La pasa bajo el reloj y la suelta en «entradas». Está pensando en despertar a la cafetera cuando oye actividad. Unos pasos están subiendo por las escaleras a toda prisa, aunque por un momento piensa que han tapado el sonido de otro movimiento, más suave y de una naturaleza que es incapaz de definir. ¿Ha sido en el almacén? Ya ha desaparecido, y se dice a sí mismo que no puede haber sido allí; Nigel y Mad aparecen por la puerta junto al reloj. Para su sorpresa, tanto ese reloj como el de su muñeca muestran que llegan a tiempo, y Woody viene detrás, como si les hubiera seguido.

—No hay necesidad de sentarse —dice—. Esto no llevará mucho.

La boca de Nigel se abre, dando a entender que el hurto de su reunión de turno no es una broma.

—Así es como lo haremos a partir de ahora —dice Woody—. ¿Por qué no intentáis ser el mejor en algo de la tienda? La elección es vuestra —propone; su sonrisa apenas se desestabiliza cuando añade—: Pensadlo mientras trabajáis. Gavin, tú serás la persona encargada del mostrador la primera hora, a no ser que Madeleine quiera ocuparse de ello.

—Puede quedárselo —dice Mad sin humor—. Mi sección me necesita tanto como siempre.

Gavin cree haberse convertido sin querer en su antagonista. Va hacia las escaleras con la intención de dejar de sentirse atrapado y para comenzar a trabajar. No ha bajado del todo cuando Woody va tras él.

—No te asustes, no te estoy persiguiendo —dice Woody.

Se está dando prisa para abrir la tienda. Una prisa sin sentido, pues lo único que entra por la puerta es una nube de niebla que se esfuma casi inmediatamente. La ausencia de clientes es la razón por la que Mad no se corta al ver la sección infantil.

—Vaya, gracias, quienquiera que seas —grita a plena voz.

—Ese debo de ser yo —exclama Woody.

—Lo dudo. Espero que no.

—¿Qué clase de problema hay?

—¿Cuál no hay? Echa un vistazo.

Gavin no ve la razón por la que esa última frase no pueda incluirlo a él; no hay clientes que atender en el mostrador. Sigue a Woody por Adolescentes, donde Mad está mirando fijamente los libros con los brazos en jarra y martilleando con los dedos su cintura. Al darse la vuelta, Woody parece estar a punto de ordenarle a Gavin que regrese al mostrador.

—¿Hay algo fuera de su lugar? Si es así, tienes más vista que yo.

El hecho de tener que tomar partido le provoca a Gavin una tirantez en la piel, y

el regreso del regusto a niebla rancia a la boca.

—Lo siento, Mad —se ve forzado a admitir—, yo lo veo todo bien.

—Quizá es algo invisible para los ojos de los hombres —sugiere Woody, junto a una sonrisa.

A Mad ninguna de las dos cosas la convence.

—¿Qué se supone que quiere decir eso, acaso veo cosas?

—Quizá no estás en tu mejor momento.

—No sé los demás, pero estoy totalmente despierta.

Woody ladea la cabeza un poco a la izquierda y entrecierra los ojos, una pose en la que parece confiar para intentar transmitir una disculpa.

—Me refería a tu momento del mes. La chica con la que salía...

—Guárdate tu historia —dice Mad sin pestañear, y con tal fiereza que Woody da un paso atrás.

—Parece que los hombres no son bienvenidos —murmura.

Gavin se siente ahora incluso más inclinado a no ponerse de parte de Woody, pero Mad le da la espalda como si lo hubiera hecho. Deja a Woody observándola, y regresa al mostrador. Al fin la tienda ha atraído clientes; dos figuras achaparradas se están acercando por el aparcamiento. Están más allá del tocón astillado, rodeado y de alguna forma fundido con la niebla, y Gavin advierte que son los hombres que llevan no se sabe cuántos días en los sillones de la tienda. Cuando entran arrastrando los pies, les dedica la más salvaje de sus sonrisas.

—Bienvenidos a Textos —dice con entusiasmo—. ¿Puedo recomendarles *Baila hasta desmoronarte* de D. j. E.?

No podría hacer esto si no lo encontrara gracioso, pero Woody no puede poner pegar a la recomendación, pues de hecho la biografía del *disc jockey* está en la tienda, en la sección musical. La sonrisa de Gavin está a punto de convertirse en una risilla cuando los hombres lo miran frunciendo el ceño y sin decir nada se alejan camino de Textos Diminutos. Mad no puede ocultar su desconfianza al verlos. Cuando cada uno de ellos escoge una copia del mismo libro de dibujos para niños sin desordenar a sus vecinos, menea la cabeza para sí. Al hundirse los hombres en los sillones con un quejido de estos similar a dos ranas llamándose la una a la otra, Mad levanta las manos, aunque Gavin piensa que no está a punto de bendecir a nadie.

—Bien, quizá sea cosa mía —dice, dirigiéndose al almacén.

Suena menos a un asentimiento que a una rabieta causada por lo que sea que la haya confundido. Gavin solía pensar que tenía la misma actitud que él hacia el trabajo: diviértete cuando puedas y riéte de los demás lo máximo posible, pero últimamente no parece seguir esas directrices. Cuando Woody entra por la puerta, cerrada justo antes por Mad, Gavin lamenta haber perdido la oportunidad de hacerle saber que está de su parte. Debería dejarle claro que no es la mascota de Woody,

como lo es Greg.

Se apoya en el mostrador para observar lo que tardan cada uno de los hombres en pasar una página. Uno de ellos alimenta sus esperanzas atrapando la esquina de una como un cangrejo, con el pulgar y el índice, para luego dejarla ir. A los no más de dos minutos, el otro lo imita, atrapando una esquina de la página para después soltarla. Gavin no percibe que el letargo de los hombres se le está contagiando hasta que Mad reaparece con un carro lleno de libros. Está a punto de buscar un modo de parecer ocupado, por si Woody lo está observando desde arriba y considera que no está pensando una manera de alcanzar la excelencia, cuando el jefe aparece por el pasillo de envíos empujando un carro hacia Animales.

—Aquí está la mitad de las existencias que están esperando ser bajadas —le dice a Gavin a través de una sonrisa escondida entre las palabras—. Estarás lo bastante cerca del mostrador.

¿Es la falta de sueño lo que obliga a Gavin a examinar cada portada antes de poner cada libro en la estantería? Para cuando ha terminado con Mascotas siente su cabeza inundada de ojos mirándole con estúpida reverencia. En Zoología se le ocurre la idea de ordenar los libros en el orden opuesto a la evolución, ¿pero por qué? Menos mal que no hay libros sobre amebas. Antes de descargar el carro de muchos más volúmenes, es incapaz de saber si los está colocando o se está apoyando sobre ellos. Nunca se ha sentido más feliz de ver llegar al siguiente turno.

Greg deja pasar antes a Connie y Agnes, aunque hay sitio entre los arcos de seguridad para que pasen todos, después envía su voz tras al menos una de ellas.

—Me alegra ver que no soy la única persona ansiosa.

—¿Por qué estás ansioso, Greg? —quiere saber Connie, a no ser que esté fingiendo.

—Por trabajar, claro. —Parece claramente ajeno, estúpidamente, diría Gavin, a que podría referirse a cualquier otra cosa—. Te habrás tomado tu tiempo para aparcar, Agnes.

—No me he metido el coche en el bolso, si es eso lo que preguntas.

—Sabes adonde quiero llegar. A si está en el lugar donde debemos aparcar.

—Está en un buen lugar.

—Te estoy preguntando si está en la parte trasera. Te estoy dando la ocasión de quedar bien.

—No voy ni siquiera a contestarte, Greg.

Su mirada sí lo hace, y sin embargo, mira a Connie buscando apoyo.

—Greg tiene razón. No hay motivo para discutir por algo tan tonto —dice Connie.

Agnes se siente traicionada.

—He aparcado donde me siento segura, y ahí es donde me voy a quedar —dice

para quien quiera oírlo mientras se aleja camino de la sala de empleados.

Gavin quiere soltar una risita por la pomposa estupidez del asunto, pero la disputa ha reavivado el regusto rancio en su boca.

Greg y Connie siguen a Agnes escaleras arriba, pero Greg reaparece casi de inmediato.

—Yo me ocuparé del mostrador, Gavin —dice como si Gavin en realidad debiera permanecer allí—. Seguro que necesitas recuperar algo de sueño para esta noche.

Gavin le regala un bostezo de mayor tamaño del debido. Tras la reacción de la mandíbula de Greg, moviéndose como la de un camello para contener la contagiosa apertura de la boca, empuja el descargado carro hacia el montacargas y lo manda arriba. Oír la alegre pero decaída voz del aparato reactiva el mal sabor de boca. Recoge el carro cuando llega al almacén y descarga los libros, que deberán esperar hasta más tarde (ha estado a punto de pensar «hasta la luz del día», pero ¿desde cuándo ha entrado eso en la tienda?). Mientras pasa la tarjeta bajo el reloj, avista a Agnes y Connie, que están evitando dirigirse la palabra, sentadas lo más lejos posible en la sala de empleados; Woody observa al resto de empleados del turno en las pantallas de su despacho. La atmósfera hostil da una impresión incluso más sofocante debido a la falta de ventanas. No obstante, Gavin se asoma a la oficina de Nigel.

—¿Cuándo devuelves los vídeos?

—Los enviaré mañana.

—¿Puedo llevarme unos pocos a casa y traerlos esta noche?

—Todos están defectuosos, ya lo sabes. Por eso están en mi montón.

—Pero habrá cosas grabadas en ellos de todos modos, ¿no? Solo quiero ver si es algo que merecería la pena comprar.

—No creo que nuestro amo y señor se opusiera a ello —dice Nigel, mirando de reojo la puerta de Woody—. Enséñame abajo lo que te llevas.

Presumiblemente no quiere demorarse mucho cerca de la muda confrontación de la sala de empleados. Gavin pasa por allí deprisa, el resto del turno va haciendo aparición y Connie y Agnes entablan una competición de saludos. Gavin entra en el almacén para coger cintas de vídeo de conciertos de Cuddly Murderers y Pillar of Flesh. Nigel está abajo junto a Juegos y Puzles, y da su aprobación con un movimiento de cabeza.

—Espero que también cierres los ojos un rato.

Gavin se resiste a explicarle que solo tiene la intención de verlos hasta que el efecto del *speed* se le pase. En el momento que efectúa su fuga temporal de la tienda, algo insustancial pero abrumadoramente enorme surge de la cegadora niebla a su encuentro. A su mente le lleva más tiempo del esperado apreciar que es un sonido, un atronador e infranqueable estrépito que se extiende por el cielo hasta hundirse en el agudo susurro de la autopista. Cuando el avión de pasajeros se pierde en el invisible

horizonte se siente como si el mundo se hubiera encogido hasta el tamaño de Fenny Meadows. Espera dejar atrás esa impresión antes de llegar a la parada de autobús.

Al pasar los astillados restos del árbol, un coche se arrastra desde detrás de Textos. Reconoce el Mazda verde de Mad antes de que se ponga a su altura y baje la ventanilla unos centímetros.

—¿Voy en tu dirección, Gavin?

—Voy camino de la parada de autobús.

—Eso está lejos. ¿Vives en Cheetham Hill, verdad? No muy lejos de mí, en realidad —dice deteniendo el coche—. No me importaría tener algo de compañía, si te digo la verdad.

Advierte las lentes del faro izquierdo, rotas como las alas de una libélula. No es muy sorprendente que Mad no quiera estar sola en estos momentos. Pensaba despejarse un poco caminando para aliviar el efecto del *speed*, pero sube al coche. Mad no vuelve a hablar hasta que están subiendo por la rampa de la autopista, bajo un cielo indistinto a la niebla excepto por una poco definida burbuja más pálida; el sol.

—¿Qué te pareció el funeral? —pregunta entonces.

—Me pareció triste. ¿Qué me iba a parecer?

—Fue triste en distintos sentidos —dice Mad, colocando el coche en el carril de aceleración tras ascender por la rampa—. El sacerdote intentando convencer a todo el mundo de que Lorraine había conseguido mucho en su vida y sin ser capaz de pensar qué exactamente; si lo que intentaba era convencer a sus padres fue mucho peor. ¿Sabes a qué me recordó?

Gavin recuerda el monótono son del sacerdote en la elegía y los rezos que lo siguieron, como si no hubiera diferencia entre ambas cosas, y el hecho de que no dejaba de decir «Aaaamén» en las dos mismas notas exactamente.

—A mí me recordó a un sacerdote.

—Yo pensaba en una de esas cartas hechas por ordenador en las que solo cambian el nombre. Apuesto a que la mayoría de lo que dijo lo repite en todos los funerales. Como un telegrama cantado, salvo porque habla bastante más y no canta demasiado.

Gavin se pregunta si espera de él que opine lo mismo, y también cuándo se va a meter de una vez en la autopista. Se echa sobre la ventanilla a su lado, donde una imitación de la niebla causada por su respiración empaña la ventana antes de que el Mazda acelere con tal rudeza que el asiento de Gavin le golpea en la nuca.

—Lo más triste —continúa—, fue la insistencia de sus padres en que no era mi culpa y en que no debería culparme a mí misma.

Gavin empieza a sentir la necesidad de guardar silencio, su cometido es simplemente el de oyente. La niebla se está retirando del coche, pero los ojos de Mad están brillando, como si se hubieran desenfocado para compensar ese hecho.

—No, eso no fue lo más triste —insiste.

Tiene que mirar un momento a Gavin para obligarle a preguntar.

—¿Qué fue entonces?

—¿No oíste lo que su madre quería que el sacerdote les dijera cuando intentaba escaquearse para ir a otro funeral?

—La vi intentándolo, pero no oí nada.

—Estaba diciendo que tenía que haber una razón para la muerte de Lorraine, sino no tenía ningún sentido.

—¿Le dijo el sacerdote lo adecuado?

—Eso fue más o menos exactamente lo que hizo. Tuvo que ser la voluntad de Dios, y tenemos que aceptarlo incluso si no lo entendemos, eso es lo que dijo. Solo provocó que la pobre mujer se preguntara qué clase de dios querría eso para su hija.

Gavin se da cuenta de que ha dicho ese último dios en minúsculas.

—Tú también te lo preguntas.

—Ojalá hubiera podido decírselo, pero fui a ver cómo estaba Wilf.

—Parecía mejor que la última vez que estuvo aquí.

—Lo sé —dice Mad con impaciencia, y le lanza a Gavin una mirada que hace al coche agitarse un poco—. ¿Qué le hubieras dicho tú?

—Lo mismo que ella se preguntó —dice, y Mad le mira como si estuviera negándose a pensar. Delante, la niebla se ha disipado hasta convertirse en una tenue neblina en la que los suburbios de Manchester cobran forma poco a poco; iglesias y tiendas resplandecen como imágenes de una renovada claridad, demasiada para el escaso intelecto que desprenden. Está empezando a dar cabezadas y a perder segundos o minutos de conciencia, de tal modo que la visión de los gritos de una clase de primaria saliendo por las puertas de los Granada Studios sigue inmediatamente a la de la visión de un tranvía reflejándose en el agua de un canal, kilómetro y medio más tarde. Luego la chimenea de la prisión Strangeways roza con su sombra sus altos muros, otro kilómetro y medio en un segundo de su mente.

—Ya casi estamos —dice por su propio beneficio casi tanto como por el de Mad, y se abre un ojo con dos dedos para poder anunciar—: Aquí me vale.

—¿Quieres que te recoja esta noche?

—Gracias, pero no estoy seguro de dónde estaré. Te veré en el trabajo.

Seguramente saldrá directamente de casa. No le gusta renunciar a sus opciones, eso es todo, y es una de las razones por las que sus novias acaban discutiendo con él y le dejan. Al tiempo que el Mazda de Mad se aleja camino de Chadderton, Gavin gira en una calle y camina bajo los árboles que sobresalen de los espesos jardines dejando caer sus hojas sobre su cabeza.

Entra en su piso, pasa el viejo porche, tira las cintas en el viejo sofá de sus padres sin detenerse, y deja luego el abrigo sobre la cama. Levanta la frágil tapa del váter con una mano y apunta ayudándose con la otra; entonces deja el baño para ir a la

incluso menor cocina y descubrir lo que se dejó de desayuno. No hay tantos grumos en el medio cartón de leche, y esta no sabe tan amarga como para no ser útil para bajar los restos fríos de la segunda hamburguesa de anoche. Tira el cartón a la basura y el plato al fregadero, e introduce a los Cuddly Murderers en el aparato de vídeo. Se arroja sobre el sofá, y aterriza en el pedazo de asiento que no está cubierto de ropa, discos compactos, libros o revistas.

Los Cuddly Murderers bailan en el escenario como haces de luz sobre la oscuridad, y el bosque de personas que es el público comienza a balancearse de un lado a otro como si el viento los agitara. La banda comienza a cantar a alaridos *My Sweet Uzi*, pero no han llegado ni a la mitad de la canción cuando la pantalla se vuelve gris y se los traga. Son sustituidos por la grabación de dos bandas que luchan enfundadas en sendas armaduras, y luego de otras dos, una de ellas sin armadura y la otra con una diferente a las anteriores. Gavin acelera la cinta para encontrarse con otro grupo de gente desnuda dándose garrotazos, y que acaban muertos en el suelo. Ni siquiera lo llamaría batalla, es una competición por ver quién queda vivo. Al final, una única y enorme figura sobrevive y es subida a lo alto de una especie de plataforma triunfal, pero no dura mucho, pues Gavin lo está pasando rápido. Entonces, una multitud de figuras achaparradas suben a uno de ellos en un montículo y la asaltan con un cuchillo o piedra afilada. ¿Qué clase de película es esta? ¿Estaba alguien haciendo un vídeo de escenas de muertes y puso a los Cuddly Murderers por error? La víctima deja escapar su último suspiro y desaparece en una renovada grisura. Gavin sigue acelerando la cinta, pero el equivalente a cinco minutos de nieve le hace alargar el brazo en el sofá para coger *Pillar of Flesh* con la intención de sustituir a la cinta actual.

Cuando el foco alumbra a Pierre Peter en el escenario, este comienza a cantar *Seeds Like a Pumpkin* y el público grita y silba. Otra luz se posa sobre Riccardo Dick, pero tan pronto como empieza el *riff* de su guitarra, la imagen tiembla, dejando paso al gris. El concierto es sustituido por borrosas imágenes monocromáticas o copiadas con tan poca calidad que se han tornado del color al blanco y negro. Gavin intenta coger el mando, aunque siente como si estuviera moviéndose y a la vez tratando de despertarse. Entonces ve algo que falla; para ser más concretos, es lo mismo de antes, la misma grabación.

Acelera la cinta y las imágenes de las batallas antes de que el mando se le caiga de las manos. ¿Por qué iba alguien a querer copiar este material sobre una segunda cinta? Abre los estuches de las cintas para ver el nombre en la etiqueta de Devoluciones. Las cintas fueron devueltas por dos clientes diferentes, uno de Liverpool y otro de Manchester.

Se siente incapaz de entender lo que esto implica hasta que cae en el sueño. Bien podría estar soñando las imágenes de la pantalla; no podría decir si los salvajes que se

dan garrotazos están cubiertos de sangre y vísceras o de barro. Ahora que la cinta va a velocidad normal, ve como el vencedor es elevado por un objeto parecido a una gigantesca y rudimentaria rama. Tras subirlo, lo sume en la tierra o en la niebla, sea cual sea el lugar de donde ha surgido, quizás ambos. La pantalla es invadida por el gris antes de mostrar lo que ocurre después, ¿o es antes? Las atrofiadas siluetas, que arrastran a su víctima al montículo que parece formarse con la propia tierra de su alrededor, aparentan ser incluso más primitivas que los combatientes de antes, y el objeto que usan para abrirla sobrepasa los límites de la crudeza; ni siquiera está lo bastante afilado. Cuando al fin la víctima deja de luchar y gritar en silencio, ¿ve cómo el montículo se hunde en la tierra arrastrando el cadáver, es eso? La niebla o la nada lo rodean todo, y la cinta continua avanzando hasta que se levanta confuso para detenerla. Quizá la vuelva a ver después, pero ahora mismo no sabe qué parte ha imaginado y cuál ha visto realmente. De todos modos, tras quitarse la ropa y salir de un salto de sus pantalones camino a la cama, tiene la sensación de haber conseguido la respuesta a una pregunta que se le formuló hace poco. Una vez dormido, quizá sea capaz de recordar ambas cosas.

Wilf

Apaga los faros y clava sus ojos en el muro trasero de Textos hasta que su mente comienza a vaciarse. No sirve de nada. Puede parecer algo pacífico, pero no viene aquí en busca de paz, sino a trabajar. Quiere su trabajo, ama los libros y conducir a los clientes exactamente a donde quieren ir, y no hay razón para que no pueda hacerlo a no ser que él crea que así es. La tienda es igual que su piso, solo que con más libros, y si puede ordenarlos en casa, debería de poder hacerlo aquí también. Sale del Micra y cierra la puerta, causando un eco en la niebla que vuelve en forma del gigantesco latido de corazón. Aunque el turno del mediodía no empieza hasta dentro de diez minutos, da la vuelta a la tienda tan deprisa que imagina estar huyendo de sus propios pasos solitarios y de lo aislado que le hacen sentirse. Un Audi negro está aparcado ocupando tres espacios en el frontal de la tienda. Al tiempo que Woody se acerca a saludarle a la entrada, Wilf oye a gente saliendo del coche a su espalda.

—Bienvenidos a Textos —dice Woody con una sonrisa.

No está hablando con Wilf. Mira más allá de él, a alguien más bajo que Wilf. Su mirada pasa alternativamente de uno a otro con rapidez, y sonríe incluso más intensamente, levantando las cejas. ¿Qué le pasa? Wilf se gira para ver a quién saluda y para ahorrarse la visión del desfigurado rostro de Woody.

Hay dos personas detrás de Wilf. El hombre es media cabeza más bajo que él, y lleva un traje a cuadros rojos y blancos, de un material lo bastante brillante como para servir para un vestido de noche. Sobre su camisa blanca y la corbata negra, su rostro redondo y suave blande unos labios tan finos que parecen pedir a gritos un poco de carmín. Su joven acompañante es más alta que Wilf, pero más flaca que su rechoncho amigo, para compensar. Va vestida con un traje gris de lunares negros. Los dos parecen muy orgullosos de su propia importancia, ¿serán los jefes americanos de Woody? Wilf se arriesga a mirarlo de nuevo, lo que provoca una sonrisa más fiera y una repetición silenciosa de su saludo. Esta vez Wilf lo entiende, pero no por qué Woody se lo haga comprender de manera tan obvia. Se pone junto a Woody, de frente a los recién llegados y se coloca en el rostro la expresión sugerida por Woody antes de decir:

—Bienvenidos a Textos.

—¿Y qué creen que estamos recomendándole hoy a nuestros clientes? —grita Woody—. Nada menos que *Vestir bien, vestir mal*.

—Dos mentes con un solo pensamiento, ¿eh? —dice el hombre con un acento escocés tan pronunciado que Wilf piensa que lo está forzando—. ¿Quién es el responsable de eso?

Está señalando al escaparate con un pulgar regordete, el cual está constituido principalmente por una fracción de su rostro.

—No se encuentra aquí en este momento —dice Woody sin dar un respiro a su sonrisa—. ¿Quiere transmitirle algún mensaje?

—¿Debo ponerla colorada, Fiona? —dice Brodie Oates—. Fiona es mi asistente personal de la editorial.

Wilf se alegra de que Agnes no esté presente, especialmente porque Fiona mira al autor como una madre a un niño brillante pero terco hacia el que no puede evitar ser indulgente.

—¿No querrás ponerla nerviosa como a aquella señora de la tienda de Norwich, verdad? —le suplica.

—No debió permitir que se terminara el vino. —Oates le dedica otra mirada al escaparate, y Woody trata de ocultar su tensión ante el comentario—. Me ve como tres personas diferentes, ¿verdad? No discutiré eso. Dígale ok, como decís los americanos.

La sonrisa de Woody se ensancha como la hendidura en un árbol talado a punto de caer. Antes de poder responder en voz alta, si es que la postura de su boca puede permitirle hacerlo, Oates se le adelanta:

—¿Se supone que eso es para mí?

Mira al fondo de la tienda, a una mesa con copias del libro apiladas sobre ella.

—La editorial no nos comentó que necesitara nada más —se disculpa Woody en su nombre o en el de la tienda.

—Fiona mala. ¿Qué te mereces? —dice mirando cómo Fiona se pone roja, ahora se dirige a Woody—: Va a dejar el alcohol entre bambalinas entonces.

—Tendré que pasarme por el supermercado para conseguirlo.

—¿Habrá cosas allí que merezca la pena beber, verdad? Chateaufort vendrá bien como último recurso —sugiere observando el espacio delante de la mesa llena de libros—. No sea rácido tampoco con mi público. Nada mejor que unos cuantas copas para ponerlos a tono para comprar.

Wilf solo puede imaginarse por qué la sonrisa de Woody se ensancha más y más.

—Le llevaré arriba a la sala vip hasta que lleguen —dice Woody, tapando el lector de la pared con su tarjeta—. Ábrete sésamo, ábrete sésamo —susurra empujando la puerta.

Va delante, dejando a Wilf tras Fiona y Oates. Wilf está en el escalón de más abajo cuando el autor se pregunta:

—Entonces, ¿qué podéis decirme de mi último relato?

—Estoy deseando leer una copia firmada —dice Woody de inmediato.

—De acuerdo, mientras la pague.

—Por supuesto. La tienda espera que lo haga, igual que su editorial. No me gusta aprovecharme de mi puesto, soy un miembro más del grupo. El tipo de ahí abajo ha leído su libro.

—¿En serio? —dice Oates, volviéndose hacia Wilf—. ¿Cuál es el veredicto entonces?

Todos se han detenido. Incluso Fiona está mirando a Wilf. En los libros los personajes a menudo desean que se los trague la tierra, pero Wilf siempre pensó que era una expresión exagerada; hasta este momento.

—La verdad es que... —desea instantáneamente no haber dicho.

—Eso es lo que estamos esperando, solo eso.

—Me provocó una migraña.

Woody prorrumpe en una risa nerviosa que no casa demasiado con su sonrisa.

—Oh, pobrecito el cerebro del chico —aúlla Oates.

Wilf se dice a sí mismo que Oates no es como Freddy Slater, aunque haga sonidos similares. Tuvo que ser culpa de Slater que Wilf no pudiera leerse el final de la novela bajo tanta presión, e igualmente Slater le causó los problemas con *Guerra y paz*, que luego se pudo leer en casa sin problemas. Quizá Slater ha encontrado otro a quien atormentar o con quien aburrirse; Wilf no lo ha vuelto a ver.

—¿Oye, y no nos vas a decir qué te provocó dolor de cabeza exactamente? —pregunta Oates.

Woody está tan perplejo que su sonrisa casi se le descuelga. Quizá la pregunta tiene otro significado para los americanos.

—El final —admite Wilf.

—¿Cuál?

Quizá Oates no es tan diferente a Slater como Wilf quería creer. Sin duda le está provocando las mismas sensaciones que las últimas páginas del libro; una total incapacidad para descifrar y entender lo que lee.

—¿Subimos? Nuestra encargada de eventos está ansiosa por conocerles —le salva Woody, y Wilf queda agradecido.

Woody sostiene la puerta para Oates y Fiona, y entra en la oficina.

—Connie, aquí está la celebridad.

—¿Eres la responsable de mi anuncio en el escaparate? —le dice Oates a Connie cuando esta se levanta y va hacia él, estirando sus labios rosados en una sonrisa.

—¿Le gustaría que lo fuera? —pregunta; Oates se agacha sobre su mano y se la besa—. Estoy feliz de serlo.

—Jill tuvo la idea del escaparate, ¿verdad? —interrumpe Wilf sin poder evitarlo.

—No sabes lo que Jill y yo hemos hablado.

Connie se ha olvidado de sonreír, pero Woody sale al quite.

—¿Todavía sigues con nosotros, Wilf?

Presumiblemente le está preguntando a Wilf si no tiene trabajo que hacer. Ya que eso puede reafirmarle en su capacidad para ello y deshacerle de la compañía actual, a Wilf no le importa demasiado marcharse.

—Sigo con lo mío —dice, pasando la tarjeta por el reloj.

—Bien, baja algunas sillas y prepáralas, Connie. Voy a ir a Frugo para ser un buen anfitrión.

Wilf mantiene abierta la puerta de la sala de empleados con una silla y coloca otras cinco sobre ella antes de bajarlas. Está a medio camino cuando la puerta se cierra a su espalda y aparece Woody con seis sillas.

—¿No funciona el montacargas? —pregunta Woody sin una sonrisa en su voz.

—Pensé que sería más rápido así.

—Gracias por pensar en la tienda. ¿Podemos asumir que estás recuperado?

—De la migraña, te refieres.

—¿Te pasaba algo más?

Woody desciende más rápido que Wilf.

—Nada de lo que merezca la pena hablar —masculla Wilf.

—¿Es la primera vez que la sufres?

—Nunca tan intensamente —dice Wilf, lo cual es bastante cierto.

—Entonces asegúrate de reunirte con Ray y rellenar un parte de bajas. ¿Estamos esperando algo?

La silla de encima se agita nerviosamente cerca de los ojos de Wilf a cada escalón bajado, pero es capaz de alcanzar felizmente la sala de ventas sin tirar las sillas ni caerse sobre ellas. Tan pronto como Wilf sostiene la puerta, Woody sale como una flecha, dejándolo a su suerte en el estrecho hueco, y casi acaba chocando con las sillas abandonadas allí por Wilf.

—Venga, tú lo organizas —dice un Woody acelerado—. Esta es una de las cosas que tengo que solicitar para ocasiones como esta, más sillas. Si alguien ha de quedarse de pie tendrá que aguantarse.

Wilf medita sobre la esperanza inquebrantable de Woody. Ahora mismo la tienda tiene menos clientes que sillas.

—Tenemos la noche entera —murmura Woody—. ¿Por qué no te quedas por aquí cuando hayas terminado con las sillas? Le gustará tener cerca a alguien de la tienda que haya leído su trabajo. Puedes servir de relleno haciendo preguntas si hace falta.

A Wilf no se le ocurre una idea menos apetecible; la situación le trae a la boca un regusto indefinido, algo rancio. Se toma su tiempo colocando las sillas, como si eso de algún modo fuera a retrasar la aparición del autor. Ya casi ha terminado de ponerlas en filas de cuatro frente a la mesa cuando dos hombres de cráneos casi totalmente calvos, que estaban sentados y quietos en los sillones, los arrastran para unirlos a la última fila de sillas. Regresan a sus asientos y siguen mirando fijamente las cubiertas de los libros de dibujos apoyados sobre cada uno de sus regazos. Se está preguntando si se sentirán tratados condescendentemente si les comenta la función de las demás sillas, cuando oye a su espalda la voz que menos desearía oír en este

momento.

—¿Ya te han ascendido?

Wilf se da la vuelta tan lentamente como puede, aunque es infantil creer que eso va a hacer desaparecer a Slater. Más que nunca, la cara de Slater parece una máscara de humedad traslúcida sobre una ancha masa de carne rubicunda. Su boca se abre para incitar a Wilf a pillar la broma o imitando lo lerdo que es Wilf por no hacerlo.

—¿A qué te refieres? —casi se las arregla Wilf para no preguntar.

—Parece que te han hecho jefe de sillas.

Acompaña la broma con un nivel de alegría varios grados por encima del requerido, y lo hace tan cerca de su cara que Wilf siente como su risa lo impulsa hacia atrás.

No puede respirar hasta que Slater termina, y llegado ese punto, su boca parece rebosar niebla pura.

—¿Quieres mirarme una cosa?

—Tendrás que preguntar en Información. Estoy ocupado.

Slater abre la boca para mostrar una despectiva incredulidad y Wilf comienza a reordenar los libros de la mesa para demostrarlo.

—Este parece tu trabajo ideal —dice Slater—. Ni siquiera tú podrías desordenar esos libros.

—Pensé que buscabas información. Aquí es donde viene la gente a oír hablar al autor.

—Por eso estoy aquí. Estaba seguro de que estarías encantado de que diera mi apoyo a tu tienda —dice Slater, dejando un rato la boca abierta, luego añade—: Tu jefe debería estarlo.

Las manos de Wilf han comenzado a hormiguar y a convertirse en puños; siente su boca cada vez más amarga. Juguetea con los libros, pero sus dedos están tan inseguros que una copia se le resbala y cae al suelo. Al recogerlo, observa que las páginas están sucias. Se la tendrá que llevar a Nigel, es una copia dañada. Wilf se queda mirando a Slater con la intención de echarle la culpa, pero la gente ha empezado a reunirse junto a las sillas.

Se sentiría agradecido por la distracción, si no se tratara de los componentes del grupo de lectura que se vio obligado a abandonar. Antes de poder alejarse de Slater, su portavoz, líder, o lo que sea, se le acerca. Su pelo gris está enredado como una serpiente en su cabeza, y su atuendo es más colorido que nunca.

—¿Le ha sacado algún sentido ya? —le interroga.

—¿De qué es incapaz de sacar sentido ahora? —está ávido de oír Slater.

—Tuvo problemas con el final, como el resto de nosotros.

A la mujer, instintivamente, no le gusta Slater, que ahora rebota su reprimenda hacia Wilf.

—Entendiste el resto, ¿verdad?

—Diría que sí.

—¿De qué trata?

Por una vez parece que Wilf le está dando pie para soltar una broma.

—Tendrás que leerlo tú mismo para averiguarlo —dice Wilf, después duda, pero no lo suficiente para resistirse a decir—: Si puedes.

—No le des a nadie la idea de que soy yo el que no sabe leer, Wiffle.

—No estará sugiriendo que este caballero no sabe —dice la mujer del vestido arcoiris—. No estaría trabajando aquí si no.

Slater solo ha empezado a mover la mandíbula para abrir la boca cuando la mujer le brinda su amplia espalda. Wilf no sabe qué iba a ser capaz de decirle a la mujer, o a él mismo en voz alta para que todos lo oigan, si no hubiera sido por la interrupción. Woody ha regresado más pronto de lo que Wilf pensaba que la niebla permitiría.

—¿Vas a comprarlo? Bien por ti —dice señalando el libro en la mano de Wilf. Wilf se siente de repente asustado de que Slater le acuse de dañarlo, pero Woody no le da a nadie ocasión de hablar—. Bienvenidos a la primera presentación de un autor en Fenny Meadows. —Sonríe y deposita una pila de vasos de plástico y seis botellas de vino, haciendo un hueco en la mesa—. Nuestro famoso invitado estará con ustedes en un momento —sigue diciendo, con más júbilo si cabe, descorchando una botella de tinto y otra de blanco—. Por favor, tomen un trago. Eso va para todos excepto para los empleados.

Mantiene su sonrisa hacia la reunión hasta encontrarse cerca de la sala de empleados, pero Wilf se pregunta si está ocultando su decepción por el escaso público. Dos personas más se unen a la reunión, quizás atraídas por el vino; un hombre con un chubasquero de hule amarillo y una mujer vestida con prendas vaqueras de los pies a la cabeza. La mayoría de los escritores se acercan a la mesa para que Wilf les sirva. Slater coge el tinto y se llena un vaso hasta el borde, luego se sienta en primera fila. Woody aparece con Oates y su publicista. El autor se detiene de repente y alarga un brazo hacia su público, como si comprobara si está o no lloviendo.

—¿Eso es todo?

—Creo que es culpa de la niebla —dice Connie.

—Culpa de la niebla, ¿no? —dice mirando fijamente a Fiona—. No de la publicidad, claro.

—Pusimos folletos por todas partes —le asegura Connie.

Un murmullo recorre a los asistentes, poniendo a Wilf nervioso, pues teme que alguien mencione el fallo de impresión. Quizás a Oates le suena como si estuvieran mostrando su apoyo a Connie.

—¿No merezco una silla? —le ladra a Wilf.

Wilf coge una solitaria silla vacía de la primera fila.

—No se puede esperar de él que sepa tratar a un escritor —comenta Slater.

Wilf pone la silla tras la mesa y se retira a la última fila para huir de la vergüenza; Connie permanece junto a Oates. Cuando le describe como el autor de una de las novelas más comentadas del año, Oates le dedica un ceño descontento y se echa un segundo vaso de vino, que merece otro ceño.

—¿Estáis ya lo bastante jodidos? Yo no sé si lo estoy —dice cuando Connie termina, vaciando lo que queda de botella en su vaso—. He oído que alguno de ustedes no entendió el final.

—Ninguno de nosotros —dice la mujer arcoíris desde la primera fila.

—Bueno... —está a punto de protestar Connie a su espalda, pero Oates las ignora a ambas.

Abre una copia de *Vestir bien, vestir mal* y luego otra, y sostiene la segunda delante de su cara.

—Veamos si tienen espacio en sus cabezas huecas para esto.

Wilf debería ser capaz de relajarse si no es él el que lee. No hay duda de que Woody está pendiente del resto del turno de tarde, aunque eso debería ser trabajo de Nigel. Seguramente Woody no está espiando la sala de ventas desde su despacho, y por lo tanto Wilf no tiene razones para sentirse observado mientras escucha cómo un detective de la época Victoriana se quita la ropa, revelando que es un ladrón de joyas, que a su vez se desnuda para mostrar que es un sargento del ejército, salvo que bajo su uniforme es una cantante de club nocturno que realmente es un detective, o, más bien, simplemente un hombre desnudo delante de un ordenador en una habitación observando Edimburgo desde su ventana. El personaje levanta la vista, escudriñando a su público e igualmente lo hace Oates (¿acaso hay alguna diferencia?), y señala los distintos disfraces.

—Es su turno —dice—. Su elección. Pruébenselo.

Se echa más vino antes de que Wilf pueda juzgar por su expresión si esa última frase era una broma y, si así era, a quién iba dirigida. Cuando los escritores comienzan a murmurar, Wilf cree compartir sus sospechas.

—No es eso lo que dice en el libro —dice la mujer arcoíris para dar forma a sus dudas.

—En este sí.

La mujer eleva las cejas como simulando dos signos de interrogación que formularan una silenciosa pregunta. Mientras Oates se ocupa de descorchar otra botella de tinto, la mujer exclama:

—¿Nos está diciendo que hay más de un final?

—Sí, diferentes páginas al final. El resto del libro no indica cuál te va a tocar. Creo que no deberías saber lo que vas a encontrar hasta que llegues, igual que yo al

escribirlo. Espero que estén de acuerdo, siendo escritores.

—Suenan más bien a que quiere que compremos dos copias del libro.

—¿Acaso no lo haría?

Ella le mira como si no le importara el significado de su pregunta, entonces Slater asoma la cabeza sobre su hombro.

—¿Cuál tienes tú? —le pregunta a Wilf.

—No podría decírtelo así de pronto.

—Estoy interesado en saberlo —dice Oates, vaciando su copa para dejar espacio para llenarla de nuevo—. ¿Cuál es?

Wilf tiene la sensación de que el autor está aliándose con Slater y contra él. Mira la última página de la copia dañada y cierra el libro.

—El que acaba de leerlo.

—Nunca te he visto leer tan rápido como dices, ni nada parecido —objeta Slater—. ¿Estás seguro de haberlo hecho?

—Por supuesto que lo ha hecho —dice Connie, mirando a Wilf con una sonrisa confundida—. ¿De qué va esto?

—Vamos, Lowell, muéstranos. Enséñanos cómo lees.

¿Qué le está haciendo actuar de ese modo? Wilf no hubiera creído que podría hacerlo a su edad. Tiene la sofocante sensación de que Slater le está obligando a regresar a su infancia. Quiere que Connie se enfrente a su torturador, pero solo parece confusa.

—Nadie ha venido a oírme a mí —protesta Wilf—. No soy el autor.

—Quizás al autor le gustaría oír a uno de sus lectores —dice Slater.

—Ahora que lo menciona, sí —dice Oates, alzando su vaso medio vacío para animar a Wilf—. Adelante, hazme un favor. Oigamos lo que significa para ti.

Algunos de los escritores, y por supuesto la mujer vaquera y el hombre del chubasquero, miran fijamente a Wilf; la mujer arcoíris lo hace con una mayor intensidad que los demás. Es exactamente la misma sensación del colegio, cuando te fuerzan a ponerte en pie delante de la clase, aunque él está echado sobre el libro como si le doliera su tripa revuelta. ¿Es esta la razón de ese desagradable regusto en la boca? Al bajar los ojos sobre la novela, reza por encontrar refugio en ella. Mira la última página e intenta liberarse de su vista hablando.

—Se lo dije —dice, y añade tan claramente cómo puede—: Es su turno. Su elección. Pruébenselo.

—Esa no es la página completa, ¿verdad? —espeta Slater. Cuando Oates menean la cabeza con tal fuerza que a sus mofletes les cuesta seguirla, añade—: Eso puedes habértelo aprendido de memoria, Lowell. Dinos el resto.

Es solo porque Wilf no puede mirar a los espectadores que tiene enterrada su mirada en el libro. El panorama es peor que nunca. El papel está manchado de marcas

negras, montones de símbolos que se dice a sí mismo que son letras pero que no puede distinguir. ¿No es la e la más común? Quizá si averigua qué símbolo se repite con mayor frecuencia podrá descifrar el resto del código, tal como hacen los criptógrafos, pero cuando todavía está contando por lo bajo, Connie habla:

—Realmente necesito saber qué está pasando aquí.

—Veamos —dice Slater, sentándose junto a Wilf antes de que a este se le ocurra cerrar el libro—. Es tal como creía. ¿Se lo dices, Lowell, o se lo digo yo?

Abre la boca completamente, como si esta fuera su mejor broma, y a Wilf no se le ocurre otra respuesta.

—Voy a comprarlo —informa a quien quiera saberlo mientras arranca varias páginas de la novela y empieza a metérselas en la boca a Slater.

Desearía haber reaccionado así años atrás, pero al ver los ojos de sorpresa de su enemigo sabe que la espera ha merecido la pena. O bien eso o bien la vehemencia de Wilf hacen caer a Slater hacia atrás. Junto a la silla, va a parar al suelo con un golpe seco y Wilf le sigue para sentarse en su pecho.

—¿Quieres el resto? —le pregunta Wilf con una sonrisa de la que sin duda Woody estaría orgulloso—. Un placer. Trágate el resto.

Está rodeado de sonidos: los lamentos de las mujeres, Connie repitiendo su nombre cada vez más alta y agudamente y los hombres de los sillones gruñendo de risa o aprobación. Pero de lo que es más consciente es de un murmullo ahogado, de las palabras atropelladas de Slater. Ahora tiene menos incluso que decir de lo que Wilf solía en clase, lo cual es tan satisfactorio que Wilf no se retira inmediatamente cuando la voz de Woody sale por la puerta de la sala de empleados.

—Detente —grita más de una vez antes de alcanzar a Wilf y colocarse a su lado; la saliva reluce entre su sonrisa—. Basta —insiste—, basta.

Wilf cree que hay espacio en la boca de Slater para otro capítulo, pero no hay duda de que ya ha dicho todo lo que necesitaba decir. Deja los restos de la novela abiertos sobre el pecho de Slater y se pone en pie apoyando los puños en los hombros de su enemigo. Slater se incorpora, tambaleándose como un borracho y mira a su alrededor buscando algún sitio donde soltar el contenido de su boca. Woody le dedica otro primer plano de su dentadura a Wilf.

—Espera en mi despacho.

De repente, Wilf siente las piernas débiles e inestables, como si la cosa que le ha impulsado a actuar así hubiera tomado ese camino para abandonarlo ahora, dejándole también el cráneo vacío y la boca con un sabor rancio. Se recuerda que la boca de Slater le sabrá a papel y tinta, una idea que le ayuda a llegar a la puerta de la sala de empleados sin trastabillar. Cuando el lector decide que su tarjeta es válida, observa a Connie pasándole a Slater la bolsa de Frugo que contenía el vino. Algunas de las mujeres emiten sonidos maternos mientras escupe sonoramente en la bolsa, y

algunas otras personas miran de soslayo a Wilf hasta que la puerta se cierra.

En su ascenso a la sala, se apoya en la barandilla. Sin sillas, la mesa parece un altar abandonado. Los libros tintinean en sus estantes del almacén mientras Ray mira ceñudo la pantalla del ordenador de su oficina. Incluso aunque Ray no pareciera preocupado, Wilf no sería capaz de explicar su enfermiza reacción. Entra en el despacho, donde el monitor muestra a Woody regalándole a Slater un cupón regalo y una sonrisa suplicante. En el cuadrante opuesto, el público se ha tranquilizado y le hace a Oates una pregunta sobre el libro o sobre Wilf. Este se apoya sobre la fría pared de cemento y observa a Woody conduciendo a Slater a la salida, se siente tentado de sentarse en la silla pero Woody va disparado hacia allí, como si adivinara sus intenciones. Antes incluso de que Wilf esté preparado para recibir la regañina, Woody ya ha llegado a la estancia.

Gira la silla, apartándola del monitor, y se planta cara a cara con Wilf.

—Bueno, esto le costará caro a la tienda.

La incansable sonrisa de Woody anima a hablar a Wilf, si es que animar es la palabra adecuada.

—¿Cuánto? —pregunta.

—Mucho más de lo que puedes permitirte.

—Lo siento —dice Wilf, sin saber qué más añadir salvo—: No debería haberlo hecho aquí dentro.

—Eh, ¿y dónde más ibas a hacerlo? —dice Woody, y suena a aprobación, o a una parodia de ella, hasta que añade—: ¿Quién más no quieres que oiga la verdad sobre ti?

Un nuevo acceso de furia asalta a Wilf.

—¿Qué dijo sobre mí?

—Cómo engañaste a la tienda. Voy a tener que averiguar si eres el único que ha jugado sucio, maldita sea. El único tío que no sabe leer.

—Eso no es verdad, ni por asomo.

—Eh, ¿es eso cierto? Venga entonces, comprobémoslo.

Woody sonrío salvajemente ante la ausencia de libros en la habitación y abre los cajones hasta encontrar una pila de documentos oficiales, uno de los cuales pone en la cara de Wilf.

—Adelante, quiero oírte leer.

Al principio, la razón por la que Wilf es incapaz de leer es lo que cree haber visto. Al abrir Woody el cajón inferior derecho, ¿estaba lleno de calcetines y calzoncillos? Cada segundo que Wilf malgasta haciéndose esa pregunta aumenta la sensación de ignorancia que transmite, así que clava la mirada en el documento. Reconoce el formulario de petición de trabajo en Textos, pero eso no implica que reconozca la maraña de símbolos como palabras diferentes. Al tensarse, esforzándose por sacarles

significado, su cuerpo comienza a temblar desde dentro a afuera.

—No puedo hacerlo ahora —dice, sintiéndose más estúpido por tener que explicarlo—. Es culpa de Slater. Solía hacerme esto en el colegio.

—No tengo tiempo para esta farsa —dice Woody, arrancándole el formulario de las manos y devolviéndolo al cajón—. Al menos me alegro de haber averiguado esto antes de que llegara la gente de Nueva York. Dame tu tarjeta.

Le recuerda tanto a una película de vaqueros o de policías que Wilf casi piensa que Woody y su sonrisa están gastándole una broma.

—No puedes creer en serio que nunca fui capaz de leer —dice Wilf—. ¿Cómo he colocado entonces todos mis libros?

—Comprobé tu sección —le dice Woody haciendo un gesto que indica la intensidad de esa comprobación—. Gracias a Dios tenemos tiempo de arreglarlo antes de mañana. No me has dado aún tu tarjeta.

Wilf se la quita y la deja en el escritorio. Se siente despojado de todo lo que merece tenerse, como si todo lo que poseía hubiera ido desprendiéndose poco a poco de él desde que empezó a trabajar en Textos. Se está dando la vuelta para lidiar él solo con su vacío existencial cuando Woody vuelve a hablar:

—¿Has rellenado el parte de bajas?

Un último e inútil ataque de orgullo mueve ahora a Wilf.

—No tengo que hacerlo. No tuve una migraña —admite.

—También nos engañaste en eso, ¿no?

—Me obligaste a leer a toda prisa el final de ese libro para que pudiera hablar con los escritores, y no me dio tiempo. De ahí viene todo esto, por no ser capaz de terminar un libro.

—Debería afrontar parte de la culpa, ¿verdad que sí? —reacciona Woody con una sonrisa que parece sangrarle por los ojos—. Te creí cuando dijiste que eras un lector asiduo. Nunca se me ocurrió comprobarlo.

—Sé leer. Es lo que más disfruto haciendo. Pero no puedo leer aquí.

—Bien, ahora tendrás ocasión de hacerlo en otro lugar —dice Woody como si Wilf le hubiera insultado a él o a la tienda, o a ambos—. ¿Has fichado la salida?

—No pensé que hubiera necesidad.

—Vale, déjame hacerlo por ti —dice animadamente. Salta de su silla y enfila hacia la puerta tan rápido que Wilf apenas tiene tiempo de apartarse de su camino. Coge la tarjeta de Wilf del montón de «entradas» y la pasa bajo el reloj, para luego partirla en dos y poner los pedazos en el escritorio de Ray.

—Todo tuyo, Ray. El señor Lowell va a dimitir ahora mismo.

—Dios santo —dice Ray alternando una mirada perpleja del uno a otro—. ¿Qué diantre pasa aquí?

—Yo lo llamaría deshacerse de un invasor —dice Woody torciendo su sonrisa

hacia Wilf—. ¿Todavía aquí? No deberías. Quizá has olvidado que dice «solo empleados» en la puerta de abajo.

—No he pagado el libro aún —dice Wilf, seguramente inducido por una beligerancia desesperada.

—Ray te lo descontará del sueldo que no te pagaríamos si de mí dependiese. Vete. Wilf aprecia como Ray trata de decidir el grado de simpatía que puede mostrarle.

—Está bien —se siente inclinado a decirle Wilf, aunque no se convence ni a sí mismo y se siente incapaz de mirar a ninguno de los dos a la cara. Coge el abrigo de su taquilla y se lo va poniendo mientras baja midiendo cada paso y abre la puerta por última vez. Como parece que nadie lo mira, se pasa por su sección. Cuanta mayor es la intensidad con la que mira sus libros, menor es la certeza del orden en el que están; los títulos y los nombres de los autores bien podrían estar en una lengua extranjera, o en ninguna en absoluto. Se siente mareado por forzar la vista y la mente.

—El señor Lowell ya no pertenece a la tienda —proclama la voz de Woody por el altavoz.

La mirada de Brodie Oates se encuentra con la de Wilf en el momento en el que comenta que le lleva un año imaginar una novela y seis semanas escribirla. El resto de la congregación se vuelve para mirar a Wilf, que se pregunta si están proyectando sobre él la desaprobación que en otras circunstancias hubiera merecido Brodie Oates. En cualquier caso, sus miradas le hacen sentir más excluido que el anuncio de Woody. En su procesión hacia la salida, Connie alza una mano a modo de poco convincente despedida; junto a la puerta, Greg le ofrece una sonrisa torcida y un meneo de cabeza desde detrás del mostrador. Ya no importa lo que Wilf pueda decirle, pero las únicas palabras que vienen a su mente son tan lacónicas como un gruñido. Se estancan y le dejan un sabor amargo en su boca, mientras deja la tienda para siempre.

¿Y si Slater le está esperando fuera? Ojalá, podrá oír todas las palabras que Wilf se ha guardado, y quizá no habrá solo palabras. La niebla que oculta la hora del día se retira un poco para dejar espacio a su respiración, y cree ver a alguien observándolo en la distancia, hasta que se da cuenta de que solo era la pareja de árboles y su tullido compañero.

Sin embargo, al doblar la esquina de la tienda, tiene la total certeza de que alguien lo está siguiendo, aunque de modo invisible y silencioso.

—¿Por qué no das la cara? —grita, y eso empeora el regusto de su boca—. Tienes lo que querías. Vamos, muestra tu cara.

Para cuando llega al Micra, no ha conseguido aún hacer salir a Slater. Cierra la puerta con la fuerza que hubiera usado si su atormentador estuviera en medio. Después de meter la hebilla del cinturón en su ranura, coloca las temblorosas manos sobre el volante. La niebla helada y su reacción a los acontecimientos del día le han

provocado este tembleque. Se queda mirando el vacío muro trasero de Textos hasta recuperar el control suficiente como para acertar con la llave en la ignición.

Debido a la niebla, conduce lentamente hacia la salida. Le parece estar escabullándose, temeroso de hacerse notar. La luz de los escaparates se funde con la niebla causando un brillo fantasmal, los árboles pasan por su lado, reptando entre las tinieblas, y delante advierte algo alumbrado por sus faros que no es asfalto. ¿Y si es Slater? ¿Cómo reaccionaría si viera a Wilf sonriendo sobre ellos y acelerando hacia él? Las esquinas de la boca de Wilf están comenzando a alzarse por iniciativa propia, pero de repente se acuerda de Lorraine. Cierra las manos con fuerza sobre el volante, sintiendo una oleada de odio hacia sí mismo. Ni siquiera sabe si Slater le hubiera creído tan descerebrado. Quizá no merece trabajar en Textos después de todo.

El supermercado aparece delante de él antes de desaparecer en las grises profundidades del retrovisor. Si esta es la última visión que va a tener de Fenny Meadows, no está seguro de cómo sentirse. Llega a la rotonda y sube la rampa camino de la autopista. Aunque está ascendiendo al encuentro del sol, tiene la sensación de estar siendo retenido por el inestable, pálido y gélido vacío. Al llegar al borde la autopista baja la ventanilla para oír venir los coches de su carril. En el momento justo en el que decide arriesgarse a acelerar, un denso sabor a niebla asalta su boca.

La autopista es reacia a mostrarse, y frena un poco para adecuarse al paso de la niebla. Al poco rato, muestra síntomas de retirada, y avista el sol, un objeto plateado sobre el que alguien no cesa de echar su aliento. Pronto la senda estará despejada, una perspectiva similar a una liberación de Fenny Meadows. No obstante, eso no va a ser posible hasta que no afronte lo que ha hecho. No quiere pensar en ello mientras intenta concentrarse en conducir, y no es esa la razón por la que agarra el volante con mayor fuerza si cabe. Su mente está tan sobrecargada por el enfrentamiento con Slater y sus secuelas que no se ha detenido a pensar en las cosas que vio y dijo.

El sol brilla como recién bruñido, luego desaparece mientras Wilf trata de no dejar su mente volar. ¿Vive Woody en la tienda? ¿Por qué es incapaz de leer allí? Las preguntas parecen incapaces de alejarse de su mente lo bastante para no tenerlas presentes. Incluso tiene la rara impresión de que no debería arriesgarse a formularlas hasta no haber escapado de la niebla, es absurdo, pero tensa sus nervios. Pisa el acelerador, la niebla deja ver solo los siguientes cuatrocientos metros de carretera. Aunque no tiene sensación de ir a mucha velocidad, la flecha del velocímetro está en posición vertical cuando la niebla se detiene abruptamente delante de su coche. Al frenar, la grisura inunda el espejo. De repente la oscuridad es tan cerrada por todas partes que a pesar de la calefacción, el frío entra en el coche y cala en Wilf. Está luchando por no dejar a sus escalofríos dominar el volante cuando la niebla a su espalda se torna de un blanco gélido y prorrumpe en un atronador sonido. Viene un

camión, y ni puede ni va a frenar.

Pisa a fondo el acelerador. La niebla emerge ansiosa para cortar el paso, pero no es solo niebla. Está precipitándose contra la parte trasera de un camión que avanza a menos de la mitad de la velocidad de su coche. Frena, provocando la ensordecedora reacción de una bocina y una luz cegadora acercándose por el espejo retrovisor. Aparta el pie del pedal y gira el tembloroso volante. Se ha olvidado de poner el intermitente. El coche se está internando en el carril central cuando el camión gira para adelantar.

No puede volver a su carril. Está demasiado cerca del vehículo de delante. Le da a la palanca del intermitente y tuerce para buscar el carril más alejado. El camión de atrás sigue en el retrovisor. Solo intenta pasarle, no es que sea una presa que esté deseando atropellar, ni está aliado con la niebla, la cual no puede estar intentando hacerle daño; es solo niebla. Pero sus pensamientos son inútiles, no pueden prevenir que el camión se precipite sobre él más rápidamente de lo que le es posible acelerar. Afianza las manos en el volante y huye de nuevo al carril central, oyendo un fuerte resollar que indica que ha sorprendido a su perseguidor. Ese sonido, junto a un espasmódico temblor, es todo lo que emite el freno que el conductor al fin ha pisado; pero ya no hace falta. Wilf frena y se interna en el carril interior, detrás del otro camión, para sentirse más seguro.

No ha derrapado. No se ha colocado detrás del otro vehículo demasiado deprisa, a pesar de la escasa visibilidad. Cuando oye un gigantesco y torturado chirrido de metal se dice para sí que no tiene nada que ver con él, y entonces una ola de niebla tan espesa y ancha como los tres carriles juntos se abalanza sobre él desde el espejo. Le recuerda a una respiración expulsada a través de una enorme y alegre risa, hasta que advierte que no es niebla, pues una palabra más alta que su coche está impresa en la pulida superficie que se abalanza sobre él. Durante un instante, no le preocupa entender por qué no puede leer la palabra. Las letras están al revés, por supuesto, las letras del lateral del camión. Toda la parte trasera del vehículo está girando hacia él usando la cabina como eje.

La niebla se encoge, permitiéndole ver como la cabina se empotra contra la mediana, haciendo saltar chispas y deformándola. Un temblor se extiende por sus brazos y hasta el resto de su cuerpo, mientras intenta adueñarse del volante para cambiar el coche al carril central, para distanciarse del objeto que se cierne sobre él como una colosal guadaña. Está casi a punto de adelantar cuando el camión alcanza al Micra y le golpea en el lateral, impulsándolo hacia el otro camión de delante. Un momento después, todo se precipita, y el coche se incrusta allí tan rápidamente que apenas tiene tiempo para entender qué es lo que se ha roto aparte de los cristales y el chirriante metal. Ha sido él mismo. Ha sido su cabeza, que se inunda de ruido y blancura antes de sumergirse en una laguna negra.

Jill

—Mami, ¿de verdad tienes que trabajar toda la noche?

—No te preocupes, Bryony. Estaré bien. Me eché una siesta mientras estabas en el colegio.

—¿Pero de verdad de verdad te tienes que ir?

—Trabajamos todos. Hay una inspección mañana, ya te lo dije, como las de tu colegio. Sabes las molestias que se toman tus profesores para que todo tenga el mejor aspecto posible. Mientras no se trate solo de guardar las apariencias, está bien, ¿qué opinas?

—Pensaba que te gustaba ayudarme con mis deberes. Me gusta cuando me enseñas palabras nuevas.

—Ya lo haremos. De verdad, cielo. No estaré fuera mucho tiempo, y sabes que no voy a estar muy lejos. ¿Cuál es el problema?

—Me gusta que me leas en la cama antes de dormir.

—¿No lo hace también papá? Creí que solíais hacerlo.

—Todavía lo hace. ¿Tienes que trabajar porque no te da suficiente dinero?

—Bryony, no sé si eres lo bastante mayor para entenderlo...

—Lo soy. La señorita Dickens dice que soy madura para mi edad.

—Bueno, entonces trata de entender que no quiero depender de tu padre ni de nadie, no más de lo absolutamente necesario. Mientras más gane por mi cuenta, más feliz seré.

—Quiero que seas feliz.

—No necesitas que te diga que deseo lo mismo para ti, y lo serás si puedo comprar más cosas para nosotras, ¿verdad? Si me esfuerzo en mi trabajo tendré posibilidades de ascender. Así funciona.

—Ya me lo has contado.

—¿Tienes algo que decirme antes de que venga tu padre, entonces? ¿Qué es lo que de verdad te preocupa?

—A lo mejor no puedo dormir.

—¿Por qué no? ¿Hay alguna razón por la que no te guste dormir en casa de tu padre? Si pasa cualquier cosa debes decírmela, no debes tener miedo. ¿Pasa algo, Bryony?

—Podría tener una pesadilla.

—¿Por qué ibas a tenerla? ¿Por qué solo allí?

—Tuve una anoche.

—¿Te despertaste? Lo siento, Bryony. Debía de estar muy dormida para no enterarme. ¿De qué trataba, cielo?

—Papi y yo no te encontrábamos en la tienda.

—Quizá era mi día libre.

—No, era esta noche y estaba preocupada por ti porque estaba muy oscuro.

—No lo estará. La tienda está siempre iluminada, y si te acuerdas, también hay unas grandes farolas fuera.

—No podíamos ver nada. Estoy segura de que estaba oscuro. Podía oírte gritar, pero no podía llegar a ti, y luego tampoco encontraba a papi.

—Sería por la niebla, ¿no? Eso debió de ser lo que provocó la pesadilla. Espero que papi te encontrara y yo también, pero de todas formas ya estás despierta.

—No, estaba buscando a la otra mujer.

—¿Qué otra?

—La que va vestida de cuero.

—¿Te refieres a Connie? ¿Qué sabes sobre ella?

—La oí hablar con papi cuando estuve en la tienda para el concurso.

—¿Y te la has encontrado en algún otro lugar?

—No, mami, solo aquella vez.

—Me pregunto por qué se te quedó tan grabada entonces —dice Jill, y el timbre parece responder con un sonido tan lacónico como una palabra de cuatro letras.

Bryony baja de un salto del chirriante sofá de mimbre y posa en el suelo sus pies descalzos.

—Voy al cuarto de baño —dice mientras corre escaleras arriba, como siempre que está a punto de irse.

Jill siente la tentación de tomarse su tiempo antes de responder a la llamada, que ha sonado más apremiante de lo que tenía derecho a sonar, pero en realidad quiere tener unas palabras con Geoff en privado. Se apresura a través del corto pasillo decorado con dibujos de niñas montadas en ponis, obra de Bryony y sus lápices de colores; ponis que Jill no para de decirle a su hija que no le gustaría poseer ni alquilar ni siquiera aunque pudieran permitirselo. Abre el pestillo, y empuja la puerta hacia sí, hasta la mitad, como si una invisible barrera la detuviera. Entonces la abre por completo, y se encuentra a Geoff agachado, cogiendo un puñado de dientes de león de una grieta del camino.

—No hace falta que hagas eso —le dice.

—Parece que está todo descuidado.

—Déjalos, a Bryony le gusta esparcir las semillas —le apremia. Las cejas de su ex se mueven lo justo para animarle a añadir—: Supongo que simpatizas con esa actividad.

—No sabía que aún te importara dónde acaban mis semillas.

—¿Me estás diciendo que debería haberme importado cuando estábamos juntos? No me lo digas, no quiero oírlo —dice Jill, solo para alterarse al tener que arreglarlo—. A no ser que sea alguien que conozco.

—¿Por qué piensas eso, Jill? Lo dices como si yo quisiera hacerte daño.

Sus profundos ojos marrones la miran heridos, pero ese truco ya no funciona.

—Bryony piensa que hay alguien que ambos conocemos.

—Está totalmente equivocada. No creerás que alguna vez le he presentado a... — al decirlo un pensamiento oscurece su mirada, pero trata de ocultarlo—. He hecho todo lo posible para mantenerla aparte de mi vida privada —insiste.

—No sirve de mucho si la paseas por el lugar donde trabajo mientras está allí Bryony.

—No lo sabía, ¿verdad? Quiero decir, no había pasado nada. No volveré a ir a la tienda si así lo prefieres.

—Quieres decir que han pasado cosas desde entonces, no que sea asunto mío.

—Ciertamente no lo es, pero bueno, sí.

—Me pregunto si tienes una mínima idea de las dificultades que me has podido crear. Estoy segura de que no, pero tampoco es excusa.

—No estoy seguro de entender cuál es el problema. Todos somos adultos y creo que podemos actuar como tales.

—Vas a empezar tú, ¿no? —exclama, reservando bastante rabia contenida para luego espetar—: Ojalá mis padres no estuvieran de vacaciones. Preferiría que Bryony se quedara con ellos.

Arriba, se oye la cadena del váter, como si el chorro de agua arrastrara consigo el comentario de Jill. Geoff parece estar cerca de dedicarle una mirada comprensiva, lo que la encoleriza más aún. Está tentada de prohibirle que se presente a la función navideña del colegio de Bryony, de amenazarle con dejarle allí plantado si no obedece.

—Date prisa, Bryony. Quiero encender la alarma —grita en lugar de eso.

Se avergüenza de su tono cuando Bryony aparece con su saco de dormir, de donde asoma la cabeza su osito de peluche, como intentando averiguar dónde va esta vez a cumplir la misión de calentar la cama de su dueña. Espera en el sendero con su padre mientras Jill teclea en la alarma la fecha de su ruptura con Geoff. Apenas ha cerrado Jill la puerta, Bryony deja caer el saco y corre a abrazarla, tan fuerte que parece querer permanecer allí plantada con ella como un árbol en mitad del sendero.

—Estaré bien. Será una aventura —dice Jill, acariciando la cabeza de Bryony hasta que relaja el abrazo lo bastante para soltarse—. Te veré mañana después del colegio.

Bryony se queda de pie junto al Golf mientras Geoff se sube a él y Jill arranca el Nova. Cuando Jill pone en movimiento el coche y se aparta de la acera, Bryony levanta una mano y la agita tímidamente; Jill se obliga a creer que no es un último intento de detenerla. Bryony debe de estar más afectada por la separación de sus padres de lo que creía. Una vez haya vuelto a casa y descansado, tendrá una seria

conversación con ella.

Le lleva diez minutos cruzar Bury para llegar a la autopista. Ha pasado junto a varias salidas antes de decidirse a tomar una con poco tráfico. Esta le conduce a la zona elevada sobre la que le es posible avistar la extensión más allá de Fenny Meadows. Desde la niebla solo surgen ligeros haces rojos de luz, una herida alargada, los frenos de cientos de coches parados. Jill enciende la radio y sintoniza una emisora local. El Nova avanza un rato al son de una canción popular sobre el único superviviente de una batalla, luego comienza un boletín informativo:

—El cruce 11 de la M62 dirección este permanece cerrado debido a una serie de accidentes. La policía no espera abrirlo hasta dentro de unas horas. Se recomienda a los conductores buscar una ruta alternativa.

Allí está Fenny Meadows. Jill se siente tentada de usar esta circunstancia como excusa para no aparecer por Textos esta noche y quedarse con Bryony, pero no sería justo para el resto de empleados. Al llegar al siguiente cruce, tira por la carretera este de Lancashire para poder salir a la parte trasera del complejo comercial. Menos de diez minutos después, se encuentra en la autovía de dos carriles, pero se pasa el desvío de Fenny Meadows. Si había una señal indicándolo, no era demasiado evidente. Al ver un hueco, gira para meterse por la primera carretera secundaria que encuentra, iluminada solamente por una parada de autobús. Ni siquiera tiene un nombre.

No obstante, es la ruta que lleva a Fenny Meadows. Al poco tiempo, la niebla lo confirma, complicando a su vez el avance. Los altos setos cercan ambos lados de la calzada, sus picos destellan al ser alumbrados por los faros y parecen licuarse en la niebla en lugar de destacar sobre ella. De vez en cuando, un escalofrío recorre el entramado de ramitas negras, y estas exudan masas grises de niebla, como telas de araña. Debe de estar levantándose viento, pues la niebla no para de acercarse al coche, tanto por delante como por detrás. Después de conducir el coche por todas las curvas y baches de la estrecha calzada, está deseando llegar a Fenny Meadows, aunque resulte difícil de creer. Deja escapar un suspiro aliviado, que queda suspendido un instante en el aire, al vislumbrar algo más sólido que la niebla en el lado de la carretera; es uno de los muros de Frugo.

Sigue conduciendo y pasa las tiendas, algunas ya cerradas. La luz de sus ventanas luce inerte sobre la oscuridad reinante, que parece recrearse en el furioso mensaje de los grafitis pintados sobre la pared de las propiedades desocupadas. No hay ningún indicativo de la pronta llegada de la Navidad en Textos; la tienda parece anclada en octubre, el mes que empezó a levantarse esta niebla. A su espalda, los haces de sus faros se expanden en una mancha blanca que se diluye en el muro. Cierra el coche, y el tintineo de las llaves le hace caer en la cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

¿Por qué está tan tranquilo el complejo? Parece como si la niebla hubiera succionado todo sonido, pero de repente se da cuenta de qué es lo que falta; el ruido de la autopista. Camino de la entrada a la tienda, sus pasos suenan encogidos por su soledad, y al mismo tiempo demasiado altos. Juraría que algo diminuto la persigue por el callejón; es el eco, por supuesto. Se alegra de dejar el sombrío pasadizo, hasta que ve a Connie en el escaparate. Las tres fotos de Brodie Oates yacen a sus pies. Jill no va a echar de menos el anuncio, ya obsoleto una vez que el autor ha visitado la tienda, y se impide imaginar que es su propia cara esa sobre la cual Connie está a punto de limpiarse los zapatos. Pasa por delante de Frank el guardia, que parece preocupado por la niebla.

—Puse estos en un carro para ti, Jill.

Jill considera por un momento hacerse la sorda. No esperaba que la voz de Connie tensara su cuerpo hasta sentirlo arrugado y tullido, y además trajera ese desagradable sabor a su boca.

Se da la vuelta, y encuentra a Connie señalando los libros que ha quitado del escaparate.

—Muy amable de tu parte —dice Jill con una dulzura que no le quita el mal sabor de boca.

—¿Está bien, verdad? Puedes ponerlos junto a las copias firmadas en un estante destacado. Quizá se vendan más rápido si la gente los ve.

—Han sobrado algunos de tu acto, ¿no fue tan bien como esperabas, verdad?

Connie abre su boca de labios rosados para indicarle que se acerque. El gesto pone enferma a Jill, pero no puede resistirse y lo hace.

—No tan bien como nuestra estrella insistía en que debería haber ido. Culpa a todo el mundo salvo a la niebla y su libro. A tu anuncio también, me temo.

—Lo siento mucho. Me esforzaré más todavía en ese caso.

—No te estoy criticando, Jill. Solo transmito lo que dijo él. No creo que pudiéramos haber hecho nada más de lo que hicimos, ninguno de nosotros.

—Entonces vale —murmura Jill.

—Te has preparado para la maratón, ¿verdad? —dice Connie cuando está a punto de dirigirse camino de la sala de empleados.

—Espero estar tan preparada como cualquiera.

—Alguien estará cuidando de tu hijita, ¿cómo se llama, Bryony, verdad? Alguien estará ocupándose de ella.

—Su padre —responde, y siente estar escupiendo parte del sabor a rancio de su boca cuando añade—: Es muy bueno cuidando gente durante poco rato.

Connie no tiene respuesta a eso o no encuentra ninguna que sea aconsejable, pero el ver sus labios apretándose para ocultar su expresión induce a Jill a seguir hablando.

—¿Puedo preguntarte de dónde has sacado el nombre de mi hija?

—¿No te lo oí decir el día que la trajiste?

Jill no lo recuerda. Se siente derrotada por Connie. Al girarse, su boca se inunda de mal sabor y de palabrotas.

—Estarán esperándote cuando vuelvas —oye prometer a Connie.

Se refiere a los libros, los que ha pedido de más y ahora carga a Jill. Dos hombres que parecen llevar ocupando los dos sillones desde que Jill recuerda, la observan escabullirse. Le enseña la tarjeta al lector de la pared y a punto está de propinarle una patada a la puerta. Al final se abre, y sube las escaleras hacia la sala de empleados perseguida por el sonido de su propia respiración.

Ross y Mad están sentados uno a cada lado de la mesa, Agnes se sienta en medio de ambos. Tiene una expresión seria, como una reacia carabina, y no habla más que ellos. Los tres parecen alegrarse de ver a Jill, aunque puede que solo sea porque es algo diferente a lo que mirar. Al pasar su ficha por el reloj, Woody sale disparado de su guarida.

—Estás aquí. Pensé que habíamos perdido a otro miembro del equipo.

Jill no sabe si el enrojecimiento de sus ojos aumenta el efecto de su desconsiderado comentario o simplemente sugiere que está demasiado cansado para pensar. Ross se pone rígido para no torcer el gesto, y Agnes abre la boca en su lugar, mientras Mad parece estar a punto de darle unas palmaditas reconfortantes en la espalda.

—La autopista está cortada. Tuve que utilizar la antigua carretera —dice Jill para disminuir la tensión reinante.

—Ya me lo dijo Connie —dice Woody, seguramente sobre lo de la autopista, pero el nombre amarga la expresión de Jill—. ¿Queréis oír las buenas noticias?

Su sonrisa es tan fiera que atrae la atención de todos.

—Si hay alguna —musita Ross.

—Eh, ¿por qué no veo ninguna sonrisa? ¿Qué es esto, un velatorio? —Todos salvo Agnes se esfuerzan en mostrar buena voluntad—. Bueno, las buenas noticias. Ya las habéis oído. Vuestra autopista está cortada.

—¿Eso es bueno? —rompe Mad el desconcertante silencio.

—Ahora mismo lo es. Por esta vez podemos vivir sin clientes que entren en la tienda a desordenarlo todo. Supongo que necesitamos hasta mañana para despejar el almacén. Recibimos un pedido grande esta mañana y nos falta un empleado.

—No paras de sacar ese tema —protesta Agnes—. ¿No te das cuenta de que Ross...?

—Oh, lo siento. No os lo había dicho aún. Tuvimos que deshacernos de Wilf.

—Wilf —dice Agnes, simulando un ladrido—. ¿A qué te refieres con «deshacernos»?

—Dejar ir. Echar. Despedir.

—¿Cómo puede ser eso? En el funeral dijo... perdón, quiero decir que le dijo a Ross que trabajaría esta noche.

—Estaba aquí, antes, por eso ahora ya no está.

—Pero no puedes echar a nadie de esa manera. ¿Qué se supone que ha hecho?

—Atacar a un cliente e intentar ahogarlo. Supongo que ni siquiera tú contratarías a un tipo capaz de hacer eso.

—¿Quién dice que Wilf ha hecho tal cosa? —interviene Mad.

—Yo lo hago. Todo el mundo presente en la firma del autor. Los vídeos de seguridad también.

—Me gustaría verlos —dice Agnes.

—Cuando tengas alguna autoridad podrás. Si no han sido borrados para entonces.

Agnes abre la boca, y Angus hace de ventrílocuo:

—Encargado llama al trece, por favor. Encargado llama al trece.

—He ordenado las existencias en los estantes para que os pongáis directamente a trabajar. Colocad vuestros libros y luego decidiremos quién se encarga de los de Wilf —dice Woody, y vuelve a su oficina a toda mecha.

Agnes apoya los antebrazos en la mesa con un golpe sordo.

—No sé qué cree poder esperar de nosotros después de hablarnos así.

—No creo que a mí me dijera nada especialmente malo —dice Mad.

—Oh, ¿solo somos un equipo cuando nos conviene?

Mira a todos con tal fiereza que nadie se atreve a contestar.

—No veo por qué tenemos que seguir trabajando aquí si puede echarnos cuando quiera si le da la gana.

—No es tan simple, ¿no? —dice Ross—. Parecía tener una razón para hacerlo.

—Tú precisamente deberías ser la última persona en desear que perdamos a alguien más. ¿Qué decís los demás?

—Ahora estamos aquí. Dices que somos un equipo. No quieres decepcionarnos —responde Jill cuando se recupera de la sorpresa de oír lo que Agnes le acaba de decir a Ross.

Ha bajado la voz. Al principio piensa que está intentando mantener la discusión lejos de los oídos de Woody, ¿pero es probable que este escuche algo cuando no para de repetir la pregunta «¿quién es?», al teléfono? De repente tiene la sospecha de que la discusión ha atraído a un curioso al almacén; incluso cree oír un rostro apoyándose en la pared para escuchar, pero el sonido viene de tan abajo que quien sea debe de estar a cuatro patas. Da un respingo cuando alguien entra en la sala, pero es solo Ray saliendo de su oficina.

—Jill, está bien —murmura—. Hagámoslo bien esta noche y enseñémosles a los jefes que somos unos trabajadores fiables, después de esto hablaré con Woody de lo que queráis, lo prometo. Si queréis les diré algo a los jefazos mientras estén aquí.

—Es suficiente, ¿no? —dice Mad a Agnes, que la mira como si no tuviera derecho a hablar. Jill está a punto de mostrar su acuerdo con Mad, sobre todo porque siente que todos están hundidos hasta el cuello en la corriente de sus emociones.

—Jill al escaparate, por favor. Jill al escaparate —suenan la voz de Connie.

Eso le recuerda a Jill que no hay ventanas en el piso superior. No es de extrañar que se sienta tan asfixiada. Escapa de la sala aliviada, a pesar de ir en busca de Connie, y sigue así al menos hasta que la ve. Connie está de pie frente al escaparate, martilleando con sus uñas el borde del carro con un ritmo infantil inspirado en el Vivaldi de los altavoces.

—Pensé que ya habrías terminado —dice—. Mejor pongamos de momento estos libros en el suelo junto a la estantería. Esta noche vamos a necesitar todos los carros.

Es una pena que esperaras a que lo hiciera, está a punto de decir Jill.

—¿Vas a querer estos? —pregunta Connie.

Señala tres versiones del libro de Brodie Oates con sus caras zapatillas deportivas multicolor.

—Te dejo decidir dónde quieres ponerlos —dice Jill con la más dulce de sus sonrisas.

Por un momento casi espera oír la voz de Woody por megafonía felicitándola por ello, pero entonces le distrae una mancha en el exterior de la ventana. Algo ha surcado el cristal más o menos a un metro de altura, bien podría ser un niño marcando su territorio como un caracol con sobrepeso dejando un rastro grisáceo descolorido. La irregular franja está marcada por huellas parecidas a besos de una boca grande, ancha y torcida. No va a llamar la atención de Connie al respecto; podría hacerle limpiarlo. Mientras Jill vacía el carro y coloca los libros de Oates al principio de un pasillo, Connie recoge del suelo las imágenes del autor y, arrugándolas con un placer visible, las mete cuidadosamente en la papelera de detrás del mostrador. Se frota las manos, bien para secárselas o bien en señal de triunfo, y el teléfono suena por toda la tienda.

Cualquiera está más cerca de ellos que Jill, quien se ocupa en ordenar libros para que Connie conteste.

—¿Perdón? —dice Connie al auricular, y lo repite tras una pausa. Jill levanta la vista y se encuentra sus ojos. Algo parecido a un gesto divertido asoma a su rostro, sin soltar el teléfono—. ¿Es para ti, Jill?

Si es así, a Jill no le gusta su reacción. No le arrebatan el aparato de las manos, pero espera hasta que Connie va camino del almacén para hablar.

—¿Hola?

Al principio no puede oír a nadie. Está a punto de devolver el teléfono a su lugar cuando una voz parece formarse entre la emisión de ruidos.

¿Intenta decirle algo concreto? No puede distinguir los sonidos. Jill se tensa para

intentar descifrar el monótono murmullo que parece abalanzarse sobre ella. Le duelen los oídos del esfuerzo por entender la frase que se repite como un ensalmo. Quizá «pequeño» o «pequeños». El sonido parece salido de una vieja grabación estropeada por el tiempo y a punto de comenzar a detenerse poco a poco. Debe de ser una broma, ¿pero de quién y para quién? Se enfada consigo misma por quedarse allí esperando una respuesta a esa pregunta, concentrándose por completo en ello como si significara algo en absoluto.

—¿Hola? —pregunta—. ¿Quién hay ahí en realidad?

El canto parece estar desintegrándose, hundiéndose de nuevo en la electricidad estática. Las palabras suenan más suaves, medio digeridas por el ruido blanquecino.

—Si no oigo nada más ahora mismo, colgaré el teléfono —dice, como si se estuviera dirigiendo a un niño, quizás a menos que eso. Cuando su amenaza no surte ningún efecto audible, le hace señales a Angus para que se acerque al mostrador—. ¿Oyes algo?

—No lo sé —dice al principio, y tras escuchar unos segundos más, añade—: No mucho.

Recupera el auricular y encuentra poco más que un siseo que pasaría por una voz si la boca de la que proviniera se estuviera licuando.

—Me gustaría que fueras más concreto de vez en cuando —le dice a Angus colgando el teléfono.

No debería enfadarse con él. Corre hacia arriba para alcanzar a Connie, que está rodando el carro dentro del almacén; el montacargas debe de haber tardado.

—¿Por qué me pasaste esa llamada? —trata de saber Jill.

—Ross, coge este carro ahora que está libre —le dice a Ross, y cuando este obedece, se vuelve hacia Jill—: Pensé que era un niño.

—No soy la única aquí con uno.

—A mí no me mires.

—No pensaba hacerlo. Todavía no me has dado una razón que explique por qué me has pasado la llamada.

—Se suponía que era un crío haciendo una trastada, ¿no era eso? ¿La tuya no se porta mal? Vaya angelito.

—Por supuesto que a veces se porta mal, ¿no lo hacemos todos, Connie? Eso no significa que esa llamada tuviera nada que ver con ella. No tienes ningún derecho a suponer que así era.

—De acuerdo entonces, quizá iba sobre aquellos chicos que dieron problemas en el concurso. No irás a decirme que no tuviste nada que ver.

—Y Mad, y también Wilf.

—No andaban cerca. Tú sí. ¿No pudiste lidiar con el que llamaba? No creí que tuviera que quedarme por si no podías.

—No había nada con lo que lidiar cuando me pasaste el teléfono, ni creo que tampoco antes. Ha sido solo una estúpida e inútil broma.

¿Suenan eso a una acusación? Simplemente intenta convencerse a sí misma. La llamada, o la interpretación de Connie, o ambas, la han puesto nerviosa respecto a Bryony, más si cabe porque no sabe la razón. Mientras considera una manera de retirar lo dicho, oye hablar al montacargas. Suena desde más abajo del hueco correspondiente, tan distante que las palabras que le llegan son demasiado parecidas a las de antes en el teléfono. ¿Es una idea infantil? ¿No eran los balbuceos también infantiles?

—¿Lo dejamos? —sugiere—. Estamos actuando igual que niñas de parvulario.

Los labios de Connie se tensan y se estrechan antes de hablar.

—Me comportaré como una encargada en todo momento. Quizás así recuerdes cómo debes comportarte tú.

El ascensor anuncia su apertura y cumple su palabra, dejando al descubierto un carro vacío.

—Carga todos los libros que puedas y déjalos junto a los estantes a los que pertenecen para que otro puede usar el carro —dice Connie, marchándose camino de la oficina.

Jill atrapa el carro al tiempo que el montacargas comienza a deslizar sus puertas para cerrarse. Mientras acelera hacia el almacén se imagina atropellando a Connie en lo que después de todo sería solo un desgraciado accidente, pero la estancia está desierta. Un libro cae de uno de los montones sobre los estantes, y luego el silencio se torna quedo y denso. Debe de haber sido un libro, aunque ha sonado extrañamente suave y voluminoso. No es de extrañar que sus nervios estén distorsionando sus impresiones, ya que está preocupada por Bryony. Mete libros a montones en el carro hasta llenarlo por completo, y lo empuja de nuevo en dirección al montacargas, el cual se abre tras alzar su quejumbrosa voz. Entra con el carro y aprieta el botón con el pulgar, para luego salir corriendo camino del teléfono junto a la zona de Adolescentes. Durante un momento, gracias a Dios más largo que de costumbre, un imaginario parche en su cerebro cubre el lugar donde debería de estar el número de Geoff; superado ese momento, lo marca.

—Hola. Geoff está, o quizá no está, y por eso estás escuchando esta cinta. Sea lo que sea lo que estoy haciendo, espero que estés pasándolo tan bien como yo. Cuéntame lo que quieras y no olvides decir al menos quién eres y cómo puedo ponerme en contacto contigo.

—Soy Jill. Es mami, Bryony, si estás escuchando —añade Jill, pero no obtiene respuesta—. Pensé que estaríais en casa ya, supongo que habéis ido a algún sitio a cenar, ¿verdad? No os molestéis en decirme que soy idiota por hacer una pregunta sabiendo que no voy a obtener respuesta. Solo quería decir que estoy en el trabajo y

que estoy bien, Bryony, así que asegúrate de dormir por mí. Si tienes ganas de darme las buenas noches, puedes llamar a este número —está lo bastante desesperada para sugerir, leyéndolo entonces del plástico pegado a la terminal—. Deberías decir tu móvil en el mensaje, Geoff, y así podría hablar ahora con ella.

Eso último alcanza a otro destinatario. Connie ha arrastrado un cargamento de libros a la sala de ventas y espera con monolítica paciencia a que Jill repare en ella. Cuando se vuelve, una vez que ha acabado con el teléfono, Connie abre las manos.

—Encontré esto en el ascensor. ¿Ya te has cansado de trabajar?

—Por supuesto que no. Iba a ir a recoger mis libros. Solo intentaba hablar con mi hija. No me ha sido posible, quizá lo hayas oído.

—No sé qué pretendes que haga yo al respecto.

Lo sabe perfectamente, y por eso dice lo contrario.

—Tienes el móvil de Geoff, ¿verdad? Yo lo tenía, pero lo ha cambiado hace poco —le lleva a decir la ansiedad por hablar con Bryony.

—Es posible que lo tenga en alguna parte.

—Entonces podrías dármelo.

—No lo creo.

—¿Por qué no? —su pregunta suena tan pueril como considera el comportamiento de Connie—. ¿Por qué no?

—Deberías de saber por qué.

—Porque disfrutas no haciéndolo.

—No, Jill —dice tan lapidariamente que casi convence a Jill de que está diciendo la verdad—. Porque a nadie le está permitido hacer llamadas personales salvo en caso de emergencia, y no me parece que estemos ante una, y eso sin mencionar lo que cuesta llamar a un móvil. Me sorprende que necesites que te lo diga, pero no esperarías que no lo hiciera, ¿verdad? Hace unos pocos minutos me pedías que actuara como una encargada.

—No pensé que fueras a tener en cuenta mis deseos.

—Correcto, tengo que tener en cuenta los de la tienda, y espero que eso es lo que hagamos todos.

—Eh, dejadme ver vuestras sonrisas. No hay motivo para que no tengamos que divertirnos esta noche —dice la voz de Woody desde los cielos, antes de que Jill pueda pensar en una excusa o un modo de retirar lo dicho para renovar su plegaria.

—¿Le vas a llevar la contraria? —dice Connie exhibiendo una sonrisa que, Jill está segura, da muy bien en cámara—. Olvídate de tu hija un rato. Como dijiste antes, la están cuidando.

Le acerca el carro a Jill y se aparta de él. Las palabras se agolpan en la boca de Jill, pero se las arregla para contenerse de gritarle a Connie que algún día sabrá lo que es tener un hijo. En vez de eso, lleva su carro hasta sus estanterías.

Los libros bien podrían ser cajas sin nada útil dentro, o incluso podrían estar vacíos. Esto es lo que significan los libros para ella mientras los ordena dentro del carro y los coloca en su lugar en los estantes apropiados. ¿Cómo es que se siente así si ella ama los libros y entró a trabajar en Textos por esa circunstancia? Quizá la novela de Brodie Oates la ha enemistado con la lectura, pero tampoco ha leído mucho desde que entró a trabajar en la tienda; de hecho, no recuerda haber visto a ninguno de sus colegas haciéndolo. Ahora no tiene tiempo para pensar en ello, porque sabe qué se está interponiendo entre ella y los libros, y es su preocupación por Bryony. Al regresar de dejar el carro junto al montacargas, contempla la niebla iluminada por los focos del exterior, pesada como una capa de terciopelo podrido, una gigantesca cortina grisácea que se agita alejándose torpemente de ella cuando se acerca a la ventana. ¿Y si hubiera una emergencia? ¿Cuánto tiempo le llevaría conducir a través de esa oscuridad hasta llegar a donde esté Bryony? Tiene que convencerse de que su hija está sana y salva, no tiene razones para pensar lo contrario. Archiva y mueve libros por los estantes, y de estante en estante, causando ruiditos sordos tan tontos y repetitivos como sus pensamientos. Woody ha descargado un carro en la sección de Wilf y coloca libros con unos movimientos rápidos y bruscos que ella no puede evitar tomarse como una aparentemente ilimitada crítica a su propio ritmo. Bryony debe de estar a punto de llegar a casa, más bien a la de Geoff, y cuando oigan el mensaje de Jill, seguramente llamarán. No obstante, cuando un coche aparece entre la niebla y se detiene cerca de la entrada, espera que ellos vayan dentro.

No es un Golf. Es un Passat, y Jake se baja por el lado del pasajero. Están llegando los empleados que quedan; ahí se ve a Greg a través del empañado escaparate. Jill no está segura de si esa es una de las razones por las que Jake se agacha para darle un largo beso al hombre en el asiento del conductor.

Greg gira su torso al completo para evitar ver el espectáculo, y se encuentra al otro lado del cristal con la mirada de Jill, totalmente exenta de desaprobación. Greg avanza hasta los arcos de seguridad y se queda de pie junto a ellos, como para afianzar su estado vigilante.

—No hay excusa para un comportamiento que algunas personas pueden considerar ofensivo —dice antes siquiera de que Jake se acerque lo bastante.

—¿Qué estás llamándome, Greg?

El ceño de Frank el guardia aparece a grandes zancadas desde la sección de Erotismo.

—Aquí estoy yo.

A Jill no le gusta ver a nadie acorralado, ni en el patio del colegio ni en ningún sitio.

—No hay nada malo en mostrar un poco de afecto —exclama para los tres, lanzando a su vez una sonrisa de la que Woody estaría orgulloso, salvo que esté

demasiado metido en sus libros para verla.

—Quizá vosotros dos lo sintáis algún día —le dice Jake a Frank y Greg—. Quizá os presentéis en un bar de ambiente una noche de estas, tanto que protestáis.

Esa beligerancia les concede más importancia de la que Jill pretende mostrarles. Se limita a sonreír a Jake mientras este se dirige a la sala de empleados, no sin antes lanzar un beso y despedir al coche con la mano. Greg y Frank se hacen un gesto de disgusto con la cabeza antes de que el primero siga a Jake. Jill intenta no imaginar qué impresión da eso en este contexto, pero tiene que contener una risita. Segundos después, la diversión vuelve a dejar paso a una multitud de libros.

¿Le está entrando fiebre? O los libros son ahora más pesados, o lo son sus brazos, mientras no deja de buscar huecos para colocar un libro y otro y otro. Increíble e imposible, Woody ha terminado con los suyos y va a buscar más. No sabría decir si su cuerpo está caliente, frío, o ambas cosas, debe de ser efecto de la niebla, que se cuele invisible por la puerta abierta. ¿Puede poner sus sentimientos como excusa para marcharse? ¿Está tan preocupada como para ir al piso de Geoff y quedarse esperando fuera si todavía no han llegado? ¿Qué maldita razón hay para que esté tan nerviosa, aparte de su estado mental? Lo que sabe es que cuando el teléfono suena, siente el sonido como un gancho que le tira desde el interior de su cabeza. Corre a cogerlo en Información, antes de que nadie lo coja en otro sitio.

—¿Hola? —desea en voz alta.

—¿Quién eres?

Quiere creer que la confusa voz pertenece a Geoff, pero no hay razón para hacerse ilusiones.

—Soy Jill —dice, y tiene tiempo para añadir—: Jill de Textos en Fenny Meadows.

—Hola, Jill —dice la voz junto a un bostezo ahogado que torna innecesario lo siguiente—: Soy Gavin.

—¿Dónde estás? Suenas extraño.

Concretamente, su voz parece en peligro de ser tragada por la electricidad estática. De hecho, cree que ha sido así hasta que Gavin vuelve a hablar.

—No lo sé, por eso llamo.

—¿No sabes dónde estás? Oh, Gavin. —Siempre ha sospechado que tomaba drogas, y en estos momentos se siente ferozmente maternal—. ¿Qué te has hecho?

—Nada. Es la niebla —dice su voz alejándose poco a poco, tanto que no está segura de oír lo que añade—: Es peor que la niebla.

Jill aún piensa que es cosa de drogas.

—Gavin, debes de saber al menos desde dónde llamas.

—Mi móvil.

Su resentimiento deja paso a un bostezo que debe de estar permitiendo el paso a

gran cantidad de niebla dentro de su boca.

—¿Pero cómo has llegado al lugar donde estás? —insiste.

—Cogí el autobús y bajé por la carretera de siempre, pero he andado mucho más rato que de costumbre. Debo de haberme metido sin querer en una carretera secundaria, no tengo ni idea.

—¿Quieres que alguien vaya con el coche a ver si te encuentra?

—No es una buena idea con esta mierda de tiempo. Gracias de todos modos, me doy la vuelta a ver si doy con el camino. No sé a qué hora llegaré.

—¿Se lo digo a Woody?

—Podrías pasarme con él.

A Jill le cuesta recordar los botones necesarios para poner en espera a Gavin y hablar por megafonía.

—Woody, llama al doce, por favor. Woody...

—Eh, soy casi tan rápido cogiendo el teléfono como tú, Jill. ¿Qué pasa? —interrumpe Woody en el auricular.

—Gavin se ha perdido y no sabe cuándo podrá llegar.

—Ya estamos viendo en quién se puede confiar, por lo que parece. ¿No se atrevió a decírmelo él mismo?

—Quiere hacerlo, está en línea.

—Vale, pásalo.

Woody parece capaz de culpar a Gavin no solo de su ausencia, sino también de ser el tercer desertor. Jill saldría en su defensa si se le ocurriera una manera de hacerlo, pero antes de que su cabeza se ponga a maquinarse, el teléfono la excluye de la conversación. Un clamor de libros en los estantes acompaña el regreso a su tarea. Prácticamente todo el mundo está colocando; las únicas personas en la tienda aparte de los empleados son dos hombres decididamente calvos sentados en los sillones que protegen sus libros infantiles como tesoros que alguien estuviera a punto de arrebatarles, aunque ninguno parece tener unas especiales ganas de leer. Al volver a colocar, Jill tiene la sensación de que forma parte de la maquinaria de la tienda, una gigantesca máquina preocupada por causar ruido sordo tras ruido sordo, de forma tan monótona que cada sonido podría estar quitándole todo contenido inteligente a los volúmenes que golpean las estanterías. Muy deprimida debe de estar para tener esos pensamientos; para ser sinceros, siente su mente gris y bloqueada. Quizá sea otro síntoma de lo que sea que juega con su temperatura corporal y no le quita la sensación de pesadez en los brazos ni siquiera cuando deja de manipular libros. De todas maneras, no está tan machacada como para no correr a Información para descolgar uno de los teléfonos cuando estos vuelven a entonar su coro.

—¿Hola? —resuella.

—Soy yo otra vez.

—Oh, Gavin —dice tratando de ocultar su decepción—. ¿Te paso a Woody?

—Esta vez no, tú me valdrás.

Respondería con divertido resentimiento, o quizá con uno no tan divertido, si la voz de Gavin no sonara tan distante, peligrosamente a punto de ser tragada por la nada.

—¿Para qué?

—Ya he intentado decírselo. Pero pienso que esta vez alguien debería escucharme.

—Eso hago, pero ¿adónde has ido?

—No lo sé todavía. Por eso he pensado en llamar mientras pueda. La niebla no le está haciendo ningún favor a mi batería.

—¿No deberías ahorrar una poca por si alguien va a buscarte?

—No sé quién me va a encontrar en medio de esto —teme. Piensa que una corriente de electricidad estática se ha llevado su voz hasta que dice—: ¿Qué es eso?

Aunque supone que es una pregunta para sí mismo, le dice:

—¿El qué, Gavin?

—Voy a ver. Escucha, mientras lo hago voy a contarte... —continúa diciendo, ahogando un bostezo y tragando niebla—. Espera.

—Eso es lo que estoy haciendo.

—Estoy casi en la tienda, o puede que sea la parada de autobús. Hay una luz, pero es rara.

—¿Cómo de rara?

—No sé, no debería de estar haciendo eso. Bueno, lo que te decía, cuando volví a casa esta mañana me puse a ver...

—¿Hola? ¿Gavin? ¿Hola?

Solo responde el chisporroteo. Cuando Jill aprieta el auricular contra la oreja, parece percibir un mínimo rastro de su voz, pero ya no se dirige a ella. Eso es lo que colige de su tono antes de que se hunda definitivamente en la electricidad estática, la cual imagina resurgiendo triunfal. Entonces el aparato se convierte en un amasijo de plástico muerto, que comienza a hacer descender.

—¿Era un cliente? —aparece la voz de Woody antes de que lo haga.

—Era otra vez Gavin.

—No me extraña entonces que no estuvieras sonriendo. ¿Qué problema tiene ahora?

—Sigue intentando orientarse. —La obsesiva vigilancia de Woody la está poniendo nerviosa, pero no le impide comentar—: Me dijo que te estaba hablando sobre algo que vio esta mañana.

—Se referiría a que ordené la tienda antes de que llegaraís todos.

—¿Estás seguro de que era eso? Me dio la impresión de que era algo urgente.

—¿Qué sugieres entonces?

—No tengo ni idea. Pensé que tú sí.

—Te acabo de decir la mía. Quizá deberías confiar en mí, ¿no? No dejes que te distraiga de tus libros a no ser que tengas algo más que decirme.

Jill se lo imagina observando cómo cuelga el teléfono. Imagina que le está sonriendo mientras mira hacia abajo, aunque en realidad debe de estar sonriendo mientras mira la pantalla; en cualquier caso, el pensamiento tensa su boca. Siente a Woody espiándola desde las alturas mientras regresa a su sección. Aporreando libros en los estantes, mira repetidamente por el cristal con la esperanza de ver llegar a Gavin, pero eso no sucede. Las furtivas aproximaciones y retiradas han de ser cosa de la niebla, no figuras entrando y saliendo de ella. Seguramente Gavin vio la parada de autobús o, si las luces se estaban moviendo, los faros de los coches de la carretera desde la que salió. Los teléfonos renuevan su invocación, y siente claramente que tiene un motivo extra para lanzarse hacia el aparato más próximo.

—Jill —le dice exhausta al auricular—. Jill en Fenny Meadows.

—Soy yo, mami.

Por supuesto, Jill se siente aliviada. No obstante, no puede evitar estar levemente decepcionada de que no sea Gavin asegurando que está sano y salvo y listo para responder a la pregunta que está deseando reformularle.

—¿Estás en casa de tu padre, Bryony? —pregunta.

—Acabamos de llegar. Hemos tenido una cena muy agradable.

—Me alegro. ¿Qué tomasteis?

—Hamburguesas. Yo me tomé una gigante, y papi tuvo que ayudarme a terminármela.

—Espero que no te quite el sueño. Ya deberías estar en la cama para ir mañana al colegio.

—Me voy dentro de poco. Solo quería darte las buenas noches, como me has dicho. Estoy segura de que dormiré.

—Eso es lo que quería escuchar.

Jill sonrío, pero luego se le tuerce la sonrisa al pensar que Woody pueda creer que es responsable de ella.

—¿Hay mucha gente ahí? —pregunta Bryony.

—Casi todos a los que les corresponde estar.

—Papi dijo que sería así. Entonces estaréis a salvo, todos juntos.

Apenas es una pregunta, si es que siquiera lo es. Quizá Jill siente que debe de ser una pregunta porque no quiere que su exmarido hable por ella.

—Estoy segura de que estaremos todos bien —dice—. Duerme mejor que nunca y mañana yo haré lo mismo.

—Buenas noches, aunque no lo serán para ti, ¿verdad?

—Porque mañana será un buen día, quieres decir. Mientras sea eso, y así será, y tú puedas despertarme cuando vuelvas a casa de la escuela.

—Lo haré con mucha suavidad.

—Lo sé —dice automáticamente. Se han quedado sin razones para seguir hablando. De repente, Jill tiene miedo de que Bryony le pregunte si quiere decirle algo a su padre, pues no es así—. Buenas noches, entonces. Buenas noches —dice, y corta ella la llamada antes de que repetir lo mismo de nuevo le haga sentir estúpida. Otra vez, el teléfono la interroga.

—¿Era otra vez el niño perdido?

—Era mi hija preguntándome cómo estaba.

—¿Por última vez esta noche, verdad?

—Eso creo. Se va ahora a la cama.

—Que se quede en ella. Que todos los que no tengan nada que ver con la tienda nos dejen tranquilos esta noche.

Jill no sabe qué responder a eso. Acalla el auricular colocándolo en su lugar y sigue la ruta habitual de vuelta a sus estantes. Los libros la esperan, los brazos ya le vuelven a pesar. Al menos sabe que Bryony está bien. Seguramente debería de aligerar su mente, pero por un momento, hasta que tiene éxito en renunciar a la poco bienvenida idea, piensa que Bryony la ha librado de su última excusa para escapar de allí.

Woody

¿Quién le falta en este acuario? Eso parecen sus empleados, criaturas tras un cristal, nadando entre un entorno gris que las imágenes del monitor a veces adhieren contra ellos como reflejos. Jake es la criatura que se mueve nerviosamente de vez en cuando. Greg es el resuelto que solo se mueve cuando tiene motivos para ello. Desde aquí arriba, Woody es capaz de contemplar los patrones que los rigen. Greg se mantiene bien alejado de Jake, y Angus evita a Agnes como si la similitud de sus nombres los separara, y no es que Woody lo culpe por ello. Ross es la criatura que parece necesitar la presencia de Woody para inculcarle vida, se mueve más lentamente que los otros y mantiene la cabeza gacha. Puede que sea para evitar tener contacto visual con Mad, que se pega como una lapa a la estantería más cercana cada vez que él pasa cerca. Por otro lado, Jill se yergue como si fuera capaz de atacar para defender su terreno cuando Connie merodea por algún lugar cercano. Los empleados son más ellos mismos cuando se olvidan de que están siendo observados. Woody desearía que a alguien se le hubiera ocurrido poner cámaras en la oficina exterior y en las estancias de arriba. Oye a Ray y a Nigel en un ordenador detrás de la puerta, y un apagado tintineo de libros en un estante del almacén. En un momento, sin embargo, Ray aparece por la salida de las escaleras de la sala de empleados y se da un paseo para animar a todos los que están colocando, agachándose para hacer resurgir un cúmulo gris tras otro; parece parte del ritual. Si queda alguien no puede estar ni en la oficina ni en el almacén, y cuando Woody mira en el exterior de su despacho, encuentra las pantallas tan quietas como las paredes, aunque más grises. La oficina está desierta. Está a punto de localizar a Nigel en el almacén para confirmar que acaba de apagar el ordenador en el momento que suena, alta, la voz de Jill.

—Woody, llama al doce, por favor. Woody, llama al doce.

Woody corre hasta su escritorio para observarla mientras hablan. Está detrás del mostrador de nuevo, mirando hacia arriba como preguntándose dónde están sus ojos.

—Te gusta el teléfono hoy, Jill —apunta.

—Pensé que sería más rápido que subir a buscarte.

Soy fácil de encontrar. No tengo pérdida, siempre estoy aquí.

—Bueno, ¿qué te ha alejado de tus estantes esta vez?

—Me preguntaba si tenemos el móvil de Gavin.

—¿Para qué lo necesitas?

—Por si no podemos localizarlo. Su teléfono se cortó, pero a lo mejor puede recibir llamadas aunque no pueda realizarlas.

—Ya tenemos trabajo esta noche, y no consiste en buscar a Gavin.

—Me gustaría saber que está bien, ¿a ti no?

—Me gusta saber dónde están mis empleados, está claro —dice, y al hablar en

voz alta es consciente de su sonrisa—. Vale, déjame a mí.

Jill se toma su tiempo, y lo más importante, el de la tienda. Una vez suelta el teléfono examina el techo como si pensara que no ha dicho bastante. Mientras regresa a su sección, no con tanta ansia como a él le gustaría, Woody está a punto de decirle por megafonía que se acuerde de sonreír, pero no hay clientes, exceptuando a los dos hombres sentados en los sillones cuyas calvas cabelleras lucen tan brillantes como una roca pulida. ¿Y si mañana tampoco hay clientela? Al menos todo estará ordenado para la visita. Quizá debería alegrarse de que Gavin no esté para minar la imagen de la tienda, no solo con su constante somnolencia, sino también con esa tontería que al menos no le ha llegado a contar a Jill. Si el mismo material se ha grabado en más de un casete, eso quiere decir que el mismo cliente falsificó las cintas dos veces y usó a otra persona para devolver la segunda, eso si es que no se trastocaron los recibos. Si Gavin planea seguir dando la lata con eso, quizá Woody debería averiguar dónde se encuentra. Enciende el ordenador.

El escritorio de Windows parece no tener prisa por aparecer. Pasan demasiados segundos antes de que en la pantalla aparezcan varios símbolos rudimentarios que se agitan y oscurecen. Un temblor recorre la superficie bajo el cristal como si estuviera despertando o a punto de hacerlo, y Woody cree ver una turbulencia similar en el monitor de seguridad; casi piensa que el suelo bajo sus pies se mueve también. No es de extrañar que esté cansado, pero no va a dejar que lo noten sus empleados. Se las arregló para cabecear intermitentemente en su despacho la noche anterior, y no necesitará de más descanso hasta que acabe el día de mañana. No le estaría pidiendo al equipo que se mantuviera despierto toda la noche si no se hubiera demostrado que él mismo puede hacerlo. Cierra los ojos durante lo que seguramente son unos momentos, y cuando mira de nuevo, la pantalla está repleta de iconos listos para ser cliqueados.

Abre la lista de empleados y parpadea para verla claramente. ¿No hay demasiados nombres? Esa idea recalienta sus ojos y su cerebro hasta que se da cuenta de que Ray ha añadido a Frank a la columna y no ha quitado a Lorraine, pues se supone que debe seguir en ella para que sus padres cobren el último cheque de su salario. Cuando Woody se convence que no hay ningún nombre intruso, hace clic sobre el de Gavin para ver sus datos. La tienda tiene su número de móvil y el de su casa.

El móvil da señal de llamada. En teoría se ha quedado sin batería, a no ser que Gavin lo haya apagado. ¿Y si estaba mintiendo y realmente estaba durmiendo en casa? Woody deja sonar ese teléfono hasta que pierde la cuenta de los tonos, pero sin respuesta, ni siquiera de un contestador automático. En realidad, espera que Gavin esté camino de casa; pueden pasar sin sus contagiosos bostezos en una noche propicia para ellos, o sin sus irrelevantes preocupaciones. Si esto significa que el resto del equipo tiene que trabajar más duro, ¿no va eso a provocar que se unan más? Tienen

toda la noche para hacerse a su ausencia. Un esfuerzo extra es un pequeño precio a pagar a cambio de un mejor rendimiento, sin la presencia de Gavin, Lorraine o Wilf.

Woody está soltando el teléfono cuando oye movimiento en la oficina de afuera. Una mirada a las figuras grises agachándose como animales en un abrevadero le da una idea de quién es.

—Nigel —lo llama.

Estoy aquí, no allí dice su cabeza como gastándose una broma a sí misma.

La piel de Woody se está tensando ante la idea de que Nigel se esté uniendo a Gavin en su intención de causar confusión en la tienda, pero se da cuenta de que Nigel piensa que estaba usando el teléfono para llamarle. Woody agita las manos antes de colgarlo.

—Acabo de hablar con Gavin —le dice a Nigel—. No parece estar intentado unirse al equipo con demasiado empeño, por lo que parece. A lo mejor se ha quedado en casa viendo vídeos.

—¿Por qué eso concretamente?

—Me dice que le diste un par de vídeos, supongo que olvidaste que son propiedad de la tienda.

—Fueron devueltos. No quieres que nadie los vea, entonces.

—Puedo hacerlo yo en la tienda de vídeos si es necesario. ¿Por qué pones esa cara, no confías en mí?

—Estoy seguro de que todos debemos hacerlo. ¿Por qué lo preguntas? No deberías cargarte con tanta responsabilidad, si me permites que te diga —sugiere. Cuando Woody no deja de sonreír, Nigel se echa hacia atrás, y Woody piensa que se ha retirado, hasta que le habla a Ray—: ¿No crees, Ray? ¿No está Woody intentando abarcar demasiado?

—Debo decir que tienes aspecto de estar bajo una gran tensión, Woody —dice Ray, apareciendo junto a Nigel—. Recuerda que nos tienes a nosotros y a Connie para darte todo el apoyo que necesites.

—Hay mucho que hacer —dice Woody, sintiendo como su sonrisa se ensancha—. Parece que va a haber que colocar las existencias de Gavin, aparte de lo de Lorraine y Wilf.

—Nos referíamos a las presiones de la dirección —dice Nigel.

—¿Sí? Yo pensaba en lo mejor para la tienda, y eso consiste en bajar todos los libros, vídeos y discos compactos a la sala de ventas y ponerlos en orden. ¿O esperáis que haga vuestra parte? Pensé que hace un momento me decíais que ya hago bastante.

Ray y Nigel intercambian una miradas que se supone no quieren que Woody advierta y que le traen a la mente la imagen de dos colegas en la puerta del director de la escuela.

—Podemos hacerlo, ¿verdad? —le dice Nigel a Ray—. Llámalo un partido si

quieres. Yo colocaré para el equipo de los *estofados* y tú para los *mancos*^[4].

Ray le mira fijamente y se le acelera la respiración.

—No sabía que te fueran los deportes.

—Eso es un poco duro por tu parte, Ray. Jugaba al críquet en mi colegio, y cubría bien mi posición.

—A nosotros nos gusta el fútbol, a los de Manchester. Nos ponemos agresivos y jugamos duro.

—Perdona si no use la palabra adecuada. Mancunianos, ¿es esa mejor?

—Puedes usar todas las palabras que quieras, querido. Lo importante es que ahora sabemos lo que piensas.

Al principio parecen dispuestos a alargar su discusión, pero Nigel se gira. Ray le sigue, y Woody también, después de apagar el ordenador. Ray y Nigel cargan carros entre el ruidoso estruendo de libros y madera. Woody encuentra un carro junto al montacargas y lo llena de puñados de libros de Gavin, luego lo manda para abajo y, para cuando la puerta del montacargas se vuelve a abrir, ya está allí esperándolo. Seguidamente, lo aparca en la sección de Vida Salvaje.

—¿Contactaste con Gavin? —se acerca Jill a preguntarle.

—Lo intenté con los dos números. Nadie en casa y nada en el otro.

Woody ha empezado a ordenar su carro a modo de indicación para que vuelva a su trabajo cuando Agnes se suma al interrogatorio.

—¿Qué le ha pasado a Gavin? —cree tener derecho a saber.

—¿Jill? Tú eres única que ve algún problema.

—Llamó para decir que estaba perdido en la niebla, y ahora dices que su móvil está inoperativo, ¿verdad, Woody?

—Alguien debería llamar a la policía, ¿no crees, Jill? No sabemos lo que le puede haber pasado.

—Eso me dejaría más tranquila.

—Eh, ordenar tus estanterías para que estén en perfecto estado es lo que debería dejarte tranquila. Pensé que vosotros los británicos manteníais vuestras emociones bajo control. Nunca hubiera esperado que quisierais mandar a la policía a buscar a un tío que solo se ha desorientado en la niebla.

—Un tío —repite Agnes—. Eso es lo que significa para ti. Eso es lo que a la tienda le importan sus empleados.

Se enfrenta a él con una mirada penetrante, y Jill lo intenta con una versión más amigable y triste. Está a punto de informarles de que eso depende de cuánto le importa la tienda a sus empleados cuando los teléfonos comienzan a sonar.

—Eh, quizá es él —dice Woody acercándose al más próximo—. Quizá lo habéis invocado.

Al agarrar el teléfono vuelve a ser él mismo.

—Textos en Fenny Meadows —se enorgullece en anunciar—. Woody al habla.

—Pensé por un momento que estaba en *Yanquilandia*.

¿Se supone que conoce al que llama? El hombre suena como si esperara ser reconocido.

—Estoy donde debo estar —le dice Woody—. Soy el encargado.

—¿Le trajeron para hacerse cargo, verdad? —El acento local del hombre es cada vez más pronunciado, o quizá es meramente su voz—. Esperemos que sea capaz.

Woody está a punto de preguntarle en voz alta si es alguien que quiera perjudicar a la tienda.

—¿En qué puedo ayudarle? —dice en su lugar.

—¿A mí? No, en nada, más bien al contrario.

—Adelante. La opinión de los clientes siempre es agradecida.

—Soy algo más que un cliente. O eso pensasteis en algún momento —dice el hombre con un orgullo que se avergüenza de admitir—. Me invitó a ir a la tienda, o uno de sus empleados lo hizo. Siento haberos rechazado, pero me alegro, después de todo.

—¿Debería saber la razón? Creo haber leído algo de usted.

—No la sabría por lo que ha leído —dice, y aparentemente no tiene la intención de revelarlo por otra vía, ya que pregunta—: ¿Está ahí el tipo que repartía los folletos? Puso uno en mi coche y dejó el resto en las tiendas junto a la suya, como si eso fuera a servir de algo.

—¿Y por qué no iba a servir?

—Muestre un poco de sentido común, muchacho. ¿Ha mirado a su alrededor últimamente? Me sorprendería que tuvieran algún cliente.

—Eso es porque la autopista está bloqueada en este momento.

—Olvidé que no debería esperar ninguna muestra de sentido común —espeta, y antes de que a Woody le dé tiempo a responder a eso, Bottomley, pues ahora que lo recuerda así se llamaba el escritor, insiste—: Bueno ¿se puede poner?

Woody mira directamente a Angus, pero no considera ni por un momento pasarle el teléfono.

—Me temo que deberá dejar un mensaje.

—Dígale que debí de sonar algo tosco.

—Estoy seguro de que sabrá eso sin necesidad de que se lo diga.

—Muy listo —dice Bottomley en un tono que quiere decir lo contrario—. A lo que me refería es a que pude ser más claro cuando tuve la oportunidad. Aquel lugar me afectó, esa es la verdad.

—Siendo escritor será capaz de imaginar toda clase de cosas.

—Ese es el último lugar donde imaginaría algo. No es la clase de libro que suelo escribir, ¿verdad?

—Honestamente, no sabría decirle.

—Hay muchos más como usted. Se encuentra en el grupo de la mayoría, no hay discusión posible sobre eso. —Su orgullo ha caído hasta el resentimiento, y Woody desea que su indiferencia esté precipitando el fin de la llamada hasta que Bottomley dice—: Quería que el muchacho de los folletos no creyera que estaba insultándolo.

—¿Por qué iba a pensar que lo estaba insultando? —le pregunta, solo para conocer todos los detalles del incidente antes de hablarlo con Angus.

—No quería decir que no valiera para el trabajo, sino más bien todo lo contrario. Usted tendrá incluso más cualificación, ¿verdad?

—Bastante —se defiende, aunque no le ve el sentido a la pregunta.

—Y tampoco reparó en el fallo.

Woody se pone furioso al tener que confirmarlo con su pregunta:

—¿Qué error?

—Dios santo, ¿todavía no se han dado cuenta? Es peor de lo que pensaba. No notaron que había una palabra mal en los folletos.

—Por supuesto que sí. Lo arreglamos.

—No en los que repartieron por ahí.

—Sí, en esos, había un apóstrofo intruso del que nos deshicimos.

—Hay muchos sueltos por ahí en estos tiempos, pero no era ese el error. Hablo de la forma en la que decían que había un grupo de *letura*.

—Lectura, querrá decir.

—Sí, pero no era eso lo que decía su folleto.

Woody atrapa uno del montón junto al teléfono y lo mira atentamente. Por un momento es incapaz de localizar la palabra, casi imagina que se le ha olvidado leer, y luego la errata le hace daño en los ojos. Su rabia hace temblar el suelo a sus pies; sin duda así se siente uno cuando se ríen de él. Su mano está haciendo una bola informe del folleto cuando Bottomley comenta:

—Parece que ahora ya lo ha notado.

—Nos ocuparemos de ello —promete Woody a través de la más feroz de las sonrisas.

—¿Cómo piensa hacerlo? Si está culpando a alguien, no ha pillado la idea.

—¿A quién sugiere que le eche la culpa entonces? —pregunta Woody, sabiendo que no le va a gustar la respuesta.

—Inténtelo con el lugar en donde está.

—Si tiene alguna queja sobre la tienda, estoy a la escucha.

—La tienda no —aclara Bottomley, y rellena la pausa subsecuente con el tintineo de un cristal y el sonido de líquido fluyendo—. Esa es otra cosa sobre la que podría haber sido más claro. Puede que él también pensara que me refería a la tienda.

—Nadie me ha dicho que dijera nada sobre ello.

—Espero que no pensara que merecía la pena mencionarse. Él creería que le estaba preguntando de dónde venía el nombre.

—Bastante obvio, diría yo.

—El de la tienda sí, está claro, pero me refiero al complejo comercial.

¿Por qué iba a importarle eso a Woody? El hombre está borracho, amargado y es poco probable que pueda decirle algo que le interese.

—¿Qué pasa con él? —dice para acelerar el fin de la conversación.

—¿No tenéis los yanquis una palabra para eso?

—Tenemos muchas diferentes a vosotros, ¿cuál en particular?

—Se le está yendo la olla. Se está poniendo a la defensiva. Empieza a sonar como su empleado, que no podía ver el error que estaba repartiendo.

Woody tira la bola de papel a la papelera más cercana para dejar de jugar con ella en su mano.

—¿Ha terminado de intentar aclarar las cosas?

—Un comentario justo. Me estoy comportando como si yo mismo estuviera ahí. Debe de ser la bebida —dice, aunque sin embargo, Woody le oye tomar otro sorbo antes de preguntar—: ¿Lo llamarían Fenny^[5] en los Estados Unidos?

—No lo creo, no de donde yo vengo. ¿Por qué?

—Si fuera un pantano...

—Pero no lo es.

El escritor se queda en silencio el tiempo suficiente como para que Woody espere algo más que las siguientes dos palabras.

—Lo era.

—¿Cuándo?

—Después de que construyeran una aldea en el siglo XVII. Si se cree las historias, después de otra que construyeron en el siglo XV.

—¿Qué historias? —pregunta Woody, por si tiene que cotejar alguna de ellas.

—De lo que nadie está seguro es de cómo se volvieron locos los segundos. Se supone que por consumir aguas contaminadas. Para cuando terminaron de luchar o de lo que fuera que se hicieron los unos a los otros no quedó vivo ni siquiera un niño.

Eso está en su libro, pero Woody casi había conseguido olvidarlo. Se preguntaría en voz alta si esa historia se ha publicado en algún otro lugar, pero hay algo que no entiende.

—¿Entonces qué está diciendo que le pasó a la primera aldea?

—Se hundió, y la otra también.

—Quiere decir que la tierra tuvo que ser drenada. ¿Por qué se iban a tomar tantas molestias en construir una aldea en mitad de la nada?

—No tuvieron que hacerlo, el terreno cambió por sí mismo.

—Espere un momento. Sé que no tuvo que drenarse para construir el complejo

comercial. ¿No me estará diciendo que se drenó por sí solo dos veces?

—Al menos. —¿Estaba eso en su libro? No le aporta demasiada credibilidad, y Woody está a punto de decírselo—. En algo tiene razón. Era poco menos que la nada, entonces te da que pensar sobre qué podría llevar a alguien a construir allí — interrumpe su intención Bottomley.

—En lo que respecta a las tiendas, la autopista, claro está.

—Eso no sería suficiente.

¿No sería suficiente para justificar un complejo comercial? Woody no ve qué está queriendo decir. El escritor no debe de saber mucho sobre negocios; quizá por eso sus libros no se venden demasiado. La niebla no puede durar todo el año, y una vez que se alce, las tiendas saldrán a flote, al menos Textos lo hará, seguro. Woody asume que el hombre está afectado por la bebida; no ha dicho nada a tener en cuenta por él ni por nadie de su entorno.

—¿Entonces ya ha terminado de transmitir su mensaje? —dice sonriendo por la supuesta broma.

—Parece que debo de haberlo hecho. He hecho lo que he podido —dice, y Woody oye el teléfono bajar desde la boca del escritor para ser sustituido por un vaso que enseguida suena vacío, y entonces la voz de Bottomley regresa torpemente al auricular—. Aquí va una idea —insiste—. Una buena. Intente decírselo al tipo que conocí y a los demás cuando estén fuera de ese lugar. Veremos lo que piensan.

—¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Piense en ello cuando esté en otro lugar.

Este es el peor tipo de sabotaje, uno tan indefinido que es demasiado difícil luchar contra él.

—Aquí nos va bien a todos —dice, y corta la llamada.

Está a punto de empezar a ocuparse de las personas que Bottomley ha dejado al descubierto cuando Agnes se yergue con un libro entre las manos. Más que nunca, parece un animal alimentándose, sobre todo por la expresión bovina de su rostro.

—Ese no era Gavin —dice.

—Eh, lo has notado.

—Pensé que íbamos a intentar asegurarnos de que estaba a salvo.

—No hay necesidad de pensar en otra cosa que no sean las existencias — responde, y eso no parece contentarla, pero Woody no ve ninguna razón para que tenga por qué hacerlo—. No voy a llamarle desde aquí —dice para darle una elección. Va de camino a decirle a Angus que suba con él a su despacho cuando los teléfonos comienzan a sonar de nuevo.

¿El mundo exterior se está poniendo de acuerdo para interrumpir su trabajo? El auricular del teléfono está húmedo y conserva algo de su aliento.

—¿Sí? —dice en un tono sibilante y cortante como un cuchillo.

—¿Es eso la librería?

—Lo es, señora —responde suavizando la voz y la sonrisa, porque suena como una clienta ansiosa—. Woody al habla, ¿en qué puedo servirle de ayuda?

—¿Está nuestra hija ahí? ¿Está bien?

—Todos estamos bien. ¿Con quién quiere hablar?

—Le gusta que la llamen Anyes.

—No fue idea de usted entonces. Una rebelde, ¿no? —¿Por qué no le sorprende que esta última intrusión tenga que ver con Agnes?—. En fin, sí, está aquí y tan bien como siempre.

—No se ha visto envuelta en ese horrible accidente de la autopista entonces. Acabamos de oírlo en las noticias. Pensamos que iba a llamar para confirmar que estaba bien.

—Eso no hubiera sido posible, lo siento.

—¿Por qué no?

La voz de la mujer deja entrever sus nervios; mientras, mira a Woody con el ceño fruncido, como si oyera a su madre.

—Política de la tienda. Nada de llamadas a no ser que sean parte del trabajo —replica Woody, haciendo todo lo posible para no usar palabras que inciten a Agnes a la sospecha.

—¿No cree que eso es un tanto inflexible? Es como encerrar a todo el mundo hay dentro.

Ahora entiende de donde le viene a Agnes su actitud.

—Yo no inventé esa regla, señora —se limita a decir—. También me afecta a mí.

—¿Entonces está de acuerdo conmigo, verdad? Debería hacer algo al respecto, ya que es el encargado. Si le parece voy a hablar un momento con Agnes.

—Me temo que eso no es posible.

—¿Qué tiene contra ello? Acaba de decir...

—Ocupados. Lo estaremos toda la noche. La tienda al completo se está preparando para un acontecimiento, y las personas que deberían estar ayudando no lo están haciendo. No se preocupe, puede confiar en mí. Todo el mundo estará a salvo conmigo a su cargo.

—Aun así me gustaría hablar con mi hija —insiste la mujer, parece que ni sus argumentos ni su sonrisa la han convencido.

—Como le he dicho, no es posible. Por favor, no lo vuelva a intentar. Yo mismo me ocuparé de todas las llamadas.

Se siente más observado que nunca. Como si bajando la voz hubiera atraído sobre él la atención de una gente que ni siquiera ve. Agnes arruga el ceño en su dirección, al tiempo que se agacha lo mínimo posible para coger un libro. Cuando su madre emite un suspiro enrabiado e incrédulo, Woody cuelga el teléfono.

—Quiero verte en mi despacho, Angus —grita a la vez que la salida de la sala de empleados se abre gracias a su tarjeta.

Desde el despacho también puede ver a Agnes. Al observar al lento y cabizbajo Angus cruzar la sala para acudir a su requerimiento, advierte su mano apoyada sobre el teléfono del mostrador.

—Mantengamos nuestras mentes ocupadas en nuestra labor de esta noche, ¿puede ser? Hablad conmigo si tenéis que hacerlo con alguien. Ahora mismo no necesitamos a nadie salvo a los que estamos aquí.

Le gratifica ver a Agnes apartando la mano del aparato, como si este la hubiera acusado, notando sus intenciones. Cuando lanza una mirada de odio hacia el techo, Woody siente las esquinas de su boca alzarse, componiendo la expresión contraria a la que Agnes lleva de vuelta a sus libros. La invitaría a sonreír si no tuviera que ocuparse de Angus, que se aventura en la oficina con una sonrisilla dubitativa.

—No crees en la necesidad de compartir tus encuentros con la tienda, entonces —dice Woody, y la sonrisilla no sabe si encogerse o mostrar perplejidad.

—Encuentros con la tienda —repite Angus, y más tontamente si cabe, pregunta—: ¿De qué clase?

—No con la tienda —aclarar Woody, siéndole difícil entender como alguien tan estúpido puede trabajar en Textos—. Con el hombre al que conociste —dice a través de su sonriente dentadura—, mientras se suponía que estabas haciéndonos publicidad.

—Te refieres a ese hombre, como llamarlo... —intenta pensar Angus durante demasiados segundos—. El historiador.

—Yo no lo llamaría así, no. Más bien le llamaría hijo de puta entrometido, y quizá tú puedas decirme por qué estaba merodeando por aquí.

—Tengo la sensación de que era por Lorraine.

—Enfermo además de entrometido, por lo que parece. Buscando material para usar en su próximo libro, o quizá para el que trata de Fenny Meadows, si alguna vez vende lo bastante como para reeditarlo.

—No hablaba solamente de Lorraine. Quería contarle a alguien lo sucedido en Fenny Meadows.

—Sí, ya me contó esa historia. No me sorprendería que se hubiera inventado algunas cosas. ¿Sabes lo que es mucho más importante? Lo único que dijo de utilidad fue que no pusiste la publicidad en los coches, tal como te dije que hicieras.

—Los puse en algunos. Pensé que la mayoría de los folletos eran para las tiendas.

—¿Creíste que sabías más sobre cómo ayudar a la tienda que yo, verdad? Hay demasiados pensamientos cruzando las cabezas de la gente por aquí —dice Woody, y se siente tonto al hacerlo, pues no entiende muy bien qué ha querido decir—. En el futuro —continúa—, supongo que aprenderás a hacer simplemente lo que se te dice.

—Se me terminaron.

Dios santo, ahora incluso se atreve a discutir. Woody pensaba que era una de las personas en las que podría confiar para que se implicaran con el equipo.

—Vale, pues haz eso mismo —ordena Woody, más que sugiere, pero solo obtiene una tonta mirada interrogativa por parte de Angus—. Terminar. Ve a terminar de colocar.

Tener que explicarlo parece quitarle todo atisbo de ingenio al comentario. Le da la espalda a Angus, como preparándose para observarlo desde el monitor. Tiene una idea clara de lo que viene ahora, y no se equivoca. Apenas ha regresado Angus a la sala de ventas, Agnes se le acerca para preguntarle sobre la conversación. Espía el intercambio, carente de sonrisas, y mueve la boca imitando las palabras que cree que están diciendo, hasta que se da cuenta de que están malgastando su tiempo, y lo que es peor, el de la tienda.

—¿Podemos dejar las charlas para los descansos? —dice a través de los altavoces. Cuando Angus se retira, culpable, camino de sus estanterías y Agnes lo observa alejarse dejando patente su frustración, Woody añade—: Connie, ven a mi despacho.

Quizá queda claro por su tono que no la está llamando para un encuentro amistoso, pero no entiende por qué Jill la mira cumplir lo ordenado con la sonrisa más amplia que se le ha conocido hoy. Contempla a Connie perderse de vista por la zona inferior derecha de la pantalla.

Cuando oye pasos en las escaleras no puede evitar sentirse confundido por su progreso; casi imagina que alguien no identificado se dirige a la habitación. Salta de su silla, que se queda dando vueltas, y se apresura hacia la sala de empleados, a donde llega al mismo tiempo que Connie. Parece sorprendida de encontrárselo allí de repente.

—Estaba colocando —dice a la defensiva—. ¿Quieres que siga?

—¿No crees que eso va a requerir mucha *letura* por tu parte?

Parece dispuesta a reírse, de hecho empieza a hacerlo.

—¿Cómo?

—Me acabo de enterar de que no sé cómo llevas tus *leturas*.

—Bastante bien, cuando tengo tiempo. Yo no hablo así, ¿verdad?

—Para trabajar en la tienda te tienes que llevar bien con la *letura*, ¿verdad? O quizá lo llamarías *tabajar*.

—Para ser honesta contigo, Woody, si es una broma no la entiendo.

—Tampoco lo *etiendes*, entonces. Pues ya somos dos. ¿Por qué no le echamos un vistazo a tu folleto?

Connie mantiene las manos y los labios rosados levemente abiertos, de un modo que, según sospecha Woody, siempre ha usado para llamar la atención desde pequeña.

—Están todos repartidos. Bajo y cojo uno.

—No es necesario. Lo tengo aquí preparado —dice Woody, y cuando Connie reacciona frunciendo el ceño como si se le hubiera pinzado un nervio en la frente, se le ensancha su sonrisa—. Puedes ponerlo en tu ordenador también. Adelante, que tu pantalla lo escupa.

Se mueve a su zona del escritorio de la oficina apenas lo bastante deprisa para que no haya que decirle que está perdiendo el tiempo. Una superficie grisácea, plagada de símbolos tan vagos que no son más que manchas sin significado, aparece en el escritorio de Windows. Utiliza el ratón, un objeto pálido y sin forma en el cual ha dibujado unos bigotitos, para buscar entre sus archivos.

—¿Qué quieres mirar? —murmura cuando el texto publicitario va apareciendo en pantalla y se estabiliza.

—Fíjate bien.

Lo hace, antes de soltar un suspiro que parece lo contrario al aire que acaba de respirar.

—Oh, Dios, no. Estás de broma.

—Yo no, no. ¿Y tú?

—¿Qué me pudo impedir ver eso?

—¿Sabes? Me he hecho la misma pregunta.

—Lo digo en serio. ¿Qué pudo ser? Nunca he sido tan descuidada. No creo que nadie haya tenido nunca razones para pensar que lo fuera. Atolondrada puede, pero así me gusta ser con la gente —dice haciendo una pausa para esperar una reacción de Woody, ya sea de conformidad o de ánimo; al no conseguirla añade—: Hay algo en este lugar que empieza a no gustarme nada.

—¿Sabes qué? Tengo el mismo sentimiento sobre las personas que no son fieles a la tienda.

—¿Fieles en qué sentido? ¿No incluye eso decir las cosas que consideras que van mal? —suplica, y no es una muestra de su frustración, sino que rezuma una especie de nerviosismo triunfal—. ¿Qué es esto?

Su mirada parece estar escondiéndose detrás del ordenador.

—¿No será una sombra? —dice con la suficiente impaciencia para torcer su sonrisa.

Echa el teclado a un lado y aleja el monitor de la pared. A Woody le recuerda a alguien levantando una piedra para ver qué hay debajo. ¿Trata de distraerle de la palabra incompleta en la pantalla? Ahora le gustaría haber tenido esta reunión abajo, aunque hubiera sido muy embarazoso para Connie; está perdiendo tiempo que podría haber utilizado para colocar. De hecho, ha expuesto una mancha de la pared, pero Woody no se impresiona.

—Alguien no se lavó las manos.

—También está aquí.

La parte trasera del monitor luce la huella de otra mano, o quizá de la misma. En ambos casos la longitud y medidas de los dedos son mucho más variadas de lo que deberían de ser las de una mano normal. Woody está a punto de fruncir el ceño cuando la explicación aparece claramente en su mente.

—El tipo que trajo los ordenadores llevaría puestos unos guantes.

—¿Sí? ¿Le viste? Todavía está húmedo —protesta antes de que Woody le asegure que sí llevaba guantes, aunque no lo recuerde, y ponga el monitor de nuevo en su sitio.

Woody pone la mano en la marca y no siente nada salvo plástico y quizá un tacto algo arenoso.

—Ya no —dice, y empuja el monitor hacia la pared.

—¿Hemos decidido que quieres que vuelva a colocar? —parece desear Connie.

—Claro, cuando arregles tu error, e imprimas unas cuantas copias para enseñárselas a nuestros visitantes de mañana.

Parece asustada de que algo vaya a salir de debajo del escritorio a enredar con el ordenador.

—Dios, yo lo haré... —dice Woody con tanta rudeza que le duelen los dientes.

Teclea la letra que faltaba, guarda el documento, y dispone la impresora para que haga cincuenta copias. Entretanto, contempla a varias figuras grises agachándose y levantándose en el monitor de seguridad. Se dirige a las escaleras, a un paso que pretende hacer que Connie le siga, pero ella coge un folleto y lo mira.

—¿Estamos seguros de que está bien? Ya no creo poder ser capaz de saberlo.

—¿Quién consideras que es responsable de ello?

Connie menea la cabeza y agita las manos a los lados de esta, quizás apremiando a su cerebro a que sea consciente de lo que la rodea. Woody coge el primer folleto del montón que ha escupido la impresora. Para cuando ha terminado de analizar la pegajosa hoja, esta se ha enfriado, aunque probablemente no haya llegado a mojarle las manos.

—No veo ningún problema —le informa.

—¿Se lo preguntamos a alguien más?

—¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Por si hay algo que ninguno de los dos vemos.

—Veo muchas cosas. Principalmente cómo se va a malgastar la noche si no estoy todo el tiempo encima de cierta gente.

Sus labios se entreabren, para protestar o porque se da cuenta de que está incluida en esa aseveración, y los vuelve a apretar hasta que se le quedan pálidos.

—Bueno, volvamos a colocar —dice Woody, y le sostiene la puerta para que obedezca. La sigue abajo para que vaya más rápido y se incorpora velozmente a los estantes de Vida Salvaje, donde ordena los libros y descarga el carro con tal rapidez

que un libro se cae al suelo; sus hojas se abren y muestran la fotografía de unos chimpancés en la jungla dando una paliza de muerte a uno de sus congéneres. Empuja el carro camino del montacargas, y está poniendo los libros en su lugar cuando Agnes se le aproxima.

—¿No es momento de que comencemos a tomarnos nuestros descansos?

—¿Ha trabajado alguien tanto tiempo como para eso? —dice mirando el reloj; no queda en absoluto satisfecho al comprobar que queda menos de media hora para que cierre la tienda—. Supongo que lo dices sobre todo por ti —le dice.

—Alguien tiene que ser el primero.

—Alguien tiene que dar ejemplo, claro. Eh, espero que haya una sonrisa ahí escondida en alguna parte. Vale, cuanto antes tengas tu descanso, antes volverás al trabajo. Vamos a asegurarnos de que sean solo diez minutos.

Debería ser consciente de que empiezan a contar a partir de ahora, ya que estaba tan impaciente, pero se demora en preguntar:

—¿Has llamado a alguien respecto a Gavin?

—He hecho todo lo necesario.

—¿Y?

—Tendremos noticias a su debido tiempo.

Ni siquiera ella se atrevería a llamarlo mentiroso. En cualquier caso no deja de ser la verdad. Se contenta, esa es la palabra, con dedicarle una mirada desafiante que no es digna rival para su sonrisa. Cuando se aleja hacia la sala de empleados, duda que tenga tiempo para tomarse un café que la espabile un poco. Quizá pueda concederle un par de minutos adicionales si eso la ayuda a trabajar mejor a la vuelta.

—¿Tiene alguien un móvil que me pueda prestar? Pagaré la llamada —surge su voz desde las alturas.

Woody va corriendo a la oficina y la encuentra observando los monitores de seguridad desde la puerta de su despacho. ¿Es posible que se haya atrevido a usar su extensión?

—¿Quién te ha dado la idea de que puedes usar los altavoces para esa clase de mensaje? —Se siente profundamente molesto por tener que preguntarlo.

—Es más rápido que ir preguntando de uno en uno. Creí que querías que ahorráramos tiempo.

—¿Y a quién piensas llamar?

—A mis padres para que sepan que estoy bien y duerman tranquilos. No creo que nadie puede poner ninguna objeción a eso si estoy en mi descanso y no uso ninguno de los teléfonos que la tienda quiere que se reserven solo para ella.

Siente calor y frío, por la carrera y por la ira. ¿Puede creerla? ¿Y si planea llamar a la policía respecto a Gavin y crea más inconvenientes? Está sopesando la idea de ponerla en su lugar, si eso significa algo para una británica como ella, cuando la voz

de Ray surge de los altavoces.

—Si no es una llamada demasiado larga, Anyes, puedes usar el mío.

—Ahí lo tienes, Ray cree que tiene derecho a usar los altavoces —informa Agnes satisfecha, corriendo por las escaleras.

Woody siente sus ojos tan hinchados que casi cree que le ha picado algún insecto. Coge el teléfono de su despacho y manda su voz al aire.

—Que todo el mundo sea consciente de que los teléfonos se usan únicamente por el bien de la tienda.

Esto parece reactivar el interés de Ray en el montón de libros a sus pies, mientras Agnes surge por la parte inferior de la pantalla y se acerca a él, según muestra el cuadrante superior izquierdo. Ray se saca un móvil de su chaqueta con una rapidez que Woody considera sospechosa. Woody baja las escaleras de dos en dos, para seguir colocando y asegurarse de que Agnes no se pasa con su descanso. Ha salido afuera para llamar, pero vuelve a tiempo. Es solo cuando merodea cerca de Ray que Woody siente que tiene que inmiscuirse en su conversación. No hablan sobre Gavin; Ray se está quejando.

—Quería que mi mujer se mantuviera en contacto. Seguramente estará despierta casi toda la noche con el bebé.

—De verdad que no sé qué ha pasado. Solo lo encendí y marqué el número.

—Lo recargué esta mañana. —Ray pulsa un botón, pero el aparato no responde—. Muerto —tarda un poco en informarle.

—No consigo entenderlo. No te hubiera dejado sin teléfono a propósito, espero que no creas eso —dice, y levanta la voz para dirigirse a los demás—: ¿Alguien más tiene un teléfono?

—¿Para que también te lo cargues?

—Para que no tengamos que depender de la tienda.

—Supongo que eso es lo que todos deberíais hacer —le dice Woody a todos.

Nigel había levantado la cabeza, pero ahora se lo piensa dos veces antes de hacer la proposición que tenía en mente.

—Me dejé el mío en casa —admite Ross—. Ahora no tengo a nadie que me llame.

—Mi novio se llevó el mío. —Jake está ansioso de que todos sepan.

Greg lo mira con desprecio y luego se vuelve, no con mucha mayor simpatía, hacia Agnes.

—Me sorprende que no tengas uno propio.

—No me lo traje. Pensé que podría confiar en la tienda, tal como nos dijeron. ¿Estás diciendo que puedes prestarme uno?

—No entiendo cómo puedes pensar que iba a hacer eso, bajo ninguna circunstancia.

Woody es consciente de que ninguno de los dos va a apartar la mirada hasta que lo haga el otro. De repente, advierte a los dos hombres calvos de los sillones, y piensa cómo le recuerdan los libros abiertos en sus regazos a las pizarras con las que puntúan los jueces de un concurso.

—Te quedan un par de minutos, Agnes —dice.

—Quizá tendría que dejar de intentar llevarme bien con gente así. Quizá debería dejar de trabajar antes de que cerréis.

—No puedes dejar de trabajar cuando no hay trabajo —apunta Mad, sacando un libro de la sección de Adolescentes.

Le gustaría creer que está intentando animar a Agnes, pero Woody podría haber pasado sin esa interrupción y sin la siguiente de Greg.

—Puedes hacerlo mientras seas consciente de que estás dejando tirados a todos tus compañeros, Agnes.

—Vale, Greg. Yo me encargo de esto.

—Greg quiere hacerte creer que solo le importa este lugar —dice Agnes—. Le importa mucho más que las personas que estamos aquí, de todos modos.

—Estoy seguro de que alguno de vosotros le importa profundamente —dice Jake.

Una risilla escapa de Nigel, y los estantes sobre los que está arrodillado no pueden ocultarla. Greg mira a Woody con una mirada acusatoria que lo incita a intervenir. No tiene derecho a enfrentarse así a Woody. Nadie lo tiene, y el modo de recordárselo a todos es zanjar la actual crisis.

—Agnes, tu tiempo ha terminado.

—Me estás diciendo que me vaya.

¿De verdad cree eso? Le hacen sentir como si sus palabras tuvieran que navegar por un medio inhóspito para alcanzar su destino, y cuando lo hacen, llegan ir reconocibles.

—Correcto —dice—. Que vayas a colocar.

—Me estás pidiendo que me quede.

No está siendo lo bastante lista si está tratando de convencerse a sí misma, o a alguno de los que están atentos a la disputa, de que ha ganado.

—Estoy seguro de que todos aquí queremos que te quedes —dice Woody para que lo oigan los demás.

Se da cuenta de que debería haberlo dicho de otro modo cuando los dos hombres de los sillones alzan la vista hacia ella con unos ojos carentes de toda expresión. No ayuda que nadie más la esté mirando. Tras una pausa que tuerce la sonrisa de Woody, Agnes dice:

—Quizá hay gente a la que no debería cargar de más trabajo.

Una vez que se digna a volver a colocar, se dirige a los estantes de Gavin. La confrontación le ha dejado la cabeza confusa. Los libros que sostienen los hombres

calvos en sus regazos le han empezado a recordar a las placas de identidad de una foto de archivo policial, especialmente cuando piensa en el aspecto que deben de tener en los monitores de seguridad. Se está comenzando a preguntar si la inmovilidad de los hombres distrae o infecta a los empleados. ¿No son sus movimientos demasiado lentos? Trata por todos los medios de darles ejemplo colocando el equivalente a un estante completo, y entonces mira su reloj.

—Textos cerrará en quince minutos —grita—. Por favor, lleven sus últimas compras al mostrador.

Los hombres sentados parecen ajenos a que el anuncio puede también estar dirigido a ellos. Woody coloca con ruidosa rapidez durante otros quince minutos. Cuando esto falla, usa el teléfono cercano a Reptiles para declarar:

—Textos cerrará en diez minutos.

Tampoco esto da resultado, ni colocar libros con tanto vigor que se corta los nudillos con el filo de las estanterías. Antes de que su próximo anuncio esté cercano, se ve obligado a consultar su reloj mientras se chupa el dedo magullado. La otra mano se cierne como un insecto amenazando los botones del teléfono, y cuando al fin ataca, se siente liberado.

—Textos cerrará en cinco minutos —dice, y los altavoces repiten su mensaje—. Por favor, que los clientes se dirijan a la salida. La tienda abrirá mañana a las ocho.

La sedente pareja podría pasar por dos estatuas en un museo; solo les falta la ficha explicativa. Está considerando cuánto tiempo darles antes de volver a recordárselo cuando ve a Nigel acercarse para murmurarles algo. Sus cabezas se alzan una pulgada o dos, pero eso es todo. Poco después, Ray se une a su compañero sin conseguir otro resultado distinto a más murmullos. Demasiados empleados están ahora más interesados en aguzar el oído que en archivar, lo cual le da motivos a Woody para intervenir.

—Miren, ya les hemos dicho que no es nada personal —está diciendo Nigel—. Tenemos que cerrar, eso es todo.

—Él dijo que no os ibais a casa —replica uno de los hombres.

—No debería habérselo dicho. No sé por qué se lo dijo.

—¿Le estás llamando mentiroso? —dice uno con un repentino entusiasmo.

—No le estoy llamando nada. Simplemente les estoy pidiendo amablemente que nos permitan cerrar, igual que él ha hecho antes que yo.

—Cerrad cuando queráis.

El otro hombre se ríe o gruñe antes de añadir:

—Veamos quién es más amable, si tú o tu amigo.

En lugar de eso, Ray y Nigel se vuelven aliviados hacia Woody, lo que provoca que los hombres muevan la cabeza un centímetro o dos en su dirección. Sus rostros no tienen vida, y sus ojos tan poca expresión como la niebla.

—Han traído a otro de sus amigos —informa el hombre de la izquierda, dirigiéndose a todo el mundo, o a nadie en particular.

—Se ve que es el líder de la banda.

Siente como si su inercia le hubiera cubierto en una pegajosa tela de araña.

—Mis empleados se lo han pedido amablemente —dice con una sonrisa que necesita esfuerzo para mantener—. ¿Les importaría irse, por favor?

—No estorbamos a nadie —dice el hombre de la derecha.

—Estamos a gusto, los dos —dice su secuaz.

—Estamos cerrados al público. El seguro no cubre a nadie que no sea empleado.

Woody está casi seguro de que es así, pero los hombres lo miran como si tuvieran la certeza de lo contrario.

—No nos importa que nos llame público —se queja uno de una manera algo oscura.

—Nos hemos pasado aquí todo el día. Merecemos algo de crédito.

—¿Han comprado algo? —quiere saber Nigel.

A Woody le da la impresión de que Nigel está intentando impresionarle para arreglar el hecho de que no ha sido capaz de echar a los hombres. Ray también hace lo propio.

—No parece que lean mucho.

—¿Quién dice que haya que leer para estar aquí?

—No todos vosotros sabéis leer. El que rompió el libro y se lo metió al otro tipo por el gaznate no sabía leer y trabaja aquí.

—Ya no —dice Woody, aunque se da cuenta inmediatamente de que no había necesidad de hacerlo.

—Podrías estar todos igual, por lo que sabemos.

—Léenos una buena historia para dormir y quizá te dejemos en paz —le dice a Nigel el de la izquierda, ignorando a Woody.

—Y tú nos lees otra —le dice su cómplice a Ray.

Ray y Nigel se dan la vuelta, ya no evitan mirarse a la cara, y ven llegar a Frank. El guardia ha tardado demasiado, teniendo en cuenta que solo defendía la puerta de la niebla.

—Cuidado, vienen refuerzos —apunta el hombre de la izquierda.

—Y más si hace falta —desafía Greg mientras deja un libro sobre un estante y va al rescate.

Los hombres mueven sus cabezas, regodeándose en su lentitud.

—¿Vamos a pelear? —desea uno entusiasta.

—Si insisten —dice Woody antes de que hable nadie más—. Con la ley, si no se van ahora mismo.

Quizá la última frase era demasiado pretenciosa. Incluso su sentido parece

tomarse su tiempo para calar en los hombres.

—De verdad quieren que salgamos de aquí —necesita que le confirmen el hombre de la derecha.

—Lo han entendido. Eso queremos.

—Estarán toda la noche atrapados aquí solos —apunta su acompañante.

—Supongo que viviremos.

—Bien, sabemos cuando no se nos quiere.

Antes de levantarse del sillón izquierdo, el hombre deja transcurrir una innecesaria cantidad de segundos.

—Eso sabemos, sí —murmura su compañero, y se incorpora también, causando el mismo sonido de cuero humedecido despegándose.

Frank les escolta por el pasillo de Poesía, Woody los observa vigilante junto a Greg, y Ray y luego Nigel se incorporan a su espalda. Conducen a los hombres al exterior de la tienda, sin sobrepasar el denso muro de niebla que se eleva hasta los focos del complejo rodeándolos en sus tinieblas.

—No creáis que los moscardones iban a darse mucha prisa en llegar aquí —dice uno de los hombres cuando pisan el felpudo de «¡A leer!».

—Se refiere a la policía —Nigel le murmura a Woody.

—Ya no habrá razón para que los llame, ¿verdad que no? Buenas noches —dice al despedir con la mano las lentas espaldas de los hombres, y cierra la puerta.

Los hombres se giran y miran como echa la llave. No han dejado de mirar, cuando sus pies comienzan a adentrarse en la niebla. Pronto, esta diluye las figuras y rodea su contorno, achatándolos hasta ser absorbidos por la palidez del ambiente.

—Tú nos has conducido a esto, Ray —le murmura Nigel a Ray mientras Woody comprueba por última vez que han desaparecido.

—Me gustaría saber qué he hecho mal.

—No tenías que darles tanta información solo porque preguntaran si nosotros también nos íbamos.

—Eso se llama amabilidad, Nigel. Así actuamos a este lado de la carretera, ¿y no se supone que debemos estar abiertos a todo tipo de público? Esa es la rutina, ¿verdad Woody?

—Supongo que no puedo discutir eso.

—Si alguien la cagó fuiste tú al darles la espalda.

—No tengo quejas sobre el modo en el que trato a la gente. No espero tampoco recibir ninguna.

—Quizá es porque no eres de por aquí.

—Diría que habría que ser muy estúpido para reaccionar así.

—¿Por qué? ¿No se nos permite destacar cuando alguien habla de modo diferente al nuestro?

—De un modo más gramatical, te refieres.

—Lo próximo que dirás es que soy lelo, como resultó ser alguien que yo me sé.

—Eh, yo hablo de una manera mucho más peculiar que cualquiera de vosotros —interviene Woody—. Asegurémonos de que no tengamos distracciones, ahora que ya estamos solos. —Y así cierra la polémica sin necesidad de que tenga que dejarles en evidencia delante de los demás. Todavía tiene el control, y eleva su voz hasta que llena toda la estancia—. Bueno, pegaos todos a la pared.

Nadie lo hace, ni siquiera Greg; Ray y Connie parecen estar deseando intercambiar una mirada.

—Acercaos a las paredes, tan lejos como podáis —dice Woody, cogiendo el teléfono más cercano del mostrador para darle incluso mayor potencia a su voz—. ¿Lo pilláis ahora? Mirad bien, ahora que no hay nadie más en la tienda.

¿Está Agnes haciéndolo lentamente a posta aprovechando que está cumpliendo una orden? Cuando la observa, nota su piel pasar del calor al frío, y los ojos rojizos, como por una erupción. Al tiempo que Agnes llega a la sección de vídeo, Woody consigue relajar el agarre en el teléfono, el cual ha estado crujiendo en su oído como una estructura a punto de derrumbarse.

—Bien, quedaos donde estáis y mirad a vuestro alrededor.

Al principio no entiende por qué muchos de ellos parecen sentirse insultados, y luego sonrío para sí y, por supuesto, para ellos.

—Os hago una pregunta, ¿está la tienda despejada? —dice, y el teléfono amplifica su voz.

—Despejada —exclama Greg, seguido de un coro formado por las voces de los demás; Woody ve sus bocas moviéndose.

—Bien, Bien. Ahora sonreídeles a las personas que veáis —ordena Woody, y sostiene su sonrisa unos segundos en cada uno de los empleados—. ¿Alguno recibió menos de las que creía merecer? Entonces asegurémonos de mantenerlas durante toda la noche.

Frank carraspea desde los arcos de seguridad.

—También tenemos una sonrisa para ti, ¿verdad chicos? —dice Woody, y la tienda obedece.

El guardia se da la vuelta antes de que ninguno de ellos acabe de sonreír.

—Me voy a casa, entonces —masculla, frotándose una mejilla enrojecida. Frank se aleja de la puerta mientras Woody teclea la combinación, como huyendo de la niebla en la que va a tener que adentrarse si quiere salir de allí—. Buena suerte —dice, tan alto que no puede estar dirigiéndose solo a Woody, quien a su vez piensa que no se dirige a él en absoluto.

—No la necesitamos, ¿verdad? —responde a gritos, una vez que la puerta está bloqueada y Frank se aleja en la niebla, arrastrando su difuminada figura por ella. Su

sombra reptaba bajo él y se esfuma en la resplandeciente acera cuando dobla la esquina de la tienda. Pronto, una tos gigante y apagada se oye tras el edificio, y la motocicleta traquetea hacia el exterior del complejo comercial.

Poco después, el sonido, similar a un gran carraspeo, no es más intenso que los violines que suenan por los altavoces y estos parecen luchar por silenciarlo.

—Bueno, ahora solo queda el equipo —grita Woody—. Todos de vuelta a vuestros puestos. Vamos a ver de qué somos capaces esta noche.

Madeline

—Mad. —La palabra parece quedar suspendida en el aire hasta que levanta la mirada. La etérea voz de Woody dice—: Tómate tu descanso, por favor.

Por fin ha terminado de archivar sus libros, y de ordenar su sección. Sabe que no tiene sentido, pero se siente tentada de dar la bienvenida a la niebla siempre que esta mantenga sus manitas arenosas alejadas de sus estantes.

—Ross, tú también —añade Woody mientras Mad dedica una mirada satisfecha a su obra.

Nadie confundiría la reacción de Ross con una de alborozo. Una vez que levanta la cabeza de su pasillo, donde imagina que estaba haciendo todo lo posible por esconderse, se entretiene más de la cuenta para evitar tener contacto visual con Mad. Al dedicarle una sonrisa neutral, siente como si la invisible mirada de Woody intentara manejar sus labios a su antojo.

—Tienes aspecto de necesitar un café —le dice a Ross—. No me importa reconocer que yo también.

Es totalmente cierto. Al tiempo que pasa su tarjeta por el lector de la puerta de la sala de empleados, cierra los ojos durante lo que ella cree un momento, y se encuentra a Ross a su lado cuando los abre. La puerta se rinde a su empuje, y la sostiene para que ella entre.

—No te preocupes, Ross —murmura ya dentro—. Sabes que no muerdo.

Su boca se esfuerza por no decir nada, y Mad es consciente de que lo que sabe es lo contrario. Casi cree ver una mínima marca de sus dientes en el cuello de Ross. Al subir por las escaleras parece estar huyendo de su propio comentario, el cual nunca hubiera hecho si se encontrara más despierta, pero ni los escalones ni la estancia carente de ventanas le brindan una escapatoria. Lo único que puede hacer es coger la taza de Ross y la suya del mueble sobre el fregadero. El que las colocó allí lo hizo descuidadamente, pues hay varias otras amontonadas encima. Ross alarga la mano desde detrás de Mad para apartarlas, pero casi las tira todas cuando su pecho tropieza contra los hombros de ella. Para cuando cierra el mueble, Ross ya está al otro lado de la mesa fingiendo que no se han tocado.

—Ross —le reprocha.

—Lo siento —murmura, buscando un sitio donde esconder su mirada.

—¿El qué? —¿Haberla tocado o haberse apartado? En lugar de avergonzarse esperando una respuesta, dice—: ¿Por qué no intentamos llevarnos bien? Ya hay demasiada gente aquí lanzándose al cuello los unos de los otros.

Habla en voz baja para asegurarse de que Woody no la oiga sobre el estrépito de libros del tercer carro que carga esta noche. Cuando ella misma escucha sus palabras desea que Ross tampoco las haya oído. Se da la vuelta para echarse el café y para

evitar recordar los mordiscos cuyo sabor aún conserva en la boca. La cafetera emite un ruido extraño cuando pone las tazas en la mesa.

—Es decir, ¿podemos olvidar el pasado? No tiene por qué afectarnos, ¿no? No hay razón por la que no podamos ser amigos.

—Pensé que lo éramos —dice Ross, atreviéndose a levantar la cabeza de su taza para mirarla a la cara.

—Eso es bueno —dice, y la sensación de que sus ojos no revelan todo lo que siente la incita a añadir—: ¿No crees?

—Ya te lo he dicho. Pero olvidar puede ser duro.

No cabe duda de dónde ha ido a parar su pensamiento.

—No te pediría que te olvidaras de Lorraine.

—Me alegro —y no parece hacerlo antes de hacer una pausa y decir—: Debería haber ido tras ella. Podría seguir viva.

—No fue culpa tuya. Nadie podría decir lo contrario. No pudiste hacer nada.

—Debería haber ido de todos modos. Solo los cobardes culpan a otros cuando podrían haber hecho algo más.

Su mirada se demora en ella unos instantes.

—¿Intentas decirme que yo pude? —espeta Mad.

—No, por supuesto que no. En absoluto. Bueno...

—A ver si lo entiendo. Me acabas de decir que no fuiste un cobarde.

—Quizá si hubieras aparcado delante como Agnes...

—¿Qué? ¿Y qué si lo hubiera hecho, Ross?

—Quizá el que robó tu coche no hubiera tenido ocasión de hacerlo.

—¿Me estás diciendo que lo hubiéramos visto con todo esta niebla? —La mano que estaba a punto de agarrar el café se agita como si estuviera señalando las paredes. Su sugerencia no es nueva para ella, pasa las noches en vela dándole vueltas—. Ni siquiera Agnes aparca tan cerca para que pueda verse —dice intentando convencerle a él y a sí misma.

—Ya es hora de que todos lo hagan. —Da un sorbo al café y casi lo escupe de vuelta a la taza—. Vaya, está fuerte.

Mad da un sorbo, suficiente como para notarlo.

—Au, tienes razón. ¿Quién lo ha hecho?

—Yo.

La voz de Woody es tan alta que por un momento cree que está usando los altavoces. Advierte que Ross piensa que todo lo que han estado diciendo ha podido oírlo Woody desde el almacén.

—¿Te sabe a rancio? —le susurra con las manos ahuecadas en la boca.

El sabor del café es tan fuerte que no puede distinguir nada más. Está a punto de arriesgarse a darle otro sorbo cuando el estrépito de libros sobre madera cesa y

Woody aparece en la puerta del almacén.

—Creí que ayudaría al equipo a mantenerse despierto.

Es la viva imagen del insomnio, aunque sus labios dejan entrever sus dientes en una sonrisa que se empeña en afirmar su frescura. Su camisa azul oscura está tan arrugada que podría asegurarse que ha dormido con ella puesta, y la última vez que se afeitó se dejó un poco de pelusilla en el mentón. Sus ojos brillan como dos heridas en carne viva. Mad piensa que les va a obligar a beber el brebaje, pero sin embargo dice:

—¿Quién se lanza al cuello de quién?

¿Cuántas veces la van a traicionar sus palabras? Le gustaría poder deshacerse de ellas.

—No pensaba en nadie en particular —dice, por si acaso.

—Pues ha sonado como si fuera así.

Sabe que eso no se aleja de la verdad, pero es cosa de Woody averiguarlo; no va a meter a nadie en problemas.

—No, estaba exagerando —replica, esperando que sea verdad.

—Debo tener cuidado con las personas que pongo a trabajar juntas, no obstante, ¿tengo razón?

—Eso es cosa tuya.

—Al menos vosotros estáis bien juntos. Por supuesto, solíais... —Su sonrisa se agita y su mirada parece hundirse en sus ojos—. Pero entonces vosotros... —Hay otra pausa para que su sonrisa dude entre ser contrita, divertida, o ambas cosas—. Cielos, pido disculpas. No pensaba. ¿Os gustaría que me quedara mientras estáis por aquí?

—No hay necesidad —dice Mad. La primera palabra ha sido a coro con Ross.

—Supongo que he conseguido uniros, ¿eh? —dice Woody; su presencia convierte la estancia en un lugar agobiante una vez que añade—: Os quedan unos minutos más. Os dejo.

—Ya he tenido bastante —murmura Ross cuando oye el carro camino del montacargas.

Mad asume que no se refiere solo al café que tira por el fregadero. No está segura de estar incluida, pero no puede evitar sentirlo así ya que Ross se aleja por las escaleras sin mirarla siquiera. No le importa, por supuesto. Da sorbos a su café y lamenta no tener un libro para leer, aunque no se le ocurre ninguno que le apetezca. No hay ninguno en la sala de empleados; no recuerda la última vez que vio a alguien leyendo. Podría echar un vistazo en el almacén, pero no le apetece ver a Woody.

—Si buscas libros, Nigel, coge estos —le oye decir junto al montacargas—. Iré por algunos más.

En vez de eso, vuelve a la sala de empleados.

—Supongo que tengo derecho a un descanso —dice—. Cuando acabes puedes

ayudar a Nigel a archivar.

Mad se prepara para soportar su compañía, pero Woody entra en su despacho. Cuando vuelve a intentar probar el café, le oye hablar. ¿Está diciéndole que su descanso ha terminado? Por su tono está claro que habla con alguien. Su esfuerzo por distinguir las palabras provoca que vea las paredes moverse como la niebla, pero eso es solo fruto de la falta de sueño. Siente la cabeza frágil y rebosante de electricidad estática.

—Así es como nos gusta, chicos. No paréis ahí abajo —le oye decir.

Debe de estar dirigiéndose al monitor de seguridad, pero no le agrada estar allí sola con su voz.

—Ponedle ganas o tendré que llamaros la atención —dice—. Eso es, seguid ocupándoos de todos esos libros. —Obviamente así es como ve las imágenes de la pantalla, y no es de extrañar si ha dormido tan poco como ella sospecha. Sigue sorbiendo café, más rápido de lo que a su cuerpo le gustaría, cuando le oye decir—: Eh, vas en cabeza. Eres el mejor.

Esta vez no es solo la frase lo que la molesta. ¿Cómo no pudo notar antes el eco? Parece repetir solo sus tres últimas palabras, y suena más que apagado; soterrado, se atreve a pensar. Quizá Woody se ha dado cuenta y se ha acercado al lugar de su despacho que produce tal efecto porque cuando vuelve a hablar la extraña y espesa voz no sigue a sus palabras sino que las subraya.

—Eres el mejor, está claro.

Si no se encuentra delante de la pantalla, ¿a quién va dirigido ese comentario? Tiene que pensar que habla para sí, y no es precisamente una idea que le anime a seguir allí. Traga un poco de café y tira el resto por el fregadero. Limpia la taza y la deja secando. Al bajar por las escaleras oye de nuevo a Woody. ¿Habla ahora entre sueños? Podría decir que el eco, que suena más subterráneo que nunca, está a punto de absorber su débil voz, pero eso no tiene sentido. Cuando regresa a la zona de ventas se pregunta si debería hablarle a Connie, Nigel o Ray de su comportamiento, pero se da cuenta de un descuido: tiene que recoger los libros que los hombres de los sillones dejaron en ellos.

Los dos grandes volúmenes son de Textos Diminutos. Uno se llama *A de ardilla*; el otro *A de araña*. ¿Se confundirían los pequeños lectores si vieran ambos? No hay duda de que serían lo bastante pequeños para aceptar la sonrisa de la ardilla y la de la araña, especialmente porque la ardilla es un dibujo muy simple. Al menos serían demasiado jóvenes para conocer otras palabras que empiezan por la misma letra, como abismo, acusación, agonía, alienígena, ataque... Mad no tiene ni idea de por qué estas y otras palabras se le pasan por la cabeza. Se coloca los libros contra el pecho y hace ademán de colocarlos en el estante superior del primer mueble, pero casi los tira al ver el estante inferior.

En lugar de gritar, se muerde los labios. Algunos de los libros de dibujos están boca abajo, otros medio sacados para afuera, y hay un par encima del resto. Sabe que no dejó ninguno de sus estantes de esa manera, jamás lo habría hecho. Pone los libros sobre la letra *a* en su lugar, justo al principio de su sección.

—¿Quién me está ayudando? —grita.

Algunas cabezas se giran para mirarla o parpadear en su dirección. Como no sabe quién es el culpable, todos parecen bustos descerebrados tras los estantes. Cuando otras cabezas surgen de detrás de los muebles se le viene a la mente la imagen de unas marionetas alzadas por hilos o por una mano en su interior.

—Repite eso, Mad —dice Connie—. ¿Necesitas ayuda?

—No de quien estuviera en mi sección durante mi ausencia.

Connie levanta las cejas al mismo ritmo con el que aprieta sus labios rosados.

—Connie y Jill al descanso, por favor. Supongo que eso no traerá problemas. — La acotación la dice en voz más baja, presumiblemente para sí, y luego vuelve al ataque—: Connie y Jill.

—Ve, Jill. Subiré cuando acabe con esto. —Connie se vuelve a Mad de nuevo—. No te entendemos, Mad. Nadie ha estado ahí. Todos hemos estado muy ocupados.

—Demasiado ocupados para ver lo que alguien ha hecho, te referirás. Echa un vistazo.

¿Han alborotado alguna parte más de su sección? Mad mira por sus estantes para comprobarlo, frustrándose al no detectar ningún otro síntoma de caos. Es como un anticlímax tener que volver al principio, por muy fieramente que diga:

—Mira esto.

Solo Jill se acerca, y porque va de camino a la sala de empleados.

—Oh, Mad, después de trabajar tanto —dice, pero también añade—: Yo no lo hice, y no vi a nadie hacerlo, en serio.

—Por una vez, tengo que estar de acuerdo con Jill. Creo que hablaba por todos nosotros —dice Connie una vez se ha cerrado tras Jill la puerta que conduce a la sala de empleados.

Todos asienten, y no mejora las cosas el hecho de que algunos parezcan no querer hacerlo realmente.

—¿Qué estás sugiriendo? —prorrumpe Mad cuando todos la miran.

—Creo que fuiste tú quien lo hizo. —Connie avanza con el ceño fruncido hacia el estante y murmura—: Arréglalo y no armes tanto jaleo. Espero que vuelvas a coger el ritmo en poco tiempo, eso es todo.

Mad siente su cerebro encogiéndose por la poca fuerza de la explicación. Una ola de calor mezclada con frío, que también puede ser cansancio, la invade mientras se abstiene de hablar hasta que Connie abandona la sala.

—Si no fue nadie de nosotros, eso debe de significar que hay alguien aquí que no

es parte del equipo.

Demasiadas miradas y expresiones de recelo aparecen frente a ella.

—¿Qué quieres que hagamos? —dice Ross, y eso le gusta aún menos.

—Necesitamos volver a buscar. Buscar de verdad y no solo sonreír todo el tiempo como payasos. Empecemos por los lados y encontrémonos en el medio, y si hay alguien aquí no tendrá escapatoria.

Ross parece inclinado a darle su apoyo. Se retira a la sección de vídeo y discos compactos, y se coloca contra la pared, entonces Angus se pone en movimiento y se coloca frente al mostrador. Al momento siguiente, Agnes enfila hacia la sección de Literatura, junto al escaparate.

—Bueno, ya que estáis todos de acuerdo —dice Nigel—, acabemos con esto si eso va a dejaros a algunos más tranquilos.

—No es su descanso —objeta Ray—. No es bueno que se desperdigen por ahí.

—No creo que tengan ocasión de hacer eso.

Greg se acerca a una pared, la más alejada posible de Jake.

—Estoy listo —anuncia en un tono cercano a la reprimenda.

Ray y Nigel se dan la espalda y comienzan a alejarse el uno del otro como dos duelistas. Nigel es el primero en alcanzar una pared y darse la vuelta.

—Allá vamos —dice—. Asegurémonos de que nadie pueda decir que pasamos algún lugar por alto.

Mad asume que eso va por ella y por todos los que la han apoyado. Se siente nerviosa y estúpida al mismo tiempo. ¿Qué espera que encuentren? Si un crío estuviera escondido en la tienda no hubiera podido mantenerse en silencio todo este tiempo, y ¿quién iba a empeñarse en esconderse y desordenar los libros sino un crío? Si por casualidad un intrusito antinaturalmente silencioso hubiera sido capaz de no ser visto, si quizá está gateando hacia la salida y es tan poco inteligente de no saber que por ese camino no hay escapatoria... la posibilidad la deja más intranquila de lo que es capaz de comprender. Comienza a dar pasos laterales a lo largo de la pared del fondo, Angus hace lo propio por el mostrador, para que nadie pueda escabullirse por los pasillos entre ellos. Un débil sonido de violines aporta un incansable acompañamiento que le provoca una sensación de enredo de cuerdas en el cerebro. Trata de acordarse de respirar mientras le repite el café, amargando su boca y dejándola con un sabor a rancio. No puede evitar sentirse asustada de que alguna figura salga disparada por un pasillo, pero solo grita cuando Jake lo hace.

—¿Qué ha sido eso?

—Dios santo, no chilles tanto —le dice Greg—, nos vas a provocar a todos una jaqueca.

—Mirad allí, rápido —insiste Jake, agitando una mano en dirección a un pasillo cercano—. Se ha ido por ahí. Seguidlo. —Al principio Greg está muy ocupado

mostrando su animadversión por los gestos de Jake, pero avanza hasta el final del pasillo que este bloquea—. ¿Dónde está? —grita Jake—. No se movía con rapidez y no ha salido por este lado.

—¿Qué intentas decirnos que has visto?

—Una especie de cosa, una cosa gris bajita. Se asomó y volvió a esconderse cuando la vi, como una babosa encogiéndose cuando la tocas.

—No creo que nadie se sorprenda de comprobar que no hay ni rastro de nada parecido a eso.

—Te estoy diciendo que vi algo —insiste Jake agudizando su tono.

—Entonces dinos dónde fue.

—¿Qué es esa mancha? —pregunta Jake, y Mad no está segura de si esa es su respuesta a la cuestión anterior.

—No sé. Quizá tú sabes más de esas cosas que yo.

Mad no tiene ningunas ganas de mirar, pero es la siguiente en hacerlo después de comprobar los pasillos con Angus. En el espacio entre Greg y Jake hay una decoloración grisácea de alrededor de unos treinta centímetros. Sin duda porque Jake le ha metido esa idea en la cabeza, le recuerda a la marca que dejaría una babosa o más bien un grupo de ellas.

—¿Qué te estás inventando ahora, Jake? —inquire Greg—. ¿Se ha derretido? ¿Se ha metido en el suelo?

—Estaba allí —responde Jake al ataque—, lo habrías visto si no hubieras estado quejándote de tus pobres y delicados oídos, incapaces de soportar a nadie que muestre sus sentimientos.

—Lo que no puedo soportar es a los hombres que no suenan como tales.

—No me sorprende que la gente haya comenzado a imaginar cosas —dice Agnes después de la perorata de Greg—. Otros de nosotros empezaremos a hacerlo por culpa de la falta de sueño.

Mad asume que Agnes les está ofreciendo a Jake y a ella una excusa. El resto de los empleados han convergido en el pasillo, después de examinar el resto de la tienda sin éxito. ¿Va a insistir Mad en la idea de que hay un intruso? ¿Qué razón había para desorganizar un estante de libros? Lo único que ha conseguido es aislarse a sí misma y a Jake del resto, si es que permiten que eso suceda.

—¿Ya está todo el mundo feliz? —desea Nigel en voz alta.

—¿Todos satisfechos? —añade o traduce Ray.

Jake mira a Mad pero retira su expresión. Tiene que haberse olvidado de ordenar ese preciso estante; ninguna otra cosa tiene sentido.

—Supongo —dice Mad por los dos.

Jake se da la vuelta impulsado por su propio encogimiento de hombros.

—Alguien debe decirme a qué estáis jugando ahí abajo —salta la voz de Woody

desde varios de sus escondrijos.

Ray y Nigel van en busca de un teléfono, y Nigel llega antes.

—Algunos pensamos que tendríamos que haber echado un buen vistazo antes de cerrar —informa al aparato.

—Querrás decir que yo tenía que haberlo hecho —dice Woody a toda la tienda.

—Todos. No dejas de decir que somos un equipo.

—¿Entonces qué ha decidido el equipo?

—Estamos aquí a nuestra suerte.

—Vale. No me importa si todos os reís de ello por esta vez. ¿Qué hay que hacer para alegraros? Eh, os diré algo que lo conseguirá; casi es Navidad. Eso hará que pronto haya más clientes.

Mad piensa que eso debería de haber empezado a ocurrir hace semanas, y quizá Nigel también se calla ese pensamiento.

—¿Todavía no hay sonrisas? —vocifera Woody en todas direcciones—. Lo que necesitamos es un cargamento de buena voluntad.

Nigel se queda clavado en el sitio, como si lamentara haber sido el primero en llegar al aparato, hasta que Woody dice:

—Ross, pilla un disco de música navideña. Puedes apuntarlo en mi cuenta.

Ross pasa tanto tiempo junto a las estanterías de discos compactos que Mad pierde los nervios por la impaciencia. Al fin, le lleva a Nigel una copia del *Disco de Santa*, que no hubiera sido el que ella hubiera elegido. Y qué más da; cuando Nigel silencia a Vivaldi, no sale ningún sonido.

—Intentémoslo con otro —dice con prisas.

Esta vez Ross acaba por elegir *Festival de villancicos*, el que hubiera escogido Mad desde el principio. El problema es que tampoco funciona, y cuando Nigel lo sustituye por Vivaldi, este también permanece en un silencio similar al movimiento de la niebla en el exterior.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Woody mientras Nigel vuelve a apretar los botones.

Nigel coge el auricular sin dejar de pulsar los controles del reproductor, como si fuera un perro atado con el cordel del teléfono.

—Algo se ha estropeado. No reproduce nada.

—Entonces no malgastes más tiempo. ¿Por qué no elegís algunas canciones navideñas y las cantáis mientras trabajáis?

—Como esclavos que somos —comenta Agnes.

—¿Qué fue eso? ¿Qué es lo que ha dicho, Nigel?

—No me he enterado bien —murmura Nigel después de dudarle durante un momento.

Greg se aclara la garganta con una elocuencia que puede tener la esperanza de

comunicarle algo a Woody. No debe de alcanzar bien a su destinatario, pues Woody dice:

—Supongo que quizá está pensando que debería unirme a vosotros en lugar de deciros todo el tiempo lo que tenéis que hacer, ¿tengo razón? Aquí va una canción para ponerlos de buen humor.

Mad duda que sea la única dominada por la aprensión cuando Woody emite un amplificado suspiro. Cuando empieza a cantar, no le sorprendería que nadie supiera adonde mirar. Interpreta la canción a plena voz o bien con su boca pegada al auricular; el tremendo sonido hace temblar los altavoces. Entre las características menos agradables de su actuación está el hecho de que no recuerda la mayoría de las letras, limitándose principalmente al deseo de que nieve. Mad se pregunta si preferiría eso a la niebla.

—Eh, se supone que esto no es un solo. No me digáis que no conocéis la canción. Sonaba en una película que muchos debéis de haber visto.

—Para ser honestos, y no sé qué pensarán los demás —dice Nigel—, creo que trabajaremos mejor si no cantamos.

Todos menos Greg dejan patente su conformidad.

—No mováis así la cabeza u os quedareis dormidos —dice Woody con una sonrisa de intención desconocida—. Quizá debería daros una serenata.

El tenso silencio que esto provoca es interrumpido por el ruido del pestillo de una puerta. Connie sale a toda prisa de la sala de empleados, seguida por Jill. Ambas parecen tratar de evitar que se note que ha sido la voz de Woody la que las ha propulsado escaleras abajo. Durante un momento, la voz se acalla con un rugido de electricidad estática.

—A trabajar otra vez —se siente incitado a gritar Ray.

Nigel claramente piensa que no había necesidad de decirlo o que era él quien debía hacerlo. Vuelve a Humor mientras el resto de empleados se aleja de la mancha del suelo. ¿Van todos a ignorar el comportamiento de Woody? Mad no quiere perder la ocasión de sacar el tema.

—¿Oísteis algo raro cuando estabais arriba? —pregunta.

—Eso no tiene gracia —dice Connie.

—Me refiero aparte de lo que todos hemos oído.

—Yo no. —Ross piensa que debe dejar eso claro.

—Fue después de que me dejaras sola allí. Woody... hablando solo —dice, y las últimas palabras expresan menos de lo que le gustaría.

—Quizá ha decidido que es la mejor manera de evitar discusiones —apunta Nigel.

Ray lo mira duramente desde el otro lado de la sala.

—Lo hubiéramos oído si fuera así. No se habló nada más allí arriba.

A Mad le da la impresión de que Angus pretende evitar una disputa diciendo:

—Me alegro de que dejara de cantar. Esa canción no me avivó ningún espíritu navideño.

—Solo intentaba hacernos sonreír —objeta Greg—. ¿Qué le pasa a la canción, demasiado americana para ti?

—Demasiado relacionada con esa película de Bruce Willis con tanta violencia gratuita.

—A mí esa película me pareció la leche —opina Ray—. Debí de dejarme el cerebro en casa.

Esta vez es Nigel el que lanza una mirada elocuente al otro lado de la sala.

—¿Qué te pareció a ti, Greg? —se interesa Jake entretanto.

—El heroísmo no tiene nada de malo. Solo intentaba salvar a su mujer y sus compañeros de trabajo.

—¿No es esa en la que salía todo el tiempo con la camiseta sudada? Y casi nos hiciste creer que no te iban esas cosas.

El rostro de Greg se tensa y colorea, y Mad desea una interrupción, incluso Woody pidiendo sonrisas podría valer. Los altercados han espesado el ambiente, es punzante, sofocante... es incapaz de decidir si está acalorada por la rabia o fría por el odio. Cuando Greg finaliza la confrontación plantando un libro en un estante que provoca un ruido similar al de un garrotazo, Mad intenta hacer algo con el caótico orden de sus libros. Desea que todos estén demasiado concentrados en su trabajo para poder recuperar un poco la calma.

—Espera, no pongas nada en mis estantes. No tengo espacio —se queja Ross.

—Yo también necesito el espacio —protesta Angus—. De todos modos, no son ni tuyos ni míos, son de Gavin, cuando vuelva al trabajo claro.

—No me digas que Angus está mosqueado —exclama Ray, aparentemente para Nigel—. No vamos a sufrir ninguna clase de violencia sin sentido, espero. En serio, daros la mano y reconciliaos.

Ross finge ignorarlo, pero solo consigue más provocación por parte de Angus.

—Si no me dejas algo de espacio —le murmura a Angus—, tendré que mover los libros hasta el final del pasillo.

—Lo mismo te digo si no paras de darme la lata. Lo siento, tienes que alejarte de mi zona.

—Niños —dice Jill, asomando la cabeza por sus estantes y meneándola—. No merece la pena discutir sobre ello. ¿Ayudo a uno de vosotros y que otra persona ayude al otro?

La única respuesta a esto la suministra Connie.

—Tienes una enorme propensión a decirle a todo el mundo que son como niños, ¿verdad Jill?

—Quizá solo alguien que los tenga puede hacer tal cosa —dice Ray.

Al principio Nigel se limita a mirarlo, pero luego estalla.

—El resto de nosotros está ciego, ¿no es así? Aquellos que deseamos tenerlos y no podemos debemos ser de la peor calaña.

—No sé por qué has compartido eso con nosotros, Nigel. Es la primera noticia que tenemos de tu problema, ¿no es así?

Mad oye un gruñido sordo, no necesariamente de conformidad, que no puede localizar.

—En ese caso me disculpo por cualquiera al que haya podido molestar —dice Nigel—. Dejemos nuestras vidas privadas en casa, así trabajamos en Textos.

—Así deberías ser —algo más que murmura Greg.

—Déjalo ya, Greg —le advierte Ray—. No necesitamos oírte un minuto sí y otro no.

Una masa de tácita conformidad se masca en el ambiente y se torna tan cálida e incómoda como debe de estar el rostro de Greg, por no decir el resto de su anatomía. En lugar de mirarlo, no para de sacar libros del desordenado estante.

—Mi oferta sigue en pie si alguien quiere participar —dice Jill.

—En cuanto acabe con esto lo hago.

—No importa, Mad. Sabemos que tu sección tiene que estar perfecta antes de que ayudes a nadie.

Es la última persona que hubiera esperado que discutiera con ella. ¿Está diciendo lo que todos realmente piensan? ¿Si Mad se diera la vuelta los vería a todos mirándola resentidos antes de dedicarle una sonrisa falsa? Al ponerse de rodillas, siente al mismo tiempo como si se escondiera del escrutinio y este a su vez la hundiera; tiene la certeza de que está siendo observada. Debe de ser Woody desde el monitor. Quizá está a punto de preguntar cuál es el último problema en surgir, en tal caso Mad no se sorprendería si la culparan a ella. Pero es Jake quien termina con la pausa que parece silenciada a causa de la niebla.

—Te echaré una mano. ¿Dónde la quieres, Angus?

—Podrías empezar al final del todo y darme todo el espacio que puedas.

—Apuesto a que no eres el único aquí al que le gustaría eso. No te angusties, haré todo lo posible para hacerte hueco.

Greg se aclara la garganta tan salvajemente que le falta poco para escupir, y entonces la tienda resuena por el clamor de montones de libros recolocándose. La resonancia parece extenderse por las rodillas de Mad; imagina el suelo siendo removido por una enorme fuerza bajo él. O el café ha fallado en su misión de despertarla tanto como esperaba, o la vigilia está afectando a sus nervios. Trata de ignorar el temblor en *staccato* y coloca los últimos libros. Caben justos, pero tan apretados que se pregunta si algunos niños pequeños tendrán fuerza para sacarlos.

Alarga la mano para coger el primer libro del estante y colocarlo en el superior, cuando le distrae la sombra a los pies de la estantería.

Le recuerda a la mancha encontrada por Jake, excepto que esto se mueve. Se está extendiendo, porque no es una sombra sino humedad rezumando del estante inferior. Aparta media docena de libros para darse cuenta de que la humedad está bajo ellos. Está bajo todos los libros; no, sale de ellos. Abre el libro de encima del montón que ha puesto en el suelo, y se encuentra con la sonrisa de un payaso, tan amplia como sus sonrosadas y carnosas mejillas. Se le están corriendo los colores, su contorno se está difuminando, y las dos primeras letras de la solitaria palabra en el lado izquierdo de la página se han convertido en una extraña y analfabeta *d* mayúscula.

Hojea el resto del libro y alguno de los otros. Las demás imágenes están incluso más desfiguradas. Se tambalea para ponerse en pie, con el primer libro en la mano, aunque no le gusta tocar ninguno de ellos; parecen reblandecidos por la furtiva humedad, a punto de desintegrarse entre sus manos. Nadie la mira siquiera cuando va hacia arriba. El interior de su cabeza parece estar siendo serrado por el incesante repiqueteo de decenas de libros, y hay un regusto rancio en su boca. Está intentando decidir a quién le resultaría menos desagradable acercarse, quién es más probable que no reaccione como si le estuviera haciendo un favor al prestarle atención, cuando la voz hinchada y bramante de Woody se añade a la maraña de sonidos, que se ahogan ante ella.

—¿Podéis subir un par de vosotros a echar un poco de músculo por aquí? Algo pasa con mi puerta.

Ray

¿Qué les pasa a todos? ¿Se comportan así siempre que no duermen suficiente? Ni siquiera es la una de la mañana, aunque no lo parezca. Dios sabe cómo estarán cuando salga el sol, si se puede decir que eso sucede por aquí. Al menos él tiene una razón para estar nervioso, después de haberse pasado también en vela la mayor parte de la noche anterior. Cada vez que mecía al bebé para que se durmiera, los dientes nuevos hacían que volviera a despertarse. Quería darle a Sandra ocasión de descansar, porque si no se iba a quedar despierta toda la noche, pero entonces ella intentó relevarlo y dejarle descansar un rato. A las cuatro discutieron sobre eso, y cuando Sheryl se quedó por fin tranquila, se besaron y se reconciliaron; algo poco probable que ocurra esta noche en Textos. Ahora Sandra ni siquiera puede ponerse en contacto para charlar un rato si se siente sola, porque sabe que los teléfonos de la tienda no son para llamadas personales y Agnes se ha cargado el suyo. Eso no era excusa para que perdiera los nervios, aunque alguna gente pensara que Greg necesitaba algo así. Todos los empleados tienen el derecho a esperar que los encargados los traten bien. Aunque Ray no considera que lo que dijo era exactamente injusto, le ha dejado un sabor a rancio en la boca. Se está preguntando si debería buscar una oportunidad para disculparse con Greg cuando la voz de Woody deja en segundo plano el estruendo de libros en los estantes.

—¿Podéis subir un par de vosotros a echar un poco de músculo por aquí? Algo pasa con mi puerta.

Debe de tener la boca pegada contra el auricular, su voz suena vaga. Un libro cae en su lugar como una tapadera cerrándose en un frasco.

—Yo voy —se ofrece Greg.

Su iniciativa podría pasar por poco más que ansias de agradar si no fuera por la mirada desafiante o de advertencia que su ceño le dedica a Jake.

—Quédate colocando, Greg —comienza Ray a decirle, y no encuentra razón para no terminar—. Deja a los encargados hacer su trabajo por una vez.

Ha permitido que Greg vuelva a provocarlo. Parece mejor apartarse de la situación, pero cuando va camino de la puerta de salida de la sala de empleados, Mad se interpone. Lleva en la mano, entre el índice y el pulgar, un libro de dibujos.

—¿Qué pasa esta vez? —le tiene que preguntar.

—Puedes comprobarlo tú mismo.

—Voy contigo arriba, Nigel —exclama Ray desde el otro lado de la tienda.

—No sabía que iba de camino.

—Woody quiere a dos de nosotros.

Nigel se acerca a la puerta y pasa su tarjeta por el lector, y a Ray estas acciones le parecen el primer paso hacia una discusión.

—Maldita cosa —gruñe, y vuelve a golpear la tarjeta contra el lector.

—Parece que aquí hay género dañado para ti —apunta Ray.

¿Piensa Mad que se refiere a ella? Ciertamente, su mirada es displicente. Abre el libro y las páginas descoloridas caen como hojas de otoño entre una niebla. Los dibujos informes recuerdan a las manchas que usan los psiquiatras en sus tests, aunque no se molesta en imaginarse a qué se parecen.

—Dios santo —se queja Nigel—. ¿Cómo ha podido pasar?

—Estaban así en el estante —dice Mad, más que a la defensiva.

—Ese tono no es necesario, ¿verdad? Lleva el libro y yo me encargaré.

—Son todos estos. Creo que la estantería entera.

—¿Cómo no lo has notado antes? —pregunta Nigel. Manosea los libros que Mad ha apilado en el suelo, y luego saca los demás del estante. Respira furiosamente por la nariz y echa el aire por la boca mientras chasquea la lengua. Una vez que se ha quedado sin formas de expresar su disgusto y que la estantería está vacía, pasa la mano sobre ella y por el fondo.

—No hay ninguna gotera —declara.

—No dije que la hubiera —apunta Mad.

—Entonces lo que sea que haya pasado debió de ser hace tiempo, ¿no? Deberías haberlo notado ya que estás tan preocupada por tu sección.

—No se vio hasta que los libros no estuvieron muy apretados.

—Entonces admites que eres responsable.

Su rostro se tensa, y sus labios se tornan incluso más finos de lo que ya estaban.

—¿Estás segura de que es solo esta estantería? —pregunta Ray mirando furtivamente a Agnes.

Nigel arruga la frente como si ahora la culpa fuera de Ray.

—Deja los otros —le dice a Mad—. Ya te preocuparás de ello si tienes tiempo más tarde, o mejor deberías esperar hasta después de la visita. No hay necesidad de que tu sección tenga mal aspecto si el problema no es detectable a primera vista.

Ray está a punto de sugerir que sería peor si los visitantes descubren algo ocultado a propósito cuando la voz de Woody escapa desde las alturas con un crujido amplificado de plástico.

—No veo a nadie de camino, ¿dónde está la partida de rescate?

Ray se señala a sí mismo y agita el pulgar en dirección a Nigel.

—Dos tíos fuertes —dice Woody—. Vale, me podéis valer. ¿Qué os parecería ahora mismo?

Mientras Nigel recoge los libros estropeados, Ray pasa la tarjeta por el lector y no puede evitar celebrarlo como una victoria cuando funciona a la primera. Deja la puerta abierta para Nigel, pero no pretende que suba corriendo las escaleras y gane a Ray la carrera hacia la oficina.

—Aquí llega la canallería... quiero decir la caballería —grita Nigel.

—¿Por qué habéis tardado? —responde la voz amortiguada de Woody.

Nigel se dirige al almacén para soltar los libros. Ray mira su reloj de camino a la puerta de Woody pero es incapaz de discernir cuánto tiempo ha pasado desde que, dejándose llevar por la tentación, miró la última vez.

—Hemos venido directamente, ¿no?

—Te estoy preguntando cuál es el problema abajo.

—No lo sabemos a ciencia cierta. De alguna manera ha calado agua en los libros infantiles. Será mejor que lo veas tú mismo.

—Puedes apostar a que lo haré. ¿Por qué tardas tanto? Dale un empujón a la maldita puerta.

Al coger el picaporte, el tacto es de humedad u óxido. Lo gira hasta ponerlo casi en posición vertical y tira con fuerza. Incluso apoyando todo su peso contra la puerta, no se mueve un ápice. Se agarra la mano del picaporte con la que tiene libre y se echa sobre la puerta abriendo las piernas lo máximo posible y empujando con el hombro, pero no consigue nada.

—¿Qué ocurrió, lo sabes? —se siente estúpido por preguntar.

—Tú me dirás. Cuando intenté salir estaba atascada.

Ray se está magullando los dedos con el picaporte y el hombro contra la puerta; Nigel aparece desde el almacén.

—¿Esforzándote? —dice—. No temas, aquí llega la solución.

—Estoy ansioso por ver como los de Liverpool usan su cabeza.

Nigel se agacha con tal rapidez que Ray se pregunta por un momento si va a abalanzarse contra él. Iba a encontrarse la frente de Ray esperándole si lo hiciera; Ray aprendió ese truco en el colegio. ¿En qué está pensando? Nigel solo está intentando fingir que no ha oído el comentario, y eso le convierte en un debilucho, no en un luchador. Ray le observa girar el picaporte casi noventa grados e inclinar su cuerpo hacia atrás para lanzarse contra la puerta. Tras fallar tres veces, se detiene para secarse el sudor de la frente con tal fuerza que podría borrarla.

—Ya he intentado eso —le dice Ray.

—No sirvió de mucho, ¿verdad? —Nigel se echa atrás y alza la voz—. ¿Woody?

—¿Sabes una cosa? No me he ido a ninguna parte.

—La obstrucción debe de estar en tu lado. ¿Puedes verla?

—¿No crees que lo hubiera arreglado por mí mismo si fuera así? —A Ray le divierte que Nigel atraiga la irritación de Woody, que añade—: ¿Lo estáis intentando ambos a la vez? No os he hecho subir para que compitáis.

Nigel agarra el picaporte como si temiera que fueran a arrebatárselo y lanza otra acometida, esta vez en dirección a la puerta.

—Cuando estés preparado... —le dice a Ray.

—Eso es siempre —le asegura Ray antes de correr hacia la puerta.

Su hombro la asalta, al igual que el de Ray, pero no demasiado al unísono. Por eso parece que Ray ha movido levemente la puerta, que vibra un poco a causa del más débil golpe de Nigel.

—Inténtalo otra vez —dice Nigel.

Parece pensar que es tan culpa de Ray como de él mismo. Una oleada de calor deja a Ray casi temblando. Da un paso atrás y arremete contra la puerta, pero de nuevo el impacto de Nigel llega un momento más tarde que el suyo.

—No está funcionando, ¿verdad? —admite Nigel—. Debe de haberse atascado, es lo único que se me ocurre.

—Algo se ha atascado pero bien.

¿Por qué ha dicho eso? Prometía sonar como algo ingenioso, pero tiene tan poco significado que es peor que estúpido, y eso solo provoca que Ray se enfade por dejar que saliera de su boca.

—No lo estamos haciendo bien —se limita a decir—. Necesitamos estar juntos.

Nigel le dedica una mirada no muy diferente a las que Greg le suele regalar a Jake.

—¿Juntos cómo?

—¿Cómo iba a ser? Pensándolo mejor, no lo digas. Hay que golpear al mismo tiempo a la desgraciada, eso es lo que digo.

—No hay nada más simple. A la de tres entonces. Uno, dos, tres.

Ray todavía está corriendo hacia la puerta cuando Nigel ya le ha dado con el hombro lo que Ray describiría como un empujón. A Ray se le acelera el corazón al volver atrás por efecto de la inercia, y otra oleada de calor pegajoso invade su ser.

—¿Estáis ocupados? —pregunta Woody mientras Ray mira a la puerta y a Nigel.

—¿Es que no lo ves? —brama Ray.

—Eso iba por el equipo de abajo. ¿Estoy viendo a alguien que ha terminado de colocar, Agnes?

Ray se siente más estúpido y furioso que nunca por no entender que la amplificadora voz de Woody iba dirigida a la sala de ventas. Presumiblemente Agnes responde de alguna manera, ya que Woody dice:

—¿Por qué no te premias con un carro entero de los de Gavin? —Un suspiro, que suena débil a causa de los dientes que obstaculizan su camino, se abre paso por las esquinas manchadas de oscuridad del techo, y luego añade—: No oigo nada ahí afuera. ¿Qué está retrasando al equipo de rescate?

Ray se enfurece porque Woody esté narrando la situación.

—Algunos de nosotros no sabemos aún cómo hacerlo —grita tan fuerte que espera que el teléfono lo transmita abajo. Está casi seguro de oír algo parecido a su voz imitándole más o menos a coro.

—¿Algunos? Supongo que te refieres a ambos.

Ray se traga un amargo y estancado sabor y espera que la oleada de calor termine para encarar a Nigel.

—Cambiemos, yo me encargaré del picaporte.

—Por supuesto, si te hace feliz.

—Es lo que hay. Yo cuento también.

—No me gustaría ser el tío que te detuviera.

Tan pronto como Nigel se hace un lado, Ray atrapa el picaporte, que está más escurridizo que nunca.

—¿Listo? —apenas pregunta.

—No menos que tú.

—Uno —anuncian Ray y su eco. Piensa que la voz vuelve a él a través de los altavoces hasta que se da cuenta de que Nigel es quien hace los coros.

—¿A qué juegas ahora? —gruñe Ray—. Dije que iba a contar yo.

—Dijiste que tú contabas también. Pensé que querías decir que íbamos a cómo se diga, eso de los relojes, la palabra griega, o al menos que viene de por allí.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

—Sincronizar —dice Nigel incluso más irritado—. Es cosa del tiempo, no de relojes. Pensé que te referías a que contáramos y nos sincronizáramos.

—Solo yo. No fue de mucha ayuda cuando lo hiciste tú, ¿verdad?

—Vale, yo solo. Tú solo, quiero decir, eso es lo que digo. Solo uno de nosotros. Venga, adelante, Ray.

Ray ahoga un suspiro, luchando por no decir nada más que los números, cuando Woody le habla a toda la tienda.

—¿Por qué no estoy viendo movimiento? ¿Necesitáis refuerzos ahí afuera?

—Alguien más sería bienvenido —grita Nigel.

El ruido de una puerta cerrándose es seguido por el de pasos corriendo escaleras arriba hacia la oficina.

—Yo serviré, ¿no? —Agnes se asegura de que Woody la oiga.

—No te ofendas, Agnes, pero creo que esto es asunto de hombres.

A Agnes le agrada incluso menos que transmita eso a toda la tienda.

—¿Qué decís? —dice bajando el volumen—. Deberíais saber más sobre lo que tenéis entre manos que él.

—Yo no lo discutiría —dice Nigel.

—Sin embargo, tú no eres así, ¿verdad, Ray? No me digas que nunca estás en desacuerdo con lo que se te dice.

Lo admitiría si no sintiera que Agnes tiene tanta intención de provocar una discusión como de justificar su presencia, aunque escapa a su conocimiento lo que ha provocado que esté de ese humor.

—Esta vez no —dice.

—Agnes no está aún en la partida de rescate, ¿verdad que no? No debería estarlo. Me parece que la envié a buscar libros al almacén.

Agnes se enfrenta a la enorme voz con un ceño que desciende también para incluir a Ray y Nigel.

—¿Estáis comportándoos como encargados o solo como hombres? Cualquiera pensaría que por aquí no hay ninguna diferencia.

—Oh, sabemos distinguir perfectamente —dice Nigel, pero quizá ella no lo oye pues ha salido de la oficina.

—Bueno, esto nos ha robado tiempo y no ha llevado a ningún sitio —dice Woody, e incluso más alto añade—: Angus, ¿por qué no te unes al equipo de mi puerta? Parece que te queda poco ahí abajo.

Su llamada parece tornar los pasos descendentes de Agnes más vigorosos y descontentos. El crepitar de un carro se vuelve hueco al ser introducido dentro del montacargas.

—¿Quieres atacar otra vez mientras esperamos? —propone Nigel.

—Yo no. Hazlo tú si quieres.

Cuando Ray no aparta las manos del picaporte, Nigel se echa atrás, solo para mirarlo como si eso fuera a hacer que lo soltara. Ray se gira para observar la puerta de la sala de empleados, pero siente la mirada pegada a su cara como una pastosa humedad. Para cuando la puerta de abajo se cierra con un chasquido, las palabras que le gustaría soltar se están estancando en su boca. Se fuerza a mirar los platos y tazas amontonados en el fregadero, en el lado más alejado de una porción de mesa junto a un tercio de silla y dos tercios de otra.

—¿Ha llegado ya? —pregunta Woody, al tiempo que unos pasos ascendentes traen a Angus.

A Ray le desconcierta el amortiguado eco de parte de la pregunta. Por supuesto se debe a que oye a Woody a través de la puerta además de por los altavoces, aunque la otra voz suena extrañamente distinta a la de Woody y con cierto retardo.

—Ahora sí —exclama Nigel antes de que Ray pueda responder.

—Jesús, ojalá supiera lo que pasa con el tiempo por aquí. ¿Es lo que necesitáis, no?

—Debería serlo.

Ray pierde parte de la satisfacción de haber respondido antes que Nigel a la pregunta cuando oye un repiqueteo rabioso en el almacén. Agnes está tirando los libros con fuerza en un carro a modo de respuesta a lo que acaba de oír. Se pregunta si debería intervenir para salvar los libros, pero decide que los volúmenes dañados son cosa de Nigel.

—Quizá debería resolveros vuestro otro problema —dice Woody.

—¿Cuál es ese?

Ray está a punto de añadir su cuestión a la de Nigel cuando Woody responde.

—Ya que no os ponéis de acuerdo en quién cuenta, ¿por qué no me lo dejáis a mí?

—O yo puedo hacerlo si queréis —se aventura a ofrecerse Angus.

—No —dice un coro de al menos tres voces.

Una sonrisa tiembla en los labios de Ray, pero trata de controlarla para que Angus no se sienta más rechazado de lo que ya parece.

—Eh, eso no significa que no necesitemos tu cuerpo, ¿tengo razón, chicos? —añade Woody.

—Claro que sí —dice Nigel, y Ray murmura algo más que un sí.

—No hay necesidad de tener esa cara, Greg. Aquí arriba no estamos haciendo nada que tú no harías. Venga, ¿estáis todos en vuestras marcas?

—Yo sí —declara Ray estirando el brazo que agarra el picaporte, y Nigel exclama que él también al tiempo que Angus hace lo propio.

—Uno —les advierte Woody, y entonces su voz pasa del aire a un lugar recóndito de la puerta—. No le haría daño a nadie recordarme qué estoy haciendo aquí.

Ray se pregunta si el intercomunicador se ha estropeado.

—Disculpa, ¿de qué hablas? —pregunta Nigel.

—Solo estoy contando para vosotros tres. Todos ahí abajo parecían estar esperando también la señal. Me oís todos, ¿verdad? Entonces hagámoslo. Uno. Dos. Tres.

Angus y Nigel se abalanzan contra la puerta. Al tiempo que Ray la empuja con el hombro, Nigel golpea a Angus y choca con parte de la pared.

—Oh, mierda. Maldita estupidez —grita.

—¿De quién hablas? —pregunta Ray.

—De la idea. No hay espacio para todos.

—Tú pídemelo y os dejaré a los dos solos.

—No ha servido para una mierda, ¿verdad? —se queja Woody—. ¿Qué ha ido mal esta vez?

—Demasiada gente estorbándose —dice Nigel.

—¿Cuántos forzudos tenemos? Tres no parece una mala cifra.

Un escalofrío recorre a Ray antes de que la rabia vuelva a calentarle. Siente como si sus gestos hubieran atraído a un curioso. Tiene que estar equivocado; Agnes y su carro han llegado al montacargas, que le informa de que se está cerrando. Incluso piensa que la oye dándole una mala contestación, ensordecida por la puerta cerrada.

—Vale, eso es. Ahora es cuando se abre. Asegurémonos de que suceda esta vez. ¿Estáis listos?

Ray apenas oye su propio murmullo, y es voluntariamente ajeno a los de los demás.

—No he oído nada —grita Woody—. Intentémoslo de nuevo. ¿Preparados?

Ray se imagina a Woody con una sonrisa salvaje en su rostro, como si estuviera animando a unos niños rezagados a unirse a un juego navideño.

—Sí —responde con un entusiasmo mayor del que realmente siente; no puede decir lo mismo de Angus y Nigel.

—Aquí vamos, entonces. Uno Fenny Meadows, dos Fenny Meadows, y ahora... ¡tres!

Ray asume que Woody pretende construir tensión en todos y asegurarse de que atacan la puerta con toda su fuerza, pero las pausas son tan largas que empieza a creer que detienen el tiempo, es como estar despierto en medio de la peor oscuridad. Cuando llega el último número trata al menos de mantenerse alejado de Angus mientras tira del picaporte hacia abajo y empuja la puerta. Esta vez es consciente del impacto simultáneo que le agita el cuerpo entero. Por un momento se queda totalmente ciego.

Le aterra que su esfuerzo haya amputado alguna conexión en su interior hasta que Angus se queja.

—¿Qué hemos hecho?

—No me habéis sacado de aquí —exclama Woody—. Eso está claro.

—Me refiero a que las luces se han apagado.

—Sí, lo he notado. ¿Podéis ver algo, chicos?

—No, nada en absoluto —dice Nigel con una palpable tensión en la voz.

—Entonces supongo que es más fácil que alguien de abajo lo arregle. Connie, ¿puedes comprobar los fusibles? Están bajo las escaleras —dice Woody desde la absoluta negrura del techo.

Al menos los teléfonos no han dejado de funcionar. Ray espera que no sean asaltados por demasiados comentarios distendidos de Woody, pues no ayudan a soportar el opresivo peso de la oscuridad. Percibe que Angus está tratando de permanecer completamente quieto junto a él, quizá para no arriesgarse a rozarlo. No sabe si las oleadas de calor que no paran de chocar con el frío reunido en la oscuridad tienen algo que ver con Angus. En algún lugar cerca de Angus puede oír la respiración de Nigel, sus labios separándose en cada aliento, algunos de los cuales suena como un gemido que cada vez se esfuerza menos en contener. Ray está a punto de decirle que se controle y no moleste a los demás cuando la inmensa voz de Woody y su murmullo de acompañamiento se lo impiden.

—Sigue intentándolo, Connie. Tu tarjeta no debería haber dejado de funcionar.

Ray se la imagina pasándola a ciegas por el lector, pero luego piensa que la sala de ventas tiene alguna iluminación del exterior, una idea que parece una promesa de recuperar su visión. Asume que la infeliz y distante voz femenina es de Connie, ¿o es de Agnes desde el montacargas? ¿Ha fallado la energía también en él? Antes de que

pregunte a sus compañeros si han reconocido la voz en apuros, Nigel habla:

—Tienes un móvil, ¿verdad, Ray?

—Lo tenía.

—No me estarás diciendo que te lo has dejado abajo. ¿Qué sentido tiene tenerlo si no lo llevas encima?

—Está en mi bolsillo, pero no vale para nada. Agnes lo sacó a la niebla y se lo cargó.

—¿No has vuelto a intentar hacerlo funcionar? —La voz de Nigel suena rígida, forzada para no resultar estridente—. ¿Podrías hacerlo ahora?

—¿A quién crees que debería llamar, Nigel? ¿A la compañía eléctrica para que venga a arreglar los fusibles?

—A nadie.

—Te diré algo entonces, Nigel, a nadie es precisamente a quien voy a llamar.

—Creo que sé lo que quiere decir Nigel —admite Angus.

—¿Entonces quién me va a dar a conocer vuestro secretito? —pregunta Ray, inducido no solo por el cálido y húmedo aliento de Angus, demasiado cercano a su cara.

—¿No sale luz cuando se enciende? —sugiere Nigel.

Su tono insistente hace que a Ray le den ganas de abofetearlo. Ray se siente tan estúpido por no darse cuenta de que el teléfono puede suministrarles iluminación, que al sacarlo torpemente de su bolsillo desea dejar por mentiroso a Nigel, lo cual es incluso más estúpido. En el momento que Ray toca la tecla de encendido, Woody dice a los cuatro vientos:

—Connie no puede entrar. Uno de vosotros tendrá que bajar a abrir.

Ray aprieta un botón, y el teclado se ilumina con una luz verde. Ve a Angus comenzando a sonreír al tiempo que el brillo adhiere su distorsionada sombra gris a la puerta blanca. Nigel se inclina sobre él, su expresión de pánico comienza a relajarse, alejándose de la máscara que debió de ser en la oscuridad. Un momento después, la luz parpadea y muere, y no va a revivir por mucho que aporree el teclado. Ray oye a Nigel gimiendo por lo bajo, como alguien que no puede despertar de una pesadilla, y esta vez tiene que evitar dejarse llevar por la desesperación de Nigel. Sabe que es irracional, lo cual debería salvarle de ser afectado por ella, pero incluso tras meterse de nuevo el pedazo de plástico inservible en el bolsillo, se siente aislado de Sandra y el bebé de una manera que no había experimentado nunca antes. Hasta que puede espantar de su cabeza esa idea, comienza a creer que la cegadora oscuridad significa que nunca va a volver a verlos, que la chispa de energía restante en su móvil era su última oportunidad de llegar a ellos.

Nigel

Es solo oscuridad. No es sólida, por mucho que ejerza presión sobre sus ojos. No puede provocar que deje de respirar; hay metros y metros de oxígeno disponible en la oficina y el resto de estancias, aunque no entrará ninguna bocanada de aire más por las inexistentes ventanas para sustituirlo una vez que se gaste. Hay suficiente para él, Ray, Angus y Woody. Debería estar contento de no estar solo además de ciego; no debería estar deseando poder haber escogido a sus acompañantes. A Woody apenas se le puede considerar uno, pues está detrás de la inamovible puerta; Ray parece incluso menos presente, después del asunto de la luz del teléfono móvil, ese ridículo haz al que los ojos de Nigel trataron de aferrarse hasta que al esfumarse volvió a sumirlos en la oscuridad. Respecto a Angus, parece estar esforzándose por no llamar la atención, pero no puede escapar de la oscuridad; Nigel no debe dejar que esa clase de pensamientos lo dominen. De todas maneras, le lleva un rato reconocer al insecto que revolotea cerca de él; es Ray intentando conseguir algo de luz. Entonces se detiene, y Nigel aprieta sus labios para no implorarle que lo intente de nuevo.

—Parece que vamos a tener que ser tú o yo, Nigel. ¿Qué hacemos?

La oscuridad parece responder a la pregunta agitando algo lento y gris, pero seguramente solo es cosa de Nigel.

—¿De qué estás hablando? —tiene que preguntar.

—No me digas que no lo has oído. Quiere que uno de nosotros bajemos a los fusibles.

Nigel tiene la sensación de que la oscuridad se las ha apañado para bloquearle el cerebro, y de que ha perdido la habilidad para pensar.

—¿Te importaría?

—Pues sí. Estoy muy cansado.

A Nigel todavía le duele el hombro del golpe fortuito contra la pared, pero lo apoya en la madera por si le ayuda a sentirse menos amenazado ante la idea de perderse en la oscuridad.

—Para ser honesto, no sé si podré hacerlo.

—¿Voy yo mejor? —se ofrece Angus.

—No, mejor no. Es el mismo esfuerzo para ti que para Nigel, ¿o tienes algún problema especial, Nigel?

—Quizá lo tenga.

—Adelante, compártelo con nosotros.

—Ojalá pudiera hacerlo contigo, créeme —murmura Nigel.

—¿No ha bajado nadie aún? —grita Woody.

—Va Ray —dicen los sentimientos de Nigel antes de que su cabeza los procese.

—¿Ahora intentas darme ordenes, Nigel?

—No, digo que yo no voy. No valgo para esto.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo.

Un momento después Angus cae sobre Nigel y luego recula. ¿Lo ha empujado Ray a propósito contra él? La mirada de Nigel vaga como si estuviera a punto de ser enviado a su suerte, a la deriva de la oscuridad, y luego se dirige hacia sus invisibles pies, y pisa con fuerza para mantenerse firme.

—Ray, espera —farfulla, aunque no entiende inmediatamente lo que pasa o por qué siquiera debería importarle.

—¿Has cambiado de idea? ¿No quieres quedarte a solas con Angus?

—Por supuesto que no. Quiero, eso es. ¿Qué es lo que estoy viendo?

—Ni me lo imagino, ¿y tú, Angus?

—Mirad —insiste Nigel y se siente idiota al señalar en la oscuridad—. Mirad abajo.

Al notar su silencio, comienza a temer que no vean el poco perceptible rastro gris que contornea la puerta.

—Woody ha conseguido algo de luz. ¿De qué coño nos sirve a nosotros eso?

—Creo que nosotros podríamos conseguir también un poco.

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos, Nigel? ¿Va a pasárnosla por debajo de la puerta?

—¿Es la cosa esa de seguridad? —dice Angus con la esperanza de acabar con la discusión.

—Eso es exactamente, el monitor. Debe de estar en un circuito diferente, y los ordenadores también. Si los encendemos todos tendremos un montón de luz.

—Todo estará resuelto entonces —se burla Ray.

—Al menos ayudará, ¿no estás de acuerdo?

—No me ayudará a encontrar los fusibles.

Nigel considera a Ray tan estúpidamente inamovible como la oscuridad.

—Quizá cuando veamos lo que estamos haciendo —dice a punto de perder los nervios—, podamos enchufar algunos de los ordenadores cerca de las escaleras.

—Esa es buena, Nigel. Nos has convencido. Adelante.

—No esperarás que lo haga todo yo solo.

—¿He dicho yo eso, Angus? Solo queremos que enciendas uno, Nigel, para que podamos ver los demás. No hay necesidad de tropezamos los unos con los otros, y cualquiera sabe con qué más, en la oscuridad. Si me voy a encargar yo de los fusibles, la luz es tu trabajo.

—¿Qué pasa ahora? —grita Woody dándole un golpe a alguna pieza del mobiliario.

—Nigel va a encender un ordenador.

—¿Para qué demonios?

—Para tener luz.

Tener que explicarlo provoca que Nigel se desplace con movimientos lentos, casi por inercia.

—Hazlo entonces, ¿a qué esperas?

—Eso, ¿a qué esperas? —murmura Ray—. Ya has oído al jefe.

El calor que recorre a Nigel no es otra cosa que rabia, y el frío que le sigue es pura aprensión, algo de cuyo poco sentido trata de convencerse a sí mismo. Suelta el picaporte y despega su mano derecha de la puerta, desplazándola del marco hueco a la pared. Mueve la mano lentamente por la resbaladiza superficie y arrastra los pies para seguirla, pero no le gusta nada en absoluto tener que exponer su cara a la oscuridad. En lugar de eso, se coloca cara a la pared y apoya las dos manos contra ella. Comienza a moverse lateralmente, aunque tener la pared tan cerca le hace sentir encerrado y falta de aire. Sus manos progresan provocando un sonido adherente cada vez que las despega de la pared, seguido por el eco de sus pies arrastrándose por la moqueta. Supone que esos sonidos solo alcanzan sus oídos, pues apenas puede oírlos por culpa de su respiración entrecortada y el palpitante de su corazón.

—¿Vas realmente tan lento como sueñas? —pregunta Ray, desmintiendo su creencia.

—Tengo que encontrar el camino —protesta Nigel, antes de que los dedos de su mano izquierda reculen a causa de lo que se han encontrado.

Es la pared perpendicular a la suya, y está húmeda porque sus dedos lo están. Realmente no hay motivo para que piense que algo húmedo se ha arrastrado para esperarlo en la oscuridad. Maniobrar durante unos segundos para dar la vuelta a la esquina resulta suficiente para ponerlo nervioso al sentir las paredes y la oscuridad atrapada en ellas cercando su rostro. Entonces tiene que recorrer la segunda pared, desplazándose incluso con más lentitud por miedo a derribar un objeto en el suelo a sus pies. ¿Qué puede ser? Una papelera, por supuesto, pero el obstáculo golpea su cadera en la oscuridad. Se limita a reaccionar con un resuello, suficiente para llamar la atención de Angus.

—¿Algo va mal?

—Nada, estoy en el escritorio —dice Nigel, aunque esa es mucha palabra para la mesita en la que trabaja junto a Ray y Connie. Posa la palma sobre ella y la alarga hacia la izquierda hasta encontrarse el teclado de Connie. Se rasguña las manos al pasarlas por las teclas, que parecen piedras inestables sobre una superficie tan farragosa como unas arenas movedizas, y que emiten una agitada cháchara de plástico. Cuando estas se callan, las yemas de sus dedos acarician el monitor, desprendiendo un objeto similar a un insecto muerto. Recuerda que lo tiene decorado con una mariposa de metal justo a tiempo para no resollar de nuevo. Sigue algo más a la izquierda y sus nudillos dan a parar contra la torre del ordenador. Pasa la mano por

toda ella hasta dar con el botón de encendido. Con un dedo tembloroso presiona el botón hasta el fondo.

Resuena un *clic*, pero la oscuridad no varía.

—¿Eso es todo? —dice Ray.

Cuando Nigel considera la pregunta, le cuesta estar seguro de que ve algo de luz bajo la puerta de Woody.

—Eso parece —tiene que admitir.

—Puede que... —comienza Angus, pero se detiene para pensar cómo seguir, o porque no le gusta oír su voz rodeada por la oscuridad—. Puede que no esté enchufado, ¿no?

—Puede. Gracias, Angus —dice Nigel, sintiéndose significativamente menos agradecido al darse cuenta de que ahora va a tener que meterse bajo el escritorio. Se agarra al borde con las dos manos y se pone de rodillas sobre la fría moqueta. En lugar de arriesgarse a golpearse la frente contra el mueble, se agacha bajo él, aunque debe esforzarse en rechazar la idea de que se está precipitando directamente hacia una presencia oculta allí debajo y de que está introduciendo las manos en su guarida. Por si fuera poco, casi mete los dedos en los agujeros del enchufe de la pared. Los retira hacia la moqueta y encuentra el cable que sigue un camino sinuoso hasta conducir al enchufe. Está intentando introducir las conexiones en los agujeros de la pared cuando Ray dice:

—¿Qué es eso?

Los nervios de Nigel casi le hacen soltar el enchufe, pero se las arregla para relajarse un poco.

—Soy yo intentando insertar esto.

—Por una vez no eres tú. ¿No es Agnes, o Anyes o como sea?

Nigel no puede oírla. Cuando levanta la cabeza para intentarlo, se golpea la nuca con la dura parte inferior del escritorio. Se agacha aún más, y lucha con el enchufe hasta que las conexiones entran en los agujeros. Las introduce con tal fuerza que los hombros le vibran. Cuando alarga un dedo hacia el interruptor, mueve sus labios formando la palabra «por favor» antes de presionarlo.

La oscuridad se hace visible frente a él. Tres papeleras hacen guardia junto a tres tomas con sus respectivos enchufes y otras dos tomas solitarias. Sale de debajo del escritorio, y una distorsionada figura se arrastra tras él; solo es su sombra. Al agarrarse al borde de la mesa y ponerse en pie, Ray corre a través de la tenuemente iluminada estancia para abrir la puerta del almacén en la oscuridad.

—Agnes —grita—, ¿eres tú?

Nigel está a punto de concluir que no era ella cuando Anyes finalmente responde. Quizá estaba decidiendo si debía o no contestar a esa versión de su nombre.

—Estoy en el montacargas. Se ha quedado parado.

Su grito es amortiguado y empequeñecido por la distancia. Si el montacargas se detuvo a causa del fallo de energía, Nigel se pregunta por qué ha tardado tanto en pedir ayuda.

—Iré por ella mientras tú buscas los fusibles, Ray —se ofrece—. Movamos los ordenadores para conseguir más luz.

—Irá alguien en un momento, Agnes —grita Ray.

—¿Cuál es ahora la situación? —vocifera Woody al mismo tiempo.

—Ya vemos algo, estamos tratando de conseguir luz adicional —le dice Angus.

—Eso no debería llevar mucho tiempo, ¿verdad?

—Espero que no —dice Nigel girando el escritorio, sin esforzarse demasiado por ser oído. Ahora entiende por qué el tenue brillo que rodea todo en la oficina es gris como la niebla; la pantalla del ordenador es del mismo tono. Los iconos aparecen vacíos de todo color, en peligro de perder sus contornos y hundirse en el fondo. Teme que si intenta mejorar su aspecto la terminal se cuelgue. En vez de eso, se acerca a su propio ordenador. Se está agachando para desenchufarlo cuando se queda congelado a mitad del movimiento, y la vibración de su hombro es imitada por su cabeza.

—Oh, por el amor de...

Ray asoma su cabeza grisácea desde la oscuridad de la otra puerta.

—¿Qué pasa ahora, Nigel?

¿Se está asegurando de que Woody le oiga?

—Eso, ¿qué pasa? —pregunta Woody, reaccionando al elevado tono de Ray.

No es culpa de Nigel. Los agujeros entre el escritorio y la pared son solo suficientemente grandes para dejar paso a los cables de los ordenadores.

—No vamos a poder mover esto a no ser que los desenchufemos.

—¿Quién tiene un destornillador? Yo no, ¿y tú?

Nigel tampoco, y Angus hace un gesto negativo mientras su difusa sombra pasea sus deformadas manos tras él.

—Mejor intenta encenderlos —sugiere Ray mientras Nigel abre cajón tras cajón de la mesa de trabajo.

Nigel aprieta el botón de su ordenador y, con más fuerza si cabe, el de Ray. La grisura de las pantallas se torna luminosa, y dos grupos de iconos salen lentamente a la superficie. Tienen un aspecto demasiado dubitativo para gusto de Nigel.

—¿Qué le ha pasado a los ordenadores? —está cada vez más ansioso por saber.

—Lo importante es que están iluminando, ¿verdad? —dice Ray—. De momento puedo soportarlo.

La oficina debe de estar unas tres veces mejor iluminada que antes. Es más, la sala de empleados ha ganado en brillo, y Nigel puede incluso distinguir los vagos contornos de las estanterías del almacén. Por muy cruda que le resulte la situación que se le avecina, Agnes está en una situación mucho peor. ¿Se sentiría muy culpable

si no la ayudara?

—Yo también —les dice a los otros, y de paso a sí mismo.

—Quizá no te deje en la oscuridad durante mucho tiempo.

Seguramente Ray se está comprometiendo a hacerlo, y no considerando la idea contraria. Mantiene abierta la puerta hacia las escaleras con una silla, y abandona la sala de empleados al trote, bajando las escaleras y perdiéndose de vista. Nigel tiene la tentación de esperar hasta que Ray llegue a los fusibles o incluso a que los arregle, pero es una actitud demasiado cobarde para adoptarla. Pasa por la sala de empleados, dejando atrás la mesa, que parece cubierta de un plástico grisáceo, y llega al almacén.

En el momento que pasa por el umbral, es flanqueado por dos sólidos bloques de oscuridad. Solo puede distinguir el final de las estanterías sepultadas en ellos; contornos esqueléticos del color de la niebla y sin una mayor intención de moverse. Quizá después de haber sido liberadas de la mayoría de sus existencias, las estanterías han quedado ahora más inestables; al aventurarse entre la próxima pareja, cuyos bordes parecen ceniza por su color y por su tendencia a caer, comienzan a hacer ruido como si cualquiera que sea su contenido se estuviera acercando poco a poco hacia él. Trata de concentrarse en lo que tiene delante, pese a que también hay una distracción en esa zona de la oscuridad. La mancha informe que reptaba por el pasillo para llegar antes que él a su destino no puede ser otra cosa que su sombra, sobre todo teniendo en cuenta que duda en su progresar al mismo tiempo que él, pero le sorprende que pueda verla en medio de esta sofocante oscuridad. Le es imposible distinguir el tercer conjunto de estanterías, pero sabe por su sigiloso tintineo que ha pasado entre ellas.

Ahora que están a su espalda sería de esperar que dejaran de vibrar a causa de sus pasos. Una vez que se acallan, trata de recobrar el control sobre su acelerada e inestable respiración. Siente y recuerda que ha llegado al espacio ocupado por el contenedor de madera coronado por mallas, donde van a parar todas las cajas del nuevo *stock*. Las estanterías de detrás están fijadas a la pared, y es claramente imposible que pueda oír ningún ruido proveniente de ellas. Por muy rebuscado que suene, la procedencia del sonido debe de encontrarse bajo las mallas, en el leve chirrido de los pedazos de poliestireno que sus pasos han despertado de su sueño, aunque más bien le parezca que ha despertado un nido de insectos entre la negrura. Al menos sabe que, manteniéndose alejado y a la izquierda, se encuentra a escasa distancia de la pared desnuda. Al alargar el brazo en esa dirección, está a punto de caerse de rodillas, pero no porque la oscuridad le haya atrapado ni porque la voz de Woody lo pretendiera.

—No hay necesidad de parar ahí abajo —dice—. No hay necesidad de rascarse la barriga. Veis mejor que nosotros.

Se está dirigiendo a los empleados de la sala de ventas, por supuesto. Hasta que

Nigel rechaza esa impresión, casi cree oír un amortiguado eco subrayando la intervención de Woody, pero la razón es que se encuentra demasiado lejos de la oficina. Al tiempo que sus dedos encuentran la pared, Woody se limita a interrogar a Angus a través de la puerta sobre el estado de la situación. Nigel desplaza los dedos por la gélida y resbaladiza pintura y luego, antes de lo que esperaba, llega al borde y encuentra metal. Es la más cercana de las dos puertas que conducen al hueco del ascensor.

—Agnes, ¿puedes oírme? —exclama golpeando la puerta con los nudillos.

No da ninguna señal de haberlo hecho. Presiona su oído contra la puerta, que está tan fría que le deja la oreja dolorida. Si hay alguna respuesta proveniente del otro lado de la puerta, queda en segundo plano a causa del salvaje martilleo de su pulso. Recorre la puerta con las yemas de sus dedos, los introduce entre esta y el marco, y consigue abrir un hueco de unos pocos centímetros.

—Agnes, soy Nigel, ¿te encuentras bien? —grita a través de él.

Oye su plana y tonta voz cayendo en picado en el hueco, como si la lanzara dentro de un pozo, lo cual espera sea algo tan ilusorio como la gélida humedad que le llega desde abajo. Se pregunta de nuevo si Agnes no responde por el modo en el que ha pronunciado su nombre.

—No sé dónde estoy —responde Agnes finalmente.

—Estás debajo de mí, en alguna parte. Estoy en las puertas de arriba. Voy a bajar. —Es a Agnes a quien quiere tranquilizar añadiendo—: Por las escaleras, claro.

—¿Puedes ver dónde estoy?

—Para ser honesto, no veo nada. Ray ha ido a comprobar los fusibles —dice, siendo consciente de repente de que Ray debería haberlos comprobado hace rato.

—¿Serás capaz de llegar?

Presumiblemente su intención es mostrarse confiado, pero sus nervios no lo ven así.

—No lo dudes. Voy inmediatamente —dice, y también dice algo más, porque las dos últimas palabras las pronuncia arrastrando varias sílabas extra que las desdibujan—. Ahora voy.

Suelta la puerta, que se reencuentra con el marco provocando un sonido metálico. Pasando los dedos sobre el metal, una uña topa con el borde de la segunda puerta. Tras encontrar de nuevo la pared, camina de lado hasta encontrar la esquina. Ahora está de cara a las escaleras, y parece como si la negrura del ascensor se hubiera inclinado para recibirlo. Mete la mano izquierda dentro, cada vez más abajo. Al fin toca un objeto similar a un palo que alguien le estuviera alcanzando; la barandilla. Se obliga a agarrarla solo con una mano y baja el primer escalón.

No le gusta quedarse con una pierna en el aire mientras busca el siguiente con el otro pie. Debe de ser por culpa de la cegadora oscuridad, pero siente como si tuviera

que bajar más de lo necesario para progresar por cada escalón. Planta su talón lo más atrás que el espacio permite, y resbala la sudorosa mano por la barandilla, levantando el otro pie para que explore la oscuridad opresiva y sin fondo. Solo es la noche, intenta decirse a sí mismo; la misma noche en la que Laura duerme, con su rostro calmado y quieto sobre la almohada, quizá inconsciente del mechón de cabello que cae sobre una de sus mejillas. El pensamiento le hace gritarle a la oscuridad o en dirección a esta.

—Ya estoy en las escaleras, Agnes. No tardaré mucho.

—No tardes.

Su respuesta es más distante que nunca. Por supuesto porque la pared amortigua el sonido. Desea poder saber cuántos escalones conducen al pasillo de Pedidos; seguramente menos de dos docenas. Si está realizando la misma acción cada vez que se agarra a la barandilla y deja a uno de sus pies hundirse en la oscuridad hasta que se encuentra con un escalón, ¿por qué el proceso no es cada vez más fácil en lugar de parecer que aumenta el peligro a cada paso? Quizá es porque no ha contado los escalones que ya ha bajado, y por ello ha perdido la noción de la distancia recorrida. Podría gritarle de nuevo a Agnes, pero teme descubrir lo remota que suena. Los bordes de las escaleras rasguñan la parte trasera de sus talones, y cada vez que posa un pie siente que está inclinándose demasiado en dirección a la oscuridad. Da otro paso vacilante que solo la barandilla hace parecer menos peligroso, y entonces su mano se cierra alrededor de la nada. Antes de que pueda recuperar el equilibrio se precipita por las escaleras, ya que el pie izquierdo estaba soportando todo su peso.

Se trastabilla por el pasillo, presumiblemente para acabar golpeándose contra una pared, si es que no cae de cabeza contra el cemento. Lanza al aire su mano derecha con tal fuerza, a la búsqueda de algo a lo que aferrarse, que esa acción lo envía contra las puertas del hueco del ascensor, propinándole a su otro hombro un golpe que nada tiene que envidiar al que sufrió antes el opuesto.

—Soy yo —exclama sugerido por la oscuridad—. Soy Nigel, ya estoy aquí.

—¿Dónde?

Casi se hace la misma pregunta a sí mismo, porque la voz de Agnes suena mucho más soterrada de lo lógicamente posible. Debe de estar sentada sobre el palé, no hay duda.

—Muy cerca —le asegura, sintiendo el tacto del borde de las puertas que conducen al hueco. Tira de ellas lo suficiente para meter los dedos; al menos eso intenta. Sus dedos no penetran más allá de sus uñas. Las puertas bien podrían ser un sólido bloque de metal adherido a la pared.

Continúa luchando contra la puerta hasta que el temblor de sus hombros se une al de su cuello, al tiempo que varias ráfagas de una luz grisácea llegan a sus ojos. Tiene la irracional idea de que su inhabilidad para ver lo que está haciendo es la razón por

la que es tan inútil. ¿Por qué no ha arreglado Ray todavía los fusibles? ¿Cuánto tiempo más le va a llevar? Nigel se está preguntando si puede gritar lo bastante alto para que Ray lo oiga, cuando se da cuenta de que no tiene por qué. Ha permitido que la oscuridad le mine el cerebro. Podría tener un montón de luz a su disposición si quisiera.

Suelta la inamovible puerta y cierra los ojos hasta que la oleada de luz falsa se difumina, y entonces los abre un poco para mirar a través de la negrura del pasillo. Resulta que existe un brillo bajo la puerta de Pedidos, frente al montacargas, aunque es tan fino que apenas está convencido de que en realidad exista.

—Espera —exclama—. He visto algo que puedo hacer, ahora vuelvo.

Agnes permanece en silencio. Quizá piensa que ha sido estúpido por su parte decirle que espere, y Nigel supone que lo ha sido. Camina hasta el otro lado, cruzando el pasillo camino de la esperanzadora luz y coloca las manos sobre la barra que recorre de lado a lado las puertas. No puede estar tan oxidada como parece; debe de ser el hormigueo de sus manos. Apoya todo su peso contra ella y oye algo que alguien con menor control de sí mismo pensaría que es un curioso que esperaba tras la puerta apartándose de ella. Entonces la barra se separa en dos con un enfático chasquido, y las puertas se abren tan repentinamente que Nigel es arrastrado casi sin quererlo al exterior del edificio.

Ha entrado luz. Eso debería ser lo importante, pero no puede evitar preguntarse por qué no parece brillar sobre él. Se da la vuelta para escudriñar el muro trasero de las tiendas. El origen de la iluminación no está sobre la X gigante; el foco está destrozado, al igual que el de detrás de Happy Holidays. El resplandor blanquecino se encuentra a su espalda, y se está acercando, a juzgar por cómo su sombra proyectada en el pasillo disminuye y se oscurece, al parecer desesperada por ocultarse.

Vuelve a girarse para encarar la luminosa niebla. Un resplandor del tamaño de su cabeza y más informe que redondo llega casi a la entrada antes de mezclarse bien con la niebla o hundirse en el brillante pavimento. Al fin, las puertas del pasillo se cierran con sus brazos metálicos, bloqueándose con un chasquido triunfal y dejándolo encerrado en medio de la oscuridad.

Se acerca torpemente a la puerta entre el gélido sopor de la niebla para tirar de las puertas. Estas se mueven tan poco como esperaba. Empujarlas alternativamente con los ya magullados hombros no servirá de nada. Podría darles golpes con el puño, pero ¿qué iba a conseguir con eso aparte de intranquilizar a Agnes? A Angus le llevaría mucho tiempo llegar abajo. La niebla, o más bien su inercia, se debe de estar agolpando en el cerebro de Nigel, porque tiene que hacer un esfuerzo para recordarse a sí mismo que puede dirigirse a la parte delantera del edificio. Habrá luz y un modo de entrar.

Solo ha dado un par de pasos entre los apagados muros, uno de cemento y otro de

niebla, cuando advierte que también hay luz tras la librería. Es del tipo de la que encontró al dejar el edificio. Danza con holgazanería por la niebla, provocando que su sombra galope por la pared para hacerle compañía. Sería mejor si no hubiera otros signos de vida entre la niebla. Puede oír algo más moviéndose, avanzando hacia él, arrastrando una carga que suena peor que si estuviera empapada. De hecho, por el sonido está claro que hay dos ejemplares de lo que sea la cosa que se aproxima.

Observa con atención entre la niebla y distingue movimiento. Aunque es cerca del pavimento, no cree que los intrusos estén arrastrándose con los pies y las manos. Pueden deberle su brillo grisáceo a la niebla, pero no puede dar esa misma explicación a su falta de forma. Los mira fijamente hasta darse cuenta de que la inestable carga que arrastran son ellos mismos, y luego sale disparado por el callejón entre Textos y Happy Holidays. La visión que le recibe le hace detenerse en seco, como si hubiera metido el pie en un pantano.

Una niebla que irradia luz de los focos bloquea el final del callejón, pero no es esa la razón por la que su mente roza la parálisis. Ya ni siquiera le alegra encontrar un poco de luz. Su sombra se ha invertido en el callejón, y ya no está solo. A cada lado, una achaparrada silueta se expande como un globo deforme, bien acercándose desde su espalda o hinchándose desde el pavimento, si es que no hacen ambas cosas. Por el momento no tienen nada a lo que se pueda llamar cabezas, pero al menos cada uno tiene un brazo, demasiado largo en ambos casos, extendido hacia él.

No se atreve a mirar. Ya no puede ni soportar ver sus acrecentadas y malformadas sombras. Acelerando en el callejón, aprieta los ojos con fuerza, sintiéndose como un niño que cree que puede esconderse en su propia oscuridad. Ha huido apenas un par de pasos cuando los de ellos convergen rápidamente con los suyos. En un momento, sus puños son capturados por apéndices demasiado fríos, blandos e inseguros de su forma para ser considerados manos.

No puede emitir otro sonido más allá de un débil gemido exento de sentido gramatical. Sus dedos se agitan, realizando un desesperado intento por liberarse, pero solo consiguen atraparse hasta los nudillos en la pegajosa sustancia. La sensación provoca que le sea imposible abrir los ojos, los aprieta con mayor fuerza si cabe para poder espantar lo que parece una pesadilla causada por la falta de sueño. Está atrapado en su propia noche, en la cual ya no tiene la sensación de que Laura esté en ningún lugar a su alcance. De todo lo que es capaz es de esforzarse en sumirse en ella mientras unos dedos o patas de varios grosores reptan como gusanos entre sus dedos. Está adherido al abrasador agarre de sus captores, que le dan vueltas sin parar antes de arrastrarlo lejos de la tienda junto a ellos.

Una esperanza solitaria sobrevive en su mareado cerebro, ya ha dejado de importarle el grado de su desesperación. Ocupa tanto espacio en su pensamiento que seguramente sea cierto; espera que para cuando suceda lo que tenga que suceder, ya

no sea capaz de pensar.

Agnes

—Jesús, ojalá supiera lo que pasa con el tiempo por aquí —comenta Woody por los altavoces, como si su voz ya no fuera lo bastante insoportable—. ¿Es lo que necesitáis, no?

—Debería serlo —grita Ray.

Por supuesto que debe serlo. Es un hombre, y encima es Angus, el más ansioso por agradar de todos los empleados, por poco respeto hacia sí mismo que eso le deje. Si lo único que quieren aplicarle al problema de la puerta de Woody es fuerza bruta, no hay duda de que lo hará tan bien como cualquier otro. Agnes solo desea que el intercambio no hubiera llegado a sus oídos. Si los encargados se han vuelto tan mezquinos y vengativos, no debería dejar que la afectara. Atrapa unos cuantos puñados de libros de Gavin de sus estantes, y los tira en el carro para no oír otra cosa.

No funciona.

—Quizá debería resolveros vuestro otro problema —oye decir a Woody, y el resto de la tienda también. No está segura de que no se dirija o apunte a ella hasta que no le oye ofrecerse a contar, y luego se siente estúpida por preguntárselo. Ahora está diciendo que necesita el cuerpo de alguien, y se alegra de no estar por allí ante esa idea, aunque más vale que sea consciente de que no debería atreverse a proponérsela a ella. Quizá en el fondo se alegra de que la hayan dejado sola; no puede pensar en ningún empleado cuya compañía le resultaría agradable. Si no intentan demostrar que tienen derecho a decirle a la gente lo que debe hacer, están demostrando lo inmaduros que son en otros sentidos. Quizá el mejor camino para todos sería pasar tiempo a solas.

—Uno —anuncia la innecesariamente exagerada voz de Woody, y Agnes está dispuesta a proponerle que no use la megafonía para eso. Oye el comienzo de una discusión de alguna clase en la oficina, pero por muy divertido que pueda ser, no se va a permitir poner el oído. Carga los últimos pocos libros en el espacio disponible aún en el carro y lo empuja por el almacén, dejando atrás un amortiguado chillido que al principio toma por el de unos ratones. Cuando llega al montacargas y aprieta el botón correspondiente con el pulgar, se da cuenta de que los fragmentos del poliestireno están chocando entre ellos bajo la malla del contenedor.

«Ascensor abriéndose», se le anuncia al fin, como si alguien estuviera esperándola. Las puertas se hacen a un lado, dejando al descubierto el palé, que apenas deja espacio para ella y su carga. Después de maniobrar el carro para ponerlo de lado, se apretuja entre su parte delantera y la pared del montacargas con la intención de pulsar el botón de bajar. No hay necesidad de salir de nuevo, al menos no podrá oír a Woody desde aquí. El montacargas le anuncia sus intenciones y la encierra justo en el momento en el que exclama:

—¿Qué has dicho?

Se alegra de que nadie la vea comportarse como una idiota. La cinta o lo que sea que usa el montacargas para hablar debe de estar gastándose, por prematuro que eso parezca. Por supuesto que ha dicho «ascensor cerrándose», no «falsa esperanza». Encuentra difícil rechazar la idea de que el ascensor mismo se está estropeando, que desciende más lentamente de lo habitual. Quizá se lo imagina porque se ha introducido en un espacio en el cual apenas podría darse la vuelta si tuviera que hacerlo. Lamenta tener que tomar prestada una idea de Woody, pero nadie se va a enterar.

—Uno —murmura—. Dos —añade pasado un segundo, aunque no está segura de si está cronometrando al montacargas u ocupando su mente para no sentirse a merced del tiempo que tarda en bajar—. Tres —continúa—, cu... —La palabra que iba a decir no sale de su boca, pues el montacargas se ha detenido con un balanceo, como si se hubiera quedado sin suficiente cable. Inmediatamente la oscuridad la envuelve.

Durante algo más que un momento, en el cual es incapaz de respirar, comienza a imaginar que ha sido rodeada por algo de una solidez mayor que la simple ausencia de luz, que el montacargas se ha inundado de agua negra. No hay duda de que es así como varios de los empleados masculinos esperarían que reaccionara ella o cualquiera de las mujeres, por eso no va a dejarse llevar por el pánico. Una vez que consigue completar una fase de la respiración, la concatena con otra hasta que todo vuelve a su curso natural, y entonces recorre con sus dedos la fría pared de metal a su izquierda y pone el brazo a la altura de su cabeza. En lo que seguramente no suponen más que unos pocos segundos, su dedo índice localiza la puerta del compartimento que alberga el teléfono de emergencia. Debe funcionar aunque no haya suministro eléctrico, ¿si no qué sentido tendría? Abre la puertecilla, mete la mano en el compartimento, y encuentra el auricular colgando de la pared. Al sacarlo, un gusano tan frío como la niebla de medianoche reptaba por su desnudo antebrazo. Es solo el cordel del teléfono, pero aparta el brazo y está a punto de dejar caer el aparato. Lo agarra ayudándose también de la otra mano y lo acerca con cuidado a su oreja.

—Hola —dice una voz desde el aparato.

Suena demasiado alegre dadas las circunstancias, y no muy diferente a la voz que anuncia las subidas y bajadas. Ambas fueron seguramente elegidas por su capacidad para tranquilizar, por supuesto.

—Hola —Agnes se siente inclinada a responder.

—Hola.

Su tono es aún más cordial; Agnes incluso pensaría que algo burlón. Está a punto de entrar de nuevo en el bucle saludando de nuevo, pero comprende lo estúpido que sería.

—Estoy atrapada en un ascensor —dice en su lugar.

—Lo sabemos.

¿Esperaba Agnes que contestaran al teléfono desde la tienda misma? No sabe si pensar que lo contrario tiene más o menos sentido.

—El montacargas de la librería Textos —aclara—. ¿Dónde está usted?

—No muy lejos.

—¿Puede sacarme?

—No se tardará mucho.

¿No es la voz innecesariamente extraña? A Agnes le recuerda a una cinta a menos velocidad de lo normal. En cierto modo, el tono va cayendo, como si mantenerlo alto supusiera demasiado esfuerzo. Trata de ignorar la transformación de la voz, sobre todo porque está a solas con ella en la oscuridad.

—¿Qué vais a hacer? —pregunta.

—Ya lo hacemos.

No puede ser la misma voz. La operadora o quien fuera que cogió la llamada debe de haberla transferido a un técnico. Si bien Agnes está segura de que una mujer podría realizar esa función igual de correctamente, eso ahora no le parece tan importante como debería.

—¿No tendrían que estar aquí para hacer algo? —protesta.

—¿Tú qué crees?

—No tengo modo de saberlo, ¿no? No puedo hacer vuestro trabajo.

—Me quieres allí.

No va a fingir que se siente tentada. O bien la persona al otro lado tiene una rana en la garganta, en tal caso tiene que tratarse de un espécimen especialmente monstruoso, o cree que mientras más bajo sea su tono más masculina suena su voz.

—Lo que haga falta —es lo más que se aventura a decir.

—Hecho.

Debe de estar diciendo que algo está hecho, aunque parece haber sonado como si hubieran llegado a una especie de acuerdo.

—¿El qué? —se siente con claro derecho a preguntar.

—Espera.

—No hay mucho más que pueda hacer, ¿verdad? Quizá no se da cuenta de que estoy atrapada aquí en la oscuridad.

—Oh, sí.

No quiere creer que haya percibido deleite en esa contestación.

—Quiero que me diga lo que está haciendo —dice—. Todavía no sé con quién estoy hablando. Ni siquiera sé su nombre.

Por un momento imagina que el auricular se ha cubierto de barro, porque la lenta y espesa risa suena como burbujas en medio de esa sustancia. Aparentemente se ha quedado sin palabras, pero eso no significa que Agnes esté falta de ellas. Suena como

un adulto sádico tratando de asustar a un crío en la oscuridad, y de repente tiene la certeza de que está en la tienda. Al igual que la mujer que respondió a la llamada, lo que significa que al menos dos de sus supuestos colegas sienten la suficiente aversión por Agnes para vengarse sin paliativos. Si se permitiera pensar en ello, podría culpar a cualquiera.

—Sabes —dice al tiempo que el aparato se torna ansiosamente silencioso—. No sé quién eres tú o tu amiga, pero si sois igual que sonáis, me alegro de que esté oscuro.

Ha permitido que la provoquen hasta el punto de hablar más de lo debido. La mitad de esas palabras habrían logrado transmitir la idea. Aleja el aparato de su cara, y hace que se reencuentre con la pared del ascensor con un sonido que espera que implique algo de agonía para la persona que está al otro lado. Se alegra de hacer ruido en el proceso de colocar el auricular dentro del compartimento y hacerlo encajar. Al cerrar la puertecilla de golpe, se promete a sí misma encontrar al responsable de la broma una vez consiga salir del montacargas. Se echa sobre la puerta y se pone las manos ahuecadas en la boca.

—¿Me oye alguien? —grita—. ¿Angus? ¿Nigel? ¿Ray? Estoy en el montacargas.

Gran parte de su voz queda atrapada en las puertas. La siente vibrar, o quizá es su respiración revoloteando como un insecto entre sus manos.

—¿Alguien? —dice, mientras se echa para atrás, y luego apoya la oreja sobre la puerta, que parece agitarse nerviosa por lo repentino del movimiento.

—Agnes, ¿eres tú? —oye exclamar a Ray.

La forma en la que ni se molesta en pronunciar bien su nombre agrava la sensación de sentirse aislada y de no gustarle a nadie. Si no respondiera se sentiría peor que estúpida, pero hacerlo le supone un esfuerzo.

—Estoy en el montacargas. Se ha quedado parado.

Ray permanece en silencio por tanto tiempo, que empieza a preguntarse si no la ha oído o no le importa.

—Irá alguien en un momento, Agnes —grita de nuevo.

No debe empezar a imaginarse que Ray siente la necesidad de alejarse de ella cada vez que le habla. Se ha desplazado a otro lugar para ocuparse de alguna tarea; por eso suena cada vez más lejos. Ahora ha vuelto el silencio, pero por mucho que dure no va a dejar que nadie piense que se está dejando llevar por el pánico volviendo a llamarle. Una vez ha conseguido recordarse que está rodeada del equivalente a un montacargas entero de oxígeno, por muy diminuto que sea el espacio en el que se apretuja, es capaz de respirar lenta y profundamente al tiempo que intenta convertir a la negrura adherida a sus ojos en parte de la calma que lucha por conseguir. Después de todo, está en medio de la absoluta quietud, ¿o es acaso sigilo? ¿Está descendiendo el montacargas tan gradualmente que bien podría estar simplemente imaginándose el

subrepticio movimiento? Se está obligando a mantenerse inmóvil, incluso a la hora de respirar, en un intento de discernir si la cabina se está moviendo como una araña gigante, cuando la enorme pero amortiguada voz de Woody declara:

—No hay necesidad de parar ahí abajo. No hay necesidad de rascarse la barriga. Veis mejor que nosotros.

¿Tan poca idea de la situación tiene para decirle eso a Agnes? Por supuesto, debe de significar que las luces han fallado en el resto del edificio, lo cual es la razón por la que nadie ha llegado aún hasta ella, no porque piensen que no merece la pena. La seguridad que le ofrece saberlo se ve minada por la certeza casi total de que Woody se refería en parte a ella con lo que ha dicho. Hurga en el hueco entre las puertas y consigue separarlas un par de centímetros, por los que solo entran oscuridad y una gélida humedad, junto a un tenue hedor a algo rancio. Trata de deslizar los dedos por la apertura, pero es incapaz de mantenerla abierta con una única mano el tiempo suficiente como para tocar la pared exterior del hueco y juzgar si se está moviendo o no. Tiene miedo de atraparse la mano, y la retira. Las puertas se cierran con un ruido sordo.

—Agnes, soy Nigel, ¿te encuentras bien? —dice una voz desde arriba.

Si también está sumido en la oscuridad, tiene cosas más importantes en las que concentrarse que en la pronunciación de su nombre. Respira profundamente para que su grito no se quede a la mitad.

—No sé dónde estoy.

—Estás debajo de mí, en alguna parte. Estoy en las puertas de arriba. Voy a bajar. Por las escaleras, claro.

La imagen de Nigel bajando por el cable revive la incertidumbre de si el peso del montacargas y su contenido la están conduciendo cada vez más abajo.

—¿Puedes ver dónde estoy? —suplica, en parte con la esperanza de averiguar si hay luz cerca.

—Para ser honesto, no veo nada. Ray ha ido a comprobar los fusibles.

No deberían tardar mucho en poder ver algo, entonces, e igualmente el montacargas volverá a funcionar.

—¿Serás capaz de llegar? —exclama, dándole a Nigel la opción de quedarse exactamente donde está.

—No lo dudes. Voy inmediatamente —se enreda con las últimas palabras antes de añadir—: Ahora voy.

Le ha hecho perder la confianza. Eso lo convierte en más humano, pero no la ayuda a sentirse más segura. Un amortiguado sonido metálico en las alturas es seguido por un negro silencio que reafirma la sensación de que el montacargas no para de descender, aunque a velocidad de tortuga. Alternativamente, intenta respirar con calma y aguantar la respiración para tratar de notar algún movimiento en el

aparato.

—Ya estoy en las escaleras, Agnes. No tardaré mucho —le anuncia Nigel.

—No tardes —responde, porque suena más lejos que cerca. Por supuesto, ahora hay un muro entre ellos. Cierra los ojos por si eso le ayuda a detectar sus progresos, pero eso simplemente intensifica su impresión de que el montacargas no está tan quieto como quiere hacerle creer. Los montacargas no pueden hacer creer nada pero ¿quién si no? Se está recordando a sí misma que está sola en la oscuridad excepto por la lejana voz de Nigel, cuando un indefinido ruido sordo la hace dudar.

—Soy yo. Soy Nigel —trata de tranquilizarla—, ya estoy aquí.

Le disgusta tener que hacer la pregunta.

—¿Dónde?

—Muy cerca.

No suena ni mucho menos cerca. ¿Cómo puede estar encima de ella si está junto a la puerta? Es imposible que haya un lugar más abajo donde el montacargas pueda llegar. O quizá sí, no es una experta en el funcionamiento de los ascensores. Si el hueco se extiende más allá del nivel de la planta inferior, no tendría mucho sentido que alcanzara una mayor profundidad. Un vago rumor de actividad indica que Nigel se está esforzando en intentar abrir las puertas que conducen al hueco. No está segura de si se le están escapando los sonidos, pero lo claro es que no está consiguiendo ningún resultado. ¿Hay alguna forma en la que podría ayudar? Se aferra a la ranura entre las dos puertas usando sus manos como garras, pero al poco tiempo las fuerzas comienzan a flaquearle, tal y como algunos de sus colegas esperarían de ella; esta vez no se abre lo suficiente para permitir a sus dedos pasar a través de ella, pero sí para volver a dejar paso al vago hedor a rancio. La mayor parte del esfuerzo consiste en estirar el cuello a un lado, sobre el carro, para intentar mirar por la abertura. Aún está arqueando todo el cuerpo para intentarlo cuando el carro le presiona fuertemente en sus caderas y Nigel la llama:

—Espera. —Tiene las pocas luces de erguirse agradecida antes de darse cuenta de que es imposible que Nigel tuviera ni idea de lo que ella pretendía hacer—. He visto algo que puedo hacer —explica—, ahora vuelvo.

Eso debe suponer una esperanza. Quiere creer que significa que ve algo. Aguanta la respiración por si eso le ayuda a adivinar lo que está haciendo Nigel. Tras unos pocos segundos, oye un chasquido que le indica que ha abierto la puerta de Pedidos. La luz de afuera no depende de los fusibles de la tienda. Si es así, ¿por qué Nigel ha caído en el silencio? ¿Por qué no lo oye junto a las puertas del montacargas? Obviamente porque está asegurando las puertas del pasillo de Pedidos para que no se cierren, se dice justo en el momento en el que se cierran con otro sonoro chasquido.

Se contiene para no lanzar un grito dirigido a Nigel, pero está a punto de hacerlo cuando un sonido sordo y amortiguado pone fin al silencio. Después de una pausa

suenan otras, y entonces comprende que Nigel está intentando abrir las puertas del pasillo de Pedidos a golpes de hombro, lo que significa que de algún modo se las ha arreglado para quedarse atrapado en el exterior del edificio. O se ha cansado o, lo que es peor, hace menos ruido porque la va a dejar en la profundidad de esa negrura.

De lo único que puede sentirse aliviada es de la certeza de que sus padres no están enterados de la situación. Ya se habrán ido a la cama, y espera que estén dormidos. Si hubiera usado la negativa de Woody a que contactara con ellos como excusa para irse, ahora no estaría atrapada, pero no va a permitir que ese pensamiento la afecte. No está paralizada, y todavía puede hacerse oír. Si se necesita más de una persona para abrir las puertas del montacargas, hay un montón en la sala de ventas.

Se desplaza con esfuerzo desde la esquina del carro hasta la parte frontal de este. El borde de un estante se le clava en los riñones y los cantos de varios libros lo hacen en su columna. Al poner cada una de sus manos sobre una de las puertas se siente como atornillada al metal. No respira muy profundamente para que su tórax ocupe el menor espacio posible, en caso contrario el metal le aplastaría los pechos. Se tiene que recordar más de una vez que no se está asfixiando, antes de introducir los dedos de su pie derecho entre las puertas. Acaba metiéndolos todos y empuja para abrirlas lo bastante para que el pie entero acabe dentro del hueco.

Se está tomando unos pocos segundos para descansar y prepararse para una nueva tentativa de ampliar la abertura y pedir ayuda, cuando el olor a rancio vuelve a colarse en la cabina. Ascende de algún lugar bajo el montacargas, y se ha convertido en algo tan insoportable, que no tiene ninguna duda de que su origen se esté acercando o ya lo haya hecho. Se obliga a alargar una mano a través de la oscura grieta. Espera que a pesar de todas sus impresiones se encuentre con las puertas que conducen al pasillo, pero las puntas de sus dedos solo topan con unos cuantos ladrillos resbaladizos.

Tiene miedo de subir más la mano, pero lo hace. Ascendiendo todo lo que puede lo único que es capaz de encontrar son ladrillos y más ladrillos. Poniéndose de puntillas, llega con sus dedos al espacio entre el borde superior de la cabina y la pared de ladrillos. Solo un poco de la parte inferior de las puertas que dan al pasillo está al alcance de las puntas de sus dedos, puede rozar el borde, pero por mucho que extienda los dedos no puede llegar bien y se le resbalan por los ladrillos.

No va a dejarse llevar por el pánico. ¿No tienen todos los ascensores una compuerta de emergencia en el techo? Aunque no recuerda haber visto ninguna, tiene que haberla. Podrá llegar hasta ella aupándose en el carro, pero preferiría no hacerlo mientras siga estando tan sola. Respira profundamente y casi tiene que escupir por el sabor a rancio que inunda su ser. Pero en lugar de eso, grita con todas sus fuerzas, con las manos alrededor de la boca y la cabeza hacia atrás.

—¿Puede venir alguien? Estoy en el montacargas. Se ha quedado parado.

Está a punto de utilizar el resto de su aliento cuando algo la interrumpe. No quiere pensar que es alguna clase de respuesta; al principio ni siquiera está segura de estar oyendo al montacargas. «Ascensor abriéndose» dice, o quizá «cerrándose», aunque se le ocurre que la lenta, grave y profunda voz ha dicho «ascensor hundiéndose».

La cinta con la grabación debe de estar gastada y bajo mínimos, o el mecanismo se está quedando sin energía, pero no puede espantar la idea de que la voz ha vuelto a su verdadera naturaleza, y que su versión femenina era una mera pretensión. Además, le recuerda demasiado a la voz o voces que le atendieron en el teléfono de emergencia, una creencia que es considerablemente peor que un sinsentido en medio de la nada. Se lleva las manos a la boca y a parte de la nariz para protegerse un poco del olor mientras vuelve a respirar profundamente. Alza el rostro para volver a gritar, pero todo lo que emerge de su boca es un resuello. Algo reptá por su zapato y le rodea el tobillo. Es demasiado frío y viscoso para ser algo vivo.

Durante un momento consigue recuperar algo de confianza pensando que debe de ser agua o barro. Entonces también alcanza su otro pie e igualmente rodea el otro tobillo, por lo que se ve obligada a sacar el pie que mantiene abierta la apertura y deja pasar el vertido. Las puertas se reencuentran con un golpe sordo que no suena ni mucho menos tranquilizador, y Agnes vuelve a su rincón, donde al menos tiene una mayor capacidad de maniobra. Siente el filo del estante superior del carro magullando la zona de los riñones, unos centímetros por debajo del incesante pinchazo de libros en la columna vertebral, y sus pies no dejan de perder agarre en el húmedo piso metálico. Tan pronto como alarga la mano izquierda para buscar los controles de la pared e identifica el botón de subir, comienza a aporrearlo. Seguramente esa no es la razón por la que advierte un movimiento de la puerta, como si un intruso se hubiera colado a través de ella. Se libera de la presión del carro y se yergue, como si ponerse muy derecha fuera a inyectarle coraje. Durante unos segundos no cesa de golpear el botón con el dedo. No está deteniendo el descenso del ascensor, que ya no parece estar bajando sino más bien siendo arrastrado hacia abajo. Aunque tiene miedo de apartarse de los controles y de la puerta, no tiene otra alternativa. Se coloca detrás del carro y se queda de pie entre los dos brazos metálicos del palé. Se agarra a ambos lados del carro, preparándose para auparse a la invisible compuerta, cuando una sustancia demasiado sólida para ser agua y demasiado líquida para ser tierra le inunda los pies y le sube por las espinillas.

No grita. Necesita ahorrar aire para poder respirar, y para convencerse de que no está a punto de ahogarse. Sube un pie al estante inferior del carro para evitar la creciente inundación. El pie se le resbala del centímetro de estante no ocupado por libros. El chapoteo le salpica hasta encima de las rodillas y casi le hace gritar. Coge montones de libros del carro y los echa a un lado, sumiéndolos en la oscuridad, en la cual golpean inertes contra las paredes de la cabina del montacargas. Para cuando ha

despejado los otros dos estantes de la mayor parte de su contenido, el fluido gélido y viscoso casi le llega a las rodillas, y oye como los libros rebotan en la pared y caen en él, provocando un chapoteo tras otro. Pone los pies en el estante inferior y se impulsa al de en medio. Apenas ha posado los pies en este, el carro se derrumba.

Se trastabilla a ciegas en las profundidades del montacargas hasta que su espalda golpea contra el asidero del palé. Una ola de la altura de su rodilla la sigue, arrastrando libros y unos pringosos y empapados pedazos de algo inexplicable que hociquea en sus piernas exigiendo su atención hasta que los aparta de una patada. Se da la vuelta, avivando el dolor en su columna, y agarra el asidero. Es demasiado corto y ciertamente demasiado inestable para usarlo para escalar. Es entonces cuando oye el carro golpear contra la pared del montacargas, restañándola por arriba y por abajo. Si el carro flota, ¿podría subirse en él para llegar a la compuerta de escape? No hay otro camino, pues no sabe nadar, y aunque supiera no podría hacerlo en el lodazal que ya sobrepasa sus rodillas. Trata de mantenerse en pie, a pesar de la sustancia y de la oscuridad mientras sus dedos apartan una masa de libros empapados. Sus nudillos van a dar contra una obstrucción más sólida; la parte inferior del carro flota por un lado. Se lanza hacia ella sintiendo una especie de penoso triunfo, y su mano izquierda se cierra sobre un objeto asentado encima del carro.

Tiene rostro, pero no por mucho tiempo. Antes de que su mano se aparte de los apelonados rasgos, o pueda distinguir más de un único ojo indolente y parpadeante del doble del tamaño de su compañero, el rostro se hunde en el frío y gelatinoso bulto que es la cabeza. No sabe qué sonido sale de su garganta mientras lucha por echarse hacia atrás; solo sabe que se siente desesperada por alejarse del carro y de su horrible contenido tanto como le permita la cabina del montacargas.

A su alrededor y a su espalda la rodean libros empapados, obstaculizando su progreso, ya que le llegan a los muslos. El carro se precipita contra su cintura, y tiene que usar toda su fuerza para apartarlo. Golpea la puerta con tal violencia que toda la cabina tiembla. Quizá no sea ese el único resultado, porque a los pocos segundos la ansiosa corriente de agua ya lame sus costillas. Tiene los brazos en alto para no hundirlos, si bien quizá solo lo hace porque no se le ocurre darles otra utilidad. El carro le sacude el pecho. Apenas tiene tiempo de comenzar a rezar para que ya no haya nada en él cuando la reminiscencia de un rostro se moldea justo delante de sus ojos.

Sus rasgos son tan difusos como los del lomo de una babosa, salvo por una sonrisa tan ancha y abierta que bordea la idiotez. Alarga una mano en forma de garra hacia la temblorosa masa sin cuello y la aparta de ella, provocando solo que unas extremidades repten por su nuca y se unan en su cuello. ¿Cómo pueden ser imposibles de separar teniendo tan pocos huesos y músculos que sus dedos ni siquiera los notan, cuando ni siquiera parecen estar seguras de su propia forma? Su

presión va atrayéndola más y más en dirección a la cabeza y a lo que sea que tenga ahora por cara, tan cerca que casi se alegra de que la negrura que invade primero su boca y su nariz, y después sus ojos y su cerebro, sea más sólida que cualquier otra oscuridad.

Angus

—Vale, ¿por qué no hacéis algo que ponga una sonrisa en mi cara? Decidme que algo está arreglado.

—Espero que los fusibles lo estén pronto. Ray ha bajado.

—Parece que hace mucho rato, ¿o ya he perdido la noción del tiempo?

—Parece mucho rato. Quizá es por la hora que es.

—¿Pretendes insinuar que se ha quedado dormido trabajando?

—No, pero tiene que conseguir llegar abajo y hacer lo que tenga que hacer en medio de la oscuridad. ¿Crees que en el futuro sería posible guardar un candil aquí arriba?

—Algo primitivo quizá. Oh, así llamáis vosotros a las linternas. Pensé que Nigel os había conseguido algo de luz.

—Solo aquí, no llega abajo.

—De todas formas, ¿por qué este silencio? No hace falta que únicamente hable Angus.

—La cosa es que Nigel no está aquí.

—No me digas. Nos han abandonado, ¿eh? ¿Cómo es que ha huido?

—Anyes está atrapada en el montacargas y ha ido a ver, bueno, a ver qué puede hacer me refiero, no solo a curiosear. No creo que lo haya conseguido todavía.

—¿Quién?

—Nigel. Me acabas de preguntar sobre él.

—Ya sé lo que he preguntado. Aún conservo el cerebro que traje de América. Lo que te pregunto ahora es cómo has llamado a la chica atrapada en el montacargas.

—Anyes. Probablemente habrás oído que la llaman así. Es como le gusta que lo hagan.

—Y tú intentas hacer lo que le gusta a todo el mundo, ¿verdad, Angus? No piensas que eso puede joder tu trabajo aquí.

—No entiendo cómo llevarme bien con la gente puede hacerlo.

—Estás tan ansioso por agradar que quizá tienes miedo de arriesgarte a hacer algo mejor que los demás, ¿tengo razón? Tienes que saber que eso no ayuda al equipo. De todas maneras, no es eso de lo que hablaba.

—No deberías haberlo dicho, entonces.

—¿Me repites eso? No lo he pillado. Me refería a que su nombre podría ser el problema.

—No veo por qué.

—Entonces piensa en ello. A vosotros los británicos os gusta pronunciar las cosas de forma diferente a como se escribe, ¿verdad? Quizá por eso hemos tenido casos de libros colocados de forma desordenada. Otra palabra mal pronunciada no va a servir

de ayuda.

—Al menos no cometemos los errores gramaticales de algunos de vuestros, como los llamáis, espaldas mojadas.

—Sigo sin poder oírte, Angus. Recuerda que hay una puerta. Bueno, me alegra de que tuviéramos tiempo para charlar un poco, pero supongo que ya hemos descansado bastante. Aquí tienes tu oportunidad.

—¿A qué te refieres? ¿Para qué?

—Eh, ¿de qué estamos hablando?

—No estoy seguro, no me arriesgaré a decir nada más.

—La puerta. Me refiero a la puerta.

Angus atrapa el picaporte y se inclina sobre él para empujar la puerta, pero obtendría los mismos resultados si hiciera lo mismo contra un muro.

—Todavía está atascada.

—No tenemos tiempo para juegos. Esa no es la clase de sonrisa que necesitamos. Si te digo que busques una manera de sacarme de aquí con ello quiero decir que uses la cabeza. Supongo que si Ray y Nigel vuelven no les importará descubrir que les has ahorrado unas cuantas payasadas más —exclama Woody, y añade lo bastante alto para ser oído—: A veces me dan ganas de rendirme por culpa de estos hijos de la Gran Bretaña.

Angus levanta el pie para dar una patada. No pretende mover la puerta, pero Woody no se va a enterar. El ruido podría reavivar sus comentarios, no obstante, y Angus ya ha tenido más que suficiente. Si se las arregla para liberar a Woody, al menos podrá deshacerse de él. El problema es que aun en mitad del silencio, es incapaz de pensar.

Supone que Nigel está ocupado tratando de sacar a Agnes. Mientras él y Woody estaban gritando los pudo oír hacer más o menos lo mismo, tras lo cual la puerta del pasillo de Pedidos chasqueó en dos ocasiones, presumiblemente permaneciendo abierta en algún momento entre cada una de ellas. Ahora Nigel la habrá dejado abierta para que entre la luz del aparcamiento de empleados. Quizás Agnes pueda verla, porque ya no gritaba tan fuerte como antes, el sonido parecía más remoto y finalmente acabó por callarse. Es probable que Angus pueda apartarla de su mente para centrarse en su propia tarea. Da un paso atrás, por si quizá el ver la puerta de Woody desde cierta distancia le fuera a mostrar la manera correcta de proceder.

No puede desatornillar las bisagras. Nigel no pudo encontrar un destornillador, y además, las bisagras están entre el marco y el borde interior de la puerta. ¿Y si el problema es con la cerradura? En una película todo sería tan fácil como insertar una tarjeta de crédito y desatascarla, pero Angus sospecha que si lo intentara la tarjeta se doblaría o quedaría atrapada en el mecanismo, o simplemente se partiría en dos. ¿Hay algo más aquí arriba que pueda usar para manipular la cerradura? Mira a su alrededor,

la habitación parece sumida en una niebla resplandeciente causada por la iluminación de las pantallas grisáceas y oscurecidas por los borrosos iconos.

—Alguien estará contigo en un momento, Agnes, si es que no han llegado todavía. Me perdonarás decir tu nombre de esa forma, pero supongo que puedo reclamar esto como territorio americano, y allí no lo pronunciamos de esa manera. Debería haceros saber a los chicos de abajo que Nigel está teniendo que sacar a Agnes del montacargas, y Ray está a punto de devolvernos el suministro, ¿verdad, Ray? —resuena la magnificada voz de Woody, y eso agrava la incapacidad para pensar de Angus.

No hay respuesta. Sin duda Ray sabe que su voz no va a llegar a Woody. El retorno del silencio permite a Angus reparar en los cajones bajo el escritorio en forma de ele que alberga los ordenadores. Si alguien pone alguna objeción a que rebuscara en ellos, podrá decirles que Woody insistió en que hiciera todo lo necesario para ayudarlo. Está harto de sentirse tonto e inútil, y más que harto de estar solo con la voz de Woody a través de la puerta. Cruza la nublada habitación y abre el cajón de Connie.

Contiene medio paquete de pañuelos metidos en un celofán cuidadosamente entreabierto, un bolígrafo con la punta dentro de la cabeza de un gato manchado de gris por la luz, una tarjeta de cumpleaños repleta de gatos sobre un sobre sin usar y un cargamento de clips esparcidos. Se está preguntando si algunos de ellos podrían servir para hacer una ganzúa, cuando la voz de Woody vuelve a la puerta:

—¿Pensando aún, Angus?

—Hecho —murmura Angus al comprender que la mancha oscura a la espalda del cajón no es una sombra sino una regla de metal de treinta centímetros—. Hecho —repite cuando se dispone a insertar la regla en la ranura junto a la cerradura.

El ángulo de la luz, tal como está, le ha impedido reconocer que el marco sobresale del exterior de la puerta un centímetro. Mete la regla entre ambos elementos y usa las dos manos para escarbar hasta encontrar el cerrojo. Mientras intenta maniobrar la regla alrededor de él, Woody comenta:

—Estás callado otra vez, Angus. ¿Bloqueado?

La palabra que Angus murmura rima con esa, porque ahora la regla no se mueve en ninguna dirección, incluso cuando se inclina tanto sobre ella que parece a punto de provocarle un corte en las manos calientes y húmedas. ¿Puede romper el marco para dejar la cerradura al descubierto? Empuja la regla lateralmente, lo que causa un leve y dubitativo crujido. La delgada línea de sombra entre la puerta y el marco está cambiando, pero nada de esto parece tener sentido. ¿Cómo puede estar empequeñeciéndose o desapareciendo?

—Espera un minuto —dice Angus.

—Llevo haciéndolo muchos minutos.

Si no fuera por la puerta, estarían lo bastante cerca para poder darse la mano, eso si no estuvieran empujándose o dándose de puñetazos o atacándose de cualquier otra manera; la presencia de Woody le hace a Angus sentirse más solo en medio de la tenue luz, especialmente porque todo se está poniendo más oscuro. Al darse la vuelta comprueba que el ordenador de Nigel emite una cantidad significativamente inferior de luz que sus compañeros. Cruza la estancia y agita el monitor en lugar de encenderlo y apagarlo. ¿Realmente los oscurecidos iconos han temblado como hojas muertas en la superficie de una piscina perturbada por una presencia? Lo que de verdad importa es que de la pantalla sale luz, aunque no mucha.

—Actualiza la información.

—Estábamos perdiendo energía, de algún modo.

—¿Sí? Por aquí sigue igual de bien.

Si de verdad está tan bien, Angus siente la tentación de dejarle con ella, pero sabe que la voz de Woody le seguiría hasta donde fuera. Vuelve de prisa a la puerta y lanza todo su peso contra la regla. El marco responde con un crujido incluso más débil que el anterior.

—Te has callado otra vez. Todavía no sé qué estás intentando hacer.

—Intento abrir el pestillo de la cerradura —dice Angus sin separar los dientes.

—Eh, no nos dijiste que eras un caco. Supongo que a partir de ahora tendré que vigilarte de cerca.

Angus supone que Woody está de broma, sin duda sonriendo. Sin embargo, se pone lívido de la rabia. Se arroja contra la regla con toda su fuerza. Algo se dobla, y casi acaba golpeándose contra la pared. El marco ha demostrado ser un digno rival para la regla, que se ha doblado hasta casi la mitad.

Al principio piensa que su visión se ha nublado por la rabia o por el esfuerzo, pero entonces comprende que es la estancia la que se ha oscurecido. La iluminación de las tres pantallas de los ordenadores se ha atenuado y los iconos no son apenas visibles. Corre en dirección al monitor de Nigel e intenta agitarlo para que recupere la razón, pero si consigue algo es oscurecerlo más. Lo deja estar y golpea el de Ray con el nudillo. Inmediatamente, todos los iconos desaparecen, como si la pantalla los hubiera engullido.

Sostiene en alto una mano incierta, como si eso pudiera convencer al ordenador de que no haga algo peor, y en ese momento la pantalla recupera la luz. Eso debería ser un alivio, aunque conlleva la impresión de que una luz se ha encendido en el fondo de un mar de niebla. Se acerca ahora al monitor de Connie y le da un golpe similar a la pantalla con los nudillos.

Al momento, los iconos desaparecen, y teme que la luz haga lo mismo. Parpadea y luego se estabiliza, ¿pero puede confiar en que siga así? Con ambos nudillos, golpea el cristal con el doble de fuerza. Le viene a la cabeza una pecera a la que

propina un golpe para que las criaturas de dentro se despierten, lo cual puede explicar por qué la grisácea palidez que se está hinchando en su dirección parece más sólida que un resplandor; casi tan sólida que parece una cabeza saliendo a la superficie desde el medio que le ha arrebatado su forma. Esa visión le envía de vuelta a la puerta con más ansias si cabe de liberar a Woody. Al echarse sobre el otro lado de la regla para devolverle su forma, da de sí sin apenas resistencia, impulsándole más allá de la puerta con un pedazo de metal en la mano, restañando la madera.

La regla ni siquiera se ha partido por la mitad. Menos de un tercio queda colgando del hueco.

—Suenan a que por fin has conseguido algo —exclama Woody al tiempo que un hormigueo recorre la piel de Angus.

—He roto la regla —dice Angus una vez ha recuperado el control y es capaz de gritar en lugar de chillar.

—¿Que has roto qué?

—La regla con la que intentaba forzar tu puerta.

—Entonces no eres el caco que pretendiste hacerme creer que eras. Supongo que es momento de volver a la fuerza bruta. ¿Quieres que te busque algo de compañía?

No puede estar refiriéndose al ruido de detrás de Woody, tan distante y amortiguado que es prácticamente inaudible. Angus mira a su espalda y se dice que debe de estar soñando despierto, que todo es a causa del hecho de estar en pie a estas horas intempestivas; unas masas grises borrosas no pueden estar hociendo en el interior de las pantallas de los ordenadores.

—¿Quién? —pregunta.

—Intentémoslo con un par de los deportistas de ahí abajo —propone, y tan inmediatamente como Angus comienza a retirar los fragmentos de regla, Woody amplifica su voz—: Ray, Nigel, uno de vosotros o los dos, ¿por qué no dejáis lo que estáis tardando demasiado en hacer y abris una puerta para dejar que pasen Greg y Ross a ayudar a Angus? No entiendo cómo no habéis pensado en eso antes.

Angus tampoco lo entiende, mientras espera una respuesta. Es imposible que no hayan oído a Woody, sin embargo siguen sin responder. ¿Puede el vago sonido a su espalda tener alguna conexión con ellos? Quizá son Agnes o Nigel golpeando las puertas del ascensor. No ha conseguido distinguir nada más cuando la voz de Woody cubre el sonido.

—Vosotros dos no tenéis que esperar fuera, ya sabéis. Quizá si intentáis entrar lo consigáis.

No mucho después, Angus oye una serie de golpes sordos e irregulares escaleras abajo. Son más audibles que los otros sonidos, que sin embargo percibe más cercanos. Cada vez se siente más incapaz de mirar atrás.

—¿Qué pasa contigo, Angus? ¿Oyes algo que yo no oigo? —dice la gran voz de

Woody.

Angus tiene la sensación de que si responde podría atraer la atención sobre él, especialmente cuando lo único que consigue decir es:

—¿Qué iba a oír?

—A Ray o a Nigel, o a ambos, por ejemplo.

Angus aguza los oídos pero el resultado solo aumenta su incertidumbre sobre cuántos sonidos realmente oye y cuál es su procedencia.

—No han dicho nada todavía.

—Greg y Ross, daos un respiro. Angus, dale una voz a Ray y Nigel.

Gritar no es algo que le apetezca a Angus. Observa su pálida sombra aplanándose contra la pared tenuemente iluminada y desea poder ser igual de anónimo y discreto.

—¿Ray? ¿Nigel? Woody quiere saber qué está pasando —grita solo porque sabe que Woody no iba a parar de acosarlo hasta que lo hiciera.

Al principio su llamada solo trae silencio, pero es seguida por una serie de subrepticios sonidos sordos, como si unos objetos demasiado blandos para ser manos o cabezas avanzaran torpemente por un cristal. Pronto la voz de Woody los hace inaudibles.

—¿Algún mensaje para mí?

—No oí ninguno, lo siento.

—No puedo decir que me sorprenda. Parecía que me estabas gritando a mí y no a ellos. ¿Por qué no vas a buscarlos y luego me cuentas? Está claro que no haces nada en este puesto.

Angus se sentiría agradecido de escapar de él y de los ruidos de la estancia, si no fuera porque eso le va a llevar a acercarse a la oscuridad. Es incapaz de decidir qué es peor mientras sale de la habitación. Prefiere evitar mirar los ordenadores, pero la alternativa es observar su sombra ascendiendo como una desolada marioneta sin rostro por la pared. Le hace sentir como un niño asustado despierto en su cama en mitad de la noche, ni siquiera seguro de que se trate de su propia sombra o de lo que hará si la luz desaparece por completo. ¿Por qué no aprendió a conducir? Le hubiera permitido alejarse de la niebla esta noche en lugar de tener que ser traído a Textos por su padre. A medida que la sombra se extiende delante de él, se alarga y se distorsiona como una ameba intentando parecer un hombre, antes de perder fuerza en la puerta de la sala de empleados y derramarse en la oscuridad. Angus se queda junto al umbral y se pone las manos en la boca, aunque sus dedos bloquean la visión de algunas de las indistinguibles figuras de la sala de empleados.

—¿Ray? ¿Nigel? —grita—. ¿Podéis responder?

No quiere esforzarse en escuchar más de lo estrictamente necesario, ya que al hacerlo es consciente del suave e insistente avance en la oficina a su espalda. Seguramente es Woody apoyándose impacientemente sobre la puerta justo antes de

disponerse a exigir una respuesta:

—¿Entonces quién ha dicho qué?

Una taimada y difusa voz imita a la de Woody, mucho más fuerte, y Angus se tiene que convencer de que ha sido causada por los altavoces de abajo, por eso proviene de la oscuridad.

—Nadie ha dicho nada todavía —admite.

—No puedo oírte.

—Todavía nada —grita Angus a través de la oscuridad, que parece saludarle con un inquietante movimiento.

—No te oigo aún. ¿Por qué no intentas hablar solamente conmigo en lugar de con el resto de la tienda?

Angus podría echarle en cara eso mismo, pero se gira apenas lo bastante para exclamar:

—No responden.

—Bien, eso no tiene sentido. No pueden haber ido a ninguna parte. No están en la sala de ventas, ¿verdad, Greg? Tengo razón. Escucha, Angus, no has hecho todavía lo que te he pedido. Te dije que los buscaras, no que nos gritaras. Mejor que no te hagas a la idea de que no tienes que hacer lo que digo solo por el hecho de que esté aquí encerrado durante un tiempo.

El dilema de quedarse en la inestable y tenue iluminación o aventurarse en la oscuridad le parece una pesadilla de la que Angus no tiene posibilidad de despertar. Siendo una pesadilla, tiene la facultad de anular el tiempo, de tal modo que le costaría poder decir cuándo le ha preguntado Woody:

—¿Te has ido ya, Angus?

—Voy.

Angus casi chilla y se da la vuelta para asegurarse de que Woody lo oiga. Lo que cree ver lo propulsa fuera de la estancia, aunque al alejarse deja la mayor parte de la luz fuera de su alcance. Ya no está seguro, o intenta no estarlo, de que las figuras grises estuvieran aplanando sus supuestos rostros contra el interior de las pantallas de los ordenadores, ensuciando el cristal con sus anchas y abiertas bocas de un aspecto tan voraz como estúpido. Se obliga a pensar que el estúpido será él si deja que su mente lo paralice. El único problema es la falta de sueño. Tiene ocasión de probarle a Woody que los británicos dan la cara por el grupo.

¿Está Woody tan preocupado por estar atrapado en su despacho que se ha olvidado de que Agnes debe de estar pasándolo peor que él? Angus cruza la sala de empleados, que parece compuesta por una tenue y no demasiado corpórea niebla, y se inclina sobre la entrada al almacén. Una innecesaria cantidad de oscuridad cerca ambos lados de su cabeza.

—¿Agnes? —grita—. ¿Nigel? ¿Hay noticias por ahí abajo?

Quiere creer que oye a Agnes aporrear las puertas del montacargas, habiendo agotado todas sus fuerzas, pero el sonido no proviene de delante de ella. Solo hay silencio en esta oscuridad. ¿Es incapaz de oírle o está demasiado asustada para contestar? Si es lo segundo, Agnes no se imagina hasta qué punto simpatiza con ella. Nigel debe de haber quedado atrapado en el exterior del edificio; eso explicaría el segundo chasquido de las puertas y la subsecuente falta de respuesta. Angus está a punto de intentar tranquilizar a Agnes diciéndole que ya no se encuentra sola, y de paso a sí mismo, si consigue oírla.

—Angus, si estás haciendo lo que oigo, trata de usar la cabeza —interviene la gigantesca voz de Woody.

Eso no parece requerir una respuesta, lo que al menos significa que Angus no tiene que mirar en dirección a la oficina, desde donde el nubloso resplandor parpadea como si hubiera cosas moviéndose por ella. Angus ruega que sigan haciéndolo dentro y no fuera.

—Deja a Nigel y a Agnes, mira si Ray necesita ayuda. Si los fusibles se arreglan, el montacargas también, es obvio.

Si es tan obvio, ¿por qué no lo mencionó antes? Angus se siente herido por que le haga parecer un idiota delante de toda la tienda.

—Agnes —grita entre sus manos—, voy a ayudar con los fusibles y entonces estarás bien.

El resentimiento hacia el comentario de Woody le conduce a la sala de empleados para demostrarles a todos que no es un inútil. Le sigue tan poca cantidad de la tenue luz que no es apenas capaz de advertir que la puerta hacia las escaleras está cerrada. ¿Es eso lo que hace inaudibles los gritos de Ray? Angus pasa deprisa junto al reloj, sobre todo porque le recuerda a un agujero desde el que podría surgir una cara, y abre la puerta. Cuando está a punto de dar un paso adelante para gritarle a Ray, se choca con un objeto que había agazapado tras la puerta.

Es una silla. Ray debió de bloquear la puerta con ella, pero la barra metálica la hizo caer. Angus empuja la puerta con los hombros y coloca la silla a dos patas contra ella antes de proceder. Hay algo más que oscuridad ahí delante. ¿Están las escaleras inundadas? Si eso es un intento de Ray de reunir aire en sus pulmones, ¿va a parar en algún momento? Incluso si está respirando por la boca, la inhalación es demasiado larga. Le lleva demasiado tiempo a Angus comprender que lo que oye es el quedo gruñido del secador de manos del servicio de caballeros situado entre las taquillas de los empleados y la parte superior de las escaleras. El sonido acuoso también proviene de allí.

—Ray —le llama Angus—, ¿eres tú?

Al momento, el secador deja de respirar. Espera, hasta que comienza a preguntarse si eso era una respuesta, lo que al menos le da tiempo para identificar el

chapoteo de agua en un lavabo. Alguien ha debido de dejar un grifo abierto. Así se quedará hasta que vuelva la luz.

—Ray, ¿puedes decir algo? —dice para meterle prisa, gritando a plena voz.

No es ni mucho menos tan alta como la de Woody, pero él no tiene bocas por toda la tienda.

—¿Alguien más piensa que es increíble que Angus esté todavía gritando y no haya ido al lugar al que se le ha dicho? Uno pensaría que no quiere que tengamos luz para trabajar.

Angus siente la carga de la antipatía de todos, una oscuridad adicional e incluso más opresiva. Está convencido de que Ray se ha refugiado en los servicios, por el miedo a la oscuridad, y ahora está demasiado avergonzado para admitirlo; eso explica el silencio. Si se está escondiendo ahí dentro, Angus no va a molestarlo más. Puede abrir la puerta al pie de las escaleras y dejar entrar cualquiera que sea la luz disponible en la sala de ventas. Justo la necesaria para permitirle encontrar los fusibles, o simplemente ver algo, será más que suficiente.

Se aleja del último rastro de iluminación en el preciso lugar donde las puertas de las taquillas con los nombres de los empleados escritos, sin ningún motivo lógico, le traen a la mente imágenes de lápidas. Hasta que encuentra la barandilla de la derecha para agarrarse, podría haber jurado que estaba a punto de lanzarse a un pozo sin fondo. Sus dudas se disipan cuando vuelve a oír ruido proveniente de los servicios, de nuevo la respiración del secador de manos. ¿No comprende Ray que eso traiciona su presencia? Angus prefiere no imaginarse cuál es el estado mental de Ray para que haya llegado al punto de ponerse a jugar con la máquina en mitad de la oscura estancia. Quizá está desesperado por secarse el sudor nervioso; no es una idea agradable. Ayudará a Ray y a Agnes al tiempo que le enseña a Woody, y a cualquiera que comparta su desdén hacia él, que Angus puede tener éxito en una empresa en la que otros parecen haber fallado. Se aferra a la pegajosa barandilla y da un paso.

Un escalón espera a su pie en el lugar correcto, otro algo más abajo, y así hasta la planta inferior. Solo tiene que confiar en ellos, porque puede ver la meta al fondo de las escaleras, un brillo horizontal tan fino como la hoja de un cuchillo. ¿Ha abierto Ray más el grifo? El sonido no puede estar realmente siguiendo a Angus. Quizá Ray se está echando agua fría en la cara en la oscuridad. Debió de meterse en los servicios antes de que Woody sugiriera que él y Nigel dejaran entrar a Greg y Ross. Ahora es cosa de Angus; la lámina de luz, a la que se acerca a cada escalón que desciende, lo confirma. Entonces pisa una superficie sin borde. Ha llegado a la planta inferior.

El suelo resplandece a causa de la vaga luz. Se agarra a la barandilla mientras baja el otro pie, y luego avanza a grandes zancadas por el pasillo. Su mirada está fija en la luz bajo la puerta, pero no hay nada que le haga sentir la necesidad de andar con cuidado. Ni siquiera ve venir el objeto que se enreda en sus pies y le hace caer de

frente en la oscuridad.

¿Es la oscuridad más profunda de lo que debería, o se trata de algo que ha venido a su encuentro? Cuando las palmas de sus manos se encuentran con el suelo, estas empiezan de inmediato a vibrar, lo cual es comparativamente tranquilizador. Entonces el dolor comienza a remitir, permitiéndole preguntarse con qué ha tropezado. Se levanta vigorosamente para alejarse de ello, pero no antes de llegar a la conclusión de que el objeto es un cuerpo. Alguien yace demasiado quieto en el suelo.

Angus se apoya contra la pared y luego se obliga a alargar la mano. Sus dedos tocan las suelas de un par de zapatos. Parecen finos y ligeros, y se hallan alejados el uno del otro, lo que le trae a la cabeza los andares de un payaso. La suela derecha está deformada por una cavidad, en la que se resiste a meter un dedo. No cree que sea una información que Ray quisiera proporcionarle. Avanza hacia delante de rodillas y localiza una de las manos de Ray, que está o ha estado arañando la moqueta. Angus la levanta por la muñeca para buscarle el pulso, y no es que sepa lo que está haciendo; ni siquiera está seguro de discernir cuál es el que procede de su propia mano magullada. Los dedos de Ray caen sobre el dorso de esta. Su roce intranquiliza a Angus, están dañados de alguna manera; han sido objeto de violencia. Agarra la muñeca, pero sus propias magulladuras le impiden tener la certeza de que hay pulso. Deja caer la mano con cuidado, y se desplaza por el costado de Ray hasta darse cuenta de que las perneras de sus pantalones están mojadas. Sus rodillas están hundidas en agua.

El suelo en el lado izquierdo del pasillo, donde se encuentran los fusibles, está inundado. Ahora entiende por qué lo ve brillar y por qué pensó que el sonido del agua le estaba siguiendo escaleras abajo. Si Ray estaba de pie sobre el agua cuando intentaba arreglar los fusibles y tenía un agujero en los zapatos... ¿no se supone que los fusibles modernos están preparados para ser seguros en tales circunstancias? La pregunta sin respuesta parece despertar a Ray, Angus oye movimiento a su derecha, y aguzando la vista advierte el vago contorno de una cabeza levantándose.

Instintivamente alarga una mano magullada para sostener el cuello de Ray. Sus dedos se hunden en la masa hinchada hasta los nudillos. Resuella y se ahoga, y al agitarlos siente la sustancia aferrarse a él como barro. No es lo bastante rápido para esquivar un par de fríos y rechonchos labios que le asen la palma. Entonces, el objeto que se posaba en el pecho de Ray salta encima de él con un sonido similar a un saco de gelatina, y repta pesadamente para tomar una posición entre Angus y la puerta.

Puede oír voces discutiendo tras ella. Sus colegas no andan muy lejos, pero no servirá de nada gritar para pedir ayuda; no han sido capaces de abrir la puerta desde su lado. El no puede desde el suyo. Ha perdido la habilidad de moverse o hablar ante la expectativa de ser rozado por la achaparrada y blanda figura en la oscuridad. Entonces llega un momento en el que el pánico le infunde movimiento a sus pies y

estos intentan conducirlo de vuelta al lugar de procedencia, no sin trastabillarse. Sabe que está dejando a Ray atrás, pero Ray no está en condiciones de quejarse; si lo estuviera no hubiera podido soportar tener ese objeto sobre el pecho. Angus agarra la barandilla e intenta emprender la retirada, pero tiene tanto miedo de tropezarse de nuevo que se da la vuelta y se impulsa hacia delante, encarando la oscuridad. El agua le salpica en el otro lado de las escaleras, hace todo lo posible por ignorar el sonido y tratar de permanecer tranquilo y creer que no oye nada merodeando a su espalda. Ha sobrepasado ya la mitad del camino cuando distingue un sonido que no es agua. Proviene de arriba.

Debe de ser Woody. Ha sido capaz de liberarse de alguna manera. Sus pasos son blandos y deliberados, descansa en cada escalón y hace una pausa antes de cada descenso. Nadie le culparía por tener cuidado. Angus cierra la mano en la barandilla, preguntándose por qué no puede sentir que Woody también está aferrado a ella.

—¿Woody? —dice—. Vuelve. Hay...

Su voz empieza a vacilar desde el momento en el que ha pronunciado el nombre de Woody, porque al hacerlo provocó una respuesta. No se la puede describir como una palabra, pero es sin duda una negación, un grave gruñido que sugiere que el interlocutor no mueve demasiado la boca. Durante el tiempo que el recién llegado tarda en dar dos laboriosos pasos hacia él, es incapaz de moverse, lo cual lo enrabieta de tal modo que le impulsa a ascender.

—No te tengo miedo —grita o chilla, o al menos lo intenta. Pero sí que lo tiene, y se gira a ciegas; no tiene adonde ir. Siente como si incluso las escaleras se hubieran hartado de él, porque se apartan de su alcance y la barandilla evita su agarre. Durante más tiempo del que jamás hubiera soñado solo percibe una asfixiante oscuridad. Entonces el suelo del pasillo le rompe el cráneo, dejando escapar sus sesos y permitiéndole entrar en la oscuridad, concediéndole únicamente el tiempo justo para sentir que algo se le acerca ansiosamente desde la oscuridad para reclamarlo, sea lo que sea.

Connie

—No hay necesidad de parar ahí abajo —la rodea la voz de Woody desde todas las oscuros rincones de la sala de ventas—. No hay necesidad de rascarse la barriga. Veis mejor que nosotros.

Connie lo duda en su caso. No le gustaría ser una de las personas atrapadas arriba sin luz ni ventanas, pero Woody no puede echar de menos la iluminación si su monitor sigue funcionando. Espera que se concentre en abrir la puerta. Ya se siente lo suficientemente degradada por no poder abrir con su tarjeta la puerta que conduce a los fusibles, para que observe todas sus acciones y le de órdenes como si fuera una más de la *troupe* de marionetas. Aunque desearía no ser la única encargada en la planta de abajo, es sobradamente capaz de hacerse cargo. Solo tiene que aceptar la visión de la sala de ventas, ahora que ha sido conquistada por el resplandor de afuera. Además de haber arrebatado de todo color a las hordas de libros, la luz grisácea parece haber traído consigo algo de la niebla asentada sobre la pared trasera, donde las sombras son tan gruesas como el barro. Examina los rostros de los empleados que se han retirado hacia las ventanas buscando una mejor iluminación. Todos parecen embotados y mermados por la escasa luz. Greg se ha quedado en su sección y levanta libros tenazmente del suelo para escudriñarlos con tal fuerza que se le tuerce la boca en una sonrisa inconsciente cada vez que busca el lugar adecuado para ellos en el estante.

—No hay motivos para discutir, ¿verdad? —dice Connie dirigiéndose a todos—. Tenemos suerte de estar donde estamos.

No le importaría obtener alguna respuesta a su intento de levantar los grises espíritus, aparte de encogimientos de hombros o murmullos. Incluso Greg parece demasiado ocupado para mostrar su conformidad, a no ser que piense que su despliegue de implicación lo coloca por encima de la necesidad de responder.

—No tengáis miedo de decirme que estoy equivocada —dice Connie—. Levantad la mano si preferiríais estar arriba.

Jill tensa sus labios mientras sus ojos dan un posible indicio de sonrisa a punto de surgir, y los dedos de Mad se agitan como si estuviera considerando la idea, pero nadie más llega tan lejos.

—Bien entonces.

Connie busca un modo de mostrar algo de entusiasmo.

—Preferiría estar en la cama —murmura Ross con demasiada claridad.

—Estoy segura de ello, pero ninguno de nosotros tiene ahora la posibilidad de estar allí ahora, ¿verdad?

Connie no es inmediatamente consciente de que no debería haber dicho eso mientras miraba a Mad. Le dedica una fugaz sonrisa de disculpa, que no parece servir

de mucho; parece un mero intento de esa expresión que Woody lleva cierto tiempo sin tratar de forzarles a dibujar en sus rostros, gracias a Dios.

—Veamos en qué estanterías podemos trabajar —sugiere— hasta que Ray nos devuelva algo de energía.

—No creo que tuviéramos mucha de todas formas —murmura Jake.

—Esa clase de comentario no va a arreglar nada —arguye Greg—. No hay necesidad de que hagas el papel de Agnes en su ausencia.

—Podría sonar igual que otras personas mucho peores.

—¿Por qué tienes que sonar como una mujer entonces?

—Algunos de nosotros pensamos que no hay nada de malo en ello —intercede Mad.

Acompaña su comentario con una mirada dedicada solo a Jill, y Connie intenta dejar aparte su resentimiento cuando sugiere:

—Vamos a concentrarnos en las estanterías junto a la ventana. No creo que tengas problemas con eso, Jill.

—Estaré contenta mientras alguien me eche una mano con mi sección.

—A mí me podría venir bien una de vez en cuando —dice Mad.

Connie sospecha que Ross se pueda tomar eso como la entrada para una posible respuesta que a Mad, más que a cualquier otra persona, no le gustaría escuchar.

—¿Podemos hacer todos un esfuerzo para llevarnos bien? —dice—. Tener que aguantar esto tendría que unirnos.

La sección de Jill consta de tantos pasillos como empleados hay ahora mismo en la sala de ventas, lo que significa que Greg no tiene excusa para quedarse en el suyo.

—En realidad, Greg, quise decir que todos nos reuniéramos aquí —le hace saber Connie.

Del libro que sostiene en alto parece surgir un rostro rudimentario y resplandeciente en la portada, luego la luz pierde el reflejo y desaparece.

—Intento ver dónde va esto —dice—. Nunca dejes un trabajo a medias.

No va a encajar el golpe. Cuando se da cuenta de que está perdiendo el tiempo intentando pensar un comentario que demuestre quién está al cargo, se retira a uno de los pasillos de Jill. Mientras coloca libros decolorados por la oscuridad, observa de reojo a Greg hasta que este se digna a unirse a sus compañeros. Ha estado tan pendiente de él que se ha perdido el comienzo de una conversación entre Jill y Mad.

—A mí tampoco me gusta —dice Jill.

Connie lo intenta pero no consigue ignorarlas.

—¿Qué es lo que no os gusta a vosotras?

—El aspecto que tiene todo ahí afuera —dice Mad.

—Yo lo veo igual que antes, y de todos modos estamos dentro, no fuera.

—Mad estaba diciéndome que la tienda parece estar atrayendo a la niebla.

Es culpa de Connie que todo el mundo haya oído eso. Solamente Greg se controla ostentadamente para no mirar por la ventana y se asegura de que se le oiga colocar. Connie desearía que la niebla, su palidez, su dubitativo y sigiloso progreso, evidente gracias al resplandeciente rastro, no le recordara al enorme cuerpo de un caracol que avanzara desde el oscuro e invisible cielo.

—Alguien estará contigo en un momento —dice una enorme voz surgiendo entre la grisura.

Woody hace una pausa lo bastante larga para que Connie asuma que se refiere a los empleados de abajo, pero entonces nombra a Agnes, aunque no de la manera preferida por ella. Se cuestiona la pronunciación de alguna forma, y destaca lo poco americana que resulta, para luego acabar revelando que Agnes está atrapada en el montacargas. Su voz se desprende de los múltiples nidos situados en los rincones de la tienda, sin conseguir noticias del progreso de Ray en su misión de arreglar los fusibles, y Connie descuelga el teléfono de Información.

—Sí, Connie. Estoy aquí —le responde antes de darle tiempo a colocárselo en la oreja.

—¿Estamos seguros de que Nigel será capaz de sacarla?

—Supongo, ya veremos.

Al menos Connie comprende ahora por qué antes oyó las puertas del pasillo de Pedidos chasquear dos veces. Nigel ha debido de estar intentando hacer entrar algo de luz, y no pudo mantenerlas abiertas.

—¿Cuánto tiempo ha estado ahí dentro?

—Es de suponer que desde el apagón.

Eso es demasiado tiempo encerrada a oscuras. Por muy molesta que sea Agnes, dadas las circunstancias, los comentarios de Woody sobre su nombre han sido bastante imperdonables.

—¿Crees que deberíamos llamar a los servicios de emergencias? Espero que se dediquen a sacar a gente de los ascensores —sugiere Connie no sin algo de esfuerzo.

—No había pensado en ellos. Haré todo lo que haga falta.

—¿Tendrás su número, verdad? No hay necesidad de que te diga que no es el mismo de América.

—Correcto, no hay necesidad.

—Entonces te dejo con el asunto, ¿no? El de llamarlos, me refiero.

—Puedes apostar por ello. ¿Por qué no te concentras en animar a tu equipo con más fuerza? Quedará mucho tiempo para ordenar cuando las luces vuelvan.

—¿Va a llamarlos? —dice Ross apenas ha posado el auricular en el sitio correspondiente.

—Eso he entendido.

—Es lo que ha dicho.

—Va a llamarlos.

—Mientras lo haya dicho... —se siente Mad aparentemente obligada a comentar—. Acababa de decirle eso a Anyes, ¿no? Lo de que no siempre los americanos hablan como nosotros. Podía haberse ahorrado esos comentarios mientras ella estuviera encerrada en el montacargas.

—Woody también está encerrado —interviene Greg—. Quizá piense que solo es cuestión de tener algo de aguante durante un rato.

—En absoluto es lo mismo —arguye Jill—. Preferiría estar donde él, en el mismo lugar me refiero.

¿En qué posición te gustaría estar con él en medio de la oscuridad? En lugar de preguntarle eso, pues no tiene idea de por qué se le ha pasado por la cabeza, Connie dice:

—¿Podemos al menos asegurarnos de no parar de colocar si queremos seguir charlando? Tenemos que adelantar.

—Eso va por todos, ¿verdad? —pregunta Jake.

—Todos y cada uno, por supuesto.

Alza la barbilla y señala con su cara las estanterías de Greg, que frunce el ceño y separa un poco los labios revelando sus dientes apretados.

—Yo no dejaría la boca abierta mucho tiempo, Gregory —le aconseja Jake con deleite—. Nunca sabes lo que cualquiera estaría tentado de meter ahí dentro.

Connie tiene la sensación de que la luz mortecina no les está arrebatando solo el color, como si esta y la interminable noche los estuviera reduciendo a una cruda esencia de sí mismos.

—Creo que ya hemos tenido bastante charla —dice—. No ayuda a nuestro trabajo.

Greg se agacha furioso para coger un libro. Jake sonrío para sí antes de hacer lo mismo. Connie teme exacerbar los ánimos si añade algo más, y en lugar de eso intenta concentrarse en colocar. Tiene que sostener cada libro junto a la ventana del escaparate para aprovecharse de la esquiva luz; diría que cada repetición de ese gesto atrae un poco más la niebla hacia ellos. Greg tiene la firme determinación de dar ejemplo o bien de desafiar a todos a igualar su velocidad; hace tanto ruido con los libros que virtualmente oculta un breve alboroto en el pasillo de los fusibles. No puede significar que Ray los haya arreglado, ya que las luces continúan muertas. Connie se está preguntando si debería averiguar cómo le va cuando en ese momento Woody proclama que Ray y Nigel deberían dejar entrar a Greg y Ross.

—Ya tendrían que haber sido capaces de hacerlo —se queja Greg, pero esa parece ser la única respuesta. Aparte del repiqueteo de libros en los estantes no se oye nada más; no hay señales de actividad tras las puertas. Connie no puede juzgar cuánto tiempo pasa, pues este es tan inerte como la niebla, antes de que Woody anuncie:

—Vosotros dos no tenéis que esperar fuera, ya sabéis. Quizá si intentáis entrar lo consigáis.

Al tiempo que Greg avanza hacia la puerta detrás de la que se encuentra Ray, mira atrás para meterle prisa a Ross, que va camino de la otra. Connie no puede evitar sentirse resentida al ver como Greg pasa su tarjeta por el lector, como si esta fuera a encontrarse más dispuesta a dejarle paso a él que a ella. En realidad, no debería alegrarse secretamente de que tampoco le conceda a él permiso para cruzarla. Greg y Ross compiten dándole golpes a las puertas con los hombros, y Ross es el primero en rendirse.

—No creo... —resuella y se toma tiempo para respirar—. No creo que Nigel esté ahí.

—Ya había considerado la posibilidad de que no estuviera —dice Greg y le propina a la puerta un poderoso pero inútil golpe.

—¿Y cómo es eso, Greg? —consigue contener su irritación lo suficiente para preguntar.

—Lo oí salir antes. Ahora estoy seguro de lo que oí. Habrá ido a avisar a los de seguridad. Debe de haber estimado que hacían falta en el montacargas.

—¿Por qué no telefoneó en vez de hacer eso?

—No podía hacerlo desde donde estaba, ¿no? Hubiera tenido que subir otra vez a oscuras.

Connie se siente estúpida porque haga falta que le digan todo eso, especialmente teniendo en cuenta que debería saber las respuestas a todas esas preguntas. Sin duda, Greg es el más convencido de que sería un mejor encargado, sobre todo porque ella es una mujer. Intenta encontrar una forma de demostrar que su teoría sobre Nigel es incorrecta.

—Danos una explicación a lo de Ray entonces, Greg —dice Jake.

—No tengo constancia de nada que haya necesidad de explicar. Es un buen encargado.

—Salvo por que parece estar escondiéndose de ti.

—No sería yo el que... —Del enigmático rostro de Greg surge una oscuridad de la que él es el único causante, al darse cuenta de que ha permitido que se le malentienda—. Si estás preguntando por qué no ha llegado a la puerta, debe de ser porque está muy ocupado con los fusibles. Y es un trabajo lo suficientemente duro para detenerse y dejarlo a medias.

—Deberíamos oírle —dice Ross—. ¿No lo has oído?

—No con el ruido que estábamos haciendo.

—¿Y ahora que no lo estamos haciendo?

—De momento no.

—Trata de gritarle algo —sugiere Connie—, ¿o preferirías que lo hiciese yo?

—Soy perfectamente capaz. —Greg les da la espalda a todos y se inclina sobre la puerta, donde su sombra se encoge—. ¿Ray? —grita, y las manos de su sombra se mezclan con la silueta sin rostro que es su cabeza—. Ray —grita de nuevo a través de sus manos—. Ray.

—Parecen tres hurras sin destinatario —se mofa Jake.

Connie está a punto de apresurarse hacia la puerta detrás de la que Ray seguramente se encuentra, cuando la voz de Woody aparece encima de su cabeza:

—Angus, si estás haciendo lo que oigo, trata de usar la cabeza.

—No me puedo imaginar lo que Woody no quiere que haga Angus en la oscuridad, ¿puedes tú, Greg? —exclama Jake.

—Jake, para un ratito —sugiere Jill.

—Bueno, no quería molestar a nadie.

Connie no tiene ninguna duda de que Greg se cree con el deber de responder. Está a punto de interceder para que eso no ocurra cuando Woody la interrumpe:

—Deja a Nigel y a Agnes, mira si Ray necesita ayuda. Si los fusibles se arreglan, el montacargas también, es obvio.

—No es tan obvio, ¿verdad? El montacargas podría no funcionar con los mismos fusibles. Los teléfonos no lo hacen —protesta Mad tras soltar un libro en un estante superior.

—Woody sabe perfectamente qué va con qué —dice Greg, convencido.

Woody no sabe que Ray no responde, o que Nigel ha salido en busca de ayuda. Nigel parece estar tomándose su tiempo, y mientras tanto, ¿qué se supone que ha de hacer Agnes? Connie marcha camino de la puerta en la que Greg está perdiendo el tiempo y llama con los nudillos.

—Ray, puedes al menos hacernos saber que estás ahí.

No le ha gritado. El hecho de que le griten puede hacer que se distraiga y se sienta lo bastante molesto para no dignarse a responder. Pone la oreja en la pared a tiempo para captar un inquieto e impaciente movimiento, y luego un brusco gruñido. Estará demasiado ocupado o concentrado para hablar.

—Misión cumplida, Greg —dice—. Quizás algunas cosas necesitan de un toque femenino.

—No le he oído.

—Yo sí. —Se encuentra muy cerca de perder la calma por culpa de tu manía por meterte en todo—. Y no quiere que le molestemos mientras está trasteando con los fusibles en mitad de la oscuridad.

Observa a Greg con una paciencia que le provoca una sensación de tibia pesadez en los ojos, hasta que al fin vuelve a sus estanterías. Le divierte advertir como Greg no se permite transmitir la sensación de que no quiere moverse, lo cual podría connotar falta de implicación con la tarea y con la tienda.

—¿Alguien más piensa que es increíble que Angus esté todavía gritando y no haya ido al lugar al que se le ha dicho? Uno pensaría que no quiere que tengamos luz para trabajar —exclama Woody.

¿Es Angus otra de las distracciones que impiden que Ray responda? Connie regresa al pasillo donde estaba colocando y coge un libro en cada mano para aumentar el ritmo, pero se da cuenta de que intentar leer dos portadas en el débil hilo de luz lo aminora a la mitad. Vuelve al antiguo método, esperando furiosa que Greg no lo haya notado. Coloca varios libros, causando unos sonidos que pretenden ser triunfales pero que no transmiten otra cosa que no sea monotonía.

—¿Soy la única que cree que estamos dando muchas cosas por sentado? —interviene Mad.

Aparentemente así es, porque Greg tiene tiempo de colocar ruidosamente un par de libros antes de que Ross participe.

—¿Respecto a qué?

—Obviamente has oído a Ray, Connie, y entiendo por qué no dice mucho, pero ¿cómo estás tan segura de que Nigel ha ido a buscar ayuda, Greg?

—Quizá tú puedas decirme adónde más puede haber ido.

—Supón que simplemente ya no podía aguantar verse sumido en la oscuridad. Quizá no haya ninguna luz en absoluto ahí dentro.

—Por favor —se enfada Greg, y en caso de que no tenga el cerebro suficiente para entender la razón, añade—: Los encargados no actúan de esa manera.

—Yo podría hacerlo.

Al instante Connie desea no haber dicho eso, ni siquiera para sugerir que Mad tiene parte de razón, pues Greg emite un breve y bajo «ajá» que Connie considera el sonido más insultante que ha escuchado jamás.

—¿Incluso dejando a Agnes... a Anyes, en el montacargas? —le pregunta Jill cuando está a punto de descargar toda su ira contra Greg.

—Tienes razón, no me imagino a Nigel haciendo tal cosa.

—Si fue a buscar ayuda —insiste Mad—, ¿por qué no ha vuelto? Ha tenido tiempo de ir paseando por todo Fenny Meadows desde que oímos la puerta.

—Obviamente —dice Greg, con la única intención de crear suspense en su público mientras se agacha a recoger un libro y alza su rostro gris sobre las estanterías—, los guardias no estaban en su garita y ha tenido que ir a buscarlos.

Mira a través del escaparate y de nuevo posa sus ojos en el libro. Por un instante, Connie cree distinguir actividad en la niebla, pero las inestables figuras que debe de haber imaginado no eran ni por asomo tan altas como Nigel o un guardia, por lo que aparta esa impresión de su mente.

—¿Se me permite hablar ya? —dice Jake.

—Ya lo has hecho —dice Greg—. Intenta decir algo que merezca la pena.

Si alguien tenía que darle permiso a Jake, esa era Connie. Está a punto de decir eso cuando Jake le da la espalda teatralmente a Greg.

—¿Ese no ha sido Angus? —pregunta.

—¿Cuándo? —dice Mad.

—Cuando estabais discutiendo sobre Nigel.

—Nadie discutía —le informa Greg—. Estábamos sopesando la situación. Algunos de nosotros tratamos de no convertirlo todo en una riña de colegialas.

Jake mira a todos para ver si alguien se ha ofendido, lo que provoca que Connie sienta tanta antipatía por él como la que ya sentía por Greg.

—Llámallo como quieras —insiste Jake—, estabais discutiendo.

Su victoria acaba con toda conversación.

—¿Qué crees haber oído? —pregunta Jill con visible desgana.

—Angus llamándonos, o intentando hacerlo. Sonaba un poco estridente.

La expresión de Greg sugiere que la estridencia es solo cosa de Jake.

—¿Alguien más ha oído algo semejante?

Aunque nadie parece querer ponerse del lado de Greg, el silencio denota lo contrario.

—Bueno —dice Jake—, si no era Angus tuvo que ser Ray.

Greg se ríe con una corta risita teñida de lástima e incredulidad, pero Connie se pregunta si la insistencia de Jake es para hacer que Greg se ponga tan nervioso como lo está ella, o simplemente le falta inteligencia. Antes de que pueda decirle a Jake que se guarde sus imaginaciones, Jill dice:

—¿Por qué nosotros no lo hemos oído?

—Me sorprendes, Jill —responde Greg, haciendo hincapié en su nombre—. Obviamente porque no había nada que oír.

—No me refiero a eso, Connie. Angus debe de haber llegado ya abajo, ¿por qué no les oímos hablar?

Connie intenta controlar su resentimiento por que alguien tenga que sugerir esa idea mientras avanza por el cada vez más oscuro pasillo hacia la salida de la sala de empleados. La iluminación de la salida no es mucho mejor que la total oscuridad. La oscuridad le empieza a recordar el aspecto de su dormitorio una noche de su niñez, en la que se despertó en mitad de la noche y encontró todas las puertas moviéndose lentamente en la oscuridad, para después detenerse por obra de lo que quiera que se escondiera tras ellas. Tiene la tentación de golpear la puerta para perderle el miedo y de paso conseguir una respuesta.

—Siento molestarte, ¿está Angus contigo, Ray?

—Oh sí.

No puede ser otra cosa que la amortiguada voz de Ray, a no ser que sea la de Angus. Cualquiera que sea el interlocutor, parece estar preocupado, pues apenas es

capaz de formar las palabras.

—¿Estáis los dos bien? —pregunta, aunque no finge sentirse deseosa de volver a oír la voz de nuevo.

—Oh sí.

Al menos ambos responden, aunque las palabras suenan incluso con menor claridad; podría pensar que sus bocas se están desprendiendo. Tiene la grotesca e innecesaria noción de que se está convenciendo a sí misma de que los reconoce, en realidad no distingue cuál es cuál. Concretamente, no ve ningún motivo por el que puedan considerar sus preguntas como algo gracioso. La impresión de que están a punto de estallar en carcajadas la conduce a preguntar:

—¿Cómo lo lleváis?

Le gustaría creer que no han repetido la misma respuesta, aunque esta vez con unas voces tan espesas que suenan embadurnadas de alegría. Las monótonas sílabas son apenas comprensibles, pero en eso también influye la intervención de Woody.

—¿Qué pasa contigo, Connie? Parece que no mucho.

Coge el aparato más cercano, que parece un hueso brillante. Tiene que agacharse hasta el aparato para ver cuál es el botón adecuado para amplificar su voz.

—Estoy intentando averiguar qué están haciendo Ray y Angus. Pensé que querías saberlo.

Al momento siguiente, Woody se transfiere al auricular.

—¿Y qué hacen?

—No estoy segura. Escucha tú mismo. —Sostener el teléfono en dirección a la puerta no ayuda a aliviar su nerviosismo, pues su sombra se alarga en forma de larva sobre los lomos de los libros—. Ray, Angus —grita no obstante—, Woody está a la escucha en el teléfono por si queréis hacerle saber lo que estáis haciendo.

Desea fervientemente que vuelvan a repetir su frase, pero llega a la conclusión de que era una simple broma infantil a su costa cuando el silencio, más burlón si cabe, es todo lo que obtiene por respuesta.

—Vamos, antes hablasteis. Woody quiere oíros ahora. —Arroja el auricular con tal fuerza contra el silencio que casi golpea la puerta con él. Una vez que el brazo comienza a dolerle de mantenerlo extendido, devuelve el aparato a su oreja—. No contestan.

—¿Podría ser que no les guste tu tono?

Le parece algo tremendamente injusto.

—Quizá tú podrías enseñarme cómo hacerlo.

—Sonríeme y deseo concedido. —Al sacar los dientes y mostrárselos al techo, Woody reacciona—. Espero que puedas darle a tu equipo mejor ejemplo que ese. —Y lanza su voz al aire—: Ray, Angus, Connie sostiene el teléfono junto a la puerta. Habladme alguno de los dos.

Moverse entre la oscuridad le agrada a Connie menos que nunca. La puerta no se mueve ni está a punto de abrirse; simplemente es incapaz de mantener quieta la sombra del aparato.

—¿Estás segura de que pueden oírme? —explota la voz de Woody segundos después.

—Si puedes oírme a mí —grita—, podrás oírles a ellos.

—Ray o Angus, decidme algo.

Connie tiene que observar como la puerta tiembla inquieta por unos largos momentos antes de que la voz de Woody se torne diminuta de nuevo.

—Dime que los has oído y yo no.

—Esta vez no.

—¿Qué dijeron antes?

—Nada con sentido.

—Para ti quizá, ¿podría tratarse de eso?

—Para nadie —considera, y se da la vuelta para llamar la atención del resto de la tienda—. ¿Qué pensáis que querían decir?

Los cinco rostros grises pierden brillo y definición al volverse hacia ella. Una vez que todos han terminado de pivotar, parecen delegar en el murmullo de Jill.

—¿Quiénes?

—Ellos —dice Connie, limitando parte de su rabia a agitar el pulgar por encima de su hombro—. La pareja cómica, Ray y Angus.

—No sé si crees que esto es gracioso, pero no los he oído.

Connie está a punto de señalar lo poco divertida que encuentra ella la situación, pero advierte que la sordera es compartida por los demás.

—Bueno, yo sí los oí —dice, y se vuelve a colocar el auricular en la cara—. Los oí, pero no decían demasiado.

—Supongo que están muy ocupados haciendo lo que les mandé hacer.

Le ha devuelto a la conclusión a la que llegó hace mucho tiempo. Tiene la impresión de que sus habilidades para pensar y comunicarse están a punto de alcanzar un estado inerte y ya están dejándose arrastrar por el tiempo.

—¿Quieres que los deje tranquilos entonces?

—Eh, ese es un buen plan. Sigámoslo.

Baja el teléfono para no sentir la tentación de replicar, y en ese momento Jill da varios pasos rápidos por el pasillo con la palma de su mano al frente.

—Connie...

—¿Has decidido que no me he imaginado lo que oía?

—No, me preguntaba si deberías preguntarle cuándo van a venir a por Agnes.

Connie quiere escapar de la oscuridad pero alza el aparato de nuevo.

—Me pregunto...

—Ya he oído lo que alguien se pregunta. No hace falta que hables por ellos.

—¿Cuál es la respuesta entonces?

—No.

Tiene que tomarse su tiempo para tener la certeza de que no es cosa de su cerebro que la respuesta no tenga nada que ver con la pregunta.

—Me estás diciendo...

—¿Por qué tenemos que llamar a nadie teniendo a Nigel?

Connie ahoga una prolongada respiración para comenzar una explicación que teme pueda dejarle sin la poca paciencia que le queda, pero entonces una idea surge de debajo del peso que oprime su mente:

—Porque podría sacarte a ti también.

—Me has pillado. Intenta llamar.

—Lo haré entonces, solo...

Agita la mano de forma generalizada hacia sus compañeros y coloca torpemente el aparato en su lugar antes de que Woody diga nada más. Quiere estar cerca de los escaparates y de los demás, sobre todo por la desagradable y seguramente irracional creencia de que alguien se ha acercado al otro lado de la puerta y tiembla de mudo divertimento. Avanzando por la sucia oscuridad del pasillo de Psicología, los hombros se le tensan por el temor de que la voz de Woody caiga sobre ella como una araña. No obstante, consigue llegar al mostrador sin que eso ocurra.

—No dejéis que os demore —dice, ya que incluso Greg se ha parado a observarla. Coge el teléfono más cercano y marca el número de emergencias, luego se queda mirando a la niebla como si su visión pudiera ayudar a conseguir una respuesta.

Solo consigue confundirla. Se imagina que puede oír las acometidas de la niebla, fingiendo estar cediendo terreno pero acercándose poco a poco realmente. Por supuesto, el ruido se limita solamente a la electricidad estática, aunque suena cada vez más densa y sólida. Corta la conexión y se inclina sobre las teclas para asegurarse de que está consiguiendo acceso a una línea exterior antes de volver a marcar. El mismo sonido sale del auricular, y un tercer intento aumenta el volumen de la estática. En lugar de dejarse arrastrar por la idea que trata de asaltar su cerebro, corta y pulsa el botón del intercomunicador para marcar la extensión de Woody.

—No puedo llamar a nadie del exterior.

—Yo mismo podría haberte dicho eso.

—¿Y por qué no lo hiciste? —dice a través de una dentadura nada sonriente.

—Pensé que era mejor que lo intentaras tú misma, por si a alguien se le ocurría la idea de que yo trataba de evitar que llamas.

Connie supone que tiene razón, pero le intranquiliza darse cuenta de lo desconfiados que se han vuelto. Parece intensificar la amenaza de la espeluznante y

sobrenatural luz y de las sombras que cubren la mayor parte de la tienda.

—Estoy seguro de que nadie puede pensar eso de mí ahora.

—Supongo que eso merece una sonrisa.

—Eso espero.

Para cuando comprende que no se la pide a ella ya le ha dedicado una sonrisa culpable al techo.

—No tengo nada más que decir si tú tampoco —dice Woody, y es su único alivio, si es que llega siquiera a eso.

Al darse la vuelta tras soltar el teléfono encuentra a Jill observándola.

—¿Qué idea te alegrabas tanto de que ya no pudiéramos tener? —dice al fin.

—Nada, Jill, de verdad. Sería feliz si todos tuviéramos las mismas ideas.

El súbito rostro inexpresivo de Jill le indica a Connie que no debería haber usado esas palabras.

—¿Qué vamos a hacer respecto a Agnes? —pregunta Jill, y tiene que costarle un mundo decir únicamente eso.

—¿Qué sugieres?

—¿Acabamos de oír como decías que Woody tampoco podía llamar? Nigel ha tenido tiempo de sobra. Alguien más debería ir a buscar ayuda.

—¿Te estás presentando voluntaria?

Jill mira la niebla durante un instante, y esta parece saludarla con una danza deslizante.

—Si no lo hace otra persona.

El resto de caras se giran inertes en dirección a la luz grisácea, hasta que Ross se aclara imperceptiblemente la garganta.

—Yo lo haré.

—¿Hacer el qué? —objeta Greg.

—¿No es mejor que intentes llegar a la garita de seguridad primero por si acaso, Ross? —sugiere Jill dándole la espalda a Greg—. Si allí no hay nadie tendrás que llamar desde Stack o' Steak. Abren toda la noche, ¿verdad?

—Nigel ya habrá pensado en eso —dice Greg.

—¿Qué quieres que hagamos entonces, Greg? —exige saber Jill, girándose para encararlo—. ¿Cuánto tiempo más quieres que se quede Anyes dentro del montacargas a oscuras?

Eso lo acalla, aunque quizá contesta a la pregunta sin palabras.

—No hará ningún daño que alguien más vaya a buscar ayuda —interviene Connie—. Si tienes que llamar a emergencias, Ross, siempre puedes preguntar si alguien más lo ha hecho.

El golpe seco de un libro sobre un estante expresa la opinión de Greg al respecto.

—¿No vas a tener frío, Ross? —dice Jill.

La mano de Ross va a parar al desabotonado cuello de su camisa, que parece empapada bajo esta luz mortecina.

—Iré corriendo.

—¿Estarás bien tú solo? —dice Jake.

Greg murmura algo que Connie ignoraría si no fuera por Mad.

—¿Qué te ha inspirado esa idea, Greg?

—Culpa mía. Esto no es un barco.

Su comentario tenía algo que ver con ratas y naves hundidas.

—Gracias de todas formas, Jake —dice Ross—. Seré más rápido yo solo.

—Depende de quién vaya detrás de ti, ¿qué me dices, Greg?

El rostro de Greg se pone tan furioso que queda claro que sus pensamientos iban por ese camino.

—Si estás listo vete, Ross —dice Connie y lo acompaña a la salida. Alarga la mano hacia el teclado para abrirla, pero sus dedos se quedan a unos centímetros de su destino. No recuerda ni un solo dígito del código.

El cansancio debe de haberlo borrado o escondido en lo más profundo de su cerebro, pero mientras más se esfuerza en recordarlo, mayor es la sensación de que su cabeza se llena de parte de la niebla que reptaba sin forma detrás del cristal. Se limita a agitar los dedos en el aire, frente al teclado, por si su mano consiguiera recordarlo, del mismo modo que reconoce inconscientemente la disposición del teclado de un ordenador.

—Jesús, ¿estoy viendo menos trabajo? —sale disparada la voz de Woody de todos los recónditos y oscuros rincones de la tienda.

—Solo en mi cerebro —dice usando el teléfono más cercano en el mostrador para aprovecharse de la situación.

—Ajá.

No le importaría una respuesta que sonara menos como una descuidada conformidad, pero al menos no la oye toda la tienda.

—No consigo recordar el código de la salida —le dice.

—Bien.

Seguramente no se refiere a que todo está bien.

—¿Me lo recuerdas?

—¿Para qué lo quieres ahora? No me parece que haya luz del día ahí afuera, y queda un montón de trabajo por hacer.

—Lo haremos más deprisa si Anyes nos ayuda, y además, tenemos que sacarla. No sabemos cuánto oxígeno quedará ahí dentro.

—¿En un montacargas con una sola persona dentro? Mucho, diría yo.

Está consternada por no haberse centrado en insistir en la idea de liberar a Agnes para que trabaje.

—Está también a oscuras —casi suplica Connie—. ¿Cómo vamos a dejarla así?

—Nigel no la ha dejado, ¿verdad que no?

La perspectiva de tener que explicarle todas las teorías sobre Nigel le llena la cabeza de algo más que mero atolondramiento.

—No parece que haya tenido mucho éxito.

—No es el único —responde, y antes de que pueda decidir si eso iba por ella, añade—: Entonces es Ross al que consideras prescindible.

—Se ofreció voluntario.

—Podrías preguntarte por qué está tan ansioso por desertar.

—No creo eso en absoluto.

—Me diría lo mismo si se lo preguntara, ¿no crees?

—Estoy segura de ello.

—Entonces no me molestaré. El que quiere irse es al que menos necesitamos. Adelante si esa es tu decisión.

La electricidad estática sustituye al silencio de Woody, y teme que haya olvidado lo que le ha pedido.

—Ibas a recordarme el código.

—¿Cuál de ellos? ¿El numérico o el de comportamiento? —La estática parece una respiración sobre su hombro—. Vale, veamos de qué te sirve todo esto —dice, y seguidamente le farfulla los dígitos.

¿Cuánto de burla hay en su voz? Seguramente no va a darle un código incorrecto, ¿pero acaso cree que el correcto no va a funcionar? Regresa a la salida y usa un único dedo para asegurarse de que pulsa solo los números que le ha ayudado a recordar. Cierra la mano sobre el picaporte, que parece niebla helada y solidificada, y tira.

La puerta tropieza con algo que no ve y luego gira hacia dentro sobre su eje acompañada del crujido del cristal. Parece una invitación a la humedad y al estancado olor de la niebla. Aunque Ross no ha oído los comentarios de Woody, Connie se siente con la obligación de darle ánimos, pero no se le ocurre ninguna manera de hacerlo.

—No cojas frío y no te pierdas —intenta decir, y añade—: Era broma. Anyes estará agradecida. Todos lo estaremos. No tardes.

Ya ha salido de la tienda antes de que haya acabado de hablar. Connie lo sigue con la intención de observar cómo se aleja. Al pasar junto al escaparate, casi corriendo, mira a Mad de reojo. No ha llegado al final del edificio cuando la niebla comienza a deshilar su contorno y a emborronar su figura. Finalmente lo rodea y amortigua el sonido de sus pasos hasta que estos suenan como si el pavimento se estuviera reblandeciendo. Los oye empequeñecerse y se pregunta si debería llamarlo para quedarse tranquila por última vez.

—¿También hemos perdido a Connie? —pregunta Woody.

Imagina a toda la tienda llena de bocas por las que le habla. Da un paso atrás y vuelve a entrar para menear la cabeza delante de cualquiera que sea la cámara que la esté enfocando. El interior de Textos se parece a la noche de afuera más de lo que le gustaría; la mortecina y descolorida iluminación, el reinante e insidioso frío, incluso la manera en la que la parte opuesta de la sala parece retroceder hasta una grisura sombría de mayor solidez que el aire. Cierra la puerta deprisa y acopla su dedo al teclado, pero tiene dudas. ¿Por qué está dejando a Ross solo afuera? ¿Y si no es capaz de volver a dejarle entrar? No tiene ganas de una disputa con Woody sobre el tema. Pone los dedos sobre las teclas sin pulsarlas, y luego mira a las cámaras mientras regresa al ritual de la colocación de libros en sus estantes.

—Ahora la has conseguido, Connie —declara Woody—. Mirad todos los demás. Eso es lo que yo llamo una sonrisa.

Ross

—No cojas frío y no te pierdas —dice Connie, y sigue con una risita tan tensa por la vergüenza que suena como si la articulara entre sueños—. Era broma. Anyes estará agradecida. Todos lo estaremos. No tardes.

Ahora mismo Ross preferiría no mirar atrás, porque todo lo referente a la tienda tiene el aspecto de una pesadilla que está padeciendo. Está fuera, de la tienda al menos, antes de que Connie haya acabado de mencionar a Agnes. Al pasar junto al escaparate se arriesga a mirar fugazmente a Mad. Su aspecto y el de todos los demás le llena de consternación; su rostro grisáceo y los ojos apagados bajo una piel restañada por sombras le dan la apariencia de un cadáver, y sus acciones mecánicas (detenerse a recoger otro libro, levantarse rígidamente para buscar su lugar) no ayudan. Mad le envía una fugaz sonrisa que tiene buenas intenciones, y su respuesta es una especie de tic en los labios. Entonces se acaba el escaparate, y se le cruza por la cabeza la idea de que la niebla le ha ocultado de la vista de Connie. No lo notaría si fuera a por su coche.

Su cuerpo al completo se siente atraído hacia el aparcamiento de empleados, pero no va a ceder. No le importa si Agnes va a estarle agradecida o si va a seguir siendo una molestia; no puede dejarla atrapada en la oscuridad. Al menos ahora es capaz de ver lo que está haciendo, más o menos. Los servicios de emergencia seguro que pueden restablecer la energía en la tienda, lo que les devolverá a Mad y al resto su aspecto normal. Le ha dicho a todo el mundo que va a buscas ayuda. No puede decepcionarles, especialmente a Mad. Se apresura hacia el callejón, desviando la mirada.

De todos modos, no le hubiera importado algo de compañía. Si Greg se hubiera callado la boca por una vez, hubiera dejado venir a Jake. Sin embargo, no hay duda de que Jake sabía lo que iba a pasar. Ross se concentra en caminar deprisa, no permitiéndose ni un instante para darse una razón de duda. Sus pasos suenan aislados y empequeñecidos, infantiles al lado del silencio, el cual es tan opresivo y penetrante como la propia niebla. Incluso cuando recuerda que la autopista está cortada, el silencio no deja de parecer tan antinatural; el complejo comercial no deja de ser algo artificial, ¿no se encuentra el oscuro silencio más cerca de su estado natural? Siente como si cada una de sus respiraciones reuniera niebla y la acumulara y estancara en sus pulmones, para luego deslizaría al interior de su cerebro. Bajo los focos, engordados por la niebla como huevos inquietos ansiosos por eclosionar, la oscuridad se extiende sobre el desértico pavimento y el asfalto desnudo de vehículos y se separa de las tiendas, reticente. Los pósteres en la entrada de Happy Holidays le evocan una docena de sitios en los que preferiría estar, aunque cree que varios de los destinos garabateados a mano están mal escritos, o quizá esté demasiado cansado para

discernir el modo correcto en el que deberían estarlo, o ambas cosas. En TVid alguien se ha dejado los televisores encendidos, al parecer con un canal deportivo, pues todos muestran gente peleando; unas figuras tan borrosas e inestables que parecen hundirse o derretirse dentro de la oscuridad tras o bajo ella. En Teenstuff, el aire acondicionado debe de estar puesto; la fina ropa se agita en la oscuridad como si al menos un intruso reptara detrás de ella, a no ser que los intrusos sean tan pequeños como para poder moverse a gatas. Incluso cree ver una cabeza, o menos si quiera que eso, asomarse desde el cuello sobresaliente de un vestido en una percha. Acelera para pasar rápido por allí y por la visión de demasiadas caras de trapo idénticas mirándole con sus ojos cristalinos desde Baby Bunting, pero la velocidad no le hace ningún bien. Se queda con la impresión de que entre las muñecas ha visto una cara adherida tan fuerte como la parte inferior de un caracol contra el cristal; también imagina haber visto moverse las aplastadas burbujas que tenía por ojos, lamiendo el cristal, para mirarlo. Cuando se da la vuelta, obviamente no encuentra nada parecido, y seguramente el rastro vertical y brillante sobre el cristal no es otra cosa que condensación. Ahora pasa junto a Stay in Touch, donde las luces de bastantes móviles parpadean nerviosamente en la oscuridad. No tiene ni idea de qué puede haberlos puesto en funcionamiento, pero le asalta el pensamiento de que todos ellos le transmiten el mismo mensaje: quizá si tuviera uno no tendría que ir tan lejos para llamar, ¿o quizá el mensaje es otro que le gustaría aún menos? Caminar deprisa solo provoca que llegue antes a la zona desocupada, donde las palabras en los paneles sobre las tiendas han perdido toda similitud con el lenguaje; rastros de humedad las distorsionan, al igual que a las crudas figuras que las acompañan, sugiriendo un primer intento de escritura o dibujo por parte de una mente demasiado elemental para ser llamada infantil. Todo esto le está comenzando a hacer sentir como si Fenny Meadows hubiera retrocedido a un estado peor que primitivo, a una era anterior a que existiera en el mundo nada merecedor de considerarse inteligente. Se alegra, más de lo describable con palabras, oír una voz.

Suena al fondo del callejón junto a los locales vacíos. Proviene de la garita de los guardias, una construcción blanca y alargada con ventanas pequeñas y parcheadas, tan grises como la neblinosa atmósfera. Ross no es capaz de distinguir ni una sola palabra, pero eso no tiene importancia. Debe de haber al menos dos personas en el edificio; de hecho, dos pares de huellas embarradas adornan el camino hasta la puerta.

¿Y si Nigel está en la garita? ¿Qué va a decirle Ross? Comienza a sentirse extraño y avergonzado, pero aminorar el paso aunque solo sea un poco hace que el frío lo domine. Se frota los brazos con tanta fuerza, que el ruido resultante ahoga el sonido de la voz, de la que empieza a sospechar que no procede de nadie que esté en el interior de la garita. Si pertenece a una radio, alguien la estará escuchando. Quizá

solo hay un oyente, ya que un rastro sale de la construcción y otro entra en él.

Su sombra lame por iniciativa propia la puerta blanquecina, igual que cualquier otra forma de vandalismo, al tiempo que alarga la mano para asir el picaporte. Quienquiera que esté en la garita debe de haberse quedado dormido, sino no hubiera permitido que la radio se escuchara tan lejos del puesto. La voz deforme, si es que sólo hay una, parece estar forzando las palabras a través de la tierra.

—¿Hola? —grita Ross llamando a la delgada puerta con los nudillos.

Eso parece animar a un guardia a apagar la radio, pero no a responder.

—Hola —repite Ross, dejando descansar los dedos en el gélido picaporte. Al final de la pausa que le permite observar varias de sus exhalaciones fundiéndose con la niebla, se da cuenta de qué está acrecentando sus dudas. Para estar tan embarradas, ¿no deberían las irregulares huellas empezar en el exterior de la garita? Eso simplemente significa que no pertenecen a quienquiera que esté en el interior—. Voy a entrar, ¿puedo? —exclama Ross empujando el picaporte.

La puerta se abre hacia dentro, dejando ver que el puesto solo está iluminado por la luz proveniente del exterior. No tiene demasiado que iluminar. Un estante se extiende por la parte izquierda, conduciendo a un lavabo de metal. El estante está cubierto de páginas de un periódico y en lo alto hay un microondas, una tetera eléctrica, una taza vacía y otra llena de un líquido que debe de ser té o un café igualmente estancado, por mucho que parezca barro. A su lado, hay un cenicero repleto de colillas, y al principio Ross piensa que una de ellas está aún humeando, pero es efecto de las cenizas que se han desperdigado al abrir la puerta; el halo gris no puede ser niebla, obviamente. A la derecha del lavabo, una puerta abierta revela un váter con la tapa levantada que a causa de la penumbra parece una máscara ovalada, primitiva y sin adornos. Dos sillas plegables, una detrás de la otra, encaran la entrada, pero por supuesto no se han girado para responder a su llamada, ni sus ocupantes se bajaron de un salto de ellas para esconderse. Si eso es absurdo, ¿acaso no lo es el resto de la situación? El puesto está desierto, y no ve ninguna radio.

Tiene que haber una que haya perdido la señal al mismo tiempo que él llamó a la puerta, ¿aunque no se escucharía ahora un chisporroteo en tal caso? Empuja la puerta contra la pared, decidido a entrar en el lugar para averiguar lo que no entiende. Las desnudas tablas del suelo ceden bajo sus pies más de lo que le gustaría, ¿pero dónde iba a poder esconderse alguien en tan estrecha penumbra? Si se lo permitiera, podría pensar que lo hacen tras la puerta. No llega tan cerca de la pared como creía, algo la obstruye. Al inclinarse contra la puerta sin querer definir la razón, siente el blando obstáculo ejerciendo una presión idéntica; quizá está a punto de presionar con mayor fuerza. No es una experiencia que esté ansioso por prolongar. Cierra la puerta de golpe a su espalda y acelera camino de la parte delantera de las tiendas.

Incluso Textos es mejor refugio, pero todavía tiene que buscar ayuda para Agnes.

Una vez alcanza la descolorida luz derramada por el callejón, se da la vuelta, pero la puerta de la garita sigue cerrada. No está tan seguro de que la densa voz no haya recommenzado su murmullo; quizá el obstáculo tras la puerta era la radio, y de alguna forma la encendió de nuevo. Sale a toda prisa del callejón en busca de Stack o' Steak.

Al pasar por el supermercado le asalta una duda. ¿Estará trabajando alguien hasta tarde? ¿Le dejarían usar el teléfono si les enseñara su tarjeta de Textos? Avanza hacia la puerta y escudriña detrás de las cajas sin cajeras, buscando el pasillo donde creyó ver una figura agachada o arrodillada en un estante.

—¿Hay alguien ahí? —exclama llamando con los nudillos en la puerta de cristal, que tañe como una campana bajo el agua—. Soy de Textos. Tenemos un problema.

Quizá Frugo también. Tarde, pero ahora se da cuenta de que la única iluminación del supermercado proviene de los focos. ¿Trabajaría alguien a estas horas con esa luz? Tiene que acercarse la muñeca casi hasta la cara para adivinar, entre la condensación del plástico de su reloj, que son más de las dos de la mañana. En Frugo debe de haberse quedado encerrado un perro o un gato perdido; al fondo de un pasillo, una indistinta y encorvada figura arroja paquetes al suelo desde la segunda balda de una estantería. Ross no se queda a mirar. Se supone que va a llamar desde Stack o' Steak.

La niebla se burla de su paso, siendo reacia a apartarse un centímetro del supermercado, hasta que al fin se rinde y deja ver algo del restaurante. La *k* y la *e* del cartel, letras amarillas brillantes embutidas en un contorno naranja, no solo son apenas visibles sino que parecen empapadas de niebla. Piensa que le han robado todo su brillo, antes advertir que no había realmente nada que robar. Las letras no importan, no obstante, pues la niebla parece haberse tragado también la luz de dentro del restaurante. Coloca las manos contra la ventana en un decidido intento de llamar desesperadamente la atención de los empleados, y apoya la frente contra el frío cristal. Este frío no sirve para despertar su mente, cansada más allá de la estupidez, incapaz de parar de insistir infantilmente en el hecho de que el restaurante se supone que abre las veinticuatro horas. El vaho de su respiración toma forma en el cristal y se va diluyendo poco a poco, mientras sus ojos hacen lo posible para convencerle de que el interior está iluminado, como sería lo lógico. Al final, adivina que la luz tras la ventana es más de lo mismo, es la luz borrosa del resto del complejo; los colores de jardín de infancia del mobiliario, y los de los botes de ketchup y las vinagreras gigantes se han reducido a simples sombras grises y negras, como si un niño demasiado poco inteligente para hacer uso de ninguno de esos objetos los hubiera ensuciado a propósito. Solo puede suponer que el restaurante está cerrado porque la autopista está cortada, pero eso no significa que los empleados se hayan ido a casa. Se acerca a las puertas de cristal y tamborilea en ellas con los nudillos.

—¿Queda alguien ahí? —grita—. Soy de Textos.

Está a punto de explicar que Textos es la librería, por si la tienda ha sido siempre tan invisible para ellos como ahora lo es para él, cuando advierte marcas en el suelo, frente al mostrador. Unas huellas normales no serían circulares, ¿y qué clase de danza ha tenido lugar allí? Al tiempo que observa la fotografía de una hamburguesa gigante entre las oscuras imágenes encima de la parrilla detrás del mostrador, reconoce los objetos esparcidos por la moqueta. Son panes de hamburguesa sin nada dentro. Hay al menos una docena, y a todos les falta un pedazo. Si son mordiscos, su falta de forma es desconcertante. No quiere aventurarse a interpretar lo que está viendo. No puede afectarle a no ser que deje que la gélida niebla se apodere de él. Las piernas han comenzado a temblarle, como una vez cuando era niño y tuvo unas fiebres que le sumieron en una pesadilla de la que creía no iba a despertar jamás. Lo único que puede hacer ahora con ellas es correr, frotándose los brazos con unas manos que apenas siente, ¿pero en qué dirección? A su coche para conducir hasta una cabina, por la ruta que circunda el complejo el camino, es más corto. Además, pasa junto a la tienda y así podrá informar a Connie del plan, o quizá otra persona debería relevarlo. Ross preferiría quedarse con sus colegas, no importa el aspecto que tengan bajo la luz sofocada. Empieza a creer que se ha perdido en la niebla por no haber salvado en su momento a Lorraine.

Todavía puede salvar a Agnes. Aunque eso no es ni de lejos un asunto tan serio, se puede conseguir, algo que Woody no puede evitar. Quizá una vez Ross haya llamado para pedir ayuda para Agnes decida perderse en la niebla, de tal manera que la única ruta conocida le lleve hasta su casa. Esa perspectiva le infunde fuerza a sus piernas temblorosas, y lo mismo provoca el entorno que le rodea. El edificio junto al restaurante está prácticamente al completo, pero en lugar de ventanas tiene unas láminas de plástico blanquecino, que parecen batirse sigilosamente al pasar Ross junto a ellas, a no ser que lo que vea sean las payasadas de su propia sombra distorsionada. Después de esa tienda, la lóbreguez se eriza en forma de unas pértigas que se alzan desde un rectángulo en forma de tienda formado por un cemento pálido, como si el esbozo metálico de un edificio hubiera sido abandonado porque a nadie se le ocurría cómo acabarlo. La niebla que se cuele entre las pértigas las reclama, al tiempo que pasa junto a unos cimientos rodeados por la parte inferior de sus muros que le traen a la mente las ruinas de construcciones antiguas cuyo propósito ha sido olvidado. ¿Sería más rápida la ruta a través del aparcamiento? Corre como una marioneta a lo largo del pavimento mientras se esfuerza por decidirse, y un muro tan embarrado y desproporcionado que le cuesta creer que sea de nueva construcción emerge frente a él. Alguien le llama.

Al menos cree que es su nombre. Es un susurro, o más bien un siseo, y no reconoce la voz con seguridad.

—¿Lorraine? —resuella.

—Ross.

Al elevar el volumen, el tono de la voz ha bajado, y es entonces cuando se avergüenza de haberla confundido con la de Lorraine. Recuérda la pero sigue con tu vida, le aconsejaba su padre al verle cada día volver a casa arrastrando su depresión, como si tuviera idea alguna de cómo poder salvar a la gente y su especialidad no fuera otra que ser incapaz de saber conservarla.

—¿Nigel? —exclama Ross con bastante más convicción—. ¿Dónde estás?

—Aquí.

Se encuentra en algún lugar por detrás de los edificios inacabados. Al detenerse, Ross comienza a temblar como una ramita en medio de una tormenta. Al pasar junto a los muros abandonados siente como si se internara en una tierra de enanos no más altos que los ladrillos superiores. La niebla revela la húmeda y negra carretera que conduce más allá del complejo hasta la autopista, y el puntiagudo seto de dos metros de alto que recorre el lateral de la carretera crea borrosos agujeros en la podrida cortina de lóbreguez.

—No te veo —se queja Ross.

—Aquí.

Nigel está en el descampado tras el seto, que aparece dividido entre fragmentos de niebla. Por muy bienvenida que pueda ser la compañía de Nigel, Ross ya tiene bastante frío para encima mojarse los pies.

—¿Qué estás haciendo ahí? —exclama Ross.

—Mira.

Debe de estar impaciente si utiliza tan pocas palabras. Quizá se encuentra tan ansioso por dejar de estar solo como lo está Ross, que corre por la desierta carretera buscando un hueco en el seto. Sus incontables espinas le empiezan a recordar a unos bobos pero observadores ojos. Se encuentra a la altura del restaurante cuando encuentra unos peldaños, medio ocultos por el ramaje a ambos lados. Se agarra a la baranda de la derecha y pone el pie en el peldaño inferior. La madera es esponjosa y resbaladiza, y su agarre exuda una humedad tan gélida como la niebla.

—Te he perdido. ¿Dónde te has metido? —le hace gritar el resentimiento mezclado con disgusto.

—Aquí.

Nigel se encuentra en algún lugar del sendero embarrado que se extiende por detrás de la sombra del seto. Cuando Ross escala por los peldaños, su silueta parece alzarse por encima del tejado del restaurante justo antes de perderse de vista, como un soldado agachándose en una trinchera. Finge no haberla visto, o siente que era algo totalmente fuera de lugar, y planta un pie en la tierra.

La alta y empapada hierba es menos firme de lo que esperaba. Su talón resbala por ella antes de hundirse al menos un par de centímetros, y percibe la humedad

acumulándose alrededor de su zapato. Seguramente el terreno recupera algo de estabilidad más adelante, por eso Nigel suena tan despreocupado desde el lugar donde le está esperando. Ross baja el otro pie e intenta recuperar la verticalidad antes de soltarse de la baranda de los escalones. Al caminar con cuidado hacia adelante, su sombra tira de sí misma con una serie de convulsiones, saliendo así de la zanja de la que formaba parte, y comienza a fundirse con la tierra oscurecida. Ha escapado de la oscuridad proyectada por el restaurante, pero a cada dubitativo paso que da, la niebla a su alrededor y detrás de él se ensucia, como si extrajera barro del terreno. No ha avanzado más de unos pocos centenares de metros por el delgado y pegajoso sendero, cuando se da cuenta de que apenas puede diferenciarlo del resto del campo empapado.

—¿Queda mucho? —protesta.

—Aquí.

La voz de Nigel suena cerca. La cuestión es si el último resto de luz procedente del complejo se habrá desvanecido para cuando Ross lo encuentre. Nigel ve algo, ¿cómo si no iba a indicarle a Ross el camino? Quizá sea ahí delante, un pequeño monte de unos dos metros que cerca la niebla. No, es un hombre echado en el suelo mirando dentro de una especie de madriguera. Nigel.

—¿Qué estás haciendo? —exclama Ross sorprendido.

Nigel no responde. Se encuentra tan concentrado en su descubrimiento que ni siquiera se mueve. ¿Qué puede ser tan fascinante para hacerle tirarse en el barro? Ross se acerca a él con premura, pero su prisa es totalmente inútil: su visión tiene que acostumbrarse a la penumbra, y no puede separar el agujero que Nigel está examinando de la tierra hinchada a su alrededor. Se agacha, agarrándose las rodillas para que el temblor de sus piernas no le haga caer, y baja la cabeza hasta tan cerca de la de Nigel como puede, tratando al mismo tiempo de no perder el equilibrio.

Sus ojos aún no ven en la penumbra. No va a considerar siquiera lo que cree estar viendo. Hace una mueca y coloca una mano en la tierra, que parece moverse para saludarlo, y pone su cabeza casi a la altura de la de Nigel. El escaso fulgor proveniente del complejo se asienta vagamente sobre ella, esto es, su visión comienza a entender lo que tiene delante. Se esfuerza en creer que está equivocado, pero es una visión demasiado clara para ser una ilusión. Su cara está enterrada tan profundamente en el suelo que este le cubre las orejas.

¿Cuánto hace que ha hablado? Seguramente no hace tanto para que haya dejado ya de respirar. Ross permanece más o menos agachado y se dispone a hacer un enérgico esfuerzo para tirar a Nigel de los hombros. ¿Ha intentado Nigel salir por sí mismo? Cada falange de sus pulgares y del resto de sus dedos está enterrada en la tierra, y tiene los brazos estirados al máximo. Ross se aferra a los hombros de Nigel al tiempo que de paso trata de erguirse, pero Nigel no se mueve ni un ápice. Fruto de

la desesperación, Ross mete los dedos en la tierra, empujándola con las yemas de los dedos, y consigue localizar los pómulos de Nigel. Al tirar de ellos, la cabeza de Nigel tiembla sobre el tenso cuello, al tiempo que la tierra en la que formaba un molde emite un húmedo resuello. Lágrimas de alivio o gratitud fluyen por sus ennegrecidas mejillas, pero entonces Ross advierte que el líquido es parte de la tierra que cubre no solo el rostro de Nigel, sino también sus ojos, que de otra manera estarían mirando al infinito. La tierra ha taponado también sus agujeros de la nariz, y ha incitado a sus mandíbulas a abrirse por completo para poder llenarle la boca.

El sonido que escapa de Ross cuando se aparta hacia atrás no incluye ninguna palabra. El rostro de Nigel golpea de nuevo el suelo, que vuelve a reclamarlo al instante. Ross queda repantingado al completo sobre su espalda, y se inclina hacia arriba, aterrorizado de que la tierra se lo trague. Es incapaz de pensar o de orientarse. Aunque cree recordar haberse aproximado a Nigel desde el otro lado, la luz del complejo comercial viene ahora de detrás de Ross. Recupera la verticalidad como puede, la luz es suficiente para derramar su sombra sobre la montaña de cabello; todo lo que queda al descubierto de la cabeza de Nigel. Ross hace lo posible para despejar su mente de esa visión mientras huye hacia el complejo comercial, con el cuerpo tembloroso y la helada humedad cubriéndole la totalidad de la espalda.

Otra razón por la que está a punto de dejarse llevar por el pánico es que la niebla se espesa a cada paso. Ese debe de ser el motivo por el que la luz parece estar retirándose, acoplándose a su ritmo. ¿No debería de haber llegado ya a los peldaños o al menos al seto? Se arriesga a mover la vista del sendero luminoso lo suficiente para mirar por encima de su hombro y ver si así puede ver cuánto ha avanzado. La niebla ha borrado todo rastro de Nigel, y se distinguen las huellas de Ross, una serie de irregulares depresiones en el llano sendero. Mira otra vez adelante, preguntándose qué detalle se le ha escapado. La cabeza le tiembla del esfuerzo y por el hecho en el que repara. Solo había un juego de sus huellas detrás; ninguna delante. En ese momento, el resplandor al que sigue deja de brillar. La luz pasa de planear a la altura de los focos a hundirse en la niebla y luego en la tierra, abandonando a Ross en la oscuridad.

Se detiene, al menos tanto como permiten sus temblores, y escudriña la sofocante negrura. Sus ojos tienen tales ansias de encontrar el sueño que fantasean con luces, oleadas informes de luces que se apagan y reaparecen al compás de los latidos de su corazón. Aunque sus ojos son inútiles, debería de poder encontrar el camino de vuelta. Únicamente tiene que volver por donde ha venido, y seguramente será capaz de no tropezarse con Nigel cuando llegue junto a él. Su verticalidad parece inestable incluso cuando pone los dos pies juntos, pero simplemente tiene que repetir la maniobra para conseguir caminar. Cuando adelanta el pie izquierdo de nuevo, Nigel pronuncia su nombre a su espalda.

Ross se da la vuelta sin pensar. Sus pies se resbalan en el suelo pantanoso, y le da pavor perder el equilibrio. Agita los brazos en la invisible niebla y se los arregla para continuar de pie, pero ahora no tiene la más mínima idea de dónde está en relación a las tiendas. Gira la cabeza tan gradualmente como su último acceso de temblores le permite, y entrecierra los ojos por si eso le ayudara a identificar algún rastro de luz; Nigel lo llama de nuevo. Su voz se encuentra a la altura de la cintura de Ross, y suena tan cerca que podría incluso estar al alcance de su mano.

Ross se escabulle de allí. Los dedos se le cierran en un puño, para no arriesgarse a tocar la cara llena de tierra de Nigel. Se esfuerza por recordar algo que le haya dicho su padre y que pueda ser útil en este momento, pero en su cabeza bullen tantas frases de su padre como pedazos inútiles de piedras salen de la tierra: sé tú mismo, haz lo que debas, no conduzcas mañana a no ser que estés seguro de estar despierto... ¿Cómo puede hablar Nigel con la boca llena de tierra? Pero lo vuelve a hacer, esta vez desde el lugar de donde Ross ha huido. Ross se lanza hacia delante sin otro pensamiento que escapar de su alcance. Ya no le importa dónde va a terminar, pero debería. El terreno le hace resbalar, sumiéndolo en la oscuridad.

Extiende las manos justo a tiempo para hundirlas hasta las muñecas en la tierra invisible. Al tiempo que se impulsa con los brazos temblorosos, la voz de Nigel se dirige a él:

—Ross, mira aquí —masculla monótonamente, y antes de que haya acabado de hablar, su eco se proyecta al otro lado de Ross. Oye al par de imitadores dar unos pasos informes hacia él, pero lo único en lo que piensa es en lo inútil que ha sido todo este juego. ¿Por qué molestarse en atraerlo a la oscuridad si ya estaba indefenso cuando cayó junto a Nigel? Inmediatamente, le embriaga tal sensación de resentimiento que es incapaz de pensar, se ha dejado ganar por una malevolencia cuyo único propósito es tan primitivo como ella misma: reducirlo a su propio absurdo estado. Aunque excitado por la comprensión, se le llena la nariz de un pestilencia que huele igual que una masa de agua estancada hasta el infinito, o que el aliento de una vetusta boca sin dientes; la boca que le engulle los brazos hasta los hombros. Antes de que esta se cierre en torno a él, dispone del tiempo suficiente para adquirir la conciencia de que no está compuesta solo de tierra, ni tampoco de un cúmulo de carne gelatinosa, sino de algo peor que ambas.

Jake

Está tan concentrado en escudriñar entre la niebla cada vez que advierte un movimiento de algo más sólido que esta, por si ve a Ross o algún faro de coche aproximarse, que casi deja caer un libro al oír la gigantesca voz de Woody.

—Eh, soy el único de por aquí que tiene que esperar. ¿Alguna idea de en qué puedo ayudar a vuestra labor?

La primera reacción de Jake es agacharse culpablemente, con la intención de buscar el lugar correcto para el libro, o al menos pretender que lo hace, pero no puede resistirse a observar como Connie le dedica una mirada enojada a Greg por si decide responder. El único aspecto de la presente situación que le provoca a Jake algún placer es que Greg ha empezado a resultar molesto para otras personas aparte de para él. Greg no es consciente de los sentimientos de Connie o simplemente los ignora. Levanta la cara como si exponerse a la delgada luz fuera a darle facilidades para pensar con mayor claridad, a no ser que esté simplemente haciéndose el interesante para congraciarse con Woody.

—¿Qué es eso? —dice Mad al tiempo que Connie emite una respiración comprimida parecida a un estornudo hacia adentro.

Está mirando al fondo de su pasillo, el que lleva a la puerta de la sala de empleados.

—¿Qué estás viendo? —pregunta Jill desde el otro lado de los estantes.

—Bajo la puerta.

Jill agacha el cuello y luego se aventura a caminar hasta el fondo del pasillo para mirar desde el otro lado de la estantería.

—No veo nada —admite.

—Lo siento —se disculpa Jill, en parte sin sentirlo, y se pone de espaldas a los estantes cercanos.

—Ahora yo tampoco —se queja Mad—. Juraría que había, no sé, una mancha en el suelo.

Jill sigue su frustrada mirada por cortesía.

—¿Qué es lo que veo? ¿Quién ha dicho que hay descanso? —pregunta Woody.

—No es nada —le contesta Connie—. Solo un error. Todos estamos cansados. Algunos al menos —añade antes de que Greg abra la boca para lanzar la objeción que tenía preparada.

Mad se toma la crítica como algo personal, pero sin estar segura de hacia quién enfocar su resentimiento; Connie y Jill son las candidatas. Connie vuelve a sus libros y Jake a los suyos. Espera que le aíslen de las tensiones que siente congregándose como las nubes de una tormenta, pero por supuesto no suponen ningún refugio. Una vez ha encontrado espacio para otra de las novelas de Jill, tiene que retirarse a otro

estante algo más apartado de la ventana, y ahora no puede leer los nombres de los lomos si no entierra el cuello entre sus hombros y se agacha como un jorobado a unos centímetros de los libros. Yergue la cabeza y se agacha más aún para coger el siguiente cargamento de cartón y papel del montón. El sudor se le acumula en la parte anterior de las rodillas, la piel pegajosa la abochorna, pero no lo aísla del frío, y ambas cosas le hacen sentir que tiene fiebre y debería estar en la cama. Desearía estar en la cama con Sean sin otra fiebre que la creada por la pasión de ambos. Ya que no hay posibilidad de ello, quiere que Sean duerma apaciblemente, en parte porque tiene que recogerlo al amanecer. El moribundo resplandor a través de la ventana torna el tiempo en algo inerte y sin vida.

—¿Ahora qué, Mad? —dice Connie interrumpiendo lo que Jake estaba a punto de decir.

—No será nada. Le dijiste a Woody que no era nada, supongo que solo estoy loca.

—No seas así —dice Jill—, si tú...

—«No seas infantil» que es como nos juzgas a todos, ¿eso ibas a decir?

—Lo eres —dice Connie—, si no nos cuentas algo que deberías contar.

Mad mira fijamente los estantes de la pared trasera y respira alta y profundamente.

—He creído ver a alguien en la sala. Adelante, decid que soy yo imaginándome que la gente trastoca mi sección.

Jake mira donde ella, a una sección tan lóbrega como el centro de la niebla. Durante un momento cree ver una cabeza que se asoma al final del pasillo e inmediatamente mengua o se esconde, pero su dueño o bien está a cuatro patas o no es más alto que un niño pequeño. No obstante, Jake se siente tentado de acudir en ayuda de Mad, incluso antes de que Greg comente:

—O eso o Agnes ha conseguido salir.

Por increíble que Jake lo crea, Greg aparentemente considera esto una broma. Jake está seguro de que las chicas se pondrían de su lado si atacara a Greg por ello, y tiene que esforzarse por concentrarse en un hecho más importante.

—Son las tres y cuarto, no, y diecisiete. ¿Cuándo se fue Ross?

—Algunos estábamos demasiado ocupados para mirar el reloj.

—Eso no es justo, Greg —arguye Jill—. Jake no lo hizo. Por eso pregunta.

—Ha estado fuera demasiado tiempo —dice Mad—. Casi toda la noche. O más.

—No deberíamos descartar que se haya ido a casa —sugiere Greg—. Si podíamos creerlo de Nigel, de Ross con más razón.

Jake está encantado de que Greg no se haya dado cuenta de que le ha dado pie para decir:

—Entonces tendrá que ir otro.

—Para que haya incluso más trabajo para aquellos a los que nos importa la tienda,

quieres decir.

—No —dice Jill—, porque Ross podría no haber pensado en ir por un único camino.

—Sí, tan claro como el barro.

—Quizá no fue por la autopista si olvidó que los teléfonos funcionarían. Si hubiera encontrado una cabina en la otra carretera, alguien ya estaría aquí.

—Eso asumiendo que se molestara en intentarlo.

—Si no lo hizo —espeta Mad con tal furia que parece a punto de abandonar el lenguaje hablado—, razón de más para que vaya otro, ¿verdad?

La expresión estúpida en el rostro de Greg muestra que se ha dado cuenta de que se ha atrapado él solito. Coge un libro y lo mira fijamente como si no le importara otra cosa en el mundo.

—Entonces qué plan sugerís —pregunta Connie.

—Que alguien pruebe con la autopista —dice Jake—, y otro por el camino de abajo por si hay algún problema.

—No lo digas —murmura Greg apenas audiblemente—. A ti te gustaría tomar el camino de abajo.

—Me gustaría ayudar, sí. Agnes ya ha estado bastante tiempo encerrada. Pero no tengo coche.

—Preferiría no ir sola si tengo que ser yo —dice Mad.

—No veo por qué iba a tener que ser así —dice Connie, y espera que la conformidad se propague desde el rostro de Greg al resto—. Me refería a que fueras sola.

Al tiempo que Greg coloca el libro con un golpe sordo similar al de un puño golpeando una mesa, Connie regresa al mostrador.

—Déjame adivinar. La caballería ha llegado al fin.

—No exactamente. En absoluto, en realidad. Creemos que algo debe de haberle pasado a Ross, si no ya habría vuelto con la ayuda.

—¿Todas las noticias son malas, eh? Por eso parece que estáis enterrados en barro. Bueno, veamos si puedo ponerlos en movimiento —clama Woody como un tío hablándole a sus sobrinitos, y comienza a cantar—: *Goshwow, gee and whee, keen-o-peachy...*

—Tratamos de decidir lo que vamos a hacer —Connie alza su voz para darle algo de autoridad o contraatacar—. Realmente hemos decidido ya. Hay más de un lugar desde el que podemos llamar, así que pensamos que es mejor hacer un esfuerzo concertado.

—Habla normalmente. No entiendo por qué vosotros los británicos tenéis que adornar tanto las palabras.

Jake tiene ganas de gritar que ellos inventaron el idioma, pero solo conseguiría

alargar la discusión que parece acosarlos, embutiéndolos en este rancio crepúsculo. Tiene la sensación de que Connie pretende liberarse a sí misma de este cuando dice:

—Quiero enviar gente en ambas direcciones.

—¿Y qué pasa con el motivo por el que estamos aquí?

—Preparar la tienda para mañana, bueno, para hoy ya, a eso te refieres.

—Dime otro si lo sabes.

—Ya no vamos a acabar a tiempo. Estoy seguro de que tus amigos neoyorquinos lo entenderán.

—¿Sí? Yo no. Convénceme.

—La luz es muy mala. Mientras más te alejas de la ventana es peor. No queremos que la gente se arruine la vista para nada y tengan que irse a casa, ¿verdad? No me sorprendería tampoco que todos acabáramos en cama con un resfriado.

—Piensas que eso es mucho pedirle al equipo después de haber prometido arreglar la tienda.

—Ya hemos discutido eso. No habrá tiempo. No te preocupes, no te quedarás solo. Yo me quedo.

—No serás la única —declara Greg.

—Greg está diciendo que él también, y están Ray y Angus aunque no hayan tenido éxito con los fusibles.

—¿Es así? ¿Estáis todavía ahí vosotros dos? Os hablo, Ray y Angus.

Gruñen tras la puerta en la esquina más oscura de la tienda, tan al unísono que podrían haber emitido una única voz amortiguada.

—Han dicho que sí —transmite Connie.

—Entonces siguen trabajando en los fusibles, ¿verdad?

—Sí —responde la doble voz.

—Dime, Connie.

—Dicen que sí.

—Entonces démosles algo más de tiempo. Puede que les quede poco.

—¿No crees que Agnes ya ha sido lo bastante valiente? Si yo estuviera en su lugar ya estaría armando mucho jaleo a estas alturas —comenta, y con un movimiento que sugiere un intento de apartarse de la repetitiva discusión, se da la vuelta y cubre el auricular con la mano—. El que vaya a ir que vaya. Me hago responsable. La puerta no está cerrada.

Jake se demora en colocar el libro que tiene en la mano en lugar de simplemente soltarlo. Luego se reúne con Mad y Jill en el mostrador.

—No puedo creer lo que estoy viendo. Parece que los perros se escapan de sus casetas —dice Woody.

—Intentan irse todos —grita Greg—. No los necesitamos, ¿verdad que no? No creo que vuelvan.

—Inténtalo con un tono más estridente y quizá te oiga —dice Jake antes de darse cuenta de que Woody puede oírle a través del auricular que Connie hace rato que no cubre con la mano.

—Supongo que yo tampoco lo creo. Venga, todos de vuelta a las estanterías.

—He dicho que os vayáis —insiste Connie, señalando la salida con el teléfono.

—No dirías eso si no estuviera encerrado —espeta Greg.

Jake está deseoso de ver como Connie machaca a Greg, pero lo está más de marcharse. Al pasar junto al mostrador con Mad y Jill a su espalda, Woody dice con una voz similar a una enorme y falsa sonrisa:

—Eh, ¿ya no funciona esto? Yo me oigo perfectamente.

—Y aquí abajo se te oye perfectamente —grita Greg asintiendo con fuerza y mirando al techo—. Todos te oímos.

Jake cierra la mano en el picaporte metálico, que tiene un tacto tan frío y húmedo como un palo recién sacado del barro. Culpa a sus manos sudadas, que deben de ser responsables también de que el metal parezca rezumar óxido. Tira del picaporte, y la puerta de cristal vibra contra su gemela como un gong hablando en voz baja, pero eso es todo.

—Connie —dice subiendo el volumen más de lo pretendido—, no está abierta.

—Ni debería estarlo tampoco —comenta Greg.

—Lo está, Jake. Así es como la dejé. Simplemente empuja, o mejor tira.

Jake hace ambas cosas vigorosamente. El cristal crepita como si estuviera siendo azotado por una tormenta, mientras, la niebla se mueve detrás de la puerta imitando el movimiento que Jake está tan desesperado por que se produzca, o bien reuniéndose para enfrentarse a su persona.

—Si no está cerrada, no sé lo que pasa —dice con toda la calma que puede, tras zarandear la puerta hasta bordear la cacofonía.

Connie devuelve firmemente el auricular a su posición y se acerca a las puertas meneando la cabeza.

—No lo entiendo, pero vale —dice, y teclea unos cuantos números en el teclado antes de abrir triunfalmente la puerta de par en par. Al menos, esa es su intención, pero el resultado no es otro que un cristal inamovible.

—¿Has olvidado el código de nuevo? —pregunta Woody, sonriendo audiblemente—. No me lo preguntes a mí.

—He puesto el correcto. Estoy segura —le asegura Connie a todos salvo a él, y lo teclea una segunda vez, para luego tirar de las puertas hasta que rechinan. Jake casi chillaba, temeroso de que los cristales se rompan, dejándola con el picaporte en la mano e invadida de fragmentos de cristal. Al final la suelta, resollando—. Tiene que ser algo relacionado con la electricidad.

Jake está a punto de romper el silencio, parecido a una tormenta a punto de

estallar, cuando Jill dice lo mismo que él está pensando.

—Tendremos que romperla para salir entonces.

—No sé si quiero ser la responsable de esa acción —dice Connie.

—Entonces simplemente sé responsable de no impedirnoslo —espeta Jake.

—Habrá que romperla tarde o temprano —dice Mad—. ¿Cómo si no van a entrar los servicios de emergencia?

Connie se pone un dedo en los labios palpando la expresión de su rostro.

—¿Qué vais a usar? No podemos permitir que nadie salga herido.

Ninguno de ellos se da cuenta de que Greg se ha escabullido detrás del mostrador y ha cogido el teléfono hasta que Woody habla:

—¿Hay algo que creas que debo saber, Greg?

—Dicen que van destrozar la puerta.

—No van a hacer tal cosa. Díselo para que no puedan poner la excusa de que no se han enterado.

—Woody lo prohíbe —dice Greg, y, como queriendo congraciarse en mayor medida con su jefe, no se resiste a sonreír.

—Pásame el teléfono, por favor —dice Connie, y antes de acabar de hablar ya está al otro lado del mostrador, frente a Greg, y extendiendo una mano—. Dámelo —prácticamente escupe.

—Woody, ¿quieres que...?

—Haz lo que se te dice. —Agarra el teléfono y el auricular golpea en la oreja de Greg—. Eso ha sido culpa tuya —le informa, dándole la espalda—. Si no la abrimos de alguna manera, Woody, ¿qué va a pasar con Agnes?

—Nada que no haya pasado ya. Quizá nada diferente a lo que llevo yo horas aguantando.

¿Cómo puede alguien ponerse de su parte después de decir algo así? Le parece a Jake que con eso, Woody ha conseguido que Connie no se oponga a ningún método de escape, y enseguida sabe qué hacer. Corre hacia el carro que acaba de descargar y lo pone de frente a la salida. Mad y Jill parecen anonadas al entender su plan, pero de inmediato se colocan a ambos lados del carro para ayudarle a empujar. Cuando retroceden para tomar más impulso, Greg sale disparado de detrás del mostrador, frotándose la oreja para que todo el mundo sea consciente de su dolor, y se sitúa delante de la puerta, con los brazos y las piernas extendidos.

—Se os han dado órdenes —grita.

—Eres mi hombre, Greg —exclama Woody—. ¡No pasarán!

—Será mejor que te quites de en medio —le advierte Jake, empujando el carro en su dirección—. Si te quedas ahí te va a entrar el carro por el culo.

—Sí, muévete Greg —le urge Mad.

—Vamos a hacerlo —dice Jill—. Vas a tener que moverte.

Connie cuelga el teléfono de golpe y se cruza de brazos.

—Ya has dejado clara tu postura, Greg, ahora hazte a un lado. Estoy al cargo aquí abajo, y no quiero que nadie se haga daño.

—Woody lo ve todo, así que no puedes estar al cargo.

Jake siente la frustración de las mujeres hacia Greg sumarse a su propio odio hacia él. Quizá ellas también experimentan esa sensación, porque se ha convertido en algo tan opresivo que es necesario descargarla de alguna forma, o si no caerá desmayado. Empujando con estruendo el carro, visualiza cómo se va a estampar contra la entrepierna de Greg a no ser que se aparte. Casi en el último momento, vira el carro a la derecha, pero Greg se mueve lateralmente como un cangrejo para bloquearle el paso. Jake trata de obligarse a no dudar, pero el carro tiembla y se detiene a unos centímetros de Greg.

—Muévete —casi grita Jake.

—¿Quién me va a obligar? No veo a ningún hombre.

Jake echa el carro hacia atrás y le ataca ferozmente. Una sonrisa despectiva se dibuja en los labios de Greg antes de que advierta que Mad y Jill también caen sobre él. Le agarran por los brazos y se esfuerzan por derribarlo, mientras Jake se las arregla para contenerse y no cogerle del cuello; en vez de eso le clava las uñas en las costillas. Greg intenta reírse, pero no es la diversión lo que saca a relucir sus dientes. En unos pocos segundos, pierde el equilibrio lo suficiente para que sus atacantes lo arrojen a un lado con tal violencia que cae trastabillándose detrás del mostrador. Jake corre a por el carro y Mad y Jill se aferran a los lados. Apenas ha empezado a avanzar, Greg se interpone de nuevo en su camino. Cuando intenta frenarlo, Jake le golpea con el carro en el estómago. Resuella y se tambalea, y Jake se pregunta sin ninguna aprensión si será Greg el objeto que rompa el cristal. Pero un Greg de rostro enardecido vuelve a acercarse al carro, y Jake lo rodea para intentar deshacerse de él.

Tiene que hacerle perder el equilibrio. Se dice a sí mismo que está siendo racional, pero le resulta insanamente satisfactorio darle una patada a Greg en la espinilla con toda la fuerza que su odio puede reunir. Cuando Greg recula, luchando por contener las lágrimas de dolor, Jake lo persigue y le engancha el tobillo con el pie para hacerle caer. Un empujón en su pecho regordete finaliza el trabajo y le hace golpear el suelo de detrás del mostrador con el hombro o, a Jake no le importa lo más mínimo, la cabeza.

—¡Hacedlo ahora! —le grita a Mad y Jill.

—Jake —exclama Connie cuando Jake avanza para ponerse de pie junto a Greg.

¿Acaso no está únicamente tratando de mantener a Greg donde está ahora? Está a punto decirlo, aunque eso acabe con todos los miedos de Greg, cuando el estruendo del carro culmina en un agudo repicar. Durante un momento, la puerta de la derecha se mantiene intacta, pero entonces se derrumba hacia fuera esparciendo por el

pavimento cientos de fragmentos, como si un inmenso joyero se hubiera derramado. Mad y Jill se encogen, y Jill aparta el carro como si intentara salvarlo de un ataque repentino de la niebla. Las dos mujeres avanzan casi de la mano hacia esta cuando Woody habla, tan alto y omnipresente que su voz podría provenir igualmente de la niebla que de todos los rincones de la tienda.

—Cualquiera que deje la tienda ahora, que no se moleste en volver.

Mad y Jill dudan frente al umbral de cristales rotos. Connie se queda mirando la mano izquierda de Greg, con la que se aferra al borde del mostrador para impulsarse hacia arriba. Jake cree que Connie está a punto de aplastárselo con un puño o de reducirle por otros medios. Se siente decepcionado cuando toma como excusa la robustez de Greg para dirigirse a la salida sin hacerle nada.

—Eso me incluye a mí —dice—. He tenido bastante.

Al tiempo que Jake la sigue hasta la apertura, la alarma comienza a sonar. Greg se pone en pie como puede y le muestra sus dientes a Jake como si creyera que la tienda está acusando a los desertores. A Jake le enrabieta el hecho de haberse puesto nervioso al pensar que el ruido podría alertar a alguien, presumiblemente a un guardia, ¿a quién iba a invocar si no, en medio de esta niebla? La alarma cae en el silencio por la misma razón que la hizo comenzar a sonar, y cuando está esperando que las mujeres se abran paso entre los restos de la puerta, Greg se abalanza sobre él. Su rostro está soliviantado por la determinación de no dejar escapar a Jake. Este se da la vuelta para esperarle, pisa los cristales, se agacha para recoger unos cuantos que pueda arrojarle a Greg a los ojos.

—Hasta ahí puedes llegar, Greg. Recuerda lo que dijo Woody sobre abandonar la tienda —dice Connie.

La frustración que estrecha sus ojos y su boca es pequeña comparada con la de Jake. Es algo tan intenso que se siente su enormidad, como si una presencia del tamaño de la niebla la estuviera también experimentando. Casi se podría pensar que la enorme voz proviene de esa presencia.

—Déjalos ir, Greg. Eres todo lo que necesitamos.

Greg no parece del todo cómodo con ello, y da unos pasos reacios hacia atrás. Jake se resiste a la tentación de echarle cristales con el pie. Sigue a las mujeres, pasando el escaparate lleno de libros, exentos no solo de color sino de todo significado.

—Me oís ahí afuera, ¿verdad? Supongo que estáis esperando que cambie de idea y os deje entrar.

Connie acelera el paso, y las otras mujeres trotan para adecuarse al suyo. Antes de que Jake las alcance, giran la esquina de la tienda, dejándole solo con la voz gigantesca y amortiguada de Woody.

—Sé que estáis escuchando. Veamos vuestras caras. ¿Cuántos estáis ahí?

Veámoslos a todos.

Jake tiene la poco tranquilizadora idea de que las palabras van dirigidas a la niebla. Aparte de ellas, reina el silencio salvo por el sonido de sus pasos llevados por el pánico; no llega ningún ruido desde el callejón donde han entrado las mujeres. Una sucesión de temblores no causados solamente por la fría niebla le invaden al doblar la esquina. Las mujeres están cerca del final del callejón, que parece cercado de tierra. Al acelerar para reunirse con ellas, advierte que es una mezcla de niebla y oscuridad.

—¿Qué les ha pasado a las luces de detrás de las tiendas? —Connie cree que alguien debe saberlo.

—Será un fallo de eléctrico —sugiere Mad.

—Sea lo que sea no me gusta. ¿Puede alguna de vosotras arrancar el coche?

—¿Qué pasa con el tuyo? —dice Jill.

—Está más lejos que los demás. Si alguien arranca el suyo podremos ver algo.

Un escalofrío trata de impulsar a Jake dentro de la oscuridad.

—Podemos ir todos juntos, ¿no crees? —dice en caso de que eso le tranquilice.

—El mío está cerca —dice Mad impaciente, y se adentra en la lobreguez.

Tras dejar atrás el último sofocado resplandor del callejón, Jake tiene tiempo de sentirse penosamente agradecido de que todas las mujeres lleven pantalones con bolsillos en los que guardan las llaves. En el lateral de Textos, distingue por poco a Mad agachándose en un bloque de oscuridad. Cuando este la encierra, oye una enorme voz murmurante, pero no dice palabras. El Mazda emite un carraspeo que se funde con la niebla, y acto seguido el motor ruge y los faros escupen un parche luminoso en el muro de cemento.

—¿Conduzco hasta el tuyo, Connie? —dice Mad bajando la ventanilla.

—De momento no soy tan incapaz. Solo nos llevamos unos años de diferencia, ya lo sabes. Aún puedo caminar.

—Quise decir que podría darte algo de luz —dice Mad, pero solo la oye Jake. Connie ya está junto a su Rapier. Jill se apresura hacia el Nova, que no está muy seguro de su forma y su color. Mientras Jake espera que alguien se ofrezca a llevarle, siente como si la frustración que experimentó al no poder enfrentarse a Greg le hubiera acompañado agazapada entre la niebla. La manera en la que el coche de Mad arroja sus luces y ruge como una bestia enfurecida agrava esa impresión.

—Estoy comprobando si se va morir de frío o no —explica Mad, pero eso no ayuda.

El motor de Connie saluda a su llave con un simple *clic*. Un segundo intento recibe una respuesta menos satisfactoria si cabe, y un tercero ninguna respuesta. Connie abre la puerta y sale, empequeñecida.

—No sé de qué va esto. ¿Me ayuda alguien?

—No eres tan capaz como te creías, ¿eh? —se hace oír Mad.

La opresiva inminencia se cierne sobre ellos, y Jake teme que las cosas se tuerzan.

—A Sean no le gusta ensuciarse las manos, así que yo soy el mecánico —dice con más confianza de la que siente realmente—. ¿Puedes abrir el capó, Connie?

Lo mira fijamente como si estuviera sugiriendo que no es capaz de realizar esa tarea, y luego mete la mano bajo el salpicadero. Un tipo diferente de *clic* indica que ha liberado el seguro del capó, al tiempo que Jill se lo piensa dos veces antes de entrar en el Nova y en su lugar dirige la vista a algo detrás de su coche.

—¿No es ese el coche de Ross?

Jake lo ve, pero no tiene ni idea de qué decir. Introduce los dedos bajo el borde de metal cuando Mad baja de su coche y se une a Jill tras los vehículos.

—No hay muchos caminos por los que haya podido ir —tranquiliza Mad a todos—. Uno de nosotros se lo encontrará, si mantenemos los ojos abiertos.

El capó sube y Jake se inclina sobre el motor, rozando con el hombro el muro de la librería. La iluminación es tenue, su sombra cubre las entrañas metálicas, y lo único que puede distinguir de primeras es que el motor aparece cubierto de una masa grisácea. Extiende una mano por la llanta encima del radiador y se inclina un poco más. Justo cuando empieza a saber dónde está, el motor de Mad se detiene, y sus faros se apagan.

—Lo siento —exclama corriendo de camino al Mazda. Los ojos de Jake se han acostumbrado lo suficiente para poder permitirle distinguir algunos contornos en la oscuridad, pero no está seguro de si está viendo o recordando o, como todo su ser suplica, imaginando que aunque la aplastada figura es lo bastante líquida para cubrir todo el motor, tiene algo muy parecido a un rostro.

Al menos, bajo el redondeado bulto que ya no está aplanado por el capó, un hueco parecido a una cuchillada sobre gelatina, se ensancha formando una inconfundible, si bien estúpida, sonrisa. Le sacude un escalofrío tan violento que le aterra perder el agarre del brazo y acabar con la cara sobre la alegre masa. Echándose hacia atrás, raspándose el codo con el muro de cemento, se le resbala la mano. No sabe si algo le retiene, pero siente como si hubiera aplastado una babosa. Se mantiene solo lo bastante cerca para poder cerrar de golpe el capó, al tiempo que Mad revive el motor y los faros.

Al principio piensa que todas las mujeres lo están mirando porque saben lo que ha visto, pero por supuesto es por algo peor que eso; quieren que se lo cuente. Solo puede aferrarse a su primera impresión y desear que eso sea todo.

—Está helado. El arranque, me refiero —balbucea—. Arrancó porque se heló, y ahora se ha helado otra vez.

—¿Entonces vas a dejarlo? —dice Connie tras asegurarse de que ha acabado.

—Tengo que hacerlo. Nadie puede hacer nada.

Tanto Mad y Jill parecen inclinadas a no estar de acuerdo, y le aterra que hagan algo más que discutir. ¿Está oyendo algo arrastrándose bajo el capó, anticipándose a la insistencia de alguien en que mire?

—En serio, necesita un mecánico de verdad —se oye suplicar en lugar de afianzar—. Tendremos que ir dos en cada coche.

La idea es recibida con tan poco entusiasmo que se pregunta si es contraproducente, ¿pero qué otra alternativa hay? Tiembla y urge silenciosamente a Connie a que se separe del Rapier. Al fin emerge del interior, anunciando reacia:

—Jill, iré contigo si me lo permites. Eres la que vive más cerca de mí.

Las luces de Mad brillan de nuevo, manchando la oscuridad de rojo y animándola a aumentar su solidez.

—¿Entonces quién coge cada camino? —pregunta.

—Tú coges la autopista —dice Connie—. No olvides que buscas un teléfono y a Ross.

Mad rechaza resentida la implicación de que necesita que le recuerden eso. Jake teme de repente que el coche de Jill no arranque, lo que es otra razón para que tiemble descontroladamente.

—¿Y luego qué? —pregunta.

—Id a casa y esperad noticias. Llamaré a la tienda después si nadie me llama a mí. No os preocupéis, os defenderé a todos lo mejor que pueda. Incluido Greg.

Eso suena al germen de una nueva discusión que los mantendría atrapados en la niebla. Jake se ahorra el comentario mientras observa a Connie abrir la puerta del pasajero del Nova. Debe de estar regodeándose en algún tipo de instinto de protección, pues es el único que sabe lo que ha invadido el coche de Connie. El motor de Jill emite un sonido ahogado y acaba muriendo. En el momento justo en el que va a urgirles a ambas a que entren en el coche de Mad, el motor del Nova petardea y se acelera. Jake y su mal definida sombra, medio absorbida por la niebla, esprintan al encuentro del Mazda.

—Bien —resuella metiéndose en él.

—Creo que ya estamos. No hay prisas, ¿verdad? Tal como está la cosa.

—Quizá no —dice con demasiadas sílabas—. Pero ¿a qué estamos esperando?

—A que te pongas el cinturón de seguridad, espero.

Cuando Jake se coloca el cinturón, el codo le escuece como si la niebla hubiera penetrado en una herida abierta. El Mazda comienza a retirarse de la mancha de luz, que se atenúa al difuminarse. Solo está soñando que la tienda tiene la determinación de no dejarles escapar; quizá la borrosa telaraña que proyecta el faro astillado le ha inducido esa idea. ¿Se está retirando la niebla detrás del coche en menor medida que el muro? Intenta imaginar que no está colaborando a que queden atrapados al decir:

—¿Podemos esperar un momento?

—Esa no será tu idea de ser femenino, ¿verdad? Eso de cambiar de idea a cada momento.

Tiene que recordarse que ella no es como Greg.

—Quiero ver a los otros alejarse, ¿tú no?

—Iba a hacerlo hasta que tú me distrajiste.

No tiene que discutir. Necesita concentrarse en conducir, por poco razonablemente que se esté comportando, incluso aunque la lucha por mantenerse callado a su lado le suponga el mismo esfuerzo que respirar bajo el agua. El Mazda gira marcha atrás, iluminando el coche de Connie, tan quieto que parece totalmente abandonado. Cuando una oscura y brillante figura se asoma desde su escondrijo tras el Rapier, un grito comienza a separar sus labios, y entonces descubre que es el coche de Jill al encender sus luces.

No sabe si Mad se está tomando su tiempo como venganza por su anterior sugerencia. No sigue a las luces traseras de Jill hasta que estas se han confundido con la niebla. Al pasar con el Mazda junto al coche de Connie, cree ver el capó levantándose un poco, como una trampa a punto de atrapar a su presa. Hace lo posible por mirar el espejo sin alertar a Mad, pero la niebla lo esconde antes incluso de que pasen la esquina de la tienda.

Al tiempo que los coches giran en el frontal de Textos, Jake cree oír una voz incomprensible, tan amortiguada como enorme. Ve a Greg, una silueta grisácea que se agacha y coloca libros y se vuelve a agachar, tan deprisa que parece decidido a terminar todo el trabajo extra él solo. ¿Lo está manipulando la voz como una marioneta? La silueta se gira y les envía a los coches un irónico saludo, o bien se pone la mano sobre los ojos para verlos bien, consiguiendo únicamente que la niebla le niegue ese placer, si era eso lo que buscaba. Entonces pasan los arbolillos cercanos, caídos como si los hubieran acabado de arrancar, y el Mazda gana velocidad. Se acerca tanto a las furiosas luces de Jill que Jake se pregunta si Mad quiere que se sienta amenazada, en venganza por traerla tan cerca de donde el Mazda atropelló a Lorraine. Hasta el momento que la niebla se traga el tocón roto y Mad suelta el pie del acelerador, Jake no deja de tener que contenerse para no pisar el freno.

Está cada vez menos seguro de que no oye un murmullo sin palabras bajo la niebla. La impresión se niega a irse, lo que agrava la sensación de que algo demora a los coches. El asfalto detrás del Nova se asemeja tanto a una corriente de barro que debe renovar la creencia de que los vehículos están avanzando, aunque demasiado lentamente para distanciarse del recuerdo de lo que vio en el interior del coche de Connie. Cuando las luces de frenado de Jill se encienden teme conocer la razón, hasta ver que sus faros iluminan el restaurante, cerrado y sin luz.

—Entonces Ross no puede haber llamado desde ahí —dice Mad.

Ahora mismo lo más importante para Jake es que se encuentran en la salida del

complejo comercial. Las sombras, tan bajas como el mobiliario, desfilan por el restaurante mientras los faros de Jill giran hacia la salida. Con el Mazda detrás, Jill conduce por la desierta carretera hasta el carril situado entre los setos que blanden sus rezagadas espinas como si los haces de luz las hubieran erizado. Jill toca el claxon, y Connie y la propia Jill agitan la mano en el espejo retrovisor del parabrisas. Mad toca el suyo, y ambos imitan el movimiento de manos, pero no está seguro de que los vean, pues la niebla extingue las luces traseras del Nova. Con un suspiro que prefiere no interpretar, Mad gira a la izquierda tras el restaurante.

No podrá respirar con normalidad hasta no estar seguro de que la cosa que vio detrás de Textos no los está persiguiendo camuflada en la niebla. Mira nerviosamente hacia los edificios y el espacio abierto que estos oscurecen, en colaboración con la niebla. Aprieta los dientes hasta que le duelen con tal de no meterle prisa a Mad para que acelere.

El restaurante está junto a un bloque inacabado, con ventanas de polietileno, y Jake imagina que no son más que ojos, tan cargados de cataratas que se salen de sus cuencas, y junto a ese bloque, otro que no llega ni a edificio; es una jaula de metal sin tejado. Permite que algo más de la luz de los focos llegue al coche, pero ¿por qué parte de la luz se encuentra tan cerca del suelo? Porque pertenece a un vehículo que avanza entre los incompletos edificios directo al Mazda.

—¡Cuidado! —grita Jake, ensordeciéndose a sí mismo de un grito y agarrando el volante.

El coche se encuentra casi en el seto del otro lado de la carretera antes de que Mad recobre el control.

—¿Qué c...? —comienza a decir Mad antes de recordar que es una señorita—. ¿Qué intentas hacernos, Jake?

—¿No lo has visto? Tienes que haberlo visto. Había un coche o algo.

—¿Dónde? —pregunta, y para su consternación, pisa el freno—. Dime dónde.

Quiere suplicarle que se alejen de allí, pero no obstante gira la cabeza para mirar por la ventana trasera. Una esquelética esquina del edificio en construcción es visible, pero no hay ni rastro del vehículo que vio cuando agarró el volante, y tiene que admitirlo.

—Debe de haber sido la niebla —dice.

—Sí, bueno, a partir de ahora da igual lo que veas, déjame conducir a mí. Esperaría de Greg que intentara ponerse al mando, pero no de ti.

Devuelve el coche a la carretera y casi no coge velocidad. Los edificios inacabados se agazapan como si la tierra se los estuviera tragando. Las tinieblas se afianzan sobre el último de ellos justo cuando queda a la vista el túnel bajo la autopista, una cueva embadurnada de gigantescos símbolos chorreantes y habitada por una alerta niebla.

—¿Crees que nos peleamos los unos con los otros porque estamos muy cansados?
—dice Mad, al tiempo que sube la rampa que conduce a la autopista, que Jake esperaba bloqueada.

—No sabría decirte.

De hecho, cree que el cansancio es la última de las razones, pero no va a molestarse en pensar sobre ello cuando le acaba de comparar con Greg. El coche se aventura al interior de la autopista, tras vacilar en lo alto de la rampa, y Mad pone a prueba el resentimiento de Jake.

—Si por casualidad ves un teléfono o a Ross, no dudes en decirlo.

Jake siente la tentadora esperanza de pensar que Ross difícilmente se habrá puesto a vagar por la autopista, pero ¿es así? Podría haberlo hecho para ir en busca de un teléfono. Las luces de Fenny Meadows se alejan bajo el coche, y parece que estaban diluyendo la niebla, que se cierne sobre el parabrisas como si un cielo entero de lluvia contenida se hubiera concentrado en el oscuro paisaje. Los haces de los faros la atacan con una debilidad cercana al agotamiento, pero el coche no puede haber parado su progresar, pues un indicativo de algún tipo aparece a un lado de la carretera. ¿Está la niebla tras él disipándose? No, Jake está viendo otra de las luces que advirtió en el complejo comercial, y ahora sabe dónde están. Es un terreno pantanoso, y los pantanos a veces emiten fuegos fatuos. Cuando era niño leyó algo sobre ellos, y deseaba poder ver uno; el deseo se le ha concedido. Está a punto de hablarle del fenómeno a Mad, cuando esta escudriña un cartel por la ventanilla de Jake.

—¿Era eso para el siguiente teléfono? ¿Cuánto decía que...?

La luz se aparta de la niebla y se divide al encontrarse con dos faros en el lado equivocado de la autopista; en el mismo carril del Mazda. Sobre ellos, la ventanilla delantera de un Jaguar agita sus parabrisas a modo de reproche. Tras el cristal, el conductor, un hombre con la frente encasquetada en una gorra de cuero, mira su móvil. Para demostrar que es más estúpido de lo que eso ya sugiere, quita la otra mano del volante y hace gestos de borracho. Tener tiempo para asimilar tantos detalles convence a Jake de que Mad es capaz de evitar la colisión; de hecho ya está girando el volante. Entonces la velocidad del Jaguar fulmina la distancia entre ambos coches, y se transforma en una única explosión de metal y cristales. En ese instante, Mad le agarra la mano a Jake, y él la cierra contra la suya. Durante un momento desea que fuera Sean, pero entonces se siente agradecido de su cercanía; hay una presencia que se siente encantada de que se produzca el choque y no recibe cordialmente su reconciliación. De hecho, esparce lo que queda de la inteligencia de ambos por la oscuridad.

Jill

Hace sonar el claxon y el coche de Mad responde, lo que prepara su mente para el comienzo de la persecución. Cuando agita la mano en el espejo, Connie la imita, pero no hay ninguna razón para que piense que Connie se está riendo de ella o dando a entender taimadamente que preferiría estar en el Mazda. La niebla arrastra al Mazda y sus luces, un rojizo fulgor desaparece de la nada que ilustra los setos, y entonces el espejo le muestra a Jill únicamente el espacio entre ellos, que continúa menguando a medida que el Nova sigue avanzando.

—¿Nos vamos ya? —sugiere Connie.

—Ya lo hacemos.

—No pasa nada si no te sientes cómoda conduciendo más deprisa. Pero no me siento bien dejando a Anyes encerrada durante más tiempo del necesario. Ni a Woody, por supuesto.

Jill piensa si debe sonreír ante la obligada última frase, pero no está segura de si Connie consideraría que daba lo de Woody por sentado, una posibilidad que a Jill le ofende un poco.

—Puedes culparme si quieres —le responde sin embargo.

—Gracias, pero es realmente responsabilidad mía.

Jill no va a fingir: preferiría tener a Jake de pasajero. Connie lo dejó claro cuando antes casi dijo que desearía no ir en el coche de Jill. Las ennegrecidas y mojadas espigas de los setos rodean al coche, y se solidifican junto a la niebla, formando una única masa.

—Entonces tú aceptarás toda la responsabilidad, eso dijiste.

—No estoy segura de que pueda hacer eso, ¿verdad? A no ser que quieras que conduzca.

—Realmente no, gracias.

—Entonces tú tendrás que ser responsable de esto, ¿no crees? Algunas personas piensan que no soy tan mala.

—No recuerdo haber dicho que lo fueras.

Connie gira la cabeza como si intentara forzar a Jill a reconocer su expresión. Cuando Jill se concentra en el pedazo iluminado de carretera, el velo de niebla se empieza a abrir.

—Conduciendo.

—También hay gente que dice lo mismo de mí.

—Supongo que tu niña pequeña es una de ellas.

—Se pondría de mi parte, no te preocupes —responde Jill, apretando el volante con más fuerza mientras intenta recuperar el control de sus palabras—. Ella es una de las razones por las que te pregunté cuánta responsabilidad estás dispuesta a asumir.

La mayor de las razones.

La humedad que sisea bajo el coche rellena la pausa durante la cual se niega a mirar la expresión en el rostro de Connie.

—Ninguna en absoluto —acaba diciendo Connie.

La reducida carretera parece temblar por la incredulidad de Jill hasta que recupera el agarre del volante.

—No vas a salir impune de esto.

—No hay nada de lo que salir impune. No aparecí hasta mucho después de que rompieras con Geoff. Espero que no le estés diciendo a tu hija lo contrario.

Jill siente su cerebro sumido en discrepancias que enrarecen la atmósfera del coche más que la niebla. No entiende por qué ha dejado que el malentendido continuara, pero sin embargo, una parte de ella quiere aprovecharse de ello y usarlo como excusa para enfrentarse a la otra mujer, ahora que la tiene atrapada.

—Te preguntaba si ibas a decirle a quien lo tenga que saber que participaste en la rotura de la puerta. No me importaría conservar mi trabajo —apunta solamente, pero le requiere cierto esfuerzo de contención.

—No veo muy probable que lo conservemos, ni Mad ni Jake tampoco.

Jill se siente ahora como una niña a la que han incumplido una promesa.

—Pero lo hicimos por Woody tanto como por los demás —dice estúpidamente.

—¿Ah, sí? Puede que piense que lo hicimos para huir de él.

—No vas a decir eso, ¿verdad? ¿Quién nos va a ayudar?

—Yo telefonaré. Eso tendrá que bastar hasta que duerma un poco.

Jill ya no entiende lo que dice Connie, o si sus comentarios sirven para algo que no sea robar oxígeno al coche.

—Entonces déjame conducir.

—No recuerdo haber empezado la discusión.

Jill tampoco, es como si la oscuridad se hubiera tragado su memoria, pero no le gusta sentirse acusada.

—¿Podemos intentar llevarnos bien mientras estemos metidas en esto?

—¿Crees que no lo intento?

—Supongo que quieres estar en esta situación tanto como yo.

—Menos si cabe.

Jill se ha esforzado todo lo posible. No pueden discutir si no hablan. Se concentra en ignorar el bulto inerte de silencio hostil en el que se ha convertido Connie, porque el avance del coche no puede distraerla de la presencia de la otra mujer. La negra carretera repta incesantemente hacia ella bajo la niebla que los setos parecen demorar, y solo las curvas del carril la obligan a estar mínimamente vigilante. Incluso estas emergen tan gradualmente que podría estar soñando que se toman tiempo para no molestarla. No tiene ni idea de cuantas se han hundido en la niebla o cuánto ha

avanzado el Nova.

—¿Lo estás haciendo a propósito? —espetea Connie.

—Solo estoy conduciendo, que yo sepa.

—A eso me refiero. ¿Estás conduciendo lo más lento posible a propósito?

—No, lo más cuidadosamente posible.

—Es posible tener demasiado cuidado. No me extrañaría...

Cuando se interrumpe, Jill tiene la certeza de que Connie pensaba hacerle saber su opinión sobre su matrimonio. Jill saborea un regusto rancio en su aliento, diseñado para reprimir toda respuesta.

—¿No te extrañaría qué? —se oye decir.

—No me extrañaría que acabáramos dormidas antes de llegar a ningún sitio si seguimos a este paso. Parece que apenas hemos salido de Fenny Meadows.

Jill lamenta compartir la misma impresión, pero la suya va más lejos. Debe de ser culpa de la falta de sueño, la idea de que sus discusiones son una creación artificial para ser un obstáculo adicional en su avance. Le parece una idea absurda.

—Preferirías que fuera más deprisa y acabáramos en la cuneta.

—No veo ninguna cuneta. No veo nada de nada excepto lo mismo que llevo viendo desde hace una eternidad.

—Quieres que no sea capaz de parar si nos encontramos con algo de frente.

¿Quién va a circular por aquí a estas horas de la noche en medio de la niebla? Sería raro que fueran a Fenny Meadows, y no hay otro sitio a donde ir.

Jill casi menciona la autopista, pero por supuesto sabe que está cortada, y nunca ha visto a nadie usar esta ruta para llegar a ella. De todos modos, nadie va a decirle cómo tiene que conducir, y mucho menos Connie. Le inunda un impulso de girar el volante y acortar el camino por el campo atravesando el seto. *¿Es lo bastante deprisa para ti?*, se imagina oyéndose a sí misma decir. Es reacia a hacerlo solo porque dañaría al coche, y no está segura de que eso la detenga si Connie sigue llevándole la contraria. Está esperando a que siga haciendo comentarios desafortunados, cuando Connie se golpea la frente como si estuviera matando a un mosquito. Por lo que respecta a Jill, puede herirse a sí misma todo lo que quiera, pero aparentemente la bofetada tenía la intención de despertar su cerebro.

—Tenemos que volver —dice.

—¿Y eso por qué? —pregunta Jill, dejando al coche avanzar unos metros antes de hablar.

—Ahora no. Cuando llame para avisar sobre la tienda y mi coche. Tendré que estar con ellos cuando vengán a arreglar el motor.

Jill se contiene y no pisa el acelerador a fondo para alejarse de esa propuesta.

—Seguro que puede esperar hasta que vuelvas a casa.

—¿Y cómo esperas que vuelva aquí desde casa?

Jill no espera nada en absoluto que tenga que ver con eso, y no podría importarle menos.

—¿No puedes hacer que te recoja cualquiera en casa? Usa tu encanto o hazte la desvalida. Estoy segura de que eres buena en ambas cosas.

Connie gira la cabeza de nuevo, y Jill se inquieta al rehusar enfrentarse al pedazo de carne que Connie apunta hacia ella. El volante le raspa las manos, y lo agarrar con tal fuerza que es imposible que se le escape. Espera, por el bien de las dos, que con sus palabras consiga que deje de mirarla.

—De todas formas, pensé que querías volver a casa primero para dormir un poco.

Tras una pausa, Connie se vuelve para contemplar el brillo sofocado al que van persiguiendo.

—Quizá no pueda dormir si no paro de pensar en ello. Me pasa algunas veces.

—Es solo un coche, Connie. No va a ir a ninguna parte.

—Supongo que piensas que me comporto como si se tratara de mi propio hijo.

—Bueno, ya que lo mencionas...

—No es así, y realmente voy a tener que volver.

—En mi coche no, lo siento. No después de haber llegado tan lejos.

—¿Tan lejos? Sigo sintiendo que no hemos ido a ningún sitio.

Al tiempo que Jill comienza a girar en la siguiente prolongada curva, culpa a Connie de inducirle la idea de que todas las curvas del carril forman un círculo que acabará llevándolas de regreso a Fenny Meadows. Intenta convencerse de que algunas de ellas anulan a las demás.

—¿Dijiste antes que querías conservar tu empleo? —murmura Connie.

—Me gustaría. En casa hay dos bocas que alimentar.

—Entonces quizá es mejor que consideres hacer lo que te he pedido. Aún no he dejado de ser encargada.

El deseo de abandonar la carretera recorre a Jill como una corriente eléctrica. No es consciente de nada salvo de su pie posado en el acelerador y de sus manos prestas para dar un volantazo. No advierte inmediatamente el cambio en el tono de Connie, ni sus palabras:

—¿Quién es ese? ¿Es Ross?

¿Trata de distraer a Jill de su plan? La niebla se levanta para cubrir el lugar donde miraba Connie, pero Jill no cree que hubiera nada que ver salvo las negras garras esqueléticas de los setos. Incluso cuando Connie se inclina sobre el cristal del parabrisas, parece un mero intento de hacer olvidar a Jill su amenaza, pero es demasiado tarde. El fragmento de seto resurge, espina tras espina, y Jill ve a una tenue figura agazapada en un hueco junto al seto.

—Eso no es Ross —dice Connie.

El extremo de la luz del faro topa con la cabeza, que parece lo bastante mojada

para haber sido recién rescatada de un ahogamiento, y la infla hasta dos veces su tamaño con su sombra. La figura se retuerce para rechazar la luz y después se pone en pie, parpadeando violentamente y bostezando; Aunque Jill no lo hubiera reconocido, sí habría identificado el bostezo de Gavin. Libera la manga derecha enganchada en el seto y se tambalea delante del coche.

Jill tira del freno de mano mientras pisa el pedal del freno, justo a tiempo de evitar que vuelquen, sino algo peor.

—Gavin, casi... —baja la ventanilla para decirle mientras este se acerca cojeando y rodea el Nova.

—¿Qué hora es? —responde poniendo una mano en el techo del vehículo y frotándose los ojos con la otra, consiguiendo enrojecerlos más si cabe—. ¿Ha terminado?

—¿El qué?

—¿Habéis terminado de trabajar en la tienda?

Suena como un recordatorio de la amenaza de Connie, pero no dice nada.

—No te quedes ahí de pie, Gavin —dice en su lugar—. Entra.

Abre torpemente la puerta de atrás y se dobla con cuidado para caber en el asiento. Jill cierra su ventana, anticipándose al cierre de la puerta de Gavin.

—¿Has estado ahí afuera desde que llamaste? —dice con la intención de expresar su simpatía, pero el comentario suena inútilmente obvio.

—Me ha parecido mucho más tiempo. ¿Estabais buscándome?

—Buscábamos un teléfono. Supongo que tu móvil no habrá resucitado.

Se lo saca y lo sostiene contra el débil brillo proveniente de la ventana del parabrisas. No se enciende cuando pulsa una tecla. De hecho, durante un momento parece volverse tan gris como el vaho de sus respiraciones a causa de la niebla que ha entrado en el coche.

—No creo —bosteza—. ¿No funcionaba la cabina?

—¿Qué cabina? —está impaciente por saber Connie.

—Encontré una, no me preguntes dónde. Si hubiera llamado me habría quedado sin dinero para el autobús, y de todas maneras no había muchos motivos para hacerlo.

Los instintos de Jill se niegan a aceptar eso, pero antes de que pueda entender por qué, Connie pregunta:

—¿Dónde estaba más o menos?

—En algún lugar de la carretera. ¿No la habéis pasado? Pensé que iba de camino a la carretera principal.

Jill cree que el grado de hostilidad de Connie le hace parecer tan tonta que no tendría demasiados problemas en pensar que es una completa idiota.

—No me digas que nos hemos pasado un teléfono —dice Connie.

—No. Tú tenías más posibilidades de verlo, ya que tenías menos que hacer. Debe

de haber teléfonos en la carretera principal. Ya te he dicho que no voy a volver.

Diciendo eso tiene la intención de desafiar a Connie a repetir su amenaza en presencia de Gavin.

—¿Para qué necesitáis un teléfono? —interrumpe Gavin la confrontación, frustrando de paso a Jill.

—Woody se ha quedado encerrado en su despacho —dice Connie—, y Anyes en el montacargas.

—Haces que parezca culpa de ellos —arguye Jill.

—Bueno, no lo es. Diría que es culpa de quien los deja encerrados más tiempo del necesario, ¿no crees, Gavin?

A Jill le gustaría pensar que el bostezo indica que la pregunta le aburre.

—Vamos a llamar desde la carretera principal —dice, soltando el freno.

También hay un bostezo para ella. No sabe cuántos más podrá soportar. Siente la tentación de incrementar la velocidad para dejarlos atrás, pero la niebla enredada entre los setos y en proceso de lenta retirada tiene un aspecto más ominoso que nunca. Busca en su lóbrego cerebro una manera de reanimarlo, y consigue desenterrar el recuerdo que buscaba.

—¿Qué me estabas diciendo cuando se cortó la llamada, Gavin?

—No importa mucho ahora. Woody no creía que tuviera ninguna relevancia.

—Pero tú sí. Pensaste que era tan importante como para volver a llamar. Dijiste que habías visto algo.

—En unos vídeos que me llevé a casa. Aparecía gente peleándose en lugar del contenido que debería haber.

—Estoy con Woody —dice Connie.

—¿Por qué querías que lo supiésemos? —le pregunta a Gavin en lugar de decirle a Connie que ojalá estuviera realmente con Woody, haciéndole compañía en el despacho.

—Parecía que algo era incorrecto. Las devolvieron dos personas diferentes, que vivían a, no sé, sesenta kilómetros de distancia.

—Apuesto a que entonces era el mismo tipo de cinta —dice Connie—. ¿Tengo razón?

—Las dos eran conciertos. ¿Y qué?

—Mira si las dos fueron publicadas por la misma compañía. Tuvo que ser un error en el volcado de los datos.

Jill sigue sin estar convencida pero no sabe si es porque prefiere no discutir con Connie. En el espejo, la silueta sin rostro de Gavin ha caído en silencio.

—Esa puede que sea la razón —dice adelantándose a su aliento, en contra de los deseos de Jill, que querría que comenzara una discusión con Connie.

La carretera se arquea en una curva idéntica a la que acaban de pasar.

—La cabina estaba al final de un lugar parecido a ese —dice Gavin cuando la zona iluminada entre la niebla se extiende tenuemente por un espacio libre en el seto del lado izquierdo.

—La veo. Ahí está —anuncia Connie alzando una mano hacia Jill.

Jill no sabe si Connie le está indicando imperiosamente que pare, o si incluso considera la posibilidad de tirar del freno de mano. Cuando detiene el coche justo delante del espacio, disfruta imaginando que el pedal bajo sus pies es una parte del cuerpo de Connie. Escudriña el camino que se aleja de la carretera. Es tierra batida, o bien asfalto mezclado con barro, y el objeto en medio de la niebla al final del serpenteante sendero podría ser un ancho tocón talado a más de dos metros del suelo.

—No lo creo —decide en voz alta—. ¿Conducirías por un lugar así con esta niebla?

—Si voy a conseguir ayuda para la gente que lo necesita —espetea Connie—, ciertamente lo haría.

Jill lo duda, e introduce el coche en el desvío para dejar patente su objeción. El borroso objeto junto al camino no aparece con mayor definición; de hecho, la niebla parece arremolinarse junto a él, y esa debe de ser la razón por la que su contorno parece menos regular de lo que debería serlo el de una cabina normal. Se frota los ojos y descubre que está tan cansada que comienza a ver imágenes que la descripción de Gavin ha de haber introducido dentro de su cabeza; gente luchando y cayendo en la tierra, si no hundiéndose en ella. Busca a tientas el encendido de los faros y abre los ojos cuando los siente preparados para funcionar. Ahora la forma frente a ella le recuerda a un tótem, aunque por supuesto no está viendo rostros materializándose unos encima de otros.

—Lo siento —dice—. No voy a seguir adelante.

—Quizás Anyes tampoco está muy feliz en estos momentos —responde Connie.

—Eso no lo sabemos, ¿verdad que no? Mad y Jake pueden haber pedido ya ayuda.

—O podrían no haberlo hecho. Bueno, votemos si conducimos hasta allí o me mojo los pies. ¿Qué dices, Gavin?

—Ahora quieres que seamos democráticos, ¿verdad? Hace un rato te comportabas como si estuvieses al cargo —responde Jill por él, y mientras las manos de Gavin vacilan en el espejo, añade—: Votar no servirá de nada. No vamos a conducir hasta allí, yo no. Es mi coche. Si no te gusta puedes salir y caminar, pero no esperes que me quede por aquí. —Le confunde el deleite que su discurso ha intensificado, porque esa alegría no parece suya; parece como si la cercara. La confunde hasta tal punto que imagina ver el tocón, o el objeto que se parece a uno, estremecerse ansioso—. Ni siquiera es una cabina —le dice a Connie—, ve y mira si no lo ves desde aquí.

—¿Me esperará mientras lo hago, Gavin? Podrías intentar que me espere, ¿lo

crees posible?

Gavin discrepa con una o ambas preguntas abriendo la boca en un bostezo. Pueden darle todos los argumentos que quieran a Jill, pero es su coche. Da marcha atrás y sale del desvío, arañando la aleta con el seto. En el momento que los faros giran alejándose del campo, cree ver al objeto dividiéndose como una ameba y a su parte superior brincando o derrumbándose sobre el terreno. ¿Tan cansada está? No lo bastante para no seguir conduciendo, y lo hace en medio de una atmósfera de silencio y frustración. Entonces Gavin vuelve a bostezar, quizá reaccionando al espectáculo de niebla precipitándose hacia el coche sobre el mismo negro y húmedo pedazo de carretera, para luego acabar perdiéndose en los setos.

—Gavin —casi grita Connie—, por el amor de no-voy-a-decir-quién, deja ya esos malditos bostezos.

Por una vez, Jill está de acuerdo con ella, pero no puede evitar sonreír cuando es ahora la propia Connie la que bosteza ferozmente.

—Tú también lo haces —indica Gavin.

Todavía no se ha borrado el regocijo en los labios de Jill cuando un bostezo se cuela entre ellos.

—Es tu culpa —le acusa Connie—, no nos pasaba antes de que llegaras. Guárdatelos para ti, ¿vale? Ya tenemos bastantes problemas para encima no poder evitar hacer una cosa como esa.

—Dime entonces cómo puedo evitarlo yo.

Su respuesta es otro furioso bostezo, y no es la única reacción que Jill piensa que Connie no es capaz de controlar. Obviamente, los problemas a los que se refería tenían que ver con Jill, pero al poco de haber entrado Gavin en el coche, Connie ya se había puesto en contra de él. Parece no importarle a quién ataca mientras ataque a alguien. Un bostezo que parece espantar esa idea domina a Jill, llevándose consigo el deseo de no haber frenado cuando Gavin se le vino encima del coche. ¿Y si le dice que camine delante como la gente suele hacer en situaciones de niebla? Mejor todavía, ¿por qué no sugiere que Connie le haga compañía? No tendría la intención de atropellarlos, pero está tan cansada que nadie la culparía si perdiera el control del vehículo, si olvidada qué pedal tenía que pisar a fondo...

No es solo la infantilidad del plan lo que la deja sin aliento. Es la dicha que sus pensamientos parecen sacar a la superficie, una alegría tan vasta y salvaje que no puede pertenecerle.

—¿Podemos dejar de discutir hasta que salgamos de esta? —suplica—. En serio, hay que intentar dejar de hacerlo.

—Podríamos conseguirlo si tú empiezas a darnos ejemplo —dice Connie.

Al menos Jill ha hecho un esfuerzo para ignorar sus pensamientos irracionales, pero Connie suena igual que una cría en el patio de un colegio. Jill siente el deleite de

nuevo avivándose, ayudado por el desdén que siente por sus acompañantes. Han comenzado a pensar y comportarse como niños problemáticos, ella incluida, y de repente entiende la situación. La ha visto muchas veces: niños peleándose después de que otro astutamente meta cizaña. Abre la boca para compartir su visión del asunto, pero ya sabe cómo va a reaccionar Connie si se la llama infantil. Está a punto de dejar sus pensamientos caer de nuevo en su atontado cerebro cuando de repente siente que no solo están siendo invadidos por la fatiga. La impresión se parece tanto al despertar de un sueño que se le escapa un resuello.

—Ya sé por qué no debemos seguir discutiendo.

—¿Por qué? —apenas pronuncia Gavin, pero esta vez sin bostezar.

—Pensad en ello —dice Jill, haciendo lo propio en voz alta, lo que parece servir de ayuda—. Hemos estado discutiendo durante toda la noche, ¿verdad? Y antes de esta noche, durante no sé ni cuánto tiempo en la tienda. Algo quiere que nos peleemos. En fin, tú incluso has visto a gente luchando en tus cintas.

Al principio teme que ese último comentario haya sobrado. Al menos Gavin no bosteza. Aparta la vista del reflejo de su pensativa, o eso espera, silueta en el espejo. Mira la carretera, aunque el borroso e indefinido cerco de niebla la hace sentir como un insecto atrapado en un vaso.

—Bueno, yo voto a que esa es la mayor tontería que he escuchado en mi vida.

No hay palabras suficientes para responder a eso; no solo palabras, en ningún caso. Quizá se acabara creyendo que son poco menos que marionetas si Jill le brinda una demostración.

—Esta es una tontería aún mayor —dice Jill, cerrando los ojos y pisando el acelerador a fondo.

Al principio nadie se da cuenta. Está empezando a pensar que puede dominar la carretera sin mirar.

—Cuidado, vas a estamparnos contra el seto —dice Connie apartándola de esa idea.

—Entonces haz algo para evitarlo.

—Lo acabo de hacer. Cuidado —repite Connie con retintín.

—Necesito más que eso. ¿Para dónde giro?

—A la izquierda, por supuesto. ¿No ves...? No me lo creo. No puedes tener los dos ojos cerrados. —Jill gira el volante a la izquierda, y le muestra su cara a Connie, dejando ver una sonrisa tan seca como una grieta en un terreno baldío—. Vale, ya lo has dejado claro, sea lo que sea —dice Connie, y cuando Jill no cede añade—: Eres la conductora. Tú conduces.

El asiento de Jill tiembla cuando Gavin se inclina para asomarse entre ella y Connie.

—Ahora a la derecha, a la derecha —le urge, y ya no parece a punto de bostezar.

—Estaba a punto de decírselo, Gavin. Había tiempo —dice Connie, y añade—: A la derecha.

—Vais a hacer falta los dos para ayudar, con una conductora como yo...

—No estábamos diciendo nada de tu conducción —protesta Gavin.

—Lo haréis —les asegura y se echa hacia delante, pisando a fondo el acelerador. Al momento siente a Connie agarrando el volante.

—De acuerdo, tú manejas el volante —concede Jill, soltándolo—. Pero quiero que Gavin te vaya diciendo cuándo girar. Si no lo hace, iré más deprisa.

Tiene que cumplir la amenaza para convencerles de que va en serio.

—Izquierda —ordena la voz ahogada de Gavin, y percibe el coche girando bruscamente en esa dirección. Le alegra que Connie y Gavin estén demasiado preocupados para preguntarle lo que está haciendo, porque no puede explicárselo ni siquiera ella misma; es simplemente lo correcto, quizá sin pretenderlo. Tiene la sensación de que está derrotando a la estupidez en su propio juego. Cree sentirla siguiendo al coche desde detrás de los setos o debajo de la carretera, o desde ambos. Eso la llena de desesperación por acelerar y escapar, y no sabe si se ha rendido al impulso hasta que Connie grita:

—Jill, aminora. Piensa en tu niña pequeña.

—Me dijiste antes que iba muy despacio. ¿Puedes poner de acuerdo a tu cerebro o es que acaso no tienes? —Connie es la última persona que tiene que recordarle a Bryony; de hecho, le fastidia tanto que considera acelerar incluso más. ¿Y si no ve nunca más a su hija? Se imagina a Bryony en la función de Navidad teniendo solo a Geoff para animarla, a menos que lleve a Connie; pero claro, Jill tiene a Connie a su merced en el coche. Sea cual sea la razón que la impulsa a acelerar, le divierte escuchar a Gavin decir «derecha» y a Connie responder en el mismo tono agitado «lo sé». Está a punto de pensar que está soñando toda la travesía, que las imágenes de dentro de su cabeza son más reales; la multitud de figuras grisáceas luchando por destruirse o desprenderse las unas de las otras, o bien del socavón en el que se están hundiendo, o del que están escapando, quién sabe. La fascinación respecto a todo esto es una de las razones por las que no tiene prisa por responderle a Connie.

—Hemos llegado —le había dicho.

—¿A dónde? —se oye responder somnolienta.

—Al teléfono. Te lo estás pasando. Te la has pasado. La cabina.

Jill despega los pegajosos párpados y se encuentra con una multitud de ojos destellando en la oscuridad. Podrían pertenecer a cientos de arañas gigantes o a solo una, pero inmensa; es entonces cuando advierte que se trata únicamente de perlas de humedad resbalando por los setos. No ve ninguna cabina, al menos hasta que las luces de frenado tiñen la parte inferior de la estructura de carmesí, e iluminan el interior con un rojo anodino. Deja el motor encendido para así alimentar las luces.

—Llamaré respecto a la tienda —dice Jill—. ¿Qué vas a hacer con tu coche que no tenga nada que ver con hacerme llevarte de vuelta?

—Déjanos en casa y ya está —dice una enervada Connie.

La llamada puede durar demasiado para que Jill se arriesgue a dejar las luces encendidas con el motor apagado. Ciertamente, no confía lo bastante en Connie y ni siquiera en Gavin para dejar las llaves puestas. Saca la llave de la ignición, sale bruscamente del coche y camina junto a él, poniendo una mano en el tejado pegajoso. Dos pasos diagonales desde la parte trasera del coche la acercan tanto a la cabina que la siente cernirse sobre ella como una amenaza. Se dirige torpemente a la puerta, tan húmeda que parece cercana a oxidarse, y localiza la chorreante manilla. Al entrar, la cabina se enciende con un resplandor que podría pensarse que proviene del suelo en lugar del pequeño techo. Las luces permanecen encendidas cuando cierra la puerta, con un chasquido que parece encontrar un eco en el seto de detrás de la cabina.

No hay guía telefónica en la oxidada balda metálica, pero no la necesita. Alguien ha pintado símbolos incomprensibles en el espejo y en los anuncios, tornando ilegibles las palabras y atrapando su cansado rostro en una espesa telaraña. La oscura pintura llega también al teléfono. Al levantar el frío auricular, la luz se atenúa como si hubiera menguada por culpa de una bocanada de niebla. Marca uno de los teléfonos de tres dígitos más recordables del mundo tan pronto como tiene tono, por muy apagado que este sea.

—¿Hola? ¿Operadora? ¿Hola?

—Operadora.

Apenas le sorprende que a estas horas de la noche la voz femenina de la operadora suene tan mecánica.

—No estoy segura de qué servicio necesito —admite Jill.

—¿Cuál?

—Es una emergencia. Alguien ha estado atrapado en un montacargas durante horas, y no hay energía eléctrica alguna en el edificio. ¿Puede pasarme con quien se encargue de esos asuntos?

—Pasada.

La voz se corta antes de pronunciar la última sílaba, y a los pocos segundos, otra tan similar que Jill podría perfectamente confundirla con la anterior aparece en el auricular.

—Servicio de emergencias energéticas.

—Se nos ha ido la electricidad. ¿Ese es su campo, verdad?

—Electricidad. Sí.

—Es porque una persona está atrapada en un montacargas. ¿También se encargan de eso?

—Sí.

—No sé si conocen la zona. Es bastante nueva, Fenny Meadows.

—Sí.

Jill llevaba mucho tiempo sin escuchar a alguien que estuviera tan de acuerdo con ella; ahora la voz suena entusiasta.

—Es una tienda de allí —dice Jill—. Textos, la librería.

—Sí.

—Debo decirle que hay mucha niebla en aquel lugar. También la hay aquí, a bastante distancia.

—Sí.

El entusiasmo ahora queda fuera de lugar, aunque Jill imagina que tiene la intención de tranquilizarla.

—¿Puedo dejaros encargados de ello, entonces? —sugiere.

—Sí.

Quizá ha preguntado más de la cuenta; la voz se ha hundido una octava, lo cual le hace pensar que la persona al otro lado del teléfono ha perdido la paciencia.

—Gracias —dice, y cuelga el garabateado auricular en su igualmente desfigurado soporte. De repente, se siente idiota por no haber dado su nombre en caso de que los jefes preguntaran quién había hecho la llamada, ¿y no debería haberse asegurado de si Mad o Jake habían establecido contacto? La luz, que aparentemente proviene de la nada, parpadea encima de su cabeza, a punto de fallar, y no quiere quedarse encerrada en una cabina a oscuras. Abre tanto la puerta que le da al seto; esa debe de ser la razón por la que este cruje con tal fuerza que sugiere la idea de que algo se ha despertado tras él. Corre hacia el Nova y se mete en el asiento del conductor justo en el momento que la cabina, y el lívido fragmento de seto a su alrededor, son tragados por la negrura.

—Arreglado —dice, y acierta con la llave en el arranque, reviviendo el motor y las luces—. ¿Listos para ponernos en movimiento?

—No creo que viniera por este camino —dice Gavin.

—Déjala conducir —espeta Connie—. Llegaremos a alguna parte.

—De acuerdo, olvidad que lo he dicho. Lo siento, Jill.

Jill no tiene otro remedio que sonreír como una idiota al comprobar que tienen miedo de lo que haría si comienzan otra discusión. Eso es algo parecido a un acuerdo, y cuando el Nova se pone en movimiento está segura de haber hecho algo bien; han dejado atrás sus frustraciones. Aunque no tiene ni idea de lo que eso significa, es bastante para que la niebla y los setos ya no le parezcan tan opresivos. No ha respirado apenas un poco más de niebla cuando Connie desea en voz alta:

—¿No es esa la carretera principal?

Es cierto que hay luz delante de ellos. En unos pocos segundos es más brillante que el resplandor de los faros de Jill contra la niebla. Es lo bastante brillante para

originarse en una o varias farolas; de hecho, esa es la fuente que Jill cree más probable para explicar su procedencia. Entonces la niebla se disipa y se retira, permitiéndoles observar una alta farola tras el espacio entre dos casas.

—No vine por este camino.

—No importa, ¿verdad? —dice Connie—. Estaremos fuera en un minuto.

Una vez Jill ha cruzado el doble carril como si quisiera dirigirse a Manchester, cae en la cuenta de que Connie se refería al coche.

—Para —ordena Connie—. Cogeré ese taxi.

Apenas ha frenado Jill, Connie sale disparada del Nova y corre a toda velocidad hacia el taxi, moviendo ostensiblemente los brazos y no solo gritándole, sino berreándole, al conductor.

—Gavin, ¿quieres compartirlo? —le pregunta cuando el taxi se detiene y da marcha atrás.

—Si a ti no te importa, Jill.

—¿Por qué iba a importarme? Quiero llegar a casa como todo el mundo.

—Ya nos veremos entonces —dice antes de bostezar y estirarse, todo ello durante el proceso de abrir la puerta de atrás, y entonces se demora para añadir—: Nos veremos, ¿no?

—No lo sabemos de momento, ¿verdad? Espero que lo averigüemos pronto.

—No creo saber ya cuándo es pronto y cuándo tarde.

Lo demuestra en la velocidad a la que sale del coche.

—¿Vienes conmigo o no, Gavin? —exclama Connie.

—Gracias por sacarnos —le murmura a Jill, y se dirige al taxi todo lo rápido que su amodorramiento le permite.

El taxi apaga la luz del techo y se aleja. Jill lo sigue a menor velocidad, y al poco tiempo se queda sola junto a un desfile de casas adosadas a ambos lados de la carretera, generalmente a oscuras salvo por las altas farolas. Los bloques de luz son tenues, pero es solo niebla. No recuerda cuando la niebla empezó a ser solo niebla, ni mucho menos la razón por la que se le ha pasado ese pensamiento por la cabeza. Quizá lo comprenda cuando haya dormido. Tras conducir unos minutos se da cuenta de que se unió a la carretera principal a unas dos millas pasada la ruta que tomó para llegar a Fenny Meadows, hace una inimaginable eternidad. Al menos hay otro camino para llegar a la librería, y debería atraer a más clientela al complejo comercial, si alguien se molestara en colocar una señal indicándolo.

No mucho después llega a la autopista de Bury y deja atrás el último remanente de niebla. No hay nadie cerca que se queje de su forma de conducir como sería el caso si se encontrara en una zona urbanizada. Finalmente llega a una, donde los relojes entre las tiendas la informan de que no son mucho más de las cuatro de la mañana, aunque apenas se puede creer que se haya perdido la Navidad. Unos cuantos

escaparates adornados con luces o árboles cargados de bombillas de colores solo provocan que se sienta como si esa época ya hubiera pasado. Por supuesto la va a pasar con Bryony, pero está tan cansada que solo pensar que no va a hacerlo le hace frotarse los ojos, tanto para permanecer despierta como para no llorar.

Un camión lechero merodea por la siguiente calle lateral en el momento que gira en su calle. Hay espacio suficiente en el exterior de su casa para aparcar el Nova, pero no obstante toca con el neumático el bordillo al dar marcha atrás. Los dientes de león que impidió a Geoff arrancar, nacidos de las semillas esparcidas por Bryony, están bañados de rocío y de la tosca luz de la farola. Jill abre la puerta principal sin demasiada pericia y empuja para deshacerse de la dificultad que siempre encuentra para hacerlo. Busca el interruptor de la luz del recibidor y teclea el código de la alarma: una fecha que ahora parece no tener ningún sentido. Camina pesadamente hasta la cocina para echarse un vaso de agua y brindárselo con desgana a su figura en el espejo. Tras echarse otro vaso, empieza a dar sorbos hasta que se encuentra con unas huellas embarradas por todo el hall.

Son suyas, por supuesto. Olvidó usar el felpudo. Se limpia los zapatos en él, pero la moqueta tendrá que esperar hasta que despierte. En lugar de eso coge el teléfono y marca el número de Geoff. Una vez termina de decirle que es una cinta y todo eso, Jill murmura:

—Soy yo, Bryony. Solo quería que supieras que estoy en casa. Me voy ya a la cama. Espero que seas tú la que me despierte.

Cuelga el auricular y con el vaso en la mano recorre la exhibición de dibujos de ponis. Quizá en algún momento pueda permitirse pagarle lecciones de equitación a Bryony, sueña, ¿aunque cómo va a ser posible si pierde su trabajo? Lo que importa es que estarán juntas y se las arreglarán de algún modo. Jill se cepilla los dientes delante del nebuloso espejo, tras hacer lo obvio en un baño. Le dedica a las débiles huellas de barro de las escaleras una mirada de reproche de camino a su habitación, donde se enrosca gradualmente en la cama antes de apagar la última luz. Al cerrar los ojos, se acuerda de Bryony, por si eso pudiera hacer que soñara con ella. Quizá Jill no la oiga subir por las escaleras. Quizá Jill no sabrá que tiene compañía hasta que se despierte y vea un pequeño rostro cerca del suyo.

Greg

—Sigue así, Greg. Vas a entrar en la historia de la tienda. Ojalá pudiera estar contigo. Si hay algo que pueda hacer, no tienes más que decirlo.

Greg no va a pedir un descanso. Si Woody no considera que haya tiempo para eso, ¿cómo va a mostrarse en desacuerdo? Demasiados empleados han sucumbido a la debilidad para que ahora lo haga él. Se inclina para coger libro tras libro, y los sostiene cerca de su cara para descifrar el nombre del autor y el título. Otra docena y podrá desplazarse a las estanterías de enfrente y al fondo, junto al escaparate. Se agacha en la penumbra para colocar Khan, cuando Woody dice:

—¿Qué hice mal, Greg? Aconséjame sobre eso si puedes.

Greg tendría que abandonar su tarea para hacerlo, y Woody no querría escucharle decir que debería haber escogido mejor al personal. Al tiempo que Greg le encuentra al libro un lugar entre su tribu, Woody continúa:

—Vale, déjame decirlo. Supongo que serás demasiado modesto para admitirlo, pero debería haber contratado a más tipos como tú. Es una pena que no pueda clonarte y tener un cargamento de Gregs.

Greg levanta el siguiente libro (King, un estante por encima del anterior), y se permite una mueca supuestamente humilde en el trayecto hasta su colocación.

—Eh, concédete una sonrisa —le urge Woody a tan poca distancia del teléfono que la enorme voz se distorsiona—. No me importaría ver unas cuantas.

Greg le envía una y vuelve a concentrarse en la masa de obras de King que ocupa tres estantes.

—¿Otra quizá? Me estoy sintiendo solo aquí arriba —exclama Woody cuando todavía no ha identificado dónde van las mil páginas que tiene en las manos.

Sus palabras y la cercanía de su voz empiezan a incomodar a Greg. Es incapaz de separarlas de las oleadas de calor y frío que le inundan cada vez que hace un esfuerzo. Al agacharse o estirarse, el dolor en sus magullados hombros se le extiende por la nuca, donde se golpeó con el suelo. Quizá Woody no vio que fue derribado por nada menos que Jake. Greg espera que no. Ciertamente, no va a comentarlo con él, y menos a su padre, que seguramente llegaría al fin a la conclusión de que Greg no merece ser llamado hijo suyo. Para Greg es bastante saber que ha vencido en su papel de hombre contra la chusma. Fuerza una sonrisa y la dirige al techo antes de seguir buscando un hueco para el libro.

—No lo hagas solo por mí —dice Woody—. Estoy seguro de que también puede valerte.

Greg se esfuerza por sonreír cuando encuentra más de King a sus pies. Por supuesto está a favor de la monarquía^[6], lo estaría más si el rey fuera un hombre, pero la repetición de la palabra parece restarle todo su significado. Quizá es culpa de

la penumbra, que le afecta a los ojos. Gira los libros poniendo la portada a la vista para dejar espacio a nuevos ejemplares.

—No respondiste a mi pregunta. Me haces sentir inútil. —Con un libro en cada mano, Greg dirige la mirada a la oscuridad, donde casi es capaz de visualizar a Woody bufando, y abre los brazos pretendiendo indicar que no comprende—. Es cosa mía buscar una manera de ayudar, ¿eh? Vamos a intentar una cosa.

Cuando empieza a cantar, Greg no reacciona hasta que ha colocado ambos volúmenes en el estante. Para entonces, Woody ha repetido «*Goshwow, gee and whee, keen-o-peachy*» varias veces, aunque no siempre melódicamente. Greg sonrío con todas las energías que puede reunir y agita las manos a ambos lados de su cabeza para espantar de ella el comportamiento de Woody.

—Sabes, ya que estamos solos supongo que puedo decirte que pareces un trovador con esta luz —dice Woody—. Acompáñame si quieres.

Greg menea la cabeza al tiempo que se agacha a recoger libros, y siente la insustancial y pegajosa carga de la voz de Woody empujándolo hacia abajo. Woody ha dejado de cantar, ¿pero por cuánto tiempo? Greg aguanta la respiración temiendo que vuelva a hacerlo.

—¿No? No dejes que te distraiga de tu trabajo. Si necesitas algo, grita, eso es todo lo que pido.

Lo que necesita Greg es no colocar solo. Agita las manos señalando los estantes cercanos.

—¿Qué? —pregunta Woody—. Háblame.

Greg se pone en pie con un par de libros de King y vocaliza la palabra «Angus» mirando al techo.

—No lo pillo —se queja Woody.

Greg se acerca al mostrador, donde suelta los libros junto al teléfono y descuelga el auricular.

—¿Necesita Ray aún a Angus? ¿No puede intentar él salir por la otra puerta?

—Si quieres prueba de nuevo a intentar abrir la puerta tras la que están.

Es como estar al cargo en la planta inferior. Greg no sabe cuánto hace desde que no se sabe nada de sus compañeros. Ray debe de haberle dicho a Angus que se mantenga callado o lo ha enviado a empaquetar. Greg recoloca el auricular y persigue a su sombra, anónima y estirada por la penumbra. Le molesta la necesidad apremiante de mirar por encima del hombro, pero la salida está al descubierto desde que los desertores escaparon, aunque ha bloqueado el camino como ha podido usando dos carros vacíos. No puede evitar sentir que algo malicioso merodea a su alrededor; quizá por eso es incapaz de discernir el orden de los libros o ni siquiera de recordar quién se encargaba antes de ellos.

—Ray, ¿puedes hacernos saber en qué fase estás? —grita a unos metros de la

salida de la sala de empleados.

Aparte de sus pasos, solo hay silencio. Comprende que Ray debe concentrarse, pero no implica que tenga que ser maleducado. ¿Y si se ha dormido y Angus también? Greg toca en la puerta con el dorso de la mano por si alguien necesita que le despierten.

—¿Me responde alguien, por favor? —grita apoyando la oreja contra la puerta.

Al momento escucha un sonido repetitivo, pero no puede identificarlo. Por mucho que se parezca a agua goteando, debe de estar relacionado con los fusibles.

—Angus —vocifera—. Queremos saber si estáis en un aprieto.

Debido al lugar donde se encuentra, gran parte o incluso toda su voz parece permanecer fuera del alcance de la puerta. Sin embargo oye movimiento, y aguza los sentidos para tratar de interpretarlo.

—¿Qué pasa? —pregunta Woody.

Greg vuelve al teléfono y descuelga el auricular. Le distrae la impresión de que los libros de la sección infantil están tan desordenados como Madeleine decía que estaban. Hay demasiada oscuridad para poder afirmarlo con certeza, y si están desordenados sospecha que no es culpa de nadie más que de ella misma.

—Aquí estoy, Greg. No estás solo —salta la voz de Woody antes de que encuentre en la oscuridad el botón para conectar con él.

—Supongo que los dos están ahí, pero no he obtenido respuesta por el momento.

—Ray o Angus, Greg está solo en la sala de ventas. Necesita saber que estáis ahí. —Woody expande su voz por toda la tienda.

Greg no lo hubiera expresado de esa manera, y no le hace feliz la respuesta que conlleva. Los movimientos tras la puerta sugieren que alguien vuelve a la vida desde la tierra; el ruido de pies arrastrándose no solo no parece tener rumbo, sino que es desagradablemente blando. La mejor explicación que Greg puede encontrar, aunque difícil de aceptar, es que Angus se está levantando del lugar donde estaba echado.

—Bueno, no te quedes ahí —le exhorta Woody—, acércate a la puerta.

Greg está a punto de repetir esas mismas palabras antes de darse cuenta de que iban dirigidas a él. Si bien no le agrada que le metan en el mismo saco que a Angus, no sería correcto demostrarlo.

—Greg está ahí ahora, Angus. A ver si los dos podéis abrir esa maldita puerta —dice Woody mientras *regresa* junto a la puerta.

Greg pasa su tarjeta por el lector y empuja la puerta con un hombro, provocando que el dolor le suba desde este hasta la nuca, pero no merecería ser empleado si no se esforzara. Corre contra la puerta y la empuja con las palmas de las manos sin ningún resultado. Trabaja totalmente solo. Al principio oye a Angus frotándose contra el otro lado de la puerta, con las dos manos quizá, porque la superficie que abarca es demasiado amplia para tratarse de su cara. ¿Está tan amodorrado que no puede

encontrar la barra metálica? Ahora parece arrastrar los pies de un lado a otro, vagueando con deleite, haciendo tanto ruido que Greg piensa que Ray puede estar acompañándolo. Greg vuelve de prisa al teléfono para dar su informe.

—No hago progresos, y no tengo ni idea de lo que hacen los demás.

—Me oyes, ¿verdad, Angus? ¿Puedes hacer algo más para ayudar a Greg? —Tras una corta pausa, la voz de Woody se limita ahora al oído de Greg—. ¿Algo?

—Nada en absoluto.

—Eh, Angus, ¿por qué no ves si puedes llegar a la puerta junto al montacargas? Puedes comprobar cómo está Agnes.

El arrastre de pies se reanuda, aunque ahora suena a carne deslizándose por el suelo. Greg no se las ha arreglado para encontrarle una explicación al ruido cuando Woody se dirige a él, ya sin necesidad de teléfono.

—Hay mucho que colocar mientras esperas, Greg. Dale una voz cuando estés abajo, Angus.

Greg se controla para no volver airadamente a las estanterías con los libros del mostrador. No es una de las mujeres ni tampoco Jake. Caminando rápidamente pero con mesura por la sala de ventas descubre lo cansado que está realmente; lo bastante para ver unas figuras achaparradas corriendo por los pasillos o derrumbándose sobre sí mismas como gelatina gris. Es seguro que no ha apartado la atención de la entrada lo bastante para que se cuele alguien, y además, ningún intruso podría tener tal aspecto. Coloca los libros y el resto del monárquico montón para así poder regresar al final del pasillo junto a la ventana.

La iluminación carece de la fuerza que creía recordar, pero esa no es excusa para que aminore el ritmo; no hay excusas, como solía y suele decir su padre. Greg se agacha, se endereza y hace todo lo posible por encontrar el lugar adecuado para cada libro tan pronto como capta su atención. Aquí hay uno de Lamb, pero no es cosa suya sacrificarlo; solo Dios tiene derecho, porque era parte de Dios hecho carne. Aquí va uno de Lawy tres de Lawless, que resumen bien el estado del mundo. Aquí está Lone^[7], igual que Greg en este momento, sin razones para quejarse, su padre tiene que lidiar con dificultades peores en el cuartel todos los días. Greg también estaría allí, o en una patrulla en cualquier lugar del mundo si a su madre no le asustara tanto la posibilidad de que sufriera algún daño. Pensó que su padre apreciaría que ayudara a la gente a mejorar por medio de la lectura, pero hay pocos libros en la tienda que Greg recomendaría. Tendrá que expresar su opinión si Textos pretende promocionar a gente como Brodie Oates, hombres tan avergonzados de su sexo que quieren ser mujeres. Su padre y los demás hombres de verdad se han visto forzados a aceptarlos en las fuerzas armadas. Greg sabe qué tipo de fuerza se merecen, pero ¿es su expresión tan sombría como sus pensamientos? Cuando le sonrío al techo, no consigue ninguna respuesta de Woody. Se ocupa de más volúmenes; Mann^[8], que

parece un hombre determinado a mostrar que es tal; Marks, que no Marx, para alegría de Greg; May, que podrías pensar que ha resurgido en el lenguaje. Piensa en un chiste que le gustaría contar («En estos días May debería colocarse bajo Can»^[9]), solo para demostrar que tiene sentido del humor. Vuelve a mirar al techo, pero Woody no le interroga sobre lo que tiene en mente. Greg podría contárselo a Angus si este se molestara en llegar a la puerta junto al montacargas. ¿Cuánto tiempo piensa tardar Angus en hacerlo? La oscuridad no sería excusa para un soldado, ni tampoco para nadie. No es Angus el que hace a Greg devolver a May al montón de libros junto a sus pies, no obstante. Está seguro de haber visto un movimiento fuera, casi clandestino a causa de la niebla.

Planta las manos en la ventana y mira a través de su aliento en el frío cristal. Antes de que la niebla la oscurezca, distingue una luz difusa rondando por el aparcamiento. Ha estado tan concentrado colocando que ha olvidado estar atento a si venían los servicios de emergencia; quizá dudaba que los renegados llamaran. Se da la vuelta y alza el rostro para gritar:

—Por fin.

Woody no responde. Debe de haberse quedado dormido. Tratándose del jefe merece más descanso que el resto, y Greg se siente al mando. Ray y Angus tienen que haberle oído y parecen estar agitando sus brazos alegremente, saltando y causando un ruido sordo en cada aterrizaje, y lanzándose contra la puerta; Angus ya ha llegado a la otra. Greg puede pasar sin sus payasadas, sobre todo porque le ha distraído de lo que ocurre detrás del escaparate. Al mirar por el cristal se da cuenta de que las luces se han perdido en la niebla.

Corre hacia la entrada tan rápido que traspasa el dolor de sus hombros a la cabeza. Empuja los carros a un lado, y solo comienza a vacilar cuando llega al pavimento. ¿Qué es lo que suena igual que una gigantesca respiración en medio de la lóbrega niebla, como el vapor humeante de una bestia en busca de su presa? Al alejarse dejando un silencio expectante, entiende que solo pudo haber sido el ruido de un vehículo que se ha detenido.

—¡Aquí! —grita—. ¡Os hemos llamado!

Aparte de las tonterías de Ray y Angus, que han empezado a incomodarle más que a enfadarle, hay silencio. Supone que el conductor del vehículo está contactando con su sala de control, lejos de los oídos de Greg, pero eso puede que no ayude. Se pone las manos ahuecadas en la boca para gritar:

—¿No me oye? Estamos aquí. La librería.

El motor resopla y al principio lo toma por una respuesta. Cuando el sonido remite teme que el conductor no lo haya oído.

—Woody, voy a por ellos —grita, señalando la niebla con ambas manos—. No parecen saber dónde encontrarnos.

Woody sigue dormido. Greg considera usar el teléfono, pero no quiere despertarlo de golpe. Además, el conductor podría alejarse durante ese tiempo precioso. No puede evitar sentirse ofendido por como Angus y, sí, Ray, le han dejado con toda la responsabilidad, pero demuestra que es capaz de sacarlo todo adelante. Bloquea la entrada con los carros y se aleja a toda prisa de la tienda, gritando a todo pulmón:

—Esperen. Voy por ustedes.

Oye una exhalación que debe de provenir de los frenos neumáticos, por enorme y ansiosa que suene.

—Eso son los frenos. ¡Espérenme ahí! —aúlla, corriendo por el asfalto. La niebla recorre el lugar como un enorme paño empapado y podrido desde el que los árboles cercanos se deshilachan; dos arbolillos y el tocón golpeado por el coche de Madeleine. Rodea el fragmento de césped crecido del que nacen los árboles. El ruido de frenos sonaba más allá de ellos, aparentemente también de los otros arbolillos que la niebla momentáneamente descubre un centenar de metros adelante, ¿o es que se ha alejado el coche en silencio?

—¿Dónde estáis? —pregunta Greg con tal vehemencia que la niebla le escuece en la garganta—. Somos los que os llamamos. Nos habéis encontrado.

Esto parece surtir algún efecto, gracias a Dios; Greg comenzaba a preguntarse si estos tipos necesitaban una invitación. El sonido, similar a una respiración excitada se repite no demasiado lejos de su cabeza. Tiene una cualidad babosa que podría sobrevivir sin apreciar, y suena igual que si proviniera de una profundidad mayor a lo que la lógica consideraría normal; será cosa de la cada vez más lóbrega niebla. Cae el silencio, pero no antes de que localice las luces en el aparcamiento. Corre hacia ellas a tal velocidad que casi pierde pie en el resbaladizo asfalto. Las luces de un vehículo resplandecen cien metros por delante, tan difusas que son parte del lóbrego entorno más que una mera proyección sobre él. ¿Se están alejando? Media docena de pasos no le permiten verlas mejor, y no ve ninguna parte del vehículo. Abre la puerta para llamarlo, aunque se llena inmediatamente de niebla cuando las luces giran y se precipitan contra él.

¿Le va a pasar lo mismo que a Lorraine? No se lo merece; ni siquiera Lorraine lo merecía. Entonces las luces se separan y se unen con la niebla a ambos lados de Greg. Se da cuenta demasiado tarde de que no estaba en peligro. Había comenzado a huir de las luces en lugar de encararlas, y ahora no tiene ni idea del lugar desde dónde venía.

Al menos está claro que tenía derecho a sospechar. Ninguno de los desertores se ha molestado en responder a sus llamadas, o la ayuda hubiera llegado ya. Tanta supuesta solidaridad con la compañera en el montacargas, y tan poca inquietud por liberar a Woody... Greg no tiene ninguna duda de que les encantaría saber que le han hecho perderse en la niebla. Por supuesto, exagera, el complejo comercial es

demasiado pequeño para que nadie se pierda demasiado tiempo. ¿Qué haría su padre en esta situación? Quedarse donde está, piensa, y mirar a su alrededor atentamente hasta reconocer algún elemento cercano. Comienza a seguir ese plan cuando de repente oye una difusa voz entre la niebla.

—*Goshwow, gee and whee, keen-o-peachy...*

Se ha dejado muchas consonantes por el camino, y hay poco en su tono que se pueda considerar una melodía. Ni siquiera está seguro de quién es, hasta que se da cuenta de que es Woody cantando, si se le puede llamar así entre sueños. Greg nunca hubiera imaginado que le alegrara oírle cantar; le indica que la tienda está a unos cien grados a su izquierda. En un momento, la amortiguada canción deja de sonar, pero ya no la necesita. Avanza a su encuentro, pero se detiene. ¿Qué es lo que ha resurgido para rodearlo?

Hasta el momento de dar un cauto paso adelante, creía que era meramente niebla y oscuridad. Al echar el peso sobre la otra pierna, sin embargo, el asfalto bajo el marco de niebla se oscurece y humedece. Al retirarse unos pasos, oye un amortiguado sonido de succión a su espalda. Se gira a tiempo para ver la humedad surgir del suelo hacia la niebla, y entonces se ve obligado a extender los brazos en el aire para mantener el equilibrio, pues siente el asfalto bajo sus pies hundirse en el perímetro acuoso. Se mantiene en pie, pero esa no es la solución. A su alrededor, lenta pero inexorablemente, el asfalto ha empezado a hundirse.

Se gira bruscamente, quizá lo suficiente para perturbar a la niebla, que se retira lo necesario para permitirle ver un árbol a su derecha. No ve nada más sólido. El asfalto bajo sus pies se está inclinando como la cubierta de un barco hacia una oleada de negra humedad tan larga e improbable como los límites de la niebla, la cual puede incluso ocultar parte de ella. Rezuma agua del exterior del cemento que rodea el fragmento de césped donde están plantados el árbol y sus acompañantes. Estira una mano, como si buscara un salvavidas y pega un acelerón que le deja un regusto rancio a niebla en la boca. Llega a duras penas y tosiendo al césped, y se abraza al tronco.

No es más ancho que el brazo de un niño pequeño. Bajo el descuidado césped plagado de hojas muertas, el terreno es duro, obviamente por las raíces. ¿Hay insectos o arañas en los troncos? No ha terminado de escupir niebla cuando empieza a picarle la piel. Parece como si algo similar a electricidad rondara sobre él. No hay razón aparente, no obstante. Entonces oye un vago pero punzante aullido, o zumbido, que le recuerda al de los mosquitos. Tan pronto como recupera el aliento, se precipita sobre el árbol del centro y se apoya contra el tronco, descorazonadoramente delgado.

No va a detenerse más tiempo del necesario. Los últimos minutos le han cansado tanto que no tiene ni idea de lo que ha pasado. Su confusión deja paso a pensamientos poco bienvenidos dentro de su cabeza; la imagen de estar apoyado en un árbol situado entre otros dos amenaza con convertirse en una blasfemia imperdonable. Se

obliga a ponerse en pie sin apoyarse en nada, como un hombre. Mira a su alrededor minuciosamente, en busca de alguna señal de la librería, y esperando que Woody le ayude emitiendo cualquier clase de sonido, cuando un objeto le cae en la muñeca izquierda.

El objeto es negro y brillante e informe. Deben de ser los restos de una hoja, se dice Greg, elevando la vista al tiempo que se lo quita del brazo. Sin embargo, su mirada se detiene en el primer árbol. Unas cuantas hojas aún penden de él, y la parte inferior de todas ellas mira en dirección a Greg. Son tan pálidas como la niebla, al menos lo poco que se ve de ellas. La mayor parte del follaje está cubierto, o incluso incrustado, de insectos. Lo mismo pasa, advierte, con las ramas sobre su cabeza, sobre las cuales una multitud chorreante de oscurecidos seres reptantes de ninguna especie que le gustaría nombrar en estos momentos han comenzado a demostrar lo débilmente que las partes de su cuerpo están unidas entre ellas. Durante un momento, imagina que el tronco tiembla a causa de la actividad en la copa, pero entonces percibe que una masa de insectos sale a borbotones de las grietas en la corteza y bajan por el árbol para ir a su encuentro.

Se aparta del tronco infestado, pero su piel insiste en picarle y escocerle. Incluso sin verlo, está seguro de que los insectos le están picando, succionándole su fuerza. Al principio, piensa que esa es la razón por la que sus piernas se mueven antes de que dé un paso; le han envenenado, se siente débil. Pero es el empapado terreno el que se ha rendido, no Greg. Él es más fuerte que el terreno, y casi lo grita de manera desafiante al tiempo que arrastra los pies. Antes de que pueda reunir aire para respirar, sus espinillas, pantorrillas y rodillas se sumergen en un gélido y viscoso barro.

No va a dejar que la sensación le asuste. Mientras esté vivo podrá luchar. Escarba con los dedos en la tierra, donde deberían estar las raíces del árbol, pero tienen que encontrarse amontonadas al otro lado del tronco. La tierra se acumula bajo sus uñas a medida que sus pies se hunden más y más, enterrando su pecho y dejando sus manos fuera del alcance de los bloques de cemento alrededor del césped. La niebla desciende abruptamente para empujarlo hacia abajo. Hay agarres a su izquierda, dos rocas grises ahuevadas. Lanzando todo su peso contra los inanimados objetos consigue aferrarse a ellos.

Su mano derecha no le puede aguantar. Se desliza bajo la roca y descubre unas cejas peludas antes de que las puntas de los dedos alcancen a tocar los párpados llenos de barro de ambos ojos. Esforzándose por apartar esa mano, araña con la otra la cara del segundo hombre, al que vio por última vez abandonando reacio su sillón en la tienda. Los dedos de Greg aterrizan en el labio inferior, tirando de la laxa boca y formando en ella una mueca bobalicona. La retira, asqueado por el espectáculo, y los cadáveres se sumergen en la zanja, seguidos por sus propios hombros. Hace un

último y desesperado intento por encontrar algo consistente a lo que agarrarse, pero el césped es tan resbaladizo como una babosa. Cree estar sintiendo su cuerpo mezclándose con la tierra, que ya se ha convertido en algo peor que un pantano. La hambrienta y gélida sustancia lo está digiriendo. Esto no tiene sentido, quiere gritar. Es totalmente estúpido. Incluso abre la boca, pero el barro empuja su protesta de nuevo hacia dentro y le llena los oídos de un acuoso siseo que acaba formando un gigantesco: «Sí».

Woody

¿Está viendo un canal religioso o uno científico? Quizá lo segundo, ya que parece que va de una forma de vida tan primitiva que tiene poca conciencia de otra cosa salvo de ella misma. Se subdivide para tener compañía, pero es tan hostil hacia otras criaturas, y en particular hacia la amenaza que supone su inteligencia, que las reduce a su propio estado para poder destruirlas. Sin embargo, el origen de la vida y de la religión parecen tener algo que ver: las vidas que la informe entidad crea por medio de sí misma, y el salvaje culto que atrae, simplemente agradeciendo cada sacrificio atrapando a los que se lo ofrecen también. Solo uno, no para de pensar o de oír Woody, solo uno. ¿Cómo puede estar la pantalla diciéndole todo eso si lo único que ve en ella es una inquietante imagen borrosa? Se le ocurre que esa es la mínima fracción de la entidad en cuestión, una parte tan pequeña y tan cercana a la pantalla, que él o su mente son incapaces de focalizarla. La idea es suficiente para despertarlo por completo.

De hecho está sentado en su silla tras la pantalla, pero no muestra nada parecido a su sueño. Se frota los ojos y se pregunta cuánto tiempo ha estado dormido; lo bastante para haber soñado toda clase de desastres: fallos eléctricos, Agnes atrapada en el montacargas, los amotinados abandonando la tienda... Cada cuadrante de la pantalla muestra a gente colocando libros diligentemente, aunque de momento no distingue a nadie concreto. Una mirada a su reloj le dice que el sol saldrá pronto. Se siente algo culpable por haberse quedado dormido, pero al menos nadie ha tomado eso como excusa para escaquearse. Coge el teléfono y pulsa el botón de los altavoces.

—Lo estáis haciendo bien, chicos. Seguid así y...

Todas las figuras agazapadas frente a las estanterías alzan sus difuminadas cabezas, dejando unos rastros grises. Tiene la impresión de que están a punto de ponerse en pie para celebrar que se ha despertado, pero el temblor que los recorre a todos les hace moverse por los pasillos sin ganar estatura alguna. Es incapaz de distinguir nada más de ellos, sobre todo porque las imágenes en la pantalla se distorsionan como agua de la que está a punto de salir algo secreto. No puede estar viendo a las figuras introducirse una tras otra bajo la puerta de la sala de empleados. La imagen se estabiliza y revela que la tienda está iluminada con menos luz de lo que creyó hace un momento. Sin embargo, la luz que entra por los escaparates es suficiente para que vea los saqueados estantes, y los libros esparcidos por los pasillos.

Solo puede experimentar rabia y consternación, es lo único que siente o piensa. Se pone en pie tan deprisa que su silla golpea un mueble de cajones con un sonido similar al de una campana oxidada. Se encamina a la puerta, y en ese momento cae en la cuenta de que si el fallo eléctrico es real, todo lo demás también lo ha sido. Sigue encerrado, salvo por la circunstancia de que al girar el picaporte, la puerta se abre sin

problemas.

Todos los ordenadores en la oficina exterior están encendidos. Cada una de las pantallas muestra un borrón demasiado parecido a los recuerdos de su sueño. Al mirar atrás, comprueba que pasa lo mismo con el monitor de seguridad. Lo importante es recuperar la iluminación, y esto le hace cruzar la oficina camino de la sala de empleados.

—¿Estás ahí, Ray? —grita—. ¿Qué pasa al final con los fusibles?

Oye movimiento bajo las oscuras escaleras. Suena igual que un rebaño de cuerpos blandos arrastrándose en la oscuridad, o una masa tan grande como el pasillo reptando por el suelo. Ahora mismo no tiene ninguna prisa por descubrirlo. Pasa a toda velocidad junto a la mesa y el estancado y rebosante fregadero hasta llegar al almacén.

La entrada al pasillo la definen los contornos de unos estantes del mismo color de la niebla, pero más allá de ellos hay poco aparte de oscuridad. Eso no debería desconcertarle si sigue caminando todo recto, seguramente ya está lo bastante despierto, pero solo ha dado los suficientes pasos para haber perdido la cuenta cuando se golpea el codo con el borde de una estantería metálica. Esto solo contribuye a aumentar su rabia. Se gira y camina de espaldas, guiándose por las siluetas de los estantes sobre la luz proveniente de la oficina. No tiene ni idea de por qué la luz se agita, ni le importa. Lo que interesa ahora es liberar a Agnes.

Se impulsa hacia atrás agarrando los bordes de las estanterías, hasta que llega a las puertas que conducen a la parte superior del hueco del montacargas. Pasa junto a ellas y se aferra a la barandilla de las escaleras. ¿Vienen los blandos pasos ahora por las otras escaleras? Se agarra con una fuerza rabiosa a la barandilla y baja a grandes zancadas, más rápido ahora que ha calculado bien la altura de los escalones. La barandilla se acaba, pero se mantiene agarrado a ella hasta que planta los pies en el suelo del pasillo y se gira para encarar el ascensor.

—¿Agnes? —grita, y al no obtener contestación lo intenta de otra manera—: ¿Anyes?

Ni siquiera así recibe una respuesta. Espera que sea porque se ha quedado dormida. Está a punto de llamar a las puertas, a modo de preámbulo antes de intentar separarlas, cuando nota una zona en penumbra al otro lado del pasillo. Se encuentra al lado de las puertas de Pedidos, y abrirlas podría abastecerle de toda la luz necesaria.

Se apresura, cruzando la vacía oscuridad, y empuja la barra metálica. Parece oxidada, pero tras resistirse un minuto se rinde con un chasquido, inundado el pasillo de una luz no muy distinta a la de la luna en una noche nublada. Se apoya en la puerta de la derecha hasta que la bloquea lo suficiente para que el brazo de metal no la cierre, y regresa corriendo al montacargas. Respira profundamente y el aire le sabe a

niebla; se prepara para usar toda su fuerza. Enterrando los dedos entre la puerta y el marco, se esfuerza en aumentar el espacio entre ellos. Al momento, la puerta se desliza, abriéndose por completo.

¿Por qué no hizo Nigel eso mismo? En realidad, aún le queda ocuparse de las puertas del montacargas propiamente dicho. Es igual de fácil, no obstante. Casi desea que no fuera así, dado lo que encuentra tras ellas. Agnes está de pie solo porque se encuentra atrapada contra la pared del montacargas por un carro frente al palé. La mayoría de los libros del carro están esparcidos por el suelo. Podrían pasar por grumos de la tierra que cubre a Agnes, y sobre todo a su rostro, colmado de barro hasta incluso dentro de la boca y de las fosas nasales.

Es demasiado. Sus sentimientos están agotados. Lo único que se le pasa por la cabeza es la certeza de que cualquiera que vea a Agnes sabrá que sucedió algo más en la tienda en el turno de noche aparte de un simple fallo eléctrico, un motín y una oleada de vandalismo. Saca el carro del montacargas y agarra a Agnes cuando esta cae hacia delante. ¿Se le han movido los párpados? No, la luz ha cambiado porque su origen lo ha hecho. Al darse la vuelta, acunando a Agnes por los hombros, la luz retrocede más y oye un ahogado ruido de frenos.

—¡Espere! —grita, sintiendo como si sus gritos alteraran la paz de Agnes. Introduce el otro brazo bajo sus rodillas para levantarla. Es tan ligera que se le nubla la vista de pensarla. Sea lo que sea lo de afuera, va a llevarla donde haga falta. Quizá Woody deba acompañarla en cuanto se lo haga saber a Greg, ¿pero dónde está Greg? Si no está en la sala de ventas, Woody no puede irse; dejaría la tienda a su suerte. Solo uno, se sorprende al pensar de nuevo, solo uno. Primero tendría que ocuparse de Agnes y después de la tienda. Asoma primero la cabeza por la salida y avanza entre la niebla, sobre el negro asfalto, siguiendo a la luz y a su húmeda respiración. Al tiempo que progresa, se toma su tiempo para prepararse. Sea cual sea su carga, todavía representa a Textos. Lo menos que puede hacer es sonreír.



RAMSEY CAMPBELL (Merseyside, Liverpool, el 4 de enero de 1946). Escritor y editor británico. Es considerado uno de los mayores exponentes del género de terror del siglo xx. Sus primeras historias, aunque situadas en lugares hipotéticos de Gran Bretaña (a instancias de su editor) y no en Estados Unidos, eran claramente lovecraftianas, tendencia que fue abandonando en posteriores relatos y novelas.

Dentro del terror ha publicado tanto novelas y cuentos «realistas» como otros en los que aparecen elementos fantásticos en la trama, todo ello con un estilo muy particular y cuidado que le ha hecho merecedor de buenas críticas. Campbell también ha destacado como editor de antologías de terror, y colabora con la BBC en programas de crítica de cine. La obra de Campbell, tanto corta como en formato largo, ha sido galardonada en múltiples ocasiones, siendo uno de los autores del género con más premios en su haber.

Notas

[1] N. del T.: El sonido fonético de la inicial y del apellido en inglés equivale a la palabra «arsehole», que se puede traducir como «gilipollas». <<

[2] N. del T. Similar en inglés a la palabra «slither», que significa «moverse como un reptil, reptar». <<

[3] N. del T. «Kunt» es similar a «cunt», el insulto más ofensivo para un inglés. <<

[4] N. del T.: Traducción libre de los apodos que el personaje usa para los habitantes de Liverpool y Manchester respectivamente, en el primer caso algo ofensivo: Scouses y Manks. <<

[5] N. del T.: «Pantanosos» en inglés. <<

[6] N. del T.: el apellido King significa «rey» en inglés. <<

[7] N. del T.: Se mencionan apellidos de autores jugando con su significado en inglés; Lamb significa «cordero», Lawy Lawless significan «ley» y «sin ley» respectivamente, y Lone «solo». <<

[8] N. del T.: Mann es parecido a la palabra inglesa man, en español «hombre». <<

[9] N. del T.: Juego de palabras de índole sexual que se refiere al uso de los verbos modales «may» y «can» en inglés, el primero de uso más formal y menos frecuente.

<<